
AMOR Y OTRAS PALABRAS
AUTORA BEST SELLER
DE THE NEW YORK TIMES
CHRISTINA LAUREN
VeRa

AMISTAD INCONDICIONAL, UN AMOR PERDIDO Y LA OPORTUNIDAD DE ARREGLAR LOS ERRORES DEL PASADO.

Macy Sorensen cree tener las riendas de su vida: está a punto de casarse con un hombre que le aporta seguridad cuando se reencuentra con su primer y único amor. Entonces, la burbuja que había construido con tanto empeño, empieza a disolverse.

En el pasado, Elliot Petropoulos lo fue todo para Macy, la única persona con quien fue capaz de compartir sus secretos más profundos. Pasó de ser el vecino de la casa de al lado a ser su mundo entero. Hasta esa fatídica noche… Elliot nunca supo por qué Macy se alejó de repente, y nunca tuvo la oportunidad de contar su versión de los hechos.

Ahora, once años después, se han vuelto dos extraños. ¿Podrán Elliot y Macy recuperar el tiempo y las oportunidades perdidas? ¿Serán capaces de superar el pasado?

¡Una historia fascinante sobre la magia y la eternidad del primer amor!



«Una historia de amor dinámica… Restaurará la fe en el amor de cualquiera». —*Booklist*

«Christina Lauren escribe sobre los dolores agridulces del amor y la pérdida con una claridad penetrante, y ofrece una historia sobre lo que se necesita para abrirse camino hacia la curación, tanto romántica como personal». —*Entertainment Weekly*

«Con un lenguaje franco y una trama paciente, este amor adolescente se convierte en una historia de amor adulta y segura». —*Kirkus Reviews*

«Christina Lauren da una mirada única a la evolución del enamoramiento». —*Associated Press*

AMOR Y OTRAS PALABRAS

CHRISTINA LAUREN

Traducción: Daniela Rocío Taboada



Para Erin y Marcia,

y la casa del bosque cerca del arroyo.



PRÓLOGO

Mi padre era mucho más alto que mi madre, pero muchísimo. Medía un metro noventa y cinco, y mi madre apenas llegaba al metro sesenta. Un gigante danés y una brasileña diminuta. Cuando se conocieron, ella no hablaba ni una palabra de inglés. Pero cuando ella murió, cuando yo apenas tenía diez años, parecía que hubieran creado un lenguaje propio entre los dos.

Recuerdo como la abrazaba cuando volvía del trabajo. La envolvía entre sus brazos y hundía el rostro en su melena. Los brazos de mi padre se convertían en un paréntesis que contenía su frase de amor particular.

Yo desaparecía cuando se tocaban así, sentía que presenciaba algo sagrado.

Para mí, el amor es algo que debe consumirlo todo. Incluso de niña, sabía que no quería menos que eso.

Pero, cuando lo que empezó como un grupo de células malignas mató a mi madre, ya no quise tenerlo. Cuando la perdí, sentí que me ahogaba en todo el amor que aún poseía y que nunca podría dar. Me invadía, me asfixiaba como un trapo cubierto de queroseno, estallaba en lágrimas y gritos y silencios pesados y latentes. Y, de algún modo, por mucho que sufriera, sabía que para mi padre era aún peor.

Siempre supe que él nunca se enamoraría de nuevo después de mi madre. En ese sentido, mi padre siempre fue fácil de entender. Él era directo y silencioso: caminaba sin hacer ruido, hablaba en voz baja; incluso su furia era silenciosa. Pero su amor era ensordecedor. Su amor era un rugido atronador e intenso. Y después de haber amado a mi madre con tanta fuerza, y después de que el cáncer la matara con un gemido sutil, supuse que él se quedaría mudo el resto de su vida y que nunca más querría a otra mujer del modo en que la había querido a ella.



Antes de morir, mi madre le dejó a mi padre una lista de cosas que quería que él recordara mientras me acompañaba en mi camino hacia la adultez:

1. No la consientas con juguetes, consiéntela con libros.
2. Dile que la quieres. Las niñas necesitan oír esas palabras.
3. Cuando esté callada, tú serás quien hable.

4. Dale a Macy diez dólares cada semana. Haz que ahorre dos. Enséñale el valor del dinero.

5. Hasta que cumpla los dieciséis, su horario de llegada deberá ser las diez de la noche, sin excepciones.

La lista continuaba hasta los cincuenta puntos. No era tanto porque ella no confiara en él; solo quería que yo sintiera su presencia incluso después de su partida. Mi padre releía la lista con frecuencia, escribía notas con un lápiz, resaltaba ciertas cosas, se aseguraba de no pasar por alto algo esencial y de no equivocarse. A medida que fui creciendo, la lista se convirtió en una especie de Biblia. No necesariamente en una guía, sino más bien en la certeza de que todas las dificultades por las que pasábamos mi padre y yo eran normales.

Había una regla en particular que era imprescindible:

25. Cuando Macy esté tan cansada después de clase que no pueda ni formular una frase, llévala lejos del estrés. Encuentra un sitio tranquilo donde pasar el fin de semana y que le permita respirar un poco.

Y aunque mi madre no tuviese la intención de que nos compráramos una casa en la que pasar los fines de semana, mi padre, un hombre que se lo toma todo al pie de la letra, ahorró, planificó e investigó todos los pueblos que quedaban al norte de San Francisco, preparándose para el día en que necesitase invertir en nuestro lugar de descanso.

Los primeros años después de la muerte de mi madre, él solía observarme, con sus ojos azules suaves e inquisitivos a la vez. Hacía preguntas que requerían respuestas largas, o al menos más largas que «sí», «no» o «me da igual». La primera vez que respondí a una de estas preguntas específicas con un gemido vacío, demasiado cansada después de la clase de natación, los deberes y el tedio de lidiar con mis amigos los dramáticos, mi padre llamó a una inmobiliaria y le pidió que encontrara la casa de fin de semana perfecta en Healdsburg, California.

La vimos por primera vez en una jornada de puertas abiertas, guiados por una agente de la inmobiliaria local, quien nos hizo pasar con una sonrisa y una mirada de desprecio hacia nuestra agente de la gran ciudad de San Francisco. Era una cabaña de cuatro habitaciones, con techos de madera y ángulos pronunciados, llena de humedad y moho en alguna que otra parte, escondida bajo la sombra del bosque y cerca de un arroyo que burbujeaba continuamente al otro lado de la ventana de la que sería mi habitación. Era una casa más grande de lo

que necesitábamos, con más terreno del que podríamos mantener, y, en ese momento, ni mi padre ni yo sabíamos que la habitación más importante de la casa sería la biblioteca que él construiría para mí dentro de mi vestidor.

Mi padre tampoco podría haber sabido que todo mi mundo se centraría en la casa vecina, dentro de la palma de la mano de un chico friki y delgado llamado Elliot Lewis Petropoulos.



AHORA

MARTES, 3 DE OCTUBRE

Si dibujaras una línea recta desde mi apartamento de San Francisco hasta Berkeley, serían solo dieciséis kilómetros y medio, pero, da igual el tráfico que haya, sabes que siempre tardarás más de una hora en llegar.

—He cogido el autobús a las seis de la mañana —digo—. Dos líneas de tren y otro autobús. —Miro mi reloj—. Las siete y media. Nada mal.

Sabrina se limpia los restos de leche espumosa que le han quedado en el labio superior. Por mucho que entienda por qué evito los coches, sé que hay una parte de ella que cree que debería superarlo y comprarme un Prius o un Subaru, como cualquier otro residente del Área de la Bahía que se respete a sí mismo.

—No permitas que nadie te diga que no eres una santa.

—Lo soy. Tú me has hecho explotar mi burbuja. —Pero lo digo con una sonrisa y miro a su diminuta hija. Solo he visto a la princesa Vivienne dos veces y ya parece haber duplicado su tamaño—. Pero al menos tú vales la pena.

Cojo a bebés en brazos todos los días, pero nunca tengo esta sensación. Sabrina y yo vivíamos a una habitación de distancia en el campus de Tufts, luego nos mudamos a un apartamento antes de subir de nivel en la escala social, o algo así, y trasladarnos a una casa en ruinas. Por arte de magia, las dos acabamos en la costa oeste, en el Área de la Bahía, y ahora Sabrina tiene un bebé. Que ya tengamos edad para hacer eso (parir hijos, criarlos) es una sensación rarísima.

—Anoche estuve despierta hasta las once —dice Sabrina, mirándonos con cariño. Aparece cierta ironía en su sonrisa—. Y me desperté a las dos. Y a las cuatro. Y a las seis…

—Bueno, tú ganas. Pero para ser justa, huele mejor que la mayoría de las personas que iban en el autobús. —Le doy un besito en la cabeza a Viv y la acomodo mejor en el hueco seguro de mi brazo antes de coger mi café con cuidado.

La taza me produce una sensación rara en la mano. Es de cerámica, no es un vaso desechable ni el termo de acero inoxidable inmenso que Sean me llena hasta el borde cada mañana al asumir (no incorrectamente) que necesito una dosis colosal de cafeína para poder enfrentarme al día. Hacía siglos que no tenía tiempo de sentarme con una taza de verdad a beber algo.

—Pareces una madre de verdad —dice Sabrina, observándonos desde el otro lado de la mesita de la cafetería.

—Los beneficios de trabajar con bebés todo el día.

Sabrina se queda en silencio un segundo y me doy cuenta de mi error. Regla básica número uno: no hacer referencia a mi trabajo delante de madres, más si se trata de primerizas. Prácticamente escucho su corazón.

—No sé cómo lo haces —susurra.

La frase ya es un coro repetitivo en mi vida. Mis amigos aún no saben por qué tomé la decisión de especializarme en UCI pediátrica. Sin equivocarme, veo siempre un atisbo de desconfianza que me hace creer que quizás no poseo cierta ternura esencial, cierto instinto maternal que evitaría que pudiera presenciar el sufrimiento de niños enfermos como parte de mi rutina.

Le doy a Sabrina mi respuesta habitual «Alguien tiene que hacerlo» y luego añado:

—Y se me da bien. Pero ¿neurología pediátrica? Eso sí que no podría hacerlo —digo, y luego me muerdo los labios, limitándome físicamente para no decir nada más. «Cállate, Macy. Cierra el pico». Sabrina asiente un poco, mirando a su bebé. Viv me sonríe y sacude las piernas con entusiasmo—. No todas las historias son tristes. —Le hago cosquillas en el estómago—. Los milagros pasan todos los días, ¿no crees, bonita?

—¿Cómo van los preparativos de la boda? —El cambio de tema de Sabrina es tan brusco que me estremezco un poco. Gruño y acerco el rostro al cuello de Viv, que tiene ese olor dulce a bebé—. Veo que muy bien, ¿no? —Riendo, Sabrina extiende los brazos hacia su hija, como si fuera incapaz de compartirla durante más tiempo. No la culpo. Viv parece un ovillo de lana y da gusto tenerla entre mis brazos.

—Es perfecta, la verdad —digo en voz baja y se la entrego—. Es una niña maravillosa.

Y, como si todo lo que hago estuviera entrelazado con mis recuerdos sobre los bebés (la familia numerosa y caótica que nunca tuve), me invade la nostalgia por el último bebé no relacionado con el trabajo con el que pasé tiempo de calidad.

Es un recuerdo de mi adolescencia.

Mi cerebro rebota entre cientos de imágenes: Dina haciendo la cena con Alex amarrada contra su pecho; Nick sosteniendo a Alex entre sus brazos robustos y peludos, mirándola con la ternura de una aldea entera; George, de dieciséis años, intentando (sin éxito) cambiar un pañal sin que haya un accidente sobre el sofá; la austeridad protectora

de Nick Jr., George y Andreas mirando a su nueva hermanita… Y luego, inevitablemente, mi cabeza recuerda a Elliot esperando en silencio a que sus hermanos mayores empezaran a pelearse, a correr o liarla, para poder recoger a Alex y darle toda su atención.

Me duele echarlos tanto de menos a todos, en especial a él.

—Mace —dice Sabrina.

Parpadeo.

—¿Qué?

—¿La boda?

—Sí. —Mi humor cambia; la idea de planear una boda mientras hago malabares con el trabajo me agota—. No hemos avanzado mucho. Todavía tenemos que escoger la fecha, el lugar…, todo. A Sean no le importan los detalles, aunque no crea que eso sea malo.

—Por supuesto —responde con una alegría falsa, moviendo a Viv para darle el pecho con disimulo en la mesa—. Además, no hay prisa.

Bajo su afirmación subyace una idea enterrada a muy poca profundidad: «Soy tu mejor amiga y he visto a tu futuro marido solo dos veces, por Dios. ¡No hay prisa!».

Y tiene razón. No hay prisa. Solo llevamos juntos unos meses. Pero Sean es el primer hombre con el que no siento que debo contenerme, al menos que haya conocido estos últimos diez años. Es muy tranquilo y, cuando su hija de seis años, Phoebe, preguntó cuándo nos casaríamos, pareció despertar algo en él que hizo que me propusiera matrimonio.

—Te lo juro —le digo—, no tengo ninguna novedad interesante. Espera, no. Tengo que ir al dentista la semana que viene. —Sabrina ríe —. A esto hemos llegado, esa es mi única novedad, además de ti, que romperá la monotonía de un futuro predecible. Trabajar, dormir, y vuelta a empezar.

Sabrina se lo toma como una invitación para hablar libremente de su nueva familia de tres, y despliega una lista de logros: la primera sonrisa, la primera risa, y, ayer, un puño diminuto y preciso que sujetó con firmeza el dedo de mamá.

Escucho, me encanta cómo cada detalle cotidiano es considerado como lo que es realmente: un milagro. Desearía poder escuchar todos sus «detalles cotidianos» todos los días. Me encanta lo que hago, pero echo de menos… conversar.

Este mediodía me toca trabajar y es probable que esté en la unidad hasta la noche. Luego volveré a casa, dormiré unas horas y repetiré la misma rutina mañana. Incluso después del café con Sabrina y Viv, el resto de este día se prolongará hasta el próximo y (a menos que ocurra algo terrible) no recordaré ni un solo detalle.

Así que, mientras ella habla, intento absorber lo máximo posible del mundo exterior. Inhalo el aroma a café y tostadas, el sonido de la música bajo el zumbido de los clientes. Cuando Sabrina se agazapa para sacar un chupete, levanto la vista hacia la barra y observo a una mujer con rastas rosas, a un hombre bajito con un tatuaje en el cuello que apunta los pedidos, y, frente a ellos, veo un torso largo y masculino que me devuelve a la realidad con una bofetada.

Tiene el pelo casi negro, despeinado, y la cabeza ladeada, la parte inferior de su camisa sobresale sobre un par de vaqueros negros gastados. Lleva unas alpargatas con estampado a cuadros con aire *vintage* y una cartera usada de piel cuelga de uno de sus hombros y descansa contra la cadera.

De espaldas a mí, es igual a miles de hombres, pero sé con exactitud quién es.

Lo que lo delata es el libro de tapa dura con las esquinas de las hojas dobladas que lleva bajo el brazo: solo una persona releería *Ivanhoe* cada octubre. Como un ritual y con devoción absoluta.

Incapaz de apartar la mirada, soy presa de la expectativa y espero el instante preciso en que se dé la vuelta y pueda ver cómo lo han tratado los últimos once años. Apenas pienso en mi propia apariencia: mi jersey verde menta, mis zapatillas cómodas, mi melena recogida en una coleta desordenada. Aunque ninguno de los dos le prestó nunca atención a nuestro aspecto. Siempre estábamos demasiado ocupados memorizándonos mutuamente.

Sabrina llama mi atención mientras el fantasma de mi pasado paga su café.

—¿Mace?

Parpadeo y la miro.

—Siento. Lo. Siento. ¿Qué… decías?

—Solo hablaba de un sarpullido por el pañal. Pero me interesa más saber qué te ha puesto tan… —Se da media vuelta para seguir la dirección de mi mirada—. Oh.

Su «oh» muestra que no entiende nada todavía. Su «oh» solo se refiere al aspecto del hombre que está de espaldas. Es alto; cuando cumplió los quince pegó un estirón repentino. Y sus hombros son amplios; eso también pasó de golpe, pero más tarde. Recuerdo haberlo notado la primera vez que se puso de pie, con los vaqueros por las rodillas, su espalda robusta cubrió la luz tenue del techo. Conserva su pelo grueso, y eso siempre ha sido así. Sus pantalones de tiro bajo le hacen un culo increíble y… no tengo ni idea de cuándo pasó eso.

Para resumir, es exactamente igual que la clase de hombre al que miraríamos en silencio antes de mirarnos entre nosotras para

compartir una expresión silenciosa de asombro. Es una de las revelaciones más surrealistas de mi vida: él ha crecido y se ha convertido en la clase de desconocido que yo contemplaría en secreto.

Es bastante extraño verlo de espaldas, y lo observo con tanta intensidad que, por un segundo, me convenzo de que, después de todo, no es él.

Podría ser cualquiera… Y, además, después de una década separados, ¿cómo de bien reconozco su cuerpo?

Pero luego se da la vuelta y siento que la cafetería se ha quedado sin oxígeno. Es como si me hubieran dado un puñetazo en el esternón, mi diafragma se paraliza.

Sabrina oye el crujido polvoriento que brota de mi interior y se da media vuelta. Veo como empieza a abandonar su silla.

—¿Mace?

Inhalo, pero la respiración profunda y algo ácida hace que me ardan los ojos.

Su cara es más ancha, su mandíbula, más marcada, su barba incipiente, más frondosa. Todavía lleva el mismo estilo de gafas de pasta, pero parecen gigantes. Los vidrios todavía agrandan sus brillantes ojos avellana. Su nariz es la misma, pero ya no es demasiado grande para su cara. Y su boca también está igual: recta, suave, capaz de esbozar la sonrisa sarcástica más perfecta del mundo.

Ni siquiera puedo imaginarme la expresión que pondría si me viera aquí. Sería nueva para mí.

—¿Mace? —Sabrina agarra mi antebrazo con su mano libre—. Cariño, ¿estás bien?

Trago saliva y cierro los ojos para salir de mi propio trance.

—Sí.

—¿Segura? —Suena poco convencida.

—Pues… —Trago, abro los ojos con intención de mirar a mi amiga, pero, una vez más, mi vista se posa a su espalda—. Ese chico… es Elliot.

Esta vez, su «oh» es significativo.



ANTES

VIERNES, 9 DE AGOSTO
QUINCE AÑOS ATRÁS

La primera vez que vi a Elliot fue en la jornada de puertas abiertas.

La cabaña estaba vacía; a diferencia de los «productos» de inmobiliaria montados meticulosamente en el Área de la Bahía, esa casa llamativa en venta en Healdsburg estaba deshabitada. Aunque en la adultez aprendería a apreciar el potencial de los espacios sin decorar, para mis ojos adolescentes el vacío era frío y hueco. Nuestra casa en Berkeley se componía descaradamente por una auténtica plaga de objetos. Cuando estaba viva, las tendencias sentimentales de mamá se antepusieron al minimalismo de mi padre danés, y, después, él no fue capaz de cambiar la decoración.

Aquí, las paredes tenían manchas más oscuras donde habían colgado cuadros. Había un sendero marcado en la alfombra que revelaba la ruta favorita de los habitantes previos: desde la puerta principal hasta la cocina. El piso superior estaba abierto hacia la entrada, el pasillo de arriba, que solo tenía barandillas de madera antigua en el borde, miraba hacia el piso inferior. Arriba, todas las puertas de las habitaciones estaban cerradas, lo que le daba al pasillo largo la sensación de estar un poco embrujado.

—Vamos al final del pasillo —dijo mi padre, señalando con el mentón para indicar hacia dónde quería que fuera. Él había visto la casa en la página web de la inmobiliaria, y sabía qué esperar—. Este podría ser tu cuarto.

Subí las escaleras de madera oscura, pasé por la habitación principal y el cuarto de baño, y continué avanzando hacia el final del pasillo angosto y profundo. Veía una luz verde pálida que provenía de debajo de la puerta; lo que pronto descubriría es que era el resultado de una pintura verde iluminada por el sol de la tarde. El picaporte de cristal transparente estaba frío, y, al girarlo, emitió un quejido oxidado. La puerta se atascó, los bordes estaban deformados por la humedad crónica. La empujé con el hombro, decidida a entrar; casi me caigo dentro de la habitación cálida y luminosa.

Era más larga que ancha, quizás incluso tenía el doble de largo que de ancho. Una ventana inmensa ocupaba la mayor parte de la pared larga, con vistas a una colina plagada de árboles cubiertos de musgo. Como un mayordomo paciente, una ventana pequeña y alta esperaba en un extremo del cuarto, sobre la pared angosta, con vistas del río

Ruso a lo lejos.

Aunque el piso inferior no destacaba por nada en concreto, al menos las habitaciones tenían bastante potencial.

Con mejor ánimo, me di media vuelta para ir en busca de mi padre.

—¿Has visto el armario, Mace? —preguntó en cuanto salí—. He pensado que podríamos convertirlo en tu biblioteca personal —dijo mientras salía de la habitación principal.

Justo en ese momento, uno de los agentes lo llamó, así que, en vez de caminar hacia mí, mi padre bajó las escaleras.

Regresé al cuarto, caminé hasta el fondo. La puerta del armario se abrió sin protestar. La manilla incluso estaba templada.

Al igual que el resto de los espacios de la casa, el armario carecía de decoración. Pero no estaba vacío.

La confusión y el pánico leve me aceleraron el corazón.

Sentado al fondo, vi a un niño leyendo, escondido en el extremo más alejado de la puerta, formando una C con la espalda y el cuello para encajar en el punto más bajo del techo hundido.

No podía tener más de trece años, igual que yo. Delgado, con un pelo oscuro y grueso que pedía con desesperación unas tijeras, y con unos ojos avellana enormes detrás de unas gafas de pasta gruesas. Su nariz era demasiado grande para su cara, sus dientes eran demasiado grandes para su boca, y su presencia era demasiado grande para un cuarto que debía estar vacío.

La pregunta brotó teñida de incomodidad:

—¿Quién eres?

Él me miró, con los ojos abiertos de par en par por la sorpresa.

—No sabía que iba a venir alguien a ver la casa.

Mi corazón aún latía desbocado. Y algo en la mirada del chico, en esos ojos inmensos que no parpadeaban detrás de las gafas, me hizo sentir extrañamente expuesta.

—Estamos pensando en comprarla. —El chico se puso de pie y se sacudió el polvo de la ropa, lo que me permitió ver que sus rodillas eran la parte más ancha de cada una de sus piernas. Sus zapatos de cuero color café estaban lustrados, tenía la camisa planchada y metida dentro de los pantalones cortos. Parecía completamente inofensivo… Pero en cuanto dio un paso al frente, mi corazón se paró preso del pánico y solté—: Mi padre es cinturón negro de kárate.

Él parecía sentir una mezcla de miedo y escepticismo.

—¿En serio?

—Sí.

Frunció las cejas.

—¿Y eso?

Dejé caer los puños, que antes descansaban sobre mi cadera.

—Bueno, no es cinturón negro. Pero es enorme. —Aquello le pareció verosímil, así que me miró con nerviosismo—. Por cierto, ¿qué haces aquí? —pregunté, mirando a mi alrededor. El armario era inmenso, un cuadrado perfecto de al menos tres metros y medio a cada lado, un techo alto que caía con dramatismo en la parte trasera, de quizás solo un metro de alto. Me imaginaba sentada allí dentro, en un sofá lleno de cojines y libros, pasando una tarde de sábado perfecta.

—Me gusta leer aquí. —Él se encogió de hombros, y algo dormido despertó en mi interior ante la simetría mental, un zumbido que no había sentido en años—. Mi madre tenía una copia de la llave de la época en que la familia Hanson era dueña de la casa, y ellos nunca venían.

—¿Tus padres van a comprar esta casa?

Él parecía confundido.

—No. Yo vivo al lado.

—Entonces, ¿no estás invadiendo una propiedad privada?

Él sacudió la cabeza.

—Hoy es la jornada de puertas abiertas, ¿no?

Lo miré de nuevo. Su libro era de tapa dura y tenía un dragón en la cubierta. Él era alto y tenía ángulos por todo el cuerpo: codos puntiagudos y hombros en punta. Su pelo estaba enmarañado, pero peinado. Tenías las uñas cortas.

—¿Sueles venir aquí a pasar el rato?

—A veces —respondió—. La casa lleva vacía un par de años.

Lo miré con desconfianza.

—¿Seguro que te dejan estar aquí? Pareces nervioso.

Él se encogió de hombros, subiendo un hombro puntiagudo hacia el techo.

—Es que vengo de correr una maratón.

—No pareces capaz de correr ni hasta la esquina. —Hizo una pausa para respirar, y luego se rio a carcajadas. Parecía una risa que no dejaba escapar con libertad frecuentemente, y algo en mi interior floreció—. ¿Cómo te llamas? —pregunté.

—Elliot. ¿Tú?

—Macy.

Elliot me miraba fijamente mientras se recolocaba las gafas con el dedo índice para que no se le cayeran, pero, aunque se esforzase, cada vez que quitaba el dedo, las gafas se deslizaban por su nariz.

—Si compras esta casa no vendré a leer aquí sin avisar.

Se me había planteado un desafío, cierta elección ofrecida: ¿amigos

o enemigos?

Me vendría muy bien un amigo.

Exhalé y esbocé una sonrisa a regañadientes.

—Si compramos esta casa, puedes venir a leer aquí cuando quieras.

Él sonrió, con una sonrisa tan amplia que podía contar sus dientes.

—Quizás hoy estaba calentándote el sitio.



AHORA

MARTES, 3 DE OCTUBRE

Elliot aún no me ha visto.

Espera cerca de la máquina de expreso. Tiene la cabeza inclinada mientras mira hacia abajo. En el mar de personas desconectadas del mundo aisladas en sus teléfonos móviles, Elliot está leyendo un libro.

¿Tendrá Elliot un móvil? Para cualquier persona, sería una pregunta absurda. Para él no. Hace once años tenía uno, heredado de su padre, la clase de teléfono en el que era necesario pulsar el número cinco tres veces si querías escribir la letra L. Rara vez lo utilizaba como algo más que un pisapapeles.

—¿Cuándo fue la última vez que lo viste? —pregunta Sabrina.

Parpadeo y la miro, con el ceño fruncido. Sé que ella sabe la respuesta a esa pregunta, al menos de manera general. Pero relajo la expresión cuando entiendo que ahora mismo no hay otra cosa que ella pueda hacer más que darme conversación; no quiero pagarlo con mi amiga.

—Mi último año de instituto. En Año Nuevo.

Hace una mueca de dolor mostrando todos los dientes.

—Es cierto.

Un instinto se despierta en mí: una energía de autopreservación que hace que me levante de la silla.

—Lo siento —digo, mirando a Sabrina y a Viv—. Tengo que irme.

—Claro. Sí. Por supuesto.

—Te llamaré este fin de semana, ¿vale? Podemos ir al Golden Gate Park. —Ella sigue asintiendo como si mi sugerencia robótica no fuera ni siquiera una posibilidad remota. Ambas sabemos que no he tenido un fin de semana libre desde antes de que empezara mi residencia en julio. Intentando moverme del modo menos sospechoso posible, me cuelgo el bolso y me inclino para besar la mejilla de Sabrina—. Te quiero —digo al ponerme de pie, deseando poder llevármela conmigo. Ella también huele a bebé.

Sabrina asiente, devolviéndome el sentimiento, y luego, mientras miro a Viv con su puñito regordete, mi amiga mira por encima de mi hombro y se paraliza.

A juzgar por su postura, sé que Elliot me ha visto.

—Mmm… —dice Sabrina, dándose media vuelta y alzando el mentón para indicarme que quizás debería echar un vistazo—. Viene hacia aquí.

Hurgo en mi bolso, intentando parecer muy ocupada.

—Me iré corriendo —murmuro.

—¿Mace? —Me quedo petrificada con una mano en la tira del bolso y los ojos clavados en el suelo. Un pinchazo de nostalgia me atenaza el cuerpo en cuanto oigo su voz, que había sido aguda y chillona hasta que maduró. Recibió cientos de burlas por su voz nasal y estridente hasta que, un día, el universo lo compensó con una voz similar a la miel espesa. Repite mi nombre; esta vez sin apodo, en voz más baja—: ¿Macy Lea?

Levanto la vista (en un impulso del que sin duda me reiré hasta que me muera), alzo la mano y saludo sin vigor, diciendo con alegría:

—¡Elliot! ¡Hola!

Como si fuéramos conocidos.

Como si nos hubiéramos cruzado una vez en un tren que venía de Santa Bárbara.

Mientras él se aparta el pelo de los ojos en un gesto de incredulidad que le he visto hacer un millón de veces, me doy la vuelta, me abro paso entre la multitud y salgo a la calle. Troto en la dirección equivocada antes de percatarme de mi error y volver sobre mis pasos a toda prisa. Doy dos pasos largos, con la cabeza inclinada y el corazón acelerado, cuando me choco con un pecho ancho.

—¡Oh! ¡Lo siento! —digo antes de alzar la vista y darme cuenta de lo que he hecho.

Las manos de Elliot sostienen la parte superior de mis brazos, sujetándome con firmeza a pocos centímetros de él. Sé que está observándome, esperando que lo mire a los ojos, pero mi mirada está clavada en su nuez, y mis pensamientos están atascados recordando cómo solía contemplar su cuello a escondidas de manera intermitente durante horas mientras leíamos juntos en el armario.

—Macy. ¿En serio? —dice con calma, implicando mil cosas diferentes.

En serio, ¿eres tú?

En serio, ¿por qué acabas de huir?

En serio, ¿dónde te has metido estos diez años?

Parte de mí desearía que fuera la clase de persona que puede seguir caminando, huir y fingir que esto nunca ha sucedido. Podría subirme al tren, coger el autobús hasta el hospital y sumergirme en un día laboral frenético para lidiar con emociones que, la verdad, son mucho más importantes que las que siento ahora.

Pero otra parte lleva esperando este preciso momento los últimos once años. El alivio y la angustia laten con fervor dentro de mi pecho. He deseado verlo cada día. Pero, a su vez, quería no volver a verlo

nunca más.

—Hola. —Por fin, lo miro. Intento descifrar qué debo decir; mi cabeza está llena de palabras sin sentido. Es una tormenta en blanco y negro.

—¿Estás…? —dice él sin aliento. Aún no me suelta—. ¿Te has mudado aquí de nuevo?

—A San Francisco.

Lo observo mientras él asimila mi uniforme, mis zapatillas de deporte horribles.

—¿Médica?

—Sí. Residente.

Soy un robot.

Levanta las cejas.

—¿Y qué haces por aquí?

Qué sitio tan raro para empezar. Pero cuando tienes una montaña delante, supongo que uno empieza a subirla con un paso, rumbo a la cima más alta.

—Tomarme un café con Sabrina. —Él frunce la nariz en un gesto de incomprensión dolorosamente familiar—. Era mi compañera de piso en la universidad —aclaro—. Vive en Berkeley.

Elliot se desinfla de un modo muy sutil, recordándome que él no conoce a Sabrina. Y eso que antes no pasábamos ni un mes sin ponernos al día. Pero ahora hay años y vidas enteras que ninguno de los dos conoce.

—Te llamé —dice—. Un millón de veces. Y luego cambiaste de número.

Se pasa la mano por el pelo y se encoge de hombros con impotencia. Y lo entiendo. Esto es surrealista. Es incomprensible que nos hayamos distanciado tanto. Que yo haya permitido que pasara.

—Lo sé. Mmm… Cambié de teléfono —digo sin convicción.

Él se ríe, pero no emite un sonido particularmente feliz.

—Sí, eso me pareció.

—Elliot —digo, superando el nudo que aparece al sentir la presencia de su nombre—, lo siento. Tengo que irme para llegar pronto al trabajo.

Él se inclina para quedar a la altura de mi rostro.

—¿Estás de broma? —Abre los ojos de par en par—. No puedo encontrarme contigo en Saul, decir «Hola, Macy, ¿qué tal?», dejar que vayas al trabajo y no hablar contigo durante otros putos diez años.

Ahí está. Elliot nunca ha sido capaz de jugar sin ir con todo el equipo.

—No estoy preparada para esto —admito en voz baja.

—¿Necesitas prepararte para mí?
—Si hay alguien para quien debo prepararme… es para ti.
Acierto en la diana, en el centro de un núcleo vulnerable para él, pero, en cuanto hace una mueca de dolor, me arrepiento.
Mierda.
—Dame un minuto —insiste, y me aparta a un lado de la acera para no obstruir el flujo constante de transeúntes—. ¿Cómo estás? ¿Hace cuánto que has vuelto? ¿Cómo está Duncan?
A nuestro alrededor, el mundo parece detenerse.
—Estoy bien —digo de forma mecánica—. Me mudé en mayo. —Su tercera pregunta me destruye, y mi respuesta brota con voz temblorosa—: Y mi padre… murió.
Elliot retrocede levemente.
—¿Qué?
—Sí —digo con la voz afectada. Me quedo sin palabras mientras lucho por reescribir la historia, por darle un sentido y un orden a la sinapsis de mi cerebro.
De algún modo, estoy siendo capaz de tener esta conversación sin perder la cordura, pero, si permanezco de pie aquí dos minutos más, todo podría pasar. No me viene bien tener a Elliot delante, preguntándome cosas sobre mi padre tras apenas dos horas de sueño y la previsión de un día de dieciocho horas por delante… Necesito salir de aquí cuanto antes.
Pero, cuando lo miro, veo que el rostro de Elliot es un espejo de lo que sucede en mi pecho. Parece devastado. Él es el único que estaría así después de oír que mi padre ha muerto, porque él es el único que puede entender a la perfección el efecto de su muerte en mí.
—¿Duncan ha muerto? —Su voz está cargada de conmoción—. Macy, ¿por qué no me lo dijiste?
Mierda, esa sí que es una pregunta inmensa.
—Pues… —empiezo y sacudo la cabeza— ya habíamos perdido el contacto cuando pasó.
Las náuseas suben desde mi estómago hasta mi garganta. Vaya manera de evadir el asunto. Qué maniobra tan rastrera.
Él sacude la cabeza.
—No lo sabía. Lo siento mucho, Mace.
Me permito mirarlo tres segundos más y siento que alguien me da otro puñetazo en las entrañas. Él es mi persona. Él siempre ha sido mi persona. Mi mejor amigo, mi confidente, quizás el amor de mi vida. Y he pasado los últimos siete años enfadada. Pero, a fin de cuentas, él fue quien abrió la brecha entre nosotros, y el destino la desgarró hasta abrirla de par en par.

—Tengo que irme —digo en un impulso abrupto de incomodidad —. ¿Vale?

Antes de que él pueda responder, avanzo por la calle hacia la estación. Camino rápido y siento que él está ahí, a mis espaldas o en un asiento del vagón contiguo.



ANTES

VIERNES, 11 DE OCTUBRE
QUINCE AÑOS ATRÁS

La familia Petropoulos estaba en su patio delantero cuando llegamos en un camión de mudanzas dos meses después. El camión que alquilamos para la mudanza estaba solo lleno a medias porque mi padre y yo pensamos que tendríamos más cosas que trasladar. Pero, al final, resultó que habíamos comprado solo muebles para dormir, comer, leer y no mucho más.

Mi padre lo llamaba «muebles para la hoguera». Pero yo no entendía a qué se refería. Quizás lo hubiera pillado si me hubiera tomado el tiempo de pensarlo unos segundos, pero la única idea que tuve durante todo el viaje de noventa y cinco minutos fue que íbamos a una casa que mi madre nunca había visto. Sí, a ella le gustaría, pero no la había elegido, no la había visto. Esa realidad me resultaba amarga y horrible. Mi padre todavía conducía su Volvo viejo y ruidoso. Todavía vivíamos en la misma casa en Rose Street, llena de esos muebles que ya estaban allí cuando mi madre vivía. Yo me había comprado ropa nueva, pero siempre sentía que mi madre seleccionaba las prendas a través de una intervención divina cuando íbamos de compras, porque mi padre solía sugerirme la ropa más holgada y enorme posible, pero siempre aparecía alguna vendedora empática con el brazo lleno de prendas más apropiadas diciendo con confianza: «Sí, esto es lo que todas las chicas llevan ahora y no hace falta preocuparse, señor Sorensen».

Bajé del camión de mudanzas, me coloqué bien la camiseta y observé al grupo. Al primero al que vi fue a Elliot: el rostro familiar en medio de la multitud. Pero a su alrededor había tres chicos más y dos padres sonrientes.

La imagen de la familia numerosa, esperando para ayudar, solo aumentó el dolor que brotaba de mi pecho y subía por mi garganta, clavando sus garras.

El hombre (que sin duda alguna era el padre de Elliot, con su cabello negro grueso y su nariz distintiva) trotó hacia nosotros y estrechó la mano de mi padre. Era más bajo que él, pero apenas un par de centímetros, lo cual resultaba inusual.

—Nick Petropoulos —dijo, y luego se giró para estrecharme la mano—. Tú debes ser Macy.

—Sí, señor.

—Llámame Nick.

—Bueno, señor… Nick. —Jamás hubiera pensado en llamar a un padre por su nombre propio.

Rio y miró a mi padre.

—Hemos pensado que necesitaríais ayuda para descargar el camión.

Mi padre sonrió y habló con su simpleza característica:

—Qué amable. Gracias.

—También he pensado que a mis hijos les vendría bien un poco de ejercicio para que no se pasen todo el día peleando. —Nick extendió su brazo grueso y peludo y señaló—: Ahí está mi esposa, Dina. Mis hijos: Nick Jr., George, Andreas y Elliot.

Tres chicos fornidos (y Elliot) estaban de pie al final de los escalones de nuestra entrada, observándonos. Supuse que todos tenían alrededor de quince o diecisiete años, excepto Elliot, cuyo físico era tan distinto al de sus hermanos que no estaba segura de su edad. Su madre, Dina, era maravillosa: alta, con curvas y con una sonrisa marcada por un par de hoyuelos profundos y amables en las mejillas. Excepto Elliot, que era la versión esmirriada de su padre, el resto de sus hijos eran idénticos a ella. Ojos somnolientos, hoyuelos, altos.

Guapos.

Mi padre me pasó un brazo por los hombros y me acercó a él en lo que no supe si era un gesto protector o una afirmación de que él también sentía lo pequeña que era nuestra familia en comparación con la de ellos.

—No sabía que teníais cuatro hijos. Creo que Macy ya conoce a Elliot. —Mi padre me miró en busca de confirmación.

En mi visión periférica estaba Elliot, moviéndose en su sitio con incomodidad. Lo miré con una sonrisa astuta.

—Sí —dije, y agregué con un poco de ironía—: Me lo encontré leyendo en mi armario.

Nick le restó importancia sacudiendo la mano.

—El día de la jornada de puertas abiertas, lo sé. Le encantan los libros, y ese armario era su lugar de lectura favorito. Su amigo Tucker solía venir aquí los fines de semana, pero ahora se ha ido. —Mirando a mi padre, añadió—: Su familia se mudó a Cincinnati. ¿De Wine County a Ohio? Qué mierda, ¿no? Pero no te preocupes, Macy. No volverá a pasar. —Con una sonrisa, siguió la marcha estoica de mi padre por los escalones—. Llevamos viviendo en la casa de al lado los últimos diecisiete años y hemos visitado vuestra casa mil veces. —Un escalón crujió debajo de su bota de trabajo y lo tanteó con la punta del pie—. Este escalón siempre da problemas.

A pesar de mi corta edad, noté que mi padre se tensaba tras el comentario. Mi padre, un hombre agradable y cercano, que había sido víctima de cierta rigidez por culpa de la familiaridad relajada de Nick.

—Puedo arreglarlo —dijo mi padre con voz grave poco usual en él mientras se agazapaba sobre el escalón ruidoso. Ansioso por garantizarme que resolvería cada problema, por diminuto que fuese, añadió en voz baja—: Tampoco me encanta la puerta principal, pero es fácil cambiarla. Y si notas alguna otra cosa, dímelo. Quiero que esta casa sea perfecta para los dos.

—Papá —respondí, empujándolo con el codo con cariño—, ya es perfecta.

Mientras los chicos de la familia Petropoulos iban hacia el camión de mudanzas, mi padre les daba vueltas a las llaves, hasta que encontró la correcta en un llavero pesado lleno de llaves para abrir otras puertas, para nuestra otra vida a ciento veinte kilómetros.

—No sé qué nos hará falta para la cocina —me susurró mi padre—. Y es probable que haya que hacer reformas…

Me miró con una sonrisa insegura y abrió la puerta principal. Yo todavía estaba evaluando el porche amplio que se extendía por el lateral de la casa y que escondía un paisaje desconocido de árboles frondosos al otro lado del patio lateral. Mi mente vagaba pensando en largas caminatas por el bosque en busca de flores de colores. Quizás un chico me besase algún día en ese bosque.

Quizás sería uno de los Petropoulos.

Mi piel ardió por el rubor e incliné la cabeza para que mi cabello cayera hacia delante. Hasta hoy, solo me había enamorado de Jason Lee. Nos conocíamos desde la guardería y bailamos juntos y a trompicones una canción en el Baile de Fin de Curso, y luego nos separamos con incomodidad y nunca más volvimos a dirigirnos la palabra. Aparentemente, yo era buena siendo amiga de casi todo el mundo, pero si añadías cierta química romántica, me convertía en un robot espasmódico.

Formamos una cadena humana para pasar cajas del camión a la entrada de la casa y terminamos rápido el trabajo en equipo. Luego, dejamos que los cuerpos más robustos se encargaran de los muebles. Elliot y yo cogimos cada uno una caja de cartón que ponía *Macy* pintado a rotulador y las llevamos hasta mi habitación. Lo seguí por el pasillo hasta el vacío luminoso de mi cuarto.

—Puedes dejarla en una esquina —dije—. Y gracias.

Él me miró, asintiendo mientras dejaba la caja en el suelo.

—¿Son libros?

—Sí.

Tras una mirada tímida en busca de aprobación, Elliot abrió la tapa y ojeó su interior. Sacó el libro que estaba encima: *Favor por favor*.

—¿Te lo has leído? —preguntó dudoso. Asentí, le quité mi adorado libro de las manos y lo puse en la estantería vacía que había dentro del armario—. Es un buen libro.

Sorprendida, lo miré y le pregunté:

—¿Tú también lo has leído?

Asintió y dijo sin vergüenza:

—Me hizo llorar. —Metió de nuevo la mano dentro de la caja, cogió otro libro y deslizó un dedo sobre la cubierta—. Este también es bueno. —Me miró con sus ojos grandes, parpadeando—. Tienes buen gusto.

Lo miré fijamente.

—¿Tú lees mucho?

—En general, leo un libro al día.

Abrí los ojos de par en par.

—¿En serio?

Se encogió de hombros.

—Las personas que vienen a pasar las vacaciones por aquí suelen olvidarse sus lecturas de viaje al irse. La biblioteca recibe cientos de libros y he hecho un trato con Sue, la bibliotecaria: soy el primero en ver las novedades siempre y cuando las recoja el lunes y las devuelva el miércoles. —Se acomodó las gafas sobre el tabique—. Una vez, recibió seis libros nuevos de una familia que vino de visita una semana y me los leí todos.

—¿Te los leíste todos en tres días? —pregunté—. Es una locura.

Elliot frunció el ceño, entrecerrando los ojos.

—¿Crees que es mentira?

—No. ¿Cuántos años tienes?

—Catorce, los cumplí la semana pasada.

—Pareces más joven.

—Gracias —dijo con tono inexpresivo—. Esa es mi intención. —Exhaló y se apartó un mechón de pelo de la frente.

Una risa brotó de mi garganta.

—No quería ofenderte.

—¿Cuántos años tienes tú? —preguntó.

—Trece, mi cumpleaños es el 18 de marzo.

Elliot se acomodó las gafas de nuevo.

—¿Estás en el instituto?

—Sí, ¿tú?

Elliot asintió.

—También. —Miró el espacio vacío a su alrededor, evaluándolo—.

¿Qué hacen tus padres? ¿Trabajan en la ciudad?

Sacudí la cabeza, mordiéndome el labio. No me había dado cuenta de lo mucho que estaba disfrutando de la conversación con alguien que no sabía que yo no tenía madre, que no me había visto destrozada y vulnerable después de perderla.

—Mi padre tiene una empresa en Berkeley que importa y vende cerámica hecha a mano, artesanía y esas cosas. —No añadí que todo comenzó cuando él empezó a importar la cerámica que hacía su padre y que se vendía sin parar.

—Genial. ¿Y tu…?

—¿Qué hacen tus padres?

Entrecerró los ojos ante mi exabrupto, pero, de todos modos, respondió:

—Mi madre trabaja a media jornada en la sala de degustación de la bodega Toad Hollow. Mi padre es el dentista de la ciudad… —El dentista de la ciudad. ¿El único dentista? Supongo que no me había dado cuenta de lo pequeña que era Healdsburg hasta ahora. En Berkeley había tres clínicas dentales solo en mi camino de cuatro manzanas hasta la escuela—. Pero él solo trabaja tres días a la semana y es probable que hayas notado que no le gusta nada estar desocupado. Hace de todo en la ciudad —dijo Elliot—. Ayuda en el mercado agrícola, ayuda con transacciones en algunas bodegas…

—Sí, el vino es importante en esta zona, ¿no? —Me había dado cuenta, mientras él hablaba, de que habíamos pasado junto a muchas bodegas en la carretera de camino hasta aquí.

—El vino es lo más importante —dijo Elliot riendo. Y con eso, en ese preciso instante, sentí que entre nosotros las cosas serían sencillas. No lo había sentido en los últimos tres años. Tuve amigas que ya no sabían cómo hablarme, o que se habían cansado de que yo estuviera triste, o que estaban tan enfocadas en los chicos que ya no teníamos nada en común. Pero, de repente, Elliot corroboró que quizás no iba a ser tan sencillo—: ¿Tus padres están divorciados?

Inhalé, extrañamente ofendida.

—No. —Él inclinó la cabeza a un lado y me observó sin hablar—. Mi madre murió hace tres años.

Aquella verdad resonó en la habitación, y supe que mi revelación había abierto una brecha permanente entre nosotros. Yo ya no era algo simple: su nueva vecina, una chica potencialmente interesante. Ahora era una chica herida por la vida de modo irreversible. Era alguien frágil a quien tratar con cautela.

Él había abierto los ojos de par en par detrás de sus gafas gruesas.

—¿De verdad? —Asentí. ¿Deseaba no habérselo dicho? Un poco.

¿Qué sentido tenía una casa de descanso para los fines de semana cuando no podía descansar de la única verdad que parecía detener mis latidos cada pocos minutos? Él se miró los pies y se puso a juguetear con nerviosismo con un hilo suelto de sus pantalones cortos—. No sé qué haría si me pasase a mí.

—Yo todavía no sé qué hacer.

Y se hizo el silencio. Nunca sabía cómo continuar una conversación después del tema de mi madre muerta. Y ¿qué era peor? ¿Tener la charla con un desconocido como él o tenerla en casa con alguien que me conocía de toda la vida y que ya no sabía cómo hablarme sin falsa alegría o sin pena empalagosa?

—¿Cuál es tu palabra favorita?

Sorprendida, alcé la vista hacia él, sin saber si había oído bien.

—¿Mi palabra favorita?

Él asintió y se recolocó las gafas, frunciendo rápido el rostro en un gesto habitual que lo hacía parecer enfadado y, medio segundo después, sorprendido.

—Tienes siete cajas de libros, algo me dice que te gustan las palabras.

Supongo que nunca había pensado en tener una palabra favorita, pero ahora que lo preguntaba, me gustaba la idea. Entorné los ojos para concentrarme.

—*Ranúnculo* —dije después de un instante.

—¿Qué?

—*Ranúnculo*. Es una flor. Es una palabra muy fea, pero la flor es tan bonita que no te lo esperas.

No dije: «Era la flor favorita de mi madre».

—Es una respuesta bastante típica para una chica.

—Bueno, soy una chica. —Elliot mantuvo la vista clavada en sus pies, pero noté igualmente el brillo de interés cuando dije *ranúnculo*. Apuesto a que se esperaba que respondiera *unicornio* o *margarita* o *vampiro*—. ¿Y tú? ¿Cuál es tu palabra favorita? Apuesto a que es *tungsteno*. O, no sé, *anfibio*.

Él esbozó una sonrisa y respondió:

—*Regurgitar*.

Lo miré mientras fruncía la nariz.

—Es una palabra asquerosa.

Aquello amplió más su sonrisa.

—Me gusta el sonido rígido de las consonantes que tiene. Suena exactamente a lo que significa.

—¿Una onomatopeya?

Me hubiese encantando que empezaran a sonar unas trompetas con

música celestial por un altavoz invisible en la pared mientras Elliot me miraba con los labios abiertos y las gafas deslizándose despacio por su nariz.

—Sí —dijo.

—No soy idiota, ¿vale? No hace falta que te sorprenda tanto que me sepa algunas palabras difíciles.

—No creo que seas una idiota —dijo en voz baja; miró la caja, cogió otro libro y me lo dio.

Tras retomar nuestro método lento e ineficiente de ordenar libros, sentí que él me miraba con discreción y curiosidad a cada rato.

Fingí no darme cuenta.



AHORA

MIÉRCOLES, 4 DE OCTUBRE

Siento que esta noche se han abierto los puntos de una herida. Por dentro estoy en carne viva, como si le hubiesen dado una paliza a un órgano vital. Sobre mí, el techo parece apagado; las manchas de humedad se expanden sobre las grietas con forma de araña. El ventilador gira con pereza una y otra y otra vez alrededor de la tulipa esmerilada. Mientras gira, las aspas atraviesan el aire, imitando la exhalación rítmica de Sean, que duerme a mi lado.

Chh.

Chh.

Chh.

Él ya estaba dormido cuando llegué a casa a las dos de la mañana. Por primera vez, agradezco las horas largas de trabajo; no sé cómo hubiera podido sentarme a cenar con él y con Phoebe cuando solo podía pensar en el encuentro con Elliot.

Anoche, en el autobús camino a casa, sentí una culpa momentánea porque el caos de mi turno no era el centro de mis pensamientos. El encuentro con Elliot ocupaba toda mi mente. En un exabrupto de pánico, me pregunté si fue poco educado por mi parte no presentar a Elliot y Sabrina. Ese pensamiento me interroga de forma obsesiva.

Sean se despierta cuando me muevo para frotarme la cara, rueda hacia mí y me abraza rodeándome la cadera. Por primera vez desde que él me besó en mayo del año pasado, siento que estoy exponiéndome.

Gruñendo, lo aparto y me siento en el lateral de la cama con los codos sobre las rodillas.

—¿Estás bien, amor? —pregunta, acercándose a mi espalda hasta posar su mentón sobre mi hombro.

Sean no sabe nada sobre Elliot. Lo cual es una locura, porque, si nos vamos a casar, él debería conocer cada parte de mí, ¿no? Aunque no llevemos juntos tanto tiempo, las cosas importantes deberían estar claras, y durante la mayoría de mi adolescencia no había nada más importante que Elliot. Sean sabe que crecí en Berkeley, que pasé muchos fines de semana en Healdsburg y que tenía buenos amigos allí. Pero no tiene ni idea de que conocí a Elliot con trece años, ni de que me enamoré de él con catorce, ni de que lo aparté de mi vida pocos años después.

Asiento.

—Estoy bien. Es solo cansancio.

Él se gira y mira el reloj, y yo lo imito. Apenas son las siete, y las rondas no empiezan hasta las nueve. Y dormir es un lujo al que no debería renunciar.

¿Por qué, cerebro? ¿Por qué?

Él se pasa la mano por su pelo entrecano.

—Es normal que estés cansada. Vuelve a la cama.

Sé que lo que quiere decir en realidad es «Vuelve a la cama y acostémonos antes de que Phoebs se despierte».

El problema es que no puedo arriesgarme porque sé que me sentiría mal.

Maldito Elliot.

Solo necesito un par de días para olvidarme de todo esto, nada más.



ANTES

JUEVES, 20 DE DICIEMBRE
QUINCE AÑOS ATRÁS

Nunca había pasado la Navidad lejos de casa, pero a principios de diciembre de ese primer año en la cabaña, mi padre dijo que nos iríamos de aventura. Para algunos padres, esa aventura podría ser un viaje a París o un crucero a un sitio exótico. Para mi padre, sin embargo, suponía unas vacaciones a la antigua en nuestra casa nueva, encender la *kalenderlys* danesa (una vela navideña) y disfrutar del pato asado, las coles, la remolacha y las patatas de la cena de Navidad.

Llegamos el día 20 de diciembre a la hora de la cena con el coche lleno a reventar de paquetes y decoración navideña nueva, seguidos de cerca por un hombre del pueblo con un diente de oro, una pierna de madera y una camioneta que trasportaba nuestro árbol de Navidad recién cortado.

Mientras luchaban por sacar el árbol colosal de la camioneta, me dio la sensación de que era tan enorme que ni siquiera cabría por la puerta de la casa. Fuera hacía frío y yo daba pisotones contra el suelo para entrar en calor. Sin pensar demasiado, miré por encima del hombro la casa de los Petropoulos.

Las ventanas brillaban, algunas estaban nubladas por la condensación. Una voluta de humo constante salía de la chimenea torcida, como una cinta, antes de desaparecer en la negrura.

Habíamos ido a la cabaña tres veces desde octubre y, en cada visita, Elliot había llamado a la puerta y mi padre le había dejado subir a mi cuarto. Nos recostábamos en el suelo de mi armario (que poco a poco se estaba convirtiendo en una biblioteca diminuta) y leíamos durante horas.

Pero yo aún no había visitado su casa. Intenté adivinar cuál era la habitación de Elliot, imaginar lo que estaría haciendo. Me pregunté cómo era la Navidad para ellos, en una casa con un padre y una madre, cuatro niños y un perro tan grande que parecía más bien un caballo. Apostaba que olía a galletas y a pino fresco recién cortado. Decidí que probablemente sería difícil encontrar un lugar silencioso donde leer.

Llevábamos apenas una hora en la casa cuando sonó el viejo timbre. Abrí la puerta y me encontré a Elliot y a la señora Dina cargando una fuente de horno llena de algo pesado y cubierta con papel aluminio.

—Os hemos traído galletas —dijo Elliot, acomodando las gafas sobre el tabique de la nariz. Tenía la boca llena de los hierros de su nuevo aparato y la cara cubierta por la red metálica que los sostenía y que le rodeaba la cabeza.

Lo miré con los ojos abiertos de par en par y él me fulminó con la mirada, sus mejillas empezaban a teñirse de rojo.

«Concéntrate en las galletas, Macy».

—¿Tenemos invitados, *min lille blomst*? —preguntó mi padre desde la cocina. Noté cierta desaprobación en su voz; la frase no dicha era «¿Acaso el chico no puede esperarse a mañana?».

—No me quedaré, Duncan —respondió la señora Dina—. Solo he venido a traeros unas galletas. Manda a Elliot de vuelta a casa cuando vayáis a cenar, ¿de acuerdo?

—La cena ya está casi lista —dijo mi padre como respuesta, su voz tranquila ocultaba cualquier tono desaprobatorio para alguien que no lo conociera tan bien como yo.

Fui hasta la cocina y puse la fuente de galletas sobre la encimera. Una ofrenda de paz.

—Vamos a leer un rato —le dije—. ¿Vale?

Mi padre me miró, luego les echó un vistazo a las galletas y cedió.

—Media hora.

Elliot entró por voluntad propia y me siguió; pasamos junto al árbol inmenso y subimos a mi habitación.

La música navideña de la cocina, que se colaba por la abertura de la escalera, desapareció cuando entramos en el armario. Desde que habíamos comprado la casa, mi padre se había dedicado a cubrir los muros con estantes y había añadido un puf en un rincón frente al pequeño futón que estaba contra la pared delantera. Había cojines desparramados por todos lados y el espacio empezaba a volverse acogedor, como el interior de la lámpara de un genio.

Cerré la puerta del armario en cuanto nos pusimos cómodos.

—¿Por qué te han puesto ese aparato? —pregunté, señalando los hierros. Él se encogió de hombros, pero no dijo nada—. ¿Tienes que llevar esa cosa en la cabeza todo el rato?

—Es un soporte, Macy. Se supone que solo tengo que ponérmelo cuando duermo, pero quiero que me quiten estos hierros cuanto antes.

—¿Por qué? —Él me miró fijamente y no hizo falta que dijese nada más—. ¿Te duele?

Contorsionó el rostro en una sonrisa sarcástica.

—¿Te parecen cómodos?

—No. Parecen horribles y de friki.

—Tú sí que eres horrible y friki —bromeó. Me desplomé sobre el

puf con un libro en la mano y lo observé mientras revisaba las estanterías—. Tienes todos los libros de *Ana de las Tejas Verdes* —dijo.

—Sí.

—No me los he leído. —Cogió uno de la fila y se acomodó en el futón—. ¿Palabra favorita?

Esto de la palabra favorita se había convertido ya en un ritual, así que ni siquiera me pilló por sorpresa esta vez. Mientras miraba mi libro, pensé un segundo antes de responder:

—*Silencioso.* ¿La tuya?

—*Caqui.* —Sin mediar palabra, empezamos a leer—. ¿Es difícil? —preguntó Elliot de pronto, y levanté la vista para mirarlo a los ojos: ambarinos, profundos y ansiosos. Él carraspeó con incomodidad y aclaró—: ¿Pasar la Navidad sin tu madre?

La pregunta me sorprendió tanto que parpadeé rápido y aparté la mirada. Por dentro, le supliqué que no me preguntara nada más. Incluso tres años después de su muerte, la cara de mi madre se materializaba con total nitidez en mis pensamientos: ojos grises danzarines, pelo negro grueso, piel morena, esa sonrisa torcida que me despertaba cada mañana hasta que llegó la primera mañana sin ella. Cada vez que me miraba en el espejo la veía reflejada ante mí. Así que sí, decir simplemente que era difícil no llegaba para expresar lo que sentía. Usar la palabra *difícil* era como describir una montaña como un bulto, como decir que el océano era un charco.

Y ninguna de esas cosas podría contener mis sentimientos respecto a la Navidad sin ella.

Elliot me observó de ese modo cauteloso tan típico en él.

—Si mi madre se muriese, las fiestas serían complicadas.

Sentí un nudo en el estómago y ardor en la garganta al preguntarle:

—¿Por qué? —Aunque la respuesta era evidente.

—Porque para ella son todo un evento. ¿No es así para todas las madres? —Tragué el llanto y asentí con firmeza—. ¿Qué hacía tu madre en Navidad?

—No puedes preguntarme cosas así. —Me recosté y miré el techo.

Su disculpa llegó de inmediato:

—¡Lo siento!

Ahora me sentía una completa imbécil.

—Además, sabes que estoy bien. —La mentira hacía que se me retorciese el estómago. Sentí que las lágrimas desaparecían por mi garganta—. Han pasado casi cuatro años. No tenemos que hablar de ello.

—Pero podemos hacerlo.

Tragué de nuevo y luego fijé la vista en la pared.

—Ella siempre inauguraba la Navidad de la misma manera: hacía bollos de arándanos y exprimía zumo de naranja. —Las palabras salían como el picoteo de un pájaro carpintero—. Comíamos frente a la chimenea, veíamos qué regalos nos habían dejado en los calcetines de Navidad mientras ella y mi padre me contaban historias de su niñez, y al final siempre empezábamos a inventarnos historias locas juntos. Cocinábamos pato entre los tres y luego abríamos los regalos que nos esperaban debajo del árbol. Y después de la cena, nos acurrucábamos frente a la chimenea y leíamos.

La voz de Elliot apenas se escuchaba.

—Suena perfecto.

—Lo era —concordé, ahora con más suavidad, perdida en el recuerdo—. A mi madre también le encantaban los libros. Siempre me regalaba libros, o cuadernos, o bolígrafos geniales, o papeles de colores. Y ella se lo leía todo. Siempre que íbamos juntas a una librería, se sabía todos los libros.

—Me parece que tu madre me hubiese caído genial.

—Todos la querían mucho —le conté—. Apenas le quedaban familiares. Sus padres murieron cuando ella era pequeña, pero te juro que cada persona que la conocía quería adoptarla.

Y todos parecían peces fuera del agua ahora que ella no estaba, no sabían qué hacer por nosotros, no sabían cómo lidiar con el silencio frío de mi padre.

—¿En qué trabajaba? —preguntó Elliot.

—Compraba libros para Books Inc.

—Guau, ¿en serio? —Elliot parecía impresionado de saber que mi madre había formado parte de algo tan importante, pero, por dentro, yo sabía que ella ya se había cansado de su trabajo. Siempre quiso tener su propia librería. Y solo cuando empezó a enfermar, ella y mi padre tuvieron el dinero suficiente para comprarla—. ¿Por eso tu padre te está construyendo este armario?

Sacudí la cabeza, pero la idea ni siquiera había cruzado mi mente hasta que Elliot lo mencionó.

—No creo. Bueno, tal vez…

—Quizás quiere que tengas un lugar donde puedas sentirte cerca de ella. —Yo seguía sacudiendo la cabeza. Mi padre sabía que era imposible que yo pensara en mi madre más de lo que ya lo hacía. Aunque supongo que su intención no es que pensase menos en ella. No serviría de nada. Al igual que contener el aliento no cambia la necesidad de oxígeno de tu cuerpo. Y, como si hubiera dicho eso en voz alta, Elliot preguntó—: ¿Piensas más en ella cuando estás aquí dentro?

«Por supuesto», pensé, pero, en cambio, ignoré a Elliot mientras toqueteaba el borde de la manta que colgaba del lateral del puf. «Pienso en ella en todas partes. Está en todos lados, en cada momento, y a su vez no está en ninguno. Se pierde cada uno de mis momentos y no sé para quién de las dos es más difícil: si es peor para mí sobrevivir aquí sin ella o para ella sin mí, donde sea que exista».

—¿Macy?

—¿Qué?

—¿Piensas en ella cuando estás aquí? ¿Por eso te gusta tanto este armario?

—Me encanta este armario porque me encanta leer.

Y poque cuando encuentro ese libro que hace que deje de pensar durante una hora o más, me olvido de todo por fin.

Y porque mi padre piensa en mi madre cada vez que me compra un libro.

Y porque tú estás aquí y me siento mil veces menos sola contigo.

—Pero…

—Por favor, basta. —Cerré los ojos con fuerza, sentía el sudor en las palmas, el corazón acelerado, el estómago anudado sobre sí mismo y todas las emociones que a veces parecían demasiado inmensas para mi cuerpo.

—¿Alguna vez lloras por ella?

—¿Estás de broma? —exclamé y él abrió los ojos de par en par, pero no cedió.

—Es que es Navidad —dijo con calma—. Y antes, cuando mi madre estaba cocinando las galletas, me di cuenta de que era una fecha muy familiar. Y debe ser extraño para ti, eso es todo.

—Sí.

Él se inclinó hacia delante, intentando que lo mirara.

—Solo quiero que sepas que puedes hablar conmigo.

—No necesito hablar con nadie.

Él enderezó la espalda, me observó unos segundos más mientras respirábamos en silencio y luego se concentró otra vez en su libro.



AHORA

MIÉRCOLES, 4 DE OCTUBRE

Abandono la comodidad cálida de la cama y me arrastro hasta la cocina, donde beso una cabeza cubierta por una maraña de rizos castaños. Sean ya debería saber que no podemos ser demasiado sigilosos por la mañana: Phoebe siempre se despierta antes que nosotros.

Phoebs es la niña perfecta. Tiene seis años, es inteligente, cariñosa y tan ruidosa que puedo adivinar cómo es su madre si tengo en cuenta que su padre es pura dulzura y tranquilidad. Quién sabe dónde estará Ashley, su madre la holgazana; me duele ver a Phoebe crecer sin ella. Al menos yo pude disfrutar diez años de mi madre, y que se haya ido de mi vida no es una traición, sino una tragedia. Phoebe pasó tres años con Ashley antes de que se fuera a un retiro de fin de semana por su trabajo y regresara enganchada a la cocaína, lo que la llevó a renunciar a todo por las drogas. ¿Cuándo se verá obligado Sean a contarle a su hija perfecta que su madre quería más a las drogas que a ellos?

Recuerdo cuando salí del cuarto de Sean la mañana después de nuestra primera noche de sexo sin compromiso y un poco borrachos y vi a Phoebe sentada en la mesa de la cocina comiendo cereales, con el pelo recogido en dos coletas, vestida con un par calcetines que no combinaban, unos pantalones con estampado de cachorros y un jersey de lunares. En medio del frenesí del coqueteo, Sean no había mencionado que tenía una hija. Intento verlo más bien como una evidencia de que mis tetas estaban fantásticas bajo mi blusa azul y lo desconcentraron y no como una omisión importantísima que solo haría un imbécil.

Esa mañana, Phoebe me miró con los ojos abiertos de par en par el tiempo suficiente como para confirmar con facilidad lo que Sean había mencionado la noche previa (que nunca había llevado a una mujer a casa) y me preguntó si era una nueva compañera de piso.

¿Cómo podía decirle que no a alguien diminuto con unos pantalones con estampado de cachorros y dos coletas torcidas? No he fallado ni una noche desde entonces.

No es un sacrificio. Sean es increíble en la cama, es un hombre tranquilo y prepara un café espectacular. A los cuarenta y dos, tiene estabilidad financiera, lo cual es muy importante cuando te enfrentas a los precios desorbitados de la matrícula de una facultad de

Medicina. Y puede que el principio de nuestra pasión estuviese marcado por el alcohol, pero al acostarme con él sentí, por segunda vez en mi vida, que no había roto algo de valor incalculable.

—¿Cereales? —le pregunto a Phoebe mientras cojo los filtros de café que están sobre el fregadero.

—Sí, por favor.

—¿Has dormido bien?

Ella emite un gruñido leve de afirmación y luego, un segundo después, balbucea:

—He pasado mucho calor.

Entonces no solo yo sentí claustrofobia al ver a Elliot y despertarme junto a Sean, puede que el padre de Phoebe y su adicción por poner a tope la calefacción tuviesen algo que ver. Ese hombre estaba hecho para el clima del centro de Texas, no para el del Área de la Bahía. Atravieso la habitación y bajo la temperatura de la calefacción para que no acabemos asados.

—Pensaba que eras la encargada de controlar que tu padre no se pasara con la calefacción.

Phoebe ríe.

—Se me olvidó.

El sonido de la ducha llega hasta la cocina y siento que acaba de empezar un desafío en un programa de juegos en el que hay una cuenta atrás: «¡Sal de la casa en los próximos dos minutos!».

Le echo cereales a Phoebe, vuelve a la habitación, me visto con un uniforme limpio, me sirvo mi café, me pongo los zapatos y le doy un beso más en la cabeza a Phoebe antes de salir por la puerta.

Es una locura (al menos me hace parecer una loca), pero si Sean me preguntase sobre mi día de ayer, sin duda alguna sé que lo hubiera vomitado todo.

«Ayer vi a Elliot Petropoulos por primera vez en casi once años y me di cuenta de que aún estoy enamorada de él y de que tal vez siempre lo estaré. ¿Todavía quieres casarte conmigo?».



Por desgracia, parece ser que mi destino no quiere que me tome un par de días de distancia: Elliot está esperándome fuera del hospital cuando subo la colina desde la parada del autobús.

No es preciso decir que mi corazón se detiene; siento su existencia con intensidad, como una extremidad fantasma. Mi corazón despierta y cobra vida con un bramido, golpea con brusquedad desde el interior de mi cuerpo. Reduzco el paso e intento descifrar qué decir. El fastidio aparece. No puedo culparlo por haber aparecido en la cafetería justo

cuando yo estaba allí de casualidad, pero hoy es todo culpa suya.

—Elliot.

Él se da la vuelta cuando digo su nombre, y su postura se desinfla un poco por el alivio.

—Esperaba que llegaras temprano.

—¿Temprano? —Lo miro mientras me acerco, entrecerrando los ojos. Me detengo a pocos metros de donde está él, de pie y con las manos hundidas en los bolsillos de sus vaqueros negros, y pregunto—: ¿Cómo sabías dónde y a qué hora se supone que trabajo?

La culpa drena el color de sus mejillas.

—La esposa de George trabaja en la recepción. —Levanta el mentón y señala a una mujer que está sentada detrás de las puertas corredizas, a quien veo cada mañana.

—Se llama Liz —confirmo con tono inexpresivo, recordando las tres letras escritas en su identificación de plástico azul.

—Sí —dice él con calma—. Liz Petropoulos. —Río con incredulidad. No me imaginaba que un empleado administrativo de un hospital pueda dar información sobre el horario laboral de un médico, pero la gente suele volverse bastante irracional cuando un ser querido enferma. Si ese ser querido tiene un hijo, peor aún. Aunque lleve trabajando aquí poco tiempo, he visto a padres histéricos perseguir a médicos que han fallado al curar a sus hijos. Elliot me mira sin parpadear—. Liz sabe que no soy peligroso, Macy.

—Podrían despedirla. Soy una doctora que trabaja en la UCI pediátrica. Ella no puede dar información sobre mí, ni siquiera a su propia familia.

—Joder, vale. No debería haberlo hecho —dice mostrando un arrepentimiento genuino—. Escucha, entro al trabajo a las diez. Así que… —Mira con los ojos entrecerrados hacia la calle y añade—: Esperaba que pudiéramos hablar un poco antes de que me vaya. —Como no respondo, él inclina la cabeza para mirarme a los ojos e insiste—: ¿Tienes tiempo?

Levanto la vista hacia él y nuestros ojos se encuentran, lo que me transporta de nuevo a todas las ocasiones en las que compartimos un intercambio intenso y silencioso. Mierda, incluso tantos años después, creo que podemos leernos la mente bastante bien.

Rompo la conexión y bajo la vista hacia mi reloj de pulsera. Apenas son las siete y media. Y aunque nadie en mi planta protestaría si llegara al trabajo una hora y media antes de lo previsto, Elliot sabe que tengo tiempo.

—Sí —respondo—. Tengo una hora.

Él inclina la cabeza, despacio y hacia la derecha, y, mientras una

sonrisa curva sus labios, da un paso arrastrando el pie y luego otro, como si intentara atraerme con su ternura.

—¿Café? —Amplía la sonrisa y veo sus dientes perfectos. Un recuerdo de Elliot a los catorce años me asalta: cuando le pusieron aparato—. ¿Pastelería? ¿Un bocadillo?

Señalo una cafetería diminuta con cuatro mesas que aún no ha sido invadida por los médicos y parientes que esperan nerviosos noticias de alguna cirugía.

El interior es cálido (quizás demasiado cálido, otro sitio con la calefacción a tope esta mañana) y aún quedan dos mesas vacías. Tomamos asiento y leemos la carta con detenimiento envueltos en un silencio tenso.

—¿Qué me recomiendas? —pregunta.

—Nunca he desayunado aquí —digo con una risa. Elliot me mira, parpadea relajado, y algo en mi estómago se derrite y se transforma en un calor líquido que se expande hacia abajo. Lo curioso, me doy cuenta, es que Elliot y yo salimos a comer juntos muy pocas veces, y nunca a solas—. En general suelo pedir un bollo o un *bagel* cuando voy a una cafetería. —Rompo el contacto visual, y decido que pediré el bol de yogur con granola antes de dejar la carta en la mesa—. Apuesto a que todo está rico.

Con disimulo, lo observo leer, sus ojos absorben rápido las palabras. Elliot y las palabras. Mantequilla de cacahuete y chocolate. Café con galletas. Parejas ideales que son tal para cual.

Él levanta la mano para rascarse el cuello con parsimonia mientras tararea.

—¿Huevos o tortitas? ¿Huevos o tortitas?

Y cuando se inclina hacia delante y apoya la cabeza sobre un codo, el músculo de su hombro resalta bajo su camiseta de algodón. Desliza un dedo de un lado a otro por debajo de su labio inferior. Su teléfono vibra, pero él lo ignora.

«Ten piedad». El único pensamiento que se me aparece, desconcertante y apasionante, es que Elliot se ha convertido en un hombre que sabe usar su cuerpo. Aunque ayer no lo noté, estaba tan en *shock* que no hubiera podido.

Sonríe con la carta en la mano, coge una servilleta y la extiende sobre su regazo y me mira, frunciendo apenas los labios de felicidad. De pronto me siento agradecida por los once años de distancia, porque ¿hubiera notado todos estos detalles de otro modo? ¿O habrían pasado por alto todos estos modismos ínfimos que poco a poco se convertirían simplemente en Elliot?

Aparto la mirada parpadeando cuando la camarera se acerca a la

mesa.

Cuando se marcha, Elliot se inclina de nuevo hacia delante.

—¿Es posible que me pongas al día de la última década durante el desayuno?

Los recuerdos recorren mis pensamientos: me veo empezando la universidad, me veo viviendo en un cuarto con Sabrina y, más tarde, en un apartamento pequeño fuera del campus que siempre parecía lleno de libros y botellas de cerveza y volutas de humo de marihuana, me veo mudándome con ella a Baltimore para estudiar Medicina, veo esas noches largas que pasé rezando a medias para que me aceptaran en la UCSF para vivir de nuevo cerca de mi hogar, aunque mi hogar estuviese vacío. ¿Cómo es posible condensar una vida en el tiempo que lleva compartir una taza de café?

—Ahora que lo pienso, no ha pasado tanto—digo—. La universidad. La facultad de Medicina.

—Bueno, y amigos y amantes, alegrías y pérdidas, supongo —dice, y da justo en el clavo. Su expresión se tensa. Un silencio incómodo se expande entre los dos—. No me refería a nosotros… —dice, y añade en un balbuceo—: necesariamente.

Con una risa seca, poso la espalda en mi asiento.

—No he estado sumida en la pena, Ell.

Guau, vaya mentira.

Cuando su teléfono vibra de nuevo, lo aparta.

—Entonces, ¿por qué no llamaste?

—Pasaron muchas cosas. —Me acomodo un poco cuando llegan nuestras bebidas. Él inclina las cejas con una confusión entendible. Acabo de decirle que mi vida era esencialmente reiterativa y lineal, pero a su vez que habían pasado demasiadas cosas por las que no me molesté en llamarlo. Mi mente da vueltas por un calendario de años pasados, y otra revelación amarga hace su aparición: Elliot cumple veintinueve años mañana. Me he perdido casi todos sus veinte cumpleaños—. Por cierto, feliz cumpleaños por adelantado —digo con calma.

Él suaviza la mirada, curva las comisuras de su boca.

—Gracias, Mace.

El 5 de octubre siempre ha sido un día difícil para mí. ¿Cómo será este año ahora que he vuelto a verlo? Rodeo mi taza con las manos y cambio de tema.

—¿Qué hay de ti? ¿A qué te has dedicado?

Él se encoge de hombros y bebe un sorbo de su capuchino, desliza de modo casual un dedo por su labio superior cuando se le llena de espuma. La comodidad evidente en su cuerpo causa que una nueva

oleada de calor recorra el mío. Nunca he conocido a nadie que sea tan auténtico como Elliot.

—Me gradué en la Universidad de California —dice—, y me mudé a Manhattan un par de años.

Elliot es la personificación del Norte de California, totalmente caótico. No puedo imaginármelo en Nueva York.

—¿Manhattan? —repito. Él ríe.

—Lo sé. Fue una locura. La clase de lugar perfecto para un veinteañero como yo. Después de unos años allí, trabajé en una agencia literaria un tiempo, pero no me encantaba. Regresé aquí hace unos dos años y empecé a trabajar para un grupo literario sin ánimo de lucro. Todavía trabajo allí un par de días a la semana, pero… he empezado a escribir una novela. Y por ahora va muy bien.

—Así que estás escribiendo un libro. —Sonrío con ironía—. ¿Quién lo hubiera imaginado?

Esta vez, Elliot se ríe más fuerte y el sonido es cálido y grave.

—¿Todos? —Descubro que estoy mordiéndome el labio para contener la sonrisa, y, lentamente, Elliot adopta una expresión más seria—. ¿Puedo preguntarte algo? —dice.

—Claro.

—¿Por qué has accedido a desayunar conmigo después de mi aparición de esta mañana?

Sé que lo que ha dicho sobre Liz es cierto; todos sabemos que Elliot no es peligroso. Sé también que podría haberle dicho que se fuese y que no volviese a ponerse en contacto conmigo nunca más y que él hubiera obedecido.

¿Por qué no lo he hecho?

—No tengo ni idea. Creo que no hubiera sido capaz de decirte que no dos veces.

Le gusta mi respuesta. Una sonrisita arquea su boca y la nostalgia inunda mis venas.

—Estudiaste Medicina en Hopkins —dice con un asombro silencioso en la voz—. Te graduaste de Tufts. Estoy muy orgulloso de ti, Mace.

Abro los ojos de par en par tras sus palabras.

—¿Qué? ¿Me has buscado por internet?

—¿Tú a mí no? —responde—. Vamos, es el primer paso a seguir después de encontrarte con alguien por casualidad.

—Yo llegué a casa a las dos de la mañana. Me desmayé sobre la almohada. Creo que llevo desde el fin de semana sin lavarme los dientes.

Su sonrisa muestra una felicidad tan genuina que abre una puerta

con bisagras oxidadas en mi interior.

—¿Querías volver aquí o no te quedó más remedio?

—Regresar era mi primera opción.

—Querías estar cerca de Duncan. —Él asiente como si eso tuviese todo el sentido del mundo y su percepción me apuñala—. ¿Cuándo falleció?

—¿Y tú pensaste en regresar?

Veo que él nota que no quiero responderle, pero inhala y exhala despacio.

—Siempre fue mi plan vivir donde tú vivieras. Ese plan fracasó, pero supuse que las probabilidades de verte otra vez eran bastante más altas en Berkeley.

Esto me desconcierta. Me siento como un ladrillo al que acaban de lanzar a través del cristal de una ventana.

—Oh.

—Sabes de sobra que siempre te esperaría.

Trago un sorbo de agua rápido antes de responder.

—No sabía que aún tenías esperanzas de que yo…

—Te quería de verdad. —Asiento rápido ante esa revelación repentina mientras intento que nuestra camarera me rescate sirviéndonos la comida. Pero ella no aparece—. Tú también me querías de verdad, Mace —dice con calma—. Lo eras todo para mí. —Siento como si me hubieran empujado y me aparto un poco de la mesa, pero él inclina el torso hacia delante—. Lo siento. Me estoy pasando de intenso. Es que me aterra no tener la oportunidad de decírtelo.

Su teléfono salta de nuevo sobre la mesa, sin parar de vibrar.

—¿No lo coges? —pregunto. Elliot se frota la cara y luego apoya la espalda en su silla y cierra los ojos. Noto su barba incipiente y el cansancio en su rostro. Me reclino en mi asiento—. Elliot, ¿va todo bien?

Él asiente y endereza la espalda.

—Sí, todo bien. —Me observa un instante en el que parece decidir si va a contarme qué piensa—: Corté con mi novia anoche. Es ella la que me está llamando. Supongo que quiere hablar conmigo, pero en realidad creo que solo quiere gritarme. Y sé que no se sentirá mejor después de hacerlo, así que por ahora estoy ahorrándonos a ambos el momento.

Trago con dificultad.

—¿Cortaste con ella anoche?

Asiente, jugando con el envoltorio de la pajita, y le da las gracias en voz baja a la camarera cuando deja nuestra comida en la mesa.

Luego admite en voz baja:

—Tú eres el amor de mi vida. Pensaba que sería capaz de superarte en algún momento, pero cuando te vi ayer… —Sacude la cabeza—. No me pude ir a casa con otra persona y fingir que la quería. —Siento náuseas. La verdad es que ni siquiera sé cómo interpretar esta emoción que siento en el pecho. ¿No será que me siento identificada con lo que dice, pero soy mucho más cobarde que Elliot? O es lo contrario: ¿acaso yo sí que he sido capaz de olvidarme de él y he encontrado a otra persona, y no quiero que este reencuentro después de una década destroce mi vida sencilla y tranquila?—. Macy. —Esta vez lo dice con más urgencia, y abre la boca para continuar, pero se ha activado otro disparador, otro desafío digno de un programa de televisión. Busco mi cartera, compitiendo contra el cronómetro, pero esta vez Elliot me detiene; me sujeta el brazo con firmeza, pero con suavidad, tiene las mejillas enrojecidas por la furia—. No puedes hacer esto. No puedes seguir huyendo de esta conversación. Han pasado once años. —Se inclina hacia delante, aprieta la mandíbula y añade—: Sé que me equivoqué, pero ¿fue para tanto? ¿Fue tan terrible como para que desaparecieras?

No, no lo fue. Al principio no lo fue.

—Esto —digo, mirando a nuestro alrededor— es una idea terrible. Y no por nuestro pasado. Bueno, sí, en parte sí, pero sobre todo por los años que han pasado. —Lo miro a los ojos—. Tú cortaste con tu novia anoche después de verme dos minutos. Pero, Elliot, yo me voy a casar. —Él me suelta el brazo, parpadea un par de veces y parece, por primera vez, que se ha quedado palabras—. Me voy a casar… Y hay mucho de mí que no sabes. Y casi nada es culpa tuya, pero ahora ya no hay nada entre nosotros. —Muevo un dedo de un lado a otro en el espacio angosto que nos separa—. Es una mierda que haya terminado y a mí también me duele. Pero es lo que hay, Ell.



ANTES

VIERNES, 21 DE DICIEMBRE
QUINCE AÑOS ATRÁS

Parecía que mi padre hubiese adivinado que estaba sensible después de la conversación con Elliot sobre una Navidad sin mamá, porque estuvo más callado de lo habitual durante la cena.

—¿Quieres ir a Goat Rock mañana? —preguntó cuando se terminó el pollo.

Goat Rock, la ventosa playa en la que el río Ruso desemboca en el océano Pacífico. Es particularmente fría, la corriente de retorno es muy peligrosa y hace que la playa sea insegura hasta para chapotear en el agua, y hay tanta arena volando por el aire que es casi imposible comerse un bocadillo.

Me encantaba.

A veces, los lobos y los elefantes marinos holgazaneaban en la boca del río. Las algas oscuras y frondosas cubrían la orilla, cargadas de sal, y parecían irreales por su extrañeza traslúcida, propia de otro mundo. Había dunas de arena por la costa y, en el centro de la playa, fuera de un istmo angosto, estaba la solitaria roca gigante de más de treinta metros que sobresalía erguida como si la hubieran puesto allí a propósito.

—Podrías invitar a Elliot, si quieres —añadió.

Levanté la vista para ver a mi padre a los ojos y asentí.



Durante todo el viaje en coche, Elliot estuvo inquieto. Se movía en su sitio, tiraba del cinturón de seguridad, se pasaba la mano por el pelo, toqueteaba el soporte de su aparato. Después de unos diez minutos, renuncié a intentar concentrarme en mi libro.

—¿Qué te pasa? —siseé a su lado en el asiento trasero.

Él miró a mi padre, en el asiento del conductor, y luego a mí.

—Nada.

Más que verlo, sentí a mi padre mirando por el espejo retrovisor lo que pasaba en el asiento de atrás.

Me fijé en las manos de Elliot, que ahora toqueteaban la tira de su mochila. Parecían distintas. Más grandes. Aún era muy delgado, pero estaba tan cómodo con su aspecto torpe que no lo notaba a menos que prestara mucha atención.

Mi padre dejó el coche en el aparcamiento y bajamos, el viento era tan fuerte que casi nos tira al suelo. Nos pusimos el abrigo y nos tapamos las orejas con gorros de lana.

—Podéis ir por la playa hasta la roca, pero no más lejos —dijo mi padre mientras se preparaba para darse un homenaje sacándose un paquete de cigarrillos daneses del bolsillo. Nunca fumaba cerca de mí; había abandonado el tabaco oficialmente en cuanto mi madre supo que estaba embarazada. El viento cubría su cara y desordenaba su pelo rubio, y él sacudía la cabeza para apartar los mechones mientras me miraba con los ojos entrecerrados y decía sin palabras: «¿Te parece bien?», y yo asentía. Él se puso el cigarrillo en los labios y añadió—: Y os quiero mínimo a quince metros de los lobos marinos.

Elliot y yo subimos a una duna, nos detuvimos en la cima y observamos el océano.

—Tu padre me da mucho miedo.

Reí.

—¿Porque es alto?

—Alto —concordó— y callado. Tiene mucha presencia.

—Dice mucho más con los ojos que con la boca.

—Para mi desgracia, no hablo danés ocular. —Reí de nuevo y miré el perfil de Elliot mientras él observaba las olas que rompían en la arena—. No sabía que fumaba.

—Solo un par de cigarrillos al año. Supongo que es un lujo que se permite en ocasiones especiales.

Elliot asintió y soltó:

—Tengo un regalo de Navidad para ti. —Gruñí—. Siempre tan elegante, Macy. —Con una sonrisa, él comenzó a bajar por el otro lado de la duna hacia la playa, y justo en ese momento me di cuenta de que tenía un paquete pequeño bajo el brazo. Avanzamos por la arena gruesa, entre restos de madera a la deriva y pequeñas colinas de algas, antes de llegar a un recoveco diminuto que nos protegía bastante del viento. Nos sentamos en la arena y él cogió el paquete con ambas manos y lo observó. A juzgar por la forma, sabía que era un libro—. Sé que no hacía falta que nos regalásemos nada. Pero me paso los fines de semana en tu casa, así que sentía que te debía algo.

—No me debes nada. —Me esforcé por esconder la emoción de saber que él me había comprado un libro. No solo porque leer era la actividad que hacíamos juntos, sino por lo que le había contado anoche, sobre mi madre y los regalos—. Sabes que puedes venir a casa siempre que quieras. No tengo hermanos. Solo somos mi padre y yo.

—Bueno —dijo, entregándome el paquete—, quizás por esa razón te he comprado este. —Con curiosidad, rompí el papel de regalo, que

casi sale volando por una ráfaga de viento brutal. *Un puente hacia Terabithia*—. ¿Te lo has leído?

Sacudí la cabeza para apartarme el pelo, que no paraba de enmarañarse con el viento.

—He oído hablar de él. —Lo vi exhalar, aliviado—. Creo. —Asintió y, ya más tranquilo, se inclinó para recoger una piedra y lanzarla al agua—. Gracias —le dije, aunque no estaba segura de que pudiera escucharme por encima del rugido del océano.

Elliot levantó la vista y me sonrió.

—Espero que te guste tanto como a mí. Me dio la sensación de que yo podría ser tu May Belle.



AHORA

JUEVES, 5 DE OCTUBRE

Mi móvil vibra dentro del bolso mientras estoy en el autobús y me despierta justo cuando estoy a punto de llegar a mi parada.

Lo cojo y me doy cuenta de que son casi las dos de la mañana; miro la carita de Viv en la pantalla.

—Viv, ¡qué rápido has aprendido a usar la tecnología! —digo mientras me pongo de pie, me cuelgo el bolso al hombro y avanzo tambaleándome por el pasillo angosto del autobús.

Sabrina ríe al otro lado.

—Te robé el teléfono en la cafetería y cambié mi foto de perfil. Tus contraseñas son muy predecibles.

Gruño, intentando mostrar mi enfado, pero, en realidad, solo dos personas serían capaces de adivinar cuál es el pin de cuatro dígitos que uso para prácticamente todo: Sabrina y Elliot. Es mi número de la suerte, el quince, repetido.

—Tendré que cambiarlas, entonces —digo, y, mientras me bajo, le agradezco el viaje al conductor con una sonrisa que él ignora.

—No —advierte Sabrina—, que luego se te olvidan.

—Para que lo sepas, soy buenísima con los números. —El silencio me responde al otro lado de línea y añado—: Al menos en matemáticas, cuando tengo también un lápiz en la mano. —Me fijo en la colina empinada que tengo que subir antes de llegar a mi cama—. ¿Me has llamado solo para acosarme? ¿Qué haces despierta a estas horas?

—Estoy amamantando a Viv, obviamente. Supuse que tú estarías a punto de llegar a casa, así que te he llamado para saber cómo estabas. Ayer te fuiste corriendo.

Empiezo a subir despacio por la calle empinada. El aire está cargado de humedad y la inclinación, después de un día tan duro, parece casi vertical.

—Elliot vino a buscarme.

—Lo supuse cuando lo vi salir corriendo.

—No estaba demasiado contento conmigo, ya sabes, por haber perdido el contacto y todo eso.

La oigo resoplar por lo bajo.

—¿Por haber perdido el contacto? —repite—. ¿Así lo llama él?

La ignoro y digo:

—Hoy ha vuelto a venir a buscarme. Por lo visto, cortó con su

novia después de nuestro encuentro. —Sabrina murmura algo y me detengo—. ¿Qué quiere decir ese sonido? —pregunto.

—Nada, que es bonito.

—¿Estás de su lado?

El silencio de Sabrina me hace ver la magnitud de su incredulidad.

—¿Me vas a decir que no has sentido ni la más mínima emoción cuando te ha dicho todo eso?

—Todo esto es porque Sean no te cae bien.

—No seas ridícula. Es el primer tío que te ha aguantado más de tres citas: por supuesto que me cae bien. Se merece mi cariño solo por haber batido ese récord.

Estoy tan cansada que siento que la irracionalidad brota de mí. Siento la necesidad de defenderme, se me acelera el pulso.

—Pues entonces más bien es porque no quieres que me case con Sean.

—Macy, cariño, no quiero que te cases con Sean todavía, sí, es verdad. Pero eso no tiene que ver con que también quiera que vuelvas a tener contacto con Elliot. Te quiero con locura, lo sabes, pero no puedo pasar por alto cómo fueron las cosas cuando tu madre murió, no puedo evitar recordar lo mucho que te esforzabas por mantener a todo el mundo alejado de ti; podemos hablar de todo esto si tienes tiempo…

—Sabrina.

—Lo que quiero decirte es que nunca pudiste alejar a Elliot. Él es tu alma gemela y solo un ciego podría no verlo.

Sigo caminando, siento los dedos de los pies entumecidos dentro de los zapatos. Básicamente, estoy arrastrándome despacio colina arriba.

—Estoy tan cansada.

—Oh, Macy —dice con dulzura.

—Y hay una cosa más —añado, vacilante.

—Tú dirás.

—Él no sabía lo de mi padre. —Esa verdad aún duele.

Sabrina da un grito ahogado.

—¿Qué?

—Lo sé. Esa parte es culpa mía, soy consciente. —Me froto la cara —. Pensaba que se enteraría porque alguien se lo contaría y ya está.

Sabrina está callada, y es el silencio lo que casi me destroza porque hace que me sienta como un monstruo. Sabrina debe estar pensando por milésima vez que estoy muerta por dentro.

—¿Te parecería bien que sus padres hubieran muerto y él ni siquiera hubiera intentado ponerse en contacto contigo para decírtelo? —pregunta despacio.

Los ojos cálidos de la señora Dina y su rostro dulce con hoyuelos profundos atraviesan mis pensamientos y me hacen sentir una punzada de dolor.

—Supongo que no. —Sabrina vuelve a quedarse en silencio; odio tener esta conversación por teléfono. Necesito la presencia tranquilizadora de mi amiga en el sofá, a mi lado—. No sé si Elliot y yo podemos ser solo amigos.

Ella exhala.

—Creo que vale la pena intentarlo.

¿Sería capaz de mantenerme lejos de él? Si soy sincera, ¿acaso parte del atractivo de mudarme de nuevo aquí no era estar más cerca de lo que él y yo tuvimos en algún momento?

—¿De veras crees que es buena idea que vuelva a estar en contacto con él? —pregunto.

—Siempre lo he creído.

—¿En serio? —Mi voz se vuelve muy pequeña. Cojo las llaves y sostengo el teléfono entre la oreja y el hombro, no atino bien y se me caen—. He desayunado con él y luego me he ido corriendo. No tengo ni su número ni su dirección. Es imposible que tenga Facebook, Twitter o cualquier otra red social. No puedo usar ninguno de los métodos de acoso normales.

Oigo el murmullo pensativo de Sabrina mientras busco a ciegas la llave de mi casa por el suelo.

—Algo se te ocurrirá.



ANTES

CATORCE AÑOS ATRÁS

De: Macy Lea Sorensen <minlilleblomst@hotmail.com>
Fecha: 1 de enero, 23:00
Para: Elliot P. <elliverstravels@yahoo.com>
Asunto: Libro

Hola, Elliot:

Gracias por regalarme *Un puente hacia Terabithia* y perdón por haberte llenado la camiseta de mocos cuando intenté hablar sobre el libro. Quizás ahora, desde el ordenador, pueda explicarte lo que quería decir.

Entiendo por qué me regalaste este libro en concreto, y solo quiero que sepas que te lo agradezco de corazón. No dejo de pensar en el primer día que te vi en el armario, y en la similitud entre ese día y lo mucho que Jesse odiaba a Leslie por haberle ganado en una carrera. Yo no te odiaba, pero tampoco estaba segura de que me fueses a caer bien. Aunque supongo que eso ya no importa porque siento que eres la persona que mejor me entiende. Jesse y Leslie crearon Terabithia como su santuario y, cuando ella murió, él llevó a May Belle allí para que fuera la nueva princesa. Mi madre creó un mundo de libros conmigo, y ahora que ella no está, puedo llevarte a ti al armario para compartirlos contigo.

Me lo volví a leer en el viaje de vuelta y empecé a llorar otra vez; pensaba que mi padre se volvería loco porque supongo que no entendía qué me pasaba. Solo me repetía: «¿Qué pasa, peque?», sin parar. Al final acabó parando el coche, respiró hondo y me preguntó qué demonios había pasado. Yo le dije que me habías regalado este libro y que era muy triste, que me hacía echar mucho de menos a mi madre. Así que, tras mis palabras, cuando llegamos a casa, fue él quien se puso a llorar. O eso creo.

No lo sé con certeza porque, como ya sabes, es muy silencioso.

Odio ponerme triste delante de él porque siempre lleva encima una nube negra, y a pesar de todo siempre intenta deshacerla y cuidar de mí. Sé que soy afortunada porque aún lo tengo a él, pero él perdió su centro, su mundo. Mi madre era la persona que escogió entre todas las demás, y ella ya no está. Lo sé.

Soy consciente de que a él no le gusta verme llorar, pero también creo que nos ha sentado bien hablar sobre ella. Me da miedo olvidarla. La echo tanto de menos que las palabras no me bastan para expresar lo que siento.

Por cierto, ¿has acabado *Ivanhoed*? Ese libro es tan gordo que me quedaría dormida en cinco minutos. De hecho, leí la primera página cuando fuiste al baño y pensé «¿qué es esto?». No entendí nada de nada. ¿De qué va?

Bueno, te dejo, que es tarde y mañana tengo que ir al instituto. Gracias de nuevo por el libro. Y por haberme permitido hablarte de él.

Besos,

Macy

P. D.: aquí nadie entiende que solo quiero ser una chica más y no la niña de la madre muerta a quien tienen que tratar con cuidado porque se puede romper. Gracias por hablar conmigo y por no actuar como si fuera un tema tabú.



De: Elliot P. <elliverstravels@yahoo.com>

Fecha: 2 de enero, 07:02

Para: Macy Lea Sorensen <minlilleblomst@hotmail.com>

Asunto: re: Libro

Hola, Macy:

De nada por el libro. A mí también me hizo llorar la primera

vez que lo leí. Sé que no te había avisado de que era un poco triste, pero supongo que debería haberlo hecho.

Sin duda, tu padre entendió por qué llorabas. Además, creo que probablemente se alegre de que llores por ello, aunque le entristezca verte triste. Pero espero que no esté enfadado conmigo por hacerte llorar. Fue culpa del libro… No me gustaría que llorases por mí.

No creo que seas rara o diferente porque tu madre haya muerto. La verdad, creo que eres genial, pero eso no tiene nada que ver con el hecho de que tengas o no una madre. Eres genial porque eres tú. Y más allá de esto: por lo que veo, estás lidiando bastante bien con la situación.

Ivanhoe (sin *d* al final) es bastante bueno. Transcurre en el siglo xii, después de la Tercera Cruzada. (Parte de la idea actual de Robin Hood está basada en uno de sus personajes, Locksley, pero no es el personaje principal). Me gusta la acción y el estilo del libro. Cuando era más pequeño, recreaba escenas épicas con mi amigo Brandon, así que creo que de ahí viene el interés por la Inglaterra del siglo xii. Pero si todavía te gusta Nicholas Sparks, es probable que no te guste nada *Ivanhoe*.

Nos vemos,
Elliot

P. D.: no era mi intención sonar condescendiente. Mi padre dice que a veces parece que lo soy, así que no estoy seguro de haberlo sido. Sin duda, Nicholas Sparks es muy bueno, pero simplemente es distinto a Sir Walter Scott.



De: Macy Lea Sorensen <minlilleblomst@hotmail.com>
Fecha: 2 de enero, 20:32
Para: Elliot P. <elliverstravels@yahoo.com>
Asunto: re: Libro

Hola, Elliot:

Nicholas Sparks es muy muy bueno. La madre de mi amiga Elena lo conoció en la presentación de uno de sus libros y dijo que fue superamable y que es muy inteligente. Apuesto a que él se leyó *Ivanhoe* (sin *d* al final).

¿Qué quieres decir con que recreabas escenas épicas con Brandon? ¿Erais como esos tíos tan raros del parque que llevan espadas y banderas?

Besos,

Macy



De: Elliot P. <elliverstravels@yahoo.com>
Fecha: 2 de enero, 20:54
Para: Macy Lea Sorensen <minlilleblomst@hotmail.com>
Asunto: re: Libro

Hola, Macy:

Sí. Exacto. Y también llevábamos cascos y caballos de cartón.

Elliot



De: Macy Lea Sorensen <minlilleblomst@hotmail.com>
Fecha: 2 de enero, 21:06
Para: Elliot P. <elliverstravels@yahoo.com>
Asunto: re: Libro

Te juro que me meo de la risa contigo. Sé que estás de broma, pero puedo imaginarte a la perfección montado en un caballo de cartón mientras gritas: *¡En guardia!* y *¡Ivanhoe!*

Macy



De: Elliot P. <elliverstravels@yahoo.com>
Fecha: 2 de enero, 21:15
Para: Macy Lea Sorensen <minlilleblomst@hotmail.com>
Asunto: re: Libro

Estoy hablando en serio. Es verdad que recreábamos escenas épicas. De hecho, estábamos dentro de una comunidad muy bien organizada llamada Los Nobles, que recrean batallas muy divertidas. Pero estoy seguro de que a ti no te gustaría porque no hay ningún beso a cámara lenta al final.
Elliot



De: Macy Lea Sorensen <minlilleblomst@hotmail.com>
Fecha: 3 de enero, 18:53
Para: Elliot P. <elliverstravels@yahoo.com>
Asunto: ¡Una locura!

Estoy casi segura de que anoche fuiste condescendiente, pero he decidido ser madura y pasarlo por alto.

¿Quieres oír una locura? ¡Hoy han expulsado a mi amiga Nikki por besar a un chico en la cafetería! ¡No me lo podía creer! Se lo he contado a mi padre y me ha preguntado si yo había besado a algún chico y le he contestado: «¡Claro que no!». ¿A quién se cree que podría haber besado si son todos unos perdedores? En serio, ¡vaya una locura!
Macy



De: Elliot P. <elliverstravels@yahoo.com>
Fecha: 3 de enero, 20:27
Para: Macy Lea Sorensen <minlilleblomst@hotmail.com>
Asunto: re: ¡Una locura!

El año pasado expulsaron a mi amigo Christian por construir un cohete en el taller de Plástica. Ni siquiera sé de dónde sacó la gasolina, pero salió volando a través de la ventana y chocó con un coche que estaba en el aparcamiento. Fue genial.

Entonces, ¿no te gusta ningún chico del instituto?
Elliot



De: Macy Lea Sorensen <minlilleblomst@hotmail.com>
Fecha: 4 de enero, 7:32
Para: Elliot P. <elliverstravels@yahoo.com>
Asunto: re: ¡Una locura!

Conozco a Doug y Cody desde que éramos muy pequeños, nos llevamos genial, pero ¿gustarme algún chico del instituto? Mmm, no. Son muy majos, pero no. Es probable que en algún momento conozca a un chico universitario, porque a los del instituto solo les interesan los videojuegos y los patinetes, y Danny (otro amigo) intentó tocarme el culo en un baile, pero yo le dije que ni se acercara. Eso es todo.
Macy



De: Elliot P. <elliverstravels@yahoo.com>
Fecha: 4 de enero, 07:34
Para: Macy Lea Sorensen <minlilleblomst@hotmail.com>
Asunto: re: ¡Una locura!

Macy:

La puntuación es tu amiga.
Elliot



AHORA

JUEVES, 5 DE OCTUBRE

Liz Petropoulos, qué pedazo de mujer.

De estatura media, con curvas y una piel maravillosa. No me canso de decirle que ojalá tuviese sus pómulos. Es risueña, saluda a todos los que atraviesan la puerta del hospital Mission Bay y detiene a cualquiera que no lleve consigo su identificación personal.

Le enseño mi identificación, como cada mañana. Por suerte, ayer estaba en su descanso cuando entré al hospital, exhausta después de mi no-desayuno con Elliot, pero hoy me sonríe con cierto resplandor en los ojos, como si ahora supiera más de lo que sabía la última vez que la vi.

—Hola, Liz Petropoulos —digo al acercarme a ella, haciendo hincapié en el apellido.

Ella vacila solo un instante antes de responder:

—Hola, Macy Sorensen. —No le hace falta leer mi identificación. Cuando me acerco más, sonríe de nuevo—. He oído hablar mucho sobre la famosa Macy durante los últimos siete años. Y pensar que era la misma doctora Sorensen que piropeaba mis pómulos…

—Supongo que Elliot y George deberían rendirse para que nosotras nos casemos —digo, y ella se ríe con un sonido voluptuoso y placentero.

Adopta bastante rápido una expresión seria.

—Perdón por haberle contado a qué hora entrabas. —Extiende una mano y añade en voz más baja—: Él me comentó que se había encontrado contigo y atamos cabos. No sabes lo que significa para él haberte visto. Sé que no es asunto mío, pero…

—Hablando de eso. —Apoyo los codos sobre el escritorio amplio de mármol y le sonrío para que sepa que no estoy a punto de hacer que la despidan—. ¿Qué opinas de hacerme un favor y luego dejamos de compartir información confidencial?

—Por supuesto —dice Liz, con los ojos abiertos de par en par—. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Sería genial que me dieras su número de teléfono.

«Los amigos llaman a sus amigos», pienso. El primer paso para reparar las cosas es hablar, purificar el aire de una vez por todas, para luego seguir adelante con nuestras vidas.

Liz coge su móvil, abre su lista de contactos favoritos e inclina el torso hacia delante mientras garabatea el número de Elliot.

Elliot está entre sus contactos de emergencia.

No me sorprende: Elliot es atento, considerado y maduro emocionalmente, lo que lo hace el cuñado perfecto. Es normal que confíe en él.

—Pero no le digas que te lo he pedido —le pido a Liz mientras arranca el papel y me lo entrega—. No sé cuánto tiempo pasará antes de que lo llame.

A quién quiero engañar; es una idea terrible. Elliot tiene una historia que contar. Yo también tengo una historia propia. Los dos tenemos tantos secretos que ni siquiera sé con certeza si podemos salvar todo ese silencio que se ha impuesto entre nosotros durante tantos años.

Camino por el pasillo hasta la sala de descanso para residentes mientras manoseo la nota de papel que llevo en el bolsillo. Me doy cuenta de que no la necesitaba: él sigue teniendo el mismo número de siempre, ese que me sé de memoria. Supongo que no se me había ocurrido que pudiese no haber cambiado de número, pero, ahora que lo sé, me percato de que esos dígitos están todavía pegados a mi cabeza como una canción.

Guardo mi bolso en una taquilla de la sala de descanso y miro mi móvil. Mis rondas empiezan en cinco minutos y necesito estar concentrada, o yo misma seré una piedra en mi zapato durante todo el turno. Mi corazón parece un tambor en mi oído.

Sin pensarlo más, escribo un mensaje:

Hoy trabajo de 9 a 6. ¿Quieres que cenemos juntos? Para hablar.

Apenas segundos después, aparece una burbuja de respuesta. Está escribiendo. Inexplicablemente, mis palmas empiezan a sudar. Hasta ahora, no se me había ocurrido que él pudiese decirme: «No, eres una imbécil, olvídalo».

¿Eres Macy?

O que él no tendría mi número; soy idiota.

Sí, lo siento. Debería haberlo mencionado.

Sin problema. Dime dónde y allí estaré.



ANTES

JUEVES, 13 DE MARZO
CATORCE AÑOS ATRÁS

A medida que se aproximaba mi decimocuarto cumpleaños, me di cuenta de que mi padre no sabía bien qué hacer. Desde que tenía memoria, siempre habíamos hecho lo mismo: él preparaba *aebleskivers* para desayunar, por la tarde nos poníamos una película y luego, a la hora de la cena, nos atiborrábamos con un helado gigante e íbamos a dormir jurando que nunca más lo volveríamos a hacer.

Después de la muerte de mi madre, la rutina no cambió. La constancia era muy importante para mí, un pequeño recordatorio de que ella realmente había existido. Pero este era el primer año que teníamos una segunda casa, y el primer año que tenía un amigo cercano como Elliot.

—¿Podemos ir a la cabaña este fin de semana?

Mi padre detuvo su café en el aire mientras me miraba a los ojos a través de la voluta de humo que brotaba de la taza. Sopló antes de beber un sorbo, tragó y la posó de nuevo en la mesa. Luego cogió el tenedor y pinchó los huevos revueltos haciendo un esfuerzo enorme por parecer relajado, como si no hubiera nada particular en mi petición que le resultara excitante o decepcionante.

Era la primera vez que le había pedido ir, y lo conocía lo suficiente para saber que le aliviaba mucho saber que yo continuaba confiando en las predicciones perfectas de la lista de mi madre.

—¿Es eso lo que te apetece hacer este año en tu cumpleaños?

Bajé la vista hacia mi plato antes de asentir.

—Sí.

—¿Te gustaría hacer una fiesta? Podríamos invitar a algunos amigos, ¿no? Así les puedes enseñar tu biblioteca.

—No… Mis amigos de aquí no lo entenderían.

—No como Elliot.

Comí un bocado y me encogí de hombros.

—No —confirmé.

—¿Él es un buen amigo? —Asentí, mirando mi plato mientras pinchaba otro bocado—. Sabes que eres demasiado joven para tener citas —soltó mi padre.

Levanté la cabeza con brusquedad, con los ojos abiertos de par en par, horrorizada.

—¡Papá!

Él se echó a reír.

—Solo quiero asegurarme de que tienes las reglas claras.

Parpadeando y mirando de nuevo mi comida, balbuceé:

—Las tengo claras. Solo quiero pasar mi cumple en la cabaña, ¿vale?

Mi padre no solía sonreír mucho, no era de esas personas a las que uno se imagina con una gran sonrisa en la cara cuando piensa en ellas, pero, ahora mismo, mi padre estaba sonriendo. Sonriendo de verdad.

—Por supuesto que podemos ir, Macy.



Fuimos a primera hora del sábado, el primer día de mis vacaciones de primavera. Había dos cosas que mi padre quería tachar de la lista esta semana, la número cuarenta y cuatro y la cincuenta y tres: plantar un árbol que yo pudiera ver crecer durante muchos años y enseñarme a cortar leña.

Antes de que pudiera esconderme en mi maravilloso mundo literario, mi padre cogió un árbol diminuto del maletero del coche y lo llevó al jardín.

—Trae la pala—dijo mientras se ponía de rodillas para recortar la maceta de plástico del pequeño manzano con una cuchilla de afeitar —. Y los guantes de trabajo.

En algunas cosas, siempre supuse que era digna hija de mi madre: me gustaba el color y el desorden de nuestra casa en Berkeley. Me gustaba la música alegre y los días de sol, y bailar mientras lavaba los platos. Pero en la cabaña, me di cuenta de que también era digna hija de mi padre. Mientras el viento frío de marzo serpenteaba entre los árboles, cavamos un hoyo profundo sumidos en un silencio cómodo, comunicándonos solo con la punta del dedo o con una inclinación de mentón. Cuando terminamos, y el árbol *gravenstein* diminuto y orgulloso estaba plantado bien tieso en nuestro jardín lateral, en vez de abrazarme con entusiasmo y profesarme su amor al oído, mi padre me sujetó la cara con ambas manos, inclinó el torso hacia abajo y me dio un beso en la frente.

—Buen trabajo, *min lille blomst.* —Me sonrió—. Iré al pueblo a comprar comida.

Con su permiso, me marché. Mis zapatos golpeaban el suelo mientras avanzaba en línea recta por el camino que separaba nuestra entrada de la de Elliot. El timbre sonó por toda la casa y lo escuché salir por las ventanas abiertas del piso superior. Un ladrido fuerte llegó a mis oídos, seguido de los rasguños torpes de las uñas de un perro sobre el suelo de madera.

—Cállate, Darcy —dijo una voz somnolienta, y el perro obedeció, solo emitió un par de gemidos arrepentidos.

Nunca antes había entrado en la casa de Elliot. La señora Dina nos había invitado, por supuesto, pero mi padre creía que estaba mal molestarlos. Me parece que a él también le gusta la soledad de nuestra casa los fines de semana; sin contar la presencia de Elliot, claro. A mi padre le gustaba no tener que salir de su caparazón.

Retrocedí un paso, más nerviosa, cuando la puerta se abrió y Andreas, bostezando y despeinado, apareció ante mí.

Sin duda alguna, el segundo hermano mayor de los Petropoulos acababa de salir de la cama: tenía el pelo enmarañado, las sábanas marcadas en la cara y el torso descubierto, ya que solo llevaba unos pantalones cortos de baloncesto que desafiaban a la gravedad aferrándose a su cadera. Tenía la clase de cuerpo que, hasta ese instante, yo no creía que existiera de verdad.

¿Así sería Elliot en un par de años? Mi mente no podía asimilar esa idea.

—Hola, Macy —dijo Andreas. Sonaba como un gruñido. Él retrocedió, sosteniendo la puerta abierta y esperando que yo entrara —. ¿Entras o no?

Obligué a mis cejas a descender.

—Sí, claro.

Dentro olía a galletas. A galletas y a adolescentes. Andreas sonrió y se rascó con pereza la barriga.

—¿Habéis venido a pasar el fin de semana? —Asentí y él amplió su sonrisa—. No eres muy parlanchina, por lo que veo.

—Lo siento —respondí y luego me quedé quieta, con los brazos estirados a ambos lados mientras tiraba del dobladillo de mis pantalones cortos, aún sin saber qué decir—. ¿Está Elliot en casa?

—Iré a buscarlo. —Andreas sonrió y fue hacia la escalera—. ¡Oye, Ell! ¡Ha venido tu novia! —Su voz resonó en la entraba de madera mientras el rubor estallaba y cubría todo mi cuerpo.

Antes de que pudiera responderle, escuché pasos en el piso superior.

—¡Eres un idiota! —dijo Elliot; bajó corriendo y se chocó con su hermano. Andreas gruñó por el golpe y sujetó a Elliot por la cabeza, haciéndole una llave. Andreas era más alto y bastante musculoso, pero Elliot tenía a su favor las ganas de evitar la humillación pública. Los dos chicos lucharon cuerpo a cuerpo, casi tiran una lámpara, se dijeron un par de palabrotas y luego, por fin, se separaron, jadeando —. Lo siento —me dijo Elliot, aún fulminando con la mirada a Andreas. Se acomodó las gafas y la ropa—. Mi hermano cree que es

gracioso y, aparentemente, no sabe vestirse. —Señaló el pecho descubierto de Andreas.

Andreas despeinó aún más el pelo de Elliot y puso los ojos en blanco.

—No es ni mediodía, imbécil.

—Creo que mamá debería llevarte al médico para que vean si tienes narcolepsia.

Con un golpe suave en el hombro de Elliot, Andreas se dio media vuelta, dispuesto a irse.

—Iré a casa de Amie. Un placer, Macy.

—Igualmente —dije como una tonta.

Andreas guiñó un ojo por encima del hombro.

—Oh, ¿Elliot? —exclamó.

—¿Qué?

—Puerta abierta.

Su carcajada ruidosa invadió el pasillo del piso superior antes de desaparecer detrás del clic de una puerta cerrada.

Elliot empezó a caminar hacia la escalera, pero luego se detuvo, se dio media vuelta y me miró con el ceño fruncido.

—Mejor vamos a tu casa.

—¿No quieres enseñarme la tuya?

Con un gruñido, Elliot señaló a nuestro alrededor.

—Sala de estar, comedor, la cocina es por allí. —Desde su sitio, fue señalando cada habitación con el dedo índice. Subió la escalera y yo lo seguí mientras él murmuraba—: La escalera, el baño, el cuarto de mis padres. —Y una lista de etiquetas monótonas hasta que llegamos a una puerta blanca cerrada con una tabla periódica pegada—. Este es mi cuarto.

—Guau, me… lo esperaba —dije riendo. Estaba tan feliz de ver su habitación que me sentía un poco mareada.

—Yo no pegué ese póster, fue Andreas. —Su voz dejaba entrever cierto tono defensivo, como si pudiera soportar que lo consideraran solo un noventa y ocho por ciento friki.

—Pero no lo has quitado —comenté.

—Es un póster bastante guay. Lo consiguió en una feria de ciencias. —Se giró hacia mí y se encogió de hombros, bajando la mirada—. Sería un desperdicio tirarlo a la basura y él me daría la lata para siempre si lo pegara dentro de mi cuarto.

Abrió la puerta sin decir nada y retrocedió para que yo entrara primero a su habitación. El nerviosismo y el entusiasmo me golpearon: estaba entrando en el cuarto de un chico.

Estaba entrando al cuarto de Elliot.

La habitación era sencilla e inmaculada: la cama bien hecha, apenas unas pocas prendas sucias dentro de una cesta en una esquina, los cajones de su cómoda bien cerrados. El único desorden lo marcaba una pila de libros sobre su escritorio y una caja de libros en una esquina.

Percibí la presencia tensa de Elliot a mis espaldas, oía la cadencia irregular de su respiración. Sabía que él quería abandonar del caos de su casa e ir a la soledad de mi armario, pero yo no quería irme por nada del mundo. Detrás de su escritorio había un corcho con algunas medallas clavadas, una foto y una postal con una imagen de Maui.

Me acerqué y me incliné hacia delante para verlo todo mejor.

—También son de la Feria de Ciencias —balbuceó a mis espaldas, explicando las medallas.

Primer puesto en su categoría en la Feria de Ciencias del condado de Sonoma, tres años consecutivos.

—Guau. —Lo miré por encima del hombro—. Eres inteligente.

Esbozó una sonrisa torcida, sus mejillas se tiñeron de color.

—Nah.

Observé la fotografía que estaba en una esquina del corcho. En ella aparecían tres chicos, incluido Elliot, y una chica en el extremo izquierdo. Parecía una foto de hace un par de años.

La incomodidad brotó en mi pecho.

—¿Quiénes son?

Elliot tosió y luego se inclinó hacia delante, señalando. Su cercanía vino acompañada de una ráfaga de desodorante (algo cítrico y con aroma a pino) y algo más, un aroma que era cien por cien de chico de su edad y que me hizo un nudo en el estómago.

—Ese es Christian, yo, Brandon y Emma.

Había oído esos nombres de pasada cuando me contaba algunas anécdotas sobre los alumnos de su clase o alguna vez que fuimos a dar un paseo por el bosque con nuestras bicis. Con un pinchazo intenso de celos, me di cuenta de que, si bien Elliot estaba convirtiéndose en mi persona favorita, en mi refugio y en el único ser humano más allá de mi padre en el que podía confiar, no conocía nada de su vida. ¿Qué aspectos de él veían esos amigos? ¿Ellos también le sacaban esa sonrisa que empezaba con una ceja en alto y que se expandía despacio en una contorsión de labios muy divertida? ¿Ellos escuchaban la risa que anulaba su timidez y que estallaba en una carcajada fuerte?

—Parecen majos. —Retrocedí y sentí que él se apartaba de mí con rapidez.

—Sí. —Elliot dejó de hablar y el silencio pareció crecer hasta convertirse en una burbuja resplandeciente a nuestro alrededor. Mis

oídos empezaron a zumbar, mi corazón aceleró el pulso mientras imaginaba a esa Emma sentada en el suelo, leyendo con él. La voz de Elliot llegó en un susurro—: Pero tú me gustas más.

Me di media vuelta y lo miré a los ojos mientras él hacía su maniobra veloz de fruncir la nariz para subirse más las gafas.

—No es necesario que digas eso solo porque…

—Mi madre está embarazada —exclamó.

Y la burbuja estalló. Oí pasos ruidosos por el pasillo, el ladrido del perro.

Abrí los ojos de par en par mientras asimilaba sus palabras.

—¿Qué?

—Sí, nos lo dijeron anoche. —Se apartó el pelo de la frente—. Parece que la fecha prevista para el parto es agosto.

—Guau. Tienes catorce años. El bebé será como quince años menor que tú.

—Lo sé.

—Elliot, es una locura.

—Lo sé. —Se agazapó para atarse el zapato—. Pero no quiero hablar del tema. ¿Podemos ir a tu casa? Mi madre lleva teniendo náuseas las últimas semanas, mi padre se comporta como un loco, mis hermanos son unos imbéciles. —Señaló con el mentón la caja de libros y añadió—: Y tengo algunos clásicos para aumentar tu biblioteca.



Mi padre nos miró con complicidad cuando entramos y subimos la escalera corriendo.

—¿No es tu cumpleaños el martes? —preguntó Elliot, siguiéndome por el pasillo. Sus zapatillas estaban hechas trizas (su par favorito de Vans a cuadros) y una suela hacía ruido con cada paso.

Lo miré por encima del hombro.

—Te lo dije solo una vez hace, no sé, cinco meses.

—¿No deberías tener que decírmelo solo una vez?

Entramos en mi cuarto y luego en el interior del armario. Desde que nos habíamos mudado, el espacio poco a poco había cobrado vida propia, y ahora estaba completo: por supuesto, había estantes cubriendo toda una pared, el puf estaba en el rincón más lejano y el sofá estaba contra la pared frente a la estantería. Pero apenas unas semanas antes, mi padre había pintado las paredes y el techo de color azul medianoche, y había añadido constelaciones plateadas y doradas en el techo. Dos lámparas pequeñas iluminaban el espacio: una cerca de cada asiento. En medio del suelo había mantas y más cojines. Era el fuerte perfecto.

Elliot se acurrucó en el suelo y se tapó con una manta de lana.

—¿Y estás de vacaciones de primavera?

Me mordí el labio, asintiendo.

—Sí.

Él se quedó en silencio y luego preguntó:

—¿Te molesta no estar con tus amigos?

—Estoy con un amigo. —Lo miré, abriendo los ojos de par en par para que viese que mis palabras eran significativas.

—Me refería a tus amigas —dijo, pero no pasé por alto el rubor en sus mejillas.

—Oh —respondí—. No, está bien. Nikki irá a Perú a visitar a su familia. —Elliot no dijo nada. Me observó mientras escogía un libro y recolocaba los cojines antes de ponerme cómoda. No podía parar de pensar en cómo me había sentido cuando vi esa foto de él con sus amigos; quería saber más sobre su vida fuera de este armario, así que seleccioné las siguientes palabras con cautela, les di vueltas en mi cabeza antes de hablar—. Dejé de relacionarme con la mayoría de mis amigos cuando mi madre enfermó, quería pasar más tiempo con ella. —Él asintió, y, aunque mantuvo la vista fija en el cuaderno, noté que su atención estaba puesta únicamente en mí. Observé la primera página, el capítulo que acababa de empezar—. Y luego, cuando ella se fue, no tenía ganas de ir a dormir a casa de mis amigas para ponernos pijamas rosas, comer chucherías y hablar sobre chicos. Es como si ellas hubieran crecido mientras yo intentaba reconstruirme. Nikki y yo todavía nos llevamos bien, pero creo que es porque ella tampoco pasa demasiado tiempo con sus amigos fuera de la escuela. Tiene una familia enorme a la que ve mucho. —Ahora sentía que me miraba, pero no me giré; sabía que nunca sería capaz de terminar si lo hacía. Las palabras parecían burbujear en mi pecho, cosas que nunca había compartido con nadie—. Mi padre intentó que saliera más. Incluso me apuntó a un club para chicas de su trabajo o algo así. —Miré rápido a Elliot y luego bajé la vista—. Él decía que era para socializar y hacer amigas, pero no era para eso. Era un grupo de terapia para jóvenes que estaban pasando por algún tipo de duelo.

—Oh.

—En realidad, todas sabíamos a qué íbamos —le dije—. Recuerdo entrar en una sala blanca gigante. Las paredes estaban cubiertas de cosas que se supone que les gustan a los adolescentes: pósteres de bandas de chicos, grafitis rosas y violetas sobre algunos anuncios, pufs mullidos y cestas llenas de revistas. —Toqueteé un hilo suelto de mis vaqueros—. Era como si la madre de alguien hubiera sido contratada para recrear el cuarto de cualquier adolescente promedio. El primer

día me quedé mirando el espacio sin entender demasiado. —Me puse la coleta sobre el hombro para poder jugar con las puntas de mi pelo como distracción mientras hablaba—. También pensé que todo era muy raro y que me parecía extraño tener que socializar con aquellas chicas. Al cabo de unos días, me di cuenta de que todas llevaban el mismo corte de pelo. Eran unas siete, más o menos de mi edad, con el pelo hasta el mentón. Pocas semanas después, descubrí que todas habían perdido a sus madres. A la mayoría les habían cortado el pelo de un modo sencillo y fácil de peinar. —Hice una pausa, y comencé a retorcer las puntas de mi coleta alrededor de uno de mis dedos—. Pero mi padre aprendió a hacerme coletas, sabía qué champú comprar e incluso le pidió a alguien que le enseñara a hacer trenzas y a usar el rizador de pelo para ocasiones especiales. Podría haber tomado el camino fácil y cortarme el pelo. Pero no lo hizo. —Por primera vez, levanté la vista y vi que Elliot me observaba. Tenía los ojos abiertos de par en par, llenos de comprensión; se inclinó hacia mí y me agarró de la mano—. ¿Alguna vez te he dicho que tengo el mismo pelo que mi madre?

Él sacudió la cabeza y me regaló una sonrisa genuina.

—Creo que tienes el pelo más bonito que he visto jamás.



AHORA

JUEVES, 5 DE OCTUBRE

Estoy de pie en la entrada de Nopalito y, sin necesidad de mirar dentro con demasiada atención, sé que Elliot ya ha llegado. Lo sé porque son las ocho y diez. Acordamos reunirnos a las ocho, y Elliot nunca llega tarde. Algo me dice que eso no ha cambiado.

Entro y lo veo de inmediato. Su servilleta se cae al suelo y sus muslos chocan con torpeza contra la mesa por su prisa por ponerse de pie. Me doy cuenta de dos cosas: una, lleva puesta una chaqueta elegante, unos vaqueros bonitos y un par de zapatos de vestir negros que parecen recién lustrados. Dos, se ha cortado el pelo, que sigue largo en la parte superior, pero más corto a los lados. Hace que parezca menos un hípster intelectual loco por los libros y más… un *skater* muy atractivo. Es maravilloso que un corte de pelo que nunca se hubiese hecho en la adolescencia le quede increíble a los veintinueve años. Dicho esto, estoy segura de que debe agradecérselo a su estilista. El chico con el que crecí hubiera pensado más en qué pluma usar para escribir la lista de la compra que en su aspecto.

Me invade la ternura.

Avanzo hacia él, intentando respirar a través del zumbido eléctrico que fluye por mi torrente sanguíneo. Por suerte, hoy he tenido tiempo de arreglarme un poco y no llevo mi uniforme, y siento que Elliot me hace un repaso desde el pelo hasta los zapatos y vuelve a subir la mirada.

Su conmoción es evidente cuando me acerco para darle un abrazo rápido.

—Hola.

Mientas traga saliva, me devuelve un «hola» ahogado y luego me aparta la silla para que tome asiento.

—Tu pelo está… Estás… muy guapa.

—Gracias. Feliz cumpleaños, Elliot.

«Tranquila, no es una cita», repito, como una plegaria. «Solo he venido a compensar lo del desayuno».

Intento grabar ese mantra en mi cerebro y en mi corazón.

—Gracias. —Elliot carraspea, sonríe sin mostrar los dientes y con los ojos tensos. El camarero sirve agua en mi vaso y me despliega la servilleta para que me la ponga sobre el regazo. Elliot me observa como si hubiera regresado de entre los muertos. Puede que, después de tantos años, sea un poco así. ¿Cuándo hubiese perdido la esperanza

de volver a mantener el contacto conmigo? ¿Cuándo la hubiese perdido yo?—. ¿Qué tal en el trabajo? —pregunta, rompiendo el hielo con un tema seguro.

—He tenido un día bastante ajetreado.

Él asiente, bebe agua y luego deja el vaso sobre la mesa, permite que sus dedos sigan las gotas de condensación mientras fluyen de la boca a la base del recipiente.

—Trabajas en pediatría.

—Sí.

—¿Cuando empezaste a estudiar Medicina ya sabías que querías ser pediatra?

Me encojo de hombros.

—Prácticamente.

Una sonrisa exasperada le tuerce la boca.

—Ayúdame un poco, Mace.

Su plegaria me hace reír.

—Lo siento. No es mi intención actuar raro. —Después de una inhalación larga y profunda, y de una exhalación temblorosa, admito—: Supongo que estoy nerviosa.

No porque sea una cita.

Es decir, por supuesto que no lo es. Le he dicho a Sean que iba a quedar con un viejo amigo para cenar, y me he prometido a mí misma que le contaría toda la historia en cuanto volviera a casa; lo cual aún tengo intenciones de hacer. Pero él estaba muy ocupado configurando su nueva televisión y ni siquiera vio que me había ido, la verdad.

—Yo también estoy nervioso —dice Elliot.

—Ha pasado mucho tiempo.

—Así es —concuerda—, pero me alegra que llamaras. O, mejor dicho, que escribieras.

—Respondiste muy rápido —digo, pensando de nuevo en su teléfono con tapa—. No estaba preparada para que lo hicieras.

Él sonríe con orgullo fingido.

—Ahora tengo un iPhone.

—Déjame adivinar: ¿Nick Jr. te dio su móvil viejo?

Elliot frunce el ceño.

—Por favor. —Bebe otro sorbo de agua y añade—: Andreas cambia de móvil con muchísima más frecuencia que él.

Nuestra risa desaparece, pero mantenemos el contacto visual.

—Bueno, por si te lo estabas preguntando —digo—, estamos uno a uno. Liz me dio tu número, aunque lo recordaba perfectamente. Es el mismo de siempre.

Él asiente y bajo la mirada, pensativa, cuando muerde y se lame el

labio inferior.

—Liz es genial.

—Ya lo creo —respondo—. Es muy maja. —Carraspeo y añado en voz baja—: Hablando de eso… Perdóname por haberme ido durante el desayuno.

—Lo entiendo —responde rápido—. Es mucho que asimilar.

Resulta hasta gracioso: un océano de información nos separa, y hay infinitos lugares por los que empezar a navegarlo. Empezar por el principio y avanzar. Empezar por el presente y retroceder. Empezar por algún momento intermedio.

—La verdad es que no sé por dónde empezar —admito.

—Quizás… —dice con vacilación—. ¿Por qué no vemos la carta, pedimos vino y luego nos ponemos al día? Ya sabes, como en una cena normal.

Asiento, aliviada, de que él parezca tan sólido mentalmente como siempre, y me pongo a leer la carta, pero siento que las palabras están desordenadas por todas las preguntas que tengo en la cabeza.

¿En qué parte de Berkeley vive?

¿De qué va su novela?

¿En qué ha cambiado? ¿Qué sigue igual?

Pero el pensamiento mezquino y traicionero que acecha en la oscuridad de mi cerebro va sobre la valentía que tuvo al cortar con su pareja después de haberme visto menos de dos minutos. Bueno, a menos que no fuera una relación muy estable. O que ya estuviera a punto de terminar.

¿Será este el peor lugar para empezar? ¿Con alguien que está atravesando una ruptura? ¿Me he vuelto loca de remate? ¡Estoy a punto de casarme con Sean!

—¿Va todo bien con… con…? —pregunto con una mueca de dolor.

Él deja de mirar la carta y supongo que mi expresión levemente ansiosa le da una pista de lo que estoy preguntándole.

—¿Con Rachel? —Asiento, pero su nombre hace que me ponga a la defensiva: sin duda, él ha nacido para estar con una mujer que se llame Rachel, alguien que lee cada edición del *The New Yorker*, y que trabaja en una organización sin ánimo de lucro, y que hace abono con sus cáscaras de huevo y con los desperdicios de sus verduras para poder cultivar su propia huerta. Mientras tanto, yo soy un desastre, tengo el préstamo de la universidad por pagar, tengo *mommy issues* y *daddy issues*, también tengo lo mío con Elliot y una suscripción que jamás admitiré a *US Weekly*—. De hecho, todo va bien —dice—. Creo. Espero que con el tiempo podamos ser amigos. En retrospectiva, nunca hubiera podido ser más que una amistad.

Ese sentimiento se introduce en mi flujo sanguíneo, cálido y eléctrico.

—Elliot.

—Oí lo que dijiste —responde con sinceridad—. Estás comprometida, lo entiendo. Pero será difícil para mí ser solo tu amigo, Macy. No está en mi ADN. —Me mira a los ojos y deja la carta sobre la mesa—. Lo intentaré, pero ya sé cómo soy.

Siento que su sinceridad hace que caigan todos mis muros. Me pregunto cuántas veces más podría decirme que me quiere antes de que me derrita en un charco a sus pies.

—Entonces creo que necesitamos algunas reglas básicas —digo.

—Reglas básicas —repite, asintiendo despacio—. ¿Por ejemplo no tener expectativas? —Asiento—. Y quizás… ser sinceros el uno con el otro y contarnos lo que queramos saber. —Quiero que el intercambio sea justo, así que tendré que madurar y dar lo mejor de mí. A pesar de que mi interior grita preso del pánico, acepto—. Vale —dice Elliot, con una sonrisa relajada—, no sé qué te gustaría saber sobre Rachel. Primero éramos amigos. Lo fuimos varios años, durante el posgrado y después.

La idea de que él fuera amigo de otra mujer es como un cuchillo que se va clavando despacio en mi esternón. Bebo un sorbo de agua y logro hacer una pregunta fácil.

—¿Posgrado?

—Bellas Artes en la NYU —dice, sonriendo. Se pasa una mano nerviosa por el pelo, como si no estuviera acostumbrado todavía a la sensación del corte, y añade—: En retrospectiva, cuando cumplimos veintiocho parecía que lo lógico era empezar una relación. —Sé a qué se refiere. Cumplí veintiocho y acabé en una relación con Sean. Parece que Elliot me lee la mente—. Cuéntame cosas del tío con el que te vas a casar.

Es un campo de minas, pero lo mejor será que sea honesta.

—Nos conocimos en una cena de bienvenida para nuevos residentes —digo, y, aunque no me pide que haga las cuentas, se lo pongo en bandeja—: en mayo.

Levanta las cejas despacio debajo de su pelo abundante.

—Ah.

—Nos llevamos bien de inmediato.

Elliot asiente, observándome con intensidad.

—¿Qué otra cosa podrías hacer? —Parpadeo mirando la mesa, carraspeando e intentando no ponerme a la defensiva. Elliot siempre ha sido brutalmente sincero, pero nunca había sido así de brusco conmigo. Para mí, sus palabras siempre eran amables y cariñosas.

Ahora mi corazón late tan rápido que siento que resuena entre nosotros, y hace que me pregunte si nuestros corazones rotos están resolviendo esto a puñetazos desde el interior de nuestros cuerpos—. Lo siento —murmura Elliot, extiende la mano sobre la mesa, pero luego piensa que es mejor no tocarme—. No era mi intención decirlo así. Es solo que me parece muy poco tiempo, nada más.

Levanto la vista y esbozo una sonrisa débil.

—Lo sé. Voy rápido.

—¿Cómo es él?

—Dulce. Bueno. —Retuerzo la servilleta sobre mi regazo, deseando poder pensar en mejores adjetivos para describir al hombre con el que me casaré—. Tiene una hija. —Elliot escucha, casi sin parpadear—. Es uno de los mecenas del hospital. Bueno, en cierto modo. Es artista. Su trabajo es… —Noto que empiezo a alardear y no sé por qué me hace sentir incómoda—. Es bastante popular. Él dona algunas de sus instalaciones de arte más famosas al hospital Benioff Mission Bay.

Elliot inclina el torso hacia delante.

—¿Sean Chen?

—Sí. ¿Has oído hablar de él?

—Los libros y el arte se mueven en círculos muy próximos —explica, asintiendo—. He oído que es buen tipo. Su arte es maravilloso.

El orgullo hace que mi pecho se hinche y se llene de calidez.

—Lo es. Sí. —Y otra verdad brota de mí antes de que pueda evitarlo—: Y es el primer hombre con el que he estado sin sentir que…

Mierda.

Intento pensar en un mejor modo de terminar la oración que no suponga una verdad tan cruda, pero mi mente está en blanco, salvo por la expresión sincera de Elliot y el modo dulce en que sus manos rodean el vaso de agua. Él me desarma.

Espera, y por fin pregunta:

—Dilo, Mace.

Mierda.

—Que era una traición estar con él…

Elliot termina mi oración inconclusa con un amable:

—Oh. Sí. —Lo miro a los ojos—. Nunca me ha pasado —añade en voz baja.

Sin duda esto es un campo de minas. Parpadeo con los ojos clavados en la mesa, con el corazón en la tráquea, y continúo:

—Así que por eso acepté de inmediato cuando me propuso matrimonio. Siempre me he dicho que me casaría con el primer hombre con el que pudiera estar sin sentirme mal.

—Parece… un buen criterio.

—Siento que es lo correcto.

—Pero, en realidad —dice Elliot, pasando un dedo sobre una gota de agua que ha llegado a la mesa—, según ese criterio, técnicamente esa persona sería yo, ¿no?

El camarero es mi nuevo humano favorito porque se acerca con la intención de tomar nota de lo que queremos justo después de que Elliot haya preguntado eso, y evita que empiece a dar un rodeo incómodo para no responder.

Mirando la carta, digo:

—Quiero tacos al pastor y la ensalada de cítricos, por favor. —Levanto la vista y añado—: Dejaré que él escoja el vino.

Como probablemente podría haber adivinado, Elliot pide caldo tlalpeño (siempre le ha encantado la comida picante) y una botella de *sauvignon blanc Horse & Plow* antes de devolverle la carta al camarero con un agradecimiento silencioso.

Me mira de nuevo y dice:

—Sabía lo que pedirías. ¿Ensalada de cítricos? La comida soñada de Macy. —Mis pensamientos tropiezan entre sí por lo fácil que es esto, por la intimidad que aún compartimos. Es demasiado fácil, la verdad, y siento que le estoy siendo infiel de un modo muy surrealista y retrógrado al hombre que está a un par de kilómetros, instalando una televisión en el hogar que compartimos. Enderezo la espalda, intentando infundirle cierta distancia emocional a mi postura—. Y se retira… —dice Elliot, observándome.

—Lo siento —respondo. Él lee cada movimiento que hago, por ínfimo que sea. No puedo culparlo; yo hago lo mismo—. Esto estaba empezando a ponerse demasiado intenso.

—Lo sé —dice él, inclinando la cabeza hacia atrás—. ¿Cuándo es la boda?

—Mi cronograma es una locura, así que aún no hemos puesto una fecha. —En parte es verdad. La postura de Elliot me indica que le gusta esa respuesta (por hipócrita que sea) y eso despierta el nerviosismo en mi estómago—. Pero queremos que sea el próximo otoño —añado rápido, alejándome aún más de la verdad. Sean y yo ni siquiera hemos hablado sobre posibles fechas. Elliot entrecierra los ojos—. Aunque si dependiera de mí, sería en cualquier momento, vestidos con lo que sea y en el juzgado. Aparentemente, no tengo ningún interés en planificar una boda.

Elliot no dice mucho durante unos segundos, solo permite que mis palabras floten a nuestro alrededor. Luego, emite un simple:

—Ah.

Carraspeo, incómoda.

—Bueno, cuéntame: ¿qué has estado haciendo todo este tiempo?

Hay una interrupción breve cuando el camarero regresa con nuestro vino, le enseña a Elliot la etiqueta, abre la botella en la mesa auxiliar y le ofrece que lo pruebe. La confianza que muestra Elliot me desconcierta. Él creció en el corazón del condado vitivinícola de California, así que debería estar cómodo con esto, pero nunca lo he visto probar vino en la mesa. Éramos tan pequeños…

—Es fantástico —le dice al camarero, y luego me mira mientras el hombre nos sirve las copas—. ¿Por dónde quieres que empiece?

—¿Por el presente?

Elliot se reclina en la silla, piensa unos instantes y decide por dónde empezar. Y después, todo brota con facilidad y detalles. Me cuenta que sus padres aún viven en Healdsburg (*No logramos convencer a mi padre para que se jubile*); que Nick Jr. es fiscal de distrito del condado de Sonoma (*Viste como si fuera un personaje de una serie de policías mala, nadie debería vestir así*); Alex está a punto de entrar en la universidad y es una gran bailarina (*Ni siquiera puedo sentirme culpable por ser un hermano orgulloso, Mace. Tiene mucho talento*); George está casado con Liz y viven en San Francisco (*Lleva traje a la oficina. La verdad es que nunca recuerdo de qué trabaja*); y Andreas vive en Santa Rosa, es profesor de Matemáticas en un instituto y se casará este año (*Nunca pensamos que acabaría trabajando con niños, pero resulta que tiene mano para eso*).

Mientras me pone al día, solo puedo pensar que estoy conociendo solo la punta del iceberg. Debajo del mar hay mucho más. Muchos detalles diminutos que me he ido perdiendo a lo largo de los años.

Llega la comida, que está deliciosa, pero la saboreo sin prestarle demasiada atención, porque estoy ávida de información, y él también. Esbozamos años de universidad de manera monocromática y en retrospectiva, intercambiamos historias de terror sobre nuestra época de posgrado riendo con la complicidad de dos personas que han sufrido y visto lo que hay del otro lado. Pero no hablamos sobre enamorarnos de otras personas ni sobre dónde nos deja eso ahora, y sin importar lo presente que esté en cada respiración, en cada palabra, no hablamos sobre lo que pasó la última vez que lo vi, hace once años.



ANTES

LUNES, 28 DE JULIO
CATORCE AÑOS ATRÁS

Nuestro primer verano en la casa nueva, mi padre y yo hicimos solo un viaje a nuestra antigua casa, a finales de julio, porque Kennet, el hermano de mi padre, vino de visita.

Kennet tenía dos hijas y una esposa, Britt, cuya idea de afecto era posar una mano en mi hombro. Así que, cuando me acerqué a ella, susurrando horrorizada que me parecía que me había venido la regla, ella me trató con una emoción aséptica: me compró una caja de compresas y una caja de tampones e hizo que su hija menor, Karin, me explicara con incomodidad el proceso de colocación básico.

Mi padre estuvo mejor, pero no mucho. Cuando volvimos, él mencionó la lista de mamá, en la que, en el punto veintitrés, había escrito:

Cuando a Macy le venga su primera regla, asegúrate de que no tenga dudas sobre lo que está pasando con su cuerpo. Sé que es incómodo, pero necesita saber que es maravillosa y perfecta, y que, si yo estuviera allí, le contaría la historia que está dentro del sobre con el número 23.

Mi padre lo abrió con las mejillas rojas por la incomodidad.

—Cuando me vino… —Tosió y se corrigió—: Cuando a tu madre le vino la…

Le quité la carta de las manos y subí la escalera para refugiarme en mi biblioteca.

Ver la caligrafía de mi madre hizo que me doliese el pecho.

Cuando me vino la regla, tenía unos calambres horribles. Aparecían en los momentos más inesperados, cuando estaba de compras con mis amigas o en una fiesta de cumpleaños. El ibuprofeno me ayudaba, pero lo que me iba mejor era visualizar el dolor evaporándose.

Lo imaginaba una y otra vez, hasta que dolor se reducía.

No sé qué te funcionará a ti, o si necesitarás esto, pero, de ser así, imagina mi voz ayudándote. Tendrás tentaciones de odiar tu cuerpo, pero es la manera que tiene de decirte que todo funciona bien, y eso es un milagro.

Pero más que nada, imagina lo orgullosa que estoy de compartir esto contigo. Estás creciendo. Tener la regla fue lo que, con el tiempo,

me permitió quedarme embarazada de ti, cuando estuve lista.

Trata a tu cuerpo con cariño. Cuídalo. No permitas que nadie lo maltrate, y no lo maltrates tú tampoco. Hice cada centímetro de tu piel con esmero, me deslomé durante meses por ti. Eres mi obra maestra.

Te extraño. Te amo,

Mae

Parpadeé, confundida. En algún momento, Elliot se había materializado en la puerta, pero no vio mis lágrimas hasta que lo miré a los ojos. Su sonrisa desapareció; dio un paso, dos, y se acercó a mí hasta ponerse de rodillas en el suelo junto al sofá en el que estaba sentada.

Sus ojos buscaron los míos.

—¿Qué te pasa?

—Nada —dije, moviéndome en mi asiento mientras doblaba la carta. Él le echó un vistazo antes de mirarme de nuevo.

Era demasiado perceptivo para tener tan solo quince años.

Cada vez me molestaba más que nuestra vida cotidiana fuera un misterio extraño para los dos. Nos poníamos al día cada vez que nos reuníamos y nos contábamos con quiénes pasábamos el rato o qué estábamos estudiando. Charlábamos sobre quiénes nos molestaban, a quiénes admirábamos. Y, por supuesto, compartíamos nuestras palabras favoritas. Él sabía los nombres de mis dos amigas más cercanas (Nikki y Danny), pero yo no conocía los de los suyos. Sabía que Brandon era tranquilo y silencioso, y que Christian era un poco cafre. Aquí leíamos, hablábamos y aprendíamos el uno del otro todo el tiempo, pero ¿cómo podía contarle lo que me estaba pasando?

Me había venido la regla mucho más tarde que a todas mis amigas, a mi padre le resultaba difícil identificarse conmigo, mi madre estaba muerta. Pero no era nada de eso. O tal vez era todo eso. Quería a mi padre más que a nadie, pero él no estaba para nada preparado para algunas cosas. Sin duda, sabía que él estaba abajo, caminando de un lado a otro, esperando oír mi voz para saber si había sido una buena idea dejar que Elliot subiese o si su instinto se había equivocado.

—Estoy bien —dije, esperando haberlo dicho a un volumen lo bastante alto como para que las palabras llegaran al piso inferior. Lo último que quería era tener a los dos preocupándose por mí.

Elliot sujetó mi rostro con sus manos en un gesto que me cogió por sorpresa, y buscó mi mirada con la suya.

—Por favor, dime qué te pasa. ¿Es por tu padre? ¿Por el instituto?

—De verdad, no quiero hablar del tema, Ell. —Retrocedí un poco, limpiándome la cara. Tenía los dedos húmedos, lo cual explicaba el

pánico de Elliot. Supongo que estaba llorando bastante.

—Nos lo contamos todo, ¿no? —Con reticencia, retrocedió—. Ese es el trato.

—No creo que quieras saber esto.

Me miró, imperturbable.

—Quiero saberlo.

Aunque no sabía si iba a resultar, lo miré directamente a los ojos y dije:

—Me ha venido la regla.

Él parpadeó varias veces antes de enderezar la espalda. El rubor se expandió desde su cuello hasta sus pómulos.

—¿Y estás enfadada por eso?

—No estoy enfadada. —Me mordí el labio para pensar con más claridad—. Más que nada, estoy aliviada. Y luego he leído una carta de mi madre y creo que ahora estoy un poco triste.

Él sonrió.

—¿Crees?

—Es solo que escuchas algunas cosas sobre la regla, pero, en realidad, no sabes nada. —Hablar de esto con Elliot era… Bueno, no estaba tan mal—. Te preguntas cuándo pasará, cómo será, si te sentirás distinta después. Cuando les viene a tus amigas, piensas ¿qué pasa conmigo? Es un poco agobiante tener un reloj biológico funcionando en tu interior.

Ahora es él quien se muerde el labio intentando reprimir una risa incómoda.

—Pero ¿ha sido para tanto?

—No, supongo que no.

—¿Te sientes distinta?

Sacudo la cabeza.

—La verdad, no. No me siento como pensé que me sentiría. Parece como si algo estuviera intentando salir con sus garras. Y estoy un poco malhumorada.

Elliot cogió la manta, se sentó a mi lado y me rodeó los hombros con un brazo.

—No creo que sea de mucha ayuda, pero siento que debo estar feliz por ti.

—Estás actuando con mucha madurez y muy poco como un adolescente. Esperaba menos compasión y más burla. —Me embriagó la calidez de su cuerpo y la sensación de su brazo rodeándome.

Exhaló una risa sobre mi pelo.

—Tengo una hermanita en camino y una madre que insiste en que es mi trabajo enseñarle cómo son las cosas, ¿recuerdas? Así que te

necesito para que me lo expliques todo. —Me acurruqué contra él y cerré los ojos para combatir el ardor de las lágrimas—. ¿Puedo hacer algo? —preguntó en voz baja.

Un peso me aplastaba el pecho.

—No, a menos que puedas traer a mi madre de vuelta.

El silencio latía a nuestro alrededor y oí que Elliot inhalaba un par de veces para prepararse antes de hablar. Al final, dijo algo simple:

—Ojalá pudiera hacerlo. —Me acurruqué más contra él, inspirando el aroma intenso de su desodorante, el olor persistente a sudor de adolescente, el olor a algodón húmedo de su camiseta tras haber corrido cuatro metros bajo la lluvia de verano de su porche al mío. Qué raro, solo escucharlo decir eso me hizo sentir un millón de veces mejor—. ¿Quieres hablar de ello? —susurró.

—No.

Su mano dibujaba un sendero suave a lo largo de mi brazo. Sabía, sin tener que pensarlo demasiado, que no había otros chicos como Elliot en ninguna parte.

—Siento que estés de mal humor.

—Yo también.

—¿Quieres que te traiga una botella de agua caliente? Lo hago cuando mi madre tiene la regla. —Sacudí la cabeza. Quería que mi madre estuviese allí, leyéndome su carta. Él carraspeó y preguntó despacio—: ¿Porque si lo hago parecería que soy tu novio?

Tragué saliva, y la atmósfera cambió en un instante. Eso de novio no parecía suficiente. Elliot era mi persona.

—¿Supongo?

Él enderezó la espalda, y me fijé en sus brazos y piernas delgadas, que estaban a punto de cambiar, de convertirse en algo nuevo, en algo… que se parecería más a un… hombre que a un niño. Con casi quince años, tenía la nuez marcada y cierta barba incipiente, y los pantalones le quedaban demasiado cortos. Su voz se había vuelto más grave.

—Creo que somos demasiado jóvenes para eso.

Asentí e intenté tragar, pero tenía la boca seca.

—Sí.



AHORA

VIERNES, 6 DE OCTUBRE

La primera luz de la mañana entra a través de las cortinas translúcidas y lo tiñe todo de un azul tenue. Fuera, en la calle Elsie, los camiones de basura traquetean sobre el asfalto. Se oye el chillido del metal sobre el metal, el ruido de los cubos de basura contra el camión y el sonido de la cascada de basura cayendo dentro de la trituradora. A pesar del modo en que el mundo sigue girando al otro lado de la ventana, no estoy segura de estar lista para empezar el día.

En mis oídos aún zumban fragmentos de la conversación que ocurrió durante la cena. Quiero aferrarme a ellos un rato más para disfrutar de la alegría de haber recuperado la presencia de mi mejor amigo antes de que todas las complicaciones que eso conlleva logren salir a la superficie.

Sean se gira hacia mí, me abraza contra su cuerpo, entierra su cara en mi cuello.

—Buenos días —gruñe con las manos ya ocupadas, con la boca sobre mi garganta, sobre mi mandíbula. Tira de mis pantalones cortos de pijama y rueda sobre mí—. ¿Es posible que hayas logrado dormir del tirón?

—Milagro de milagros: sí. —Le paso las manos por el pelo, hurgando en la melena entrecana. El hambre se despierta en mí; llevamos sin acostarnos una semana. La relación todavía es tan nueva que no sé si alguna vez hemos pasado tanto tiempo sin hacerlo. Cuando él busca mi boca, lo beso una vez antes de que la vacilación aparezca en mí, y retrocedo un poco—. Espera.

—Oh. ¿Tienes la regla? —pregunta, con las cejas en alto.

—¿Qué? —digo, y luego sacudo la cabeza—. No, solo quería contarte mi noche de ayer.

—¿Tu noche de ayer? —repite, confundido.

—Mi cena con Elliot.

Ahora, Sean relaja el ceño.

—¿Podrías esperar hasta después de…? —Presiona su cuerpo contra el mío con fuerza.

—Oh. —Supongo que podría esperar. Pero la realidad es que no debería. Elliot y yo ni siquiera nos tocamos después de que yo lo abrazara para saludarlo. No pasó nada. Pero siento que estoy mintiendo si no le cuento a Sean quién es Elliot. O, más bien, quién fue—. No es nada malo —digo, pero, de todos modos, Sean rueda y se

recuesta a mi lado—. Es que… como llevamos poco tiempo juntos, no sabemos todavía muchas historias sobre el otro, y creo que ha llegado el momento de entregarnos a ese desafío. —Él está de acuerdo y asiente con la cabeza—. Ayer te dije que cenaría con un viejo amigo, lo cual es cierto.

—Vale.

—Pero él es… más que un viejo amigo… —Miro a Sean a los ojos y me derrito un poco. Sus ojos son profundos, expresivos y brillantes. Sus ojos son maravillosos: castaños, con pestañas gruesas, y su forma gatuna los convierte en los ojos más seductores que he conocido. Pero ahora mismo, parecen más reservados que juguetones. Me encojo de hombros y me corrijo—: Él fue mi primer todo.

—Tu primer…

—Mi primer amigo de verdad, mi primer amor, mi primera…

—Vez —concluye por mí.

—Es complicado.

—¿Cómo de complicado? —pregunta con dulzura—. Todos tenemos exparejas. ¿Te hizo daño?

Niego rápido con la cabeza.

—Verás, después de la muerte de mi madre, mi padre se convirtió en mi mundo entero, pero él no sabía cómo contenerme del mismo modo que lo hacía mi madre. Y luego, conocí a Elliot y fue como si… —Busco las palabras justas— tuviera a alguien de mi edad que me entendía de verdad y que me veía exactamente como era. Él fue como un mejor amigo y un primer novio al mismo tiempo.

Sean suaviza su expresión.

—Me alegra saberlo, cariño.

—Una noche discutimos y… —Ahora me doy cuenta de que cortamos de forma prematura. No sé si soy capaz de seguir hablando —. Necesitaba un poco de tiempo para pensar y «un poco de tiempo» se transformó en once años.

Sean abre un poco los ojos.

—¿Qué?

—Y hace unos días, nos encontramos en la calle.

—Entiendo. Y fue la primera vez que os veíais desde entonces.

Trago con dificultad.

—Sí.

—Entiendo que tenéis cosas pendientes —dice, sonriendo un poco.

Asiento y repito:

—Sí.

—¿Y has cargado con ese silencio todo este tiempo?

No quiero mentirle.

—Así es.

Además de la muerte de mis padres, no hay nada en mi vida que me afecte tanto como Elliot.

—¿Aún lo quieres?

Parpadeo y aparto la mirada.

—No lo sé.

Sean me coge la cara con la mano.

—No me molesta si lo quieres, Mace. Incluso si crees que lo querrás siempre. Pero si eso hace que dudes de lo que estás haciendo aquí, conmigo, entonces necesitamos hablar de ello.

—No me hace dudar, en serio. Es solo que ha sido intenso volver a verlo.

—Lo entiendo —dice con calma—. Ha reabierto heridas del pasado. Estoy seguro de que, si viera a Ashley de nuevo, me resultaría muy difícil gestionar el enfado, el dolor y, sí, el amor que aún siento por ella. Nunca llegué a desenamorarme del todo. Simplemente tuve que seguir adelante cuando se fue. —Es una descripción perfecta. Me besa—. No tenemos dieciocho años, cariño. No hemos llegado hasta esta relación sin algún rasguño en nuestra armadura. No espero que tengas sitio en tu corazón solo para mí. —Me siento tan agradecida que casi quiero llorar—. Trabaja en esa amistad. Haz lo que necesites hacer —dice, su peso vuelve a estar sobre mí, su cuerpo empuja el mío, firme y listo—. Pero ahora mismo, ven conmigo.

Lo rodeo con los brazos, aprieto mi cara contra su cuello, pero mientras él se mueve encima de mí y entra en mi cuerpo, siento una lucidez extraña. El sexo con él es genial, siempre lo ha sido, pero no siento que esté haciendo lo correcto.

No me eriza la piel. No hace que me duela el pecho de manera tan placentera que casi no puedo respirar. No siento urgencia, desesperación o demasiado calor por la pasión. Y en el gemido tenso que Sean interpreta como placer, me preocupa que Elliot tenga razón y que yo esté equivocada y que, como siempre, él esté cuidando el corazón de los dos mientras yo doy vueltas, intentando comprenderlo todo.

Siento que mis pensamientos giran alrededor de algo, siempre lo mismo, una y otra vez: después de haberme visto, Elliot se fue a casa y cortó con Rachel.

A él solo le hizo falta verme para saberlo, mientras que a mí me resulta imposible dejarme llevar por uno solo de mis sentimientos.



ANTES

MIÉRCOLES, 26 DE NOVIEMBRE
CATORCE AÑOS ATRÁS

Mi padre empujó el carrito de la compra por el pasillo y se detuvo frente a una nevera llena de pavos enormes.

Los miramos juntos. Aunque mi padre y yo habíamos conservado muchas tradiciones desde la muerte de mi madre, nunca habíamos celebrado el Día de Acción de Gracias solos.

Aunque, en realidad, tampoco lo habíamos celebrado nunca con ella. Con dos inmigrantes de primera generación del siglo xxi como padres, Acción de Gracias no era una celebración que nos importase demasiado a ninguno de los tres. Pero ahora teníamos la cabaña y una semana libre por delante sin nada que hacer excepto cortar leña y leer frente a las llamas. Parecía un desperdicio, de un modo completamente ilógico, no intentar siquiera preparar una comida de celebración este año.

Pero de pie allí, ante la idea de hacer semejante comilona para dos, cocinar parecía, sin duda, un desperdicio mayor.

—Pesa seis kilos —dijo mi padre—, como mínimo. —Con expresión de desagrado, cogió uno de los pavos de la nevera y lo inspeccionó.

—¿No venden solo las…? —Sacudí la mano hacia la carnicería, donde vendían solo las pechugas.

Mi padre me miró sin entender.

—¿Las qué?

—Ya sabes, las partes más pequeñas.

Empezó a reírse a carcajadas.

—¿Las pechugas? —Gruñí, pasé a su lado y señalé una pechuga de pavo que nos llegaría para los dos. Mi padre se aproximó y dijo—: Estas tienen un tamaño más adecuado. —Inclinó el torso y añadió, reprimiendo la risa—: Son unas buenas pechugas.

Avergonzada, lo aparté y fui hasta la frutería para coger patatas. Allí de pie, con Alex metida en un portabebés, estaba la madre de Elliot, Dina.

Llevaba el carrito lleno de comida y el móvil en la oreja. Estaba distraída hablando con alguien e inspeccionaba unas cebollas blancas como si tuviera todo el tiempo del mundo mientras el bebé dormía sobre su pecho. Había dado a luz hacía tres meses y allí estaba, preparándose para cocinar un banquete para su tropa de hombres hambrientos.

La miré, sintiendo una combinación retorcida de admiración y frustración. Dina hacía que todo pareciera muy fácil, mientras que mi padre y yo apenas éramos capaces de hacer una comida normal de Acción de Gracias para dos.

Cuando Dina me vio, por primera vez en la vida me imaginé cómo sería yo a través de los ojos de otra persona; yo, con mis pantalones del equipo de natación, la sudadera holgada de Yale que mi padre le había comprado a mi madre y mis chanclas. Y quieta, perdida entre todos los productos del supermercado, sin madre y, evidentemente, abrumada.

Dina colgó y avanzó con su carrito hacia mí.

Me miró la cara y bajó los ojos hasta mis pies, luego los subió de nuevo.

—¿Tu padre y tú cenaréis juntos mañana?

Esbocé lo que esperaba que fuera una sonrisa graciosa y confiada.

—Lo intentaremos.

Ella hizo una mueca, miró detrás de mí y fingió inquietarse.

—Macy —dijo, acercándose con complicidad—, tengo tanta comida que no sé qué haré con ella, y con la pequeña Alex aquí… me ayudaría mucho que tu padre y tú vinierais a casa. Si pudierais ayudarme a pelar las patatas y hacer el pan, me salvaríais la vida.

Ni en un millón de años me hubiera negado.



El aire estaba impregnado del olor del pastel, la mantequilla derretida y el pavo. El viento transportaba los aromas de la cocina de la ventana de la casa de Elliot al resto del vecindario, y mi estómago protestaba.

Dina nos había dicho que fuéramos a las tres, y la espera se me estaba haciendo eterna. Ni siquiera podía contar con Elliot para que me entretuviera hasta entonces, porque, sin duda, lo habían puesto a trabajar.

Oía el cortacésped y la aspiradora en pleno funcionamiento. Y, claro, oía también el rugido del fútbol americano en la televisión de la sala de estar, que salía de su casa y llegaba hasta la nuestra. Cuando llegamos con vino y flores dos minutos antes de las tres en punto, yo estaba cargada de expectativas.

Mi padre tenía un buen sueldo y en nuestra casa de Berkeley no nos faltaba de nada. Pero lo que nunca podríamos comprar era el caos y el bullicio de una familia numerosa. Nos faltaba ruido, caos y la alegría de platos rebosantes porque cada uno quería su comida favorita sobre la mesa.

Con tan solo cruzar la puerta, la locura nos capturó como un imán.

George y Andreas gritaban delante de la televisión. En una silla apartada, Nick jugaba a hacer ruidos con la boca sobre el estómago de Alex. Nick Junior ordenaba la mesa del comedor mientras Dina vertía mantequilla derretida sobre los panes trenzados para meterlos en el horno, y Elliot estaba junto al fregadero, pelando patatas.

Corrí hasta él, extendiendo la mano para quitarle el pelador.

—¡Le dije a tu madre que las pelaría yo!

Él parpadeó, mirándome sorprendido, y empujó sus gafas con un dedo cubierto de patata. Sabía que ayudarla con la cena solo era una farsa (después de todo, llevaba oliendo a comida todo el día), pero, por alguna razón, era incapaz de renunciar a ella.

La cuestión es que a los catorce años ya era lo bastante mayor como para entender que la mayoría de las personas que habían vivido en Healdsburg no podrían permitirse vivir en Berkeley. Aunque Healdsburg había recibido dinero del Área de la Bahía y del fenómeno del vino en los noventa, muchas de las personas que vivían allí aún cobraban salarios mínimos y vivían en casas viejas y sencillas.

La riqueza aquí era lo que estaba de puertas para dentro: la familia Petropoulos, la calidez y el conocimiento, pasado de generación en generación, de cómo preparar una comida familiar de ese tamaño.

Dina le dio otra tarea distinta a Elliot (lavar y cortar la lechuga para la ensalada), y él lo hizo sin quejas ni necesidad de más indicaciones.

Mientras tanto, yo ataqué las patatas hasta que Dina se acercó y me mostró cómo pelarlas más despacio, en tiras largas y suaves.

—Bonito vestido —dijo Elliot cuando su madre se había ido, con la voz llena de un delicado sarcasmo.

Bajé la vista hacia el peto vaquero que llevaba puesto.

—Gracias. Era de mi madre.

Elliot abrió los ojos de par en par.

—Dios mío, Macy, lo sien…

—Es broma. Me lo compró mi padre y aún no había tenido ocasión de ponérmelo.

Él parecía escandalizado, pero luego sonrió.

—Eres mala —siseó.

—El que juega con fuego —dije, levantando el índice y el meñique— acaba quemándose.

Sentí que él me observaba y deseé que notara mi sonrisa.

Mi madre siempre había tenido un sentido del humor retorcido.



Mi padre tomó asiento y se puso a ver el partido de los Niners con

falso interés junto al señor Nick y los chicos hasta que Dina avisó de que la comida estaba lista.

Cuando nos sentamos a la mesa, empezó el ritual, una escena coreografiada que mi padre y yo seguimos con detenimiento: todos ocuparon sus sillas y se agarraron de las manos. Nick dio las gracias y luego todos se turnaron para decir algo que quisieran agradecer ese año.

George estaba agradecido por haber sido seleccionado para el equipo universitario de atletismo.

Dina estaba agradecida porque su hija (que dormía tranquila en una silla cerca de la mesa) hubiese nacido sana.

Nick Junior estaba agradecido porque estaba a punto de terminar su primer cuatrimestre en la universidad.

Mi padre estaba agradecido por haber tenido un buen año en los negocios y una hija maravillosa.

Andreas estaba agradecido por su novia, Amie.

Nick estaba agradecido por tener a sus chicos y, ahora, a sus dos chicas. Le guiñó un ojo a su esposa.

Elliot estaba agradecido por la familia Sorensen, y, en especial, por Macy, a quien echaba mucho de menos durante la semana.

Desde mi asiento, lo miré e intenté encontrar algo distinto que decir, algo igual de bueno.

Me centré en un punto fijo de la mesa mientras hablaba con palabras temblorosas.

—Estoy agradecida de que los estudios no me vayan mal, al menos por ahora. Estoy agradecida de que no me haya tocado el señor Syne como profesor de Matemáticas. —Levanté la vista parar mirar a Elliot —. Pero, más que nada, estoy agradecida porque nos hayamos comprado esta casa y por mi nuevo amigo, que hace que no me sienta rara por estar triste por la muerte de mi madre. Mi amigo, al que no le importa estar en silencio y quien siempre tendrá que explicármelo todo dos veces porque es mucho más inteligente que yo. Estoy agradecida porque su familia es muy agradable, porque su madre prepara cenas deliciosas y porque mi padre y yo no hemos tenido que preparar un pavo por nuestra cuenta.

La mesa permaneció en silencio, y oí a Dina tragar un par de veces antes de decir con alegría:

—¡Perfecto! ¡A comer!

Y se desencadenó la locura de cuatro chicos adolescentes cerniéndose sobre la comida. Los panes pasaban de un lado a otro, el pavo y la salsa cubrían mi plato y saboreé cada bocado.

No era tan deliciosa como la comida que me preparaba mi madre,

pero sé que a ella le hubiera encantado estar en esta sala, con esta familia bulliciosa. A pesar de todo, fue el mejor Día de Acción de Gracias de mi vida. Ni siquiera me sentí culpable por no echar de menos a mi madre, porque sabía que ella querría que tuviera más días como ese, y mejores, para siempre.

Más tarde, en casa, mi padre me acompañó al piso superior y, de pie detrás de mí, me peinó mientras yo me lavaba los dientes.

—Siento haber estado tan callado esta noche —dijo, con vacilación.

Lo miré a los ojos a través del espejo.

—Me gusta tu silencio. Tu corazón no es silencioso.

Mi padre inclinó el cuerpo hacia delante, presionó su mejilla contra mi sien y me sonrió a través del espejo.

—Eres maravillosa, Macy Lea.



AHORA

VIERNES, 13 DE OCTUBRE

Más milagroso incluso que una noche entera de descanso es la previsión de un día libre en un fin de semana. Tener un sábado libre es como tener diez años y un billete de veinte dólares para gastar en una tienda de chuches. Ni siquiera sé por dónde empezar.

Bueno, no es del todo cierto. Sé que no quiero pasar ni un segundo del día aquí metida. El edificio del hospital de niños de Mission Bay tiene ventanas por todas partes, pero, cuando eres médico residente de pediatría, no te fijas en nada más que en los niños o en tu jefe diciéndote dónde necesitan que vayas a continuación.

El viernes por la tarde, en un breve descanso después de mis rondas, le recuerdo a Sean nuestro plan de hacer un pícnic en el parque Golden Gate. Llamo a Sabrina y confirmo que ella, Dave y Viv pueden venir. Invito a un par de viejos amigos que aún viven en la zona: Nikki y Danny. Y luego, vuelvo a trabajar sintiendo un zumbido en los oídos, la electricidad estática de mis pensamientos. Todavía me quedan algunas tareas antes de dar el día por concluido.

Después de entregarles la actualización de un análisis de sangre a mi nuevo par de padres favorito, cuya hija es paciente de oncología, corro a la sala de descanso y me escondo detrás de mi taquilla para coger mi móvil y escribirle un mensaje a Elliot.

Mañana iré con algunos amigos al parque Golden Gate a hacer un pícnic. ¿Quieres venir?

¿A qué hora?

Pensaba en ir a comer hamburguesas por la tarde, pero podrías convencerme de otro plan.

Entonces nos vemos a las once en la puerta del jardín botánico.

No hay problema si no puedes venir, sé que te estoy avisando en el último momento.

Vendrán algunos amigos míos, Sean, etc.

Allí estaré. Tengo muchas ganas de conocerlos a todos.



ANTES

MIÉRCOLES, 31 DE DICIEMBRE
CATORCE AÑOS ATRÁS

—Odio a los chicos.

El viento soplaba entre nosotros mientras estábamos agazapados en la playa Goat Rock, preparándonos para comer salchichas asadas con nuestras familias, jugar al fútbol y ver los fuegos artificiales de Año Nuevo sobre el océano.

—¿Quieres hablar de ello? —preguntó Elliot, sin apartar la vista de su libro.

—La verdad es que no.

Lo cierto es que no sentía nada especial por ninguno de los chicos de mi instituto, pero parecía que, desde hacía cuatro meses, ninguno de ellos sentía nada especial por mí. Danny, mi mejor amigo, me dijo que sus amigos Gabe y Tyler decían que yo era guapa, pero, en sus palabras, que estaba «demasiado metida en los libros».

No podía escapar de la situación; todos empezaban a salir con alguien y yo ni siquiera había besado a un chico.

Supongo que iría al baile de fin de curso con Nikki.

Elliot me miró con rapidez.

—¿Puedes hablarme de tu odio hacia los chicos?

—A los chicos no les gustan chicas que son inteligentes —protesté—. Quieren chicas con las tetas grandes que vistan como adultas y que coqueteen sin complejos.

Elliot dejó su libro sobre una parcela de césped.

—A mí no me gustan esas chicas de las que hablas.

Ignorándolo, continué:

—Y las chicas quieren chicos que sean inteligentes. Las chicas quieren chicos un poco raritos y tímidos que saben de todo, con las manos grandes y los dientes perfectos, de esos que dicen cosas bonitas. —Me mordí el labio, preocupada por haber dicho demasiado.

Elliot me miró con una sonrisa enorme (por fin sin aparato), llena de dientes perfectos.

—¿Te gustan mis dientes?

—Eres muy raro. —Para cambiar de tema, pregunté—: ¿Palabra favorita?

Él miró el océano antes de decir:

—*Arrobamiento.*

—¿Qué significa?

—Sentir una admiración o una alegría tan intensos que no es posible pensar ni sentir nada más. ¿La tuya?

Ni siquiera necesitaba pensarlo.

—*Castración.*

Elliot hizo una mueca. Se miró las manos sobre el regazo y las hizo girar mientras las observaba con detenimiento.

—Bueno, si sirve de algo —susurró—, Andreas piensa que eres guapa.

—¿Andreas? —Oí el desconcierto en mi propia voz. Entrecerré los ojos mientras miraba a Andreas y George, que se peleaban, y me imaginé besando a Andreas. Su piel era preciosa, pero tenía el pelo demasiado desgreñado para mi gusto, y era un poco tonto—. ¿Ha dicho eso? Pero si está con Amie.

Elliot frunció el ceño, cogió una piedra pequeña y la lanzó hacia la rompiente.

—Cortaron. Pero le dije que, si te tocaba, lo mataba. —Reí a carcajadas. Elliot era demasiado racional para ofenderse por mi reacción; lo que a Andreas le faltaba de cerebro, lo compensaba con músculos—. Sí, y nos peleamos y rompimos un florero de mi madre. Uno muy feo que estaba en el pasillo, ¿sabes?

—¡Ay, no! —Mi preocupación era convincente, pero en realidad estaba feliz de saber que se habían peleado por mí.

—Y nos castigó a los dos.

Me mordí el labio para reprimir la risa. Extendí la mano sobre la arena, volví a coger mi libro y me perdí en las palabras, leyendo una y otra vez la misma frase: «Parecía viajar con ella, arrastrarla a lo más alto con su poder y hacerla moverse entre la gloria de las estrellas; y, por un momento, ella también sintió que las palabras *oscuridad* y *luz* no tenían sentido y que solo esta melodía era real».

Debían haber pasado horas cuando escuché a alguien carraspear a nuestras espaldas y vi aparecer a mi padre. Su espalda cubría el sol y proyectaba una sombra fría sobre el lugar en el que estábamos recostados.

Solo cuando llegó, noté que había cambiado de posición y que ahora tenía la cabeza posada sobre el estómago de Elliot. Me incorporé con incomodidad.

—¿Qué estáis haciendo?

—Nada —dijimos al unísono.

De inmediato, me di cuenta de que nuestra respuesta nos hacía parecer culpables.

—¿De verdad? —preguntó mi padre.

—De verdad —respondí, pero él ya no me miraba. Él y Elliot

estaban teniendo una suerte de intercambio masculino digno de una película bélica que incluía el contacto visual prolongado, la carraspera y, quizás, una forma misteriosa de comunicación directa entre sus cromosomas Y.

—Solo estábamos leyendo —dijo Elliot por fin, su voz se volvió más grave en mitad de la oración. No sabía si esa señal de masculinidad inminente lo perjudicaba o lo favorecía a ojos de mi padre.

—En serio, papá —dije.

Él posó su mirada en la mía.

—Está bien. —Por fin pareció relajarse y se agazapó a mi lado—. ¿Qué estás leyendo?

—*Una arruga en el tiempo.*

—¿Otra vez?

—Es buenísimo.

Él me sonrió y deslizó su pulgar por mi mejilla.

—¿Tienes hambre?

—Sí.

Mi padre asintió, se puso de pie y avanzó hacia el lugar en el que Nick estaba ocupado encendiendo el fuego.

Pasaron unos segundos antes de que Elliot fuese capaz de respirar.

—En serio, creo que las manos de tu padre son del tamaño de mi cara.

Me imaginé la mano de mi padre sujetando la cabeza de Elliot y, por alguna razón, la imagen fue tan cómica que me hizo reír con un graznido agudo.

—¿Qué? —preguntó Elliot.

—Nada, es una imagen graciosa.

—No lo es si eres yo y él te mira como si tuviera una pala con tu nombre escrito.

—Calla, por favor. —Lo miré boquiabierta.

—Créeme, Macy. Sé cómo son los padres con las hijas.

—Hablando de mi padre —dije, acomodando mi cabeza sobre su estómago para estar más cómoda—, adivina qué descubrí la semana pasada.

—¿Qué?

—Que tiene revistas para adultos. Muchas. —Elliot no respondió, pero, sin duda, sentí que se movía debajo de mí—. Están en una cesta en el estante superior, en el rincón lejano de su armario de la cabaña. Detrás del Belén de Navidad. —La última parte me parecía, por algún motivo, muy importante.

—Qué exacta. —Su voz vibró sobre mi nuca y unos escalofríos me

recorrieron los brazos.

—Bueno, es un lugar extrañamente específico para guardar algo así, ¿no crees?

—¿Por qué estabas fisgoneando en su armario? —preguntó.

—Eso no es lo importante, Elliot.

—Eso es precisamente lo importante, Mace.

—¿Por qué?

Él metió un marcapáginas entre las páginas del libro y se incorporó para quedar frente a mí.

—Tu padre es un hombre. Un hombre soltero. —Elliot usó la punta del dedo índice para empujarse las gafas hacia arriba y sostuvo mi mirada con seriedad—. Su habitación es su fortaleza de la soledad; su armario es su templo. Bien podrías también haber revisado el cajón de su mesilla de noche o debajo del colchón. —Abrí los ojos de par en par—. ¿Qué esperabas encontrar en el estante superior de su armario?

—¿Álbumes de fotos? ¿Recuerdos de una juventud perdida? ¿Jerséis de invierno? ¿Cosas de padres? —Hice una pausa y le sonreí con culpa—. ¿Mis regalos de Navidad?

Sacudiendo la cabeza, él volvió a mirar su libro.

—Husmear siempre acaba mal, Mace. Siempre.

Pensé en ello. Mi padre no tenía muchas citas… Bueno, nunca había tenido ninguna, ahora que lo pensaba; pasaba la mayor parte de su tiempo en el trabajo o conmigo. Nunca me había parado a pensar en este tipo de cosas respecto a él. Volví a abrir mi libro por la página con la esquina doblada y me recosté sobre el césped.

—Es… asqueroso. Eso es todo. —Elliot rio: un resoplido fuerte y abrupto, seguido del movimiento negativo de su cabeza. Fulminándolo con la mirada, pregunté—: ¿Acabas de negar con la cabeza?

—Sí. —Paró la lectura y marcó la página cerrando el libro con el dedo índice dentro—. ¿Por qué es asqueroso? El hecho de que tu padre tenga esas revistas o que las use para…

Como acto reflejo, me cubrí las orejas.

—No, no. No. Te juro que, si acabas esa frase, te daré una patada donde tu ya sabes, Elliot Petropoulos. No todos los hombres hacen eso. —Elliot no respondió, solo abrió de nuevo su libro y continuó leyendo —. ¿O sí?

Él giró la cabeza para mirarme.

—Sí, todos lo hacen.

Me quedé en silencio un instante mientras digería esa información.

—Entonces… ¿tú también lo haces? —El rubor que subía por su cuello mostró su vergüenza, pero después de unos segundos, asintió—. ¿Mucho? —pregunté, con curiosidad genuina.

—Supongo que depende de tu definición de *mucho*. Soy un chico de quince años con una imaginación maravillosa. Eso debería responder tu pregunta.

Sentía que habíamos descubierto una nueva puerta en el pasillo que llevaba a una habitación nueva que contenía un nuevo todo.

—¿En qué piensas… cuando haces eso?

Mi corazón parecía un martillo neumático debajo de mis costillas.

—En besar. En tocar. En sexo. En partes que no tengo y cosas que las personas hacen con ellas —dijo subiendo y bajando las cejas. Puse los ojos en blanco—. En manos. Pelo. Piernas. Dragones. Libros. Bocas. Palabras… Labios… —Se quedó en silencio y hundió de nuevo la nariz en su libro.

—Guau —dije—. ¿Acabas de decir «dragones»?

Se encogió de hombros, pero no me miró. Lo observé con curiosidad. No había pasado por alto su mención de libros, palabras y labios.

—Como te acabo de decir —balbuceó mirando las páginas—, tengo una imaginación maravillosa.



AHORA

SÁBADO, 14 DE OCTUBRE

—¿Es posible que me esté empezando a gustar mi uniforme? —protesto.

Sean asoma la cabeza dentro de la habitación.

—¿Qué pasa, cariño?

—Nada —digo, lanzando otra falda sobre la pila de prendas descartadas encima de la cama—. Es solo que… llevo siglos sin ver a algunos de los amigos con los que hemos quedado hoy. Y encima vamos a hacer un pícnic. Necesito ir guapa y arreglada, porque nunca tengo oportunidad de ponerme ropa de verdad, pero también cómoda. Creo que he olvidado cómo vestirme.

—¿Acaso no te vestiste elegante para cenar con tu amigo la semana pasada?

—No me refería solo a Elliot.

La sonrisa juguetona de Sean me hace ver que cree que estoy mintiendo y me río, pero luego me obliga a hacer una pausa. No se trata de estar guapa y arreglada para Elliot; él me ha visto con ropa formal, con una sudadera gastada y también con nada puesto. Y quizás es solo algo de chicas (y explicarlo hace que suene absurdo), pero quiero estar guapa para mis amigas. Pero si Sean piensa que estoy preocupada por no saber qué ponerme para Elliot, ¿acaso eso no debería molestarle, aunque sea un poco?

Aparentemente no, porque se marcha para ocuparse de la cesta de comida. Me encanta que le guste tanto cocinar, en especial porque su amor es proporcional a mi odio.

Lo oigo murmurar algo, y luego Phoebe entra, salta y se zambulle en la pila de prendas en medio del edredón.

—¿Cuándo nos vamos al jardín *bobánico*?

La beso en la frente.

—Se dice *botánico*. Y nos vamos en… —Miro el reloj que está sobre la mesita de noche—. Uf, veinte minutos.

—Me gusta lo que llevas puesto —dice, señalando con pereza en mi dirección—. Papi dice que pierdo tiempo cuando me cambio demasiado de ropa. —Hay momentos en los que siento que es mi deber impartirle cierta sabiduría feminista a Phoebs, pero, como siempre, Sean se me ha adelantado. Tras haber perdido el interés en mi dilema sobre la moda, ella se recuesta con dramatismo—. Tengo hambre.

—¿Quieres que te traiga algo? Unas fresas.

Ella arruga la nariz.

—No, gracias. Se las voy a pedir a papá.

Se pone de pie, justo cuando Sean habla desde la otra habitación tras habernos oído:

—Las fresas están guardadas en la cesta para el pícnic, pero te puedes comer un plátano.

Y antes de que pueda pasar más tiempo con ella, Phoebe sale por la puerta y se va. No he estado ni media hora con ella en toda la semana. Siempre me digo que el hecho de contar con una presencia maternal es importante para ella, pero, por lo que he visto, ¿la presencia que necesita es la mía? En parte me pregunto si lo que Sean le murmuró antes de que entrara fue un recordatorio de que me tiene que hacer sentir bienvenida y que debía saludarme.

En fin, parece que, entre las dos, la niña soy yo. Pero la verdad es que Sean y Phoebe me resultan autosuficientes por completo como dúo. Nunca me sentí así con mi padre. Nos queríamos, por supuesto, pero, sin mi madre, los dos estábamos un poco perdidos, tanteando cada día y con los brazos extendidos hacia el camino a seguir.

Por millonésima vez, pienso en Ashley y en qué tipo de esposa debe haber sido para Sean en la época previa a que él fuera el nuevo artista de moda en San Francisco, cuando aún era un artista pobre, casado con una mujer que iba camino al estrellato en el mundo de las finanzas. Sé que Phoebe llegó antes de que se plantearan tener hijos, cuando Ashley aún estaba ascendiendo en su trabajo. ¿Pasaría mucho tiempo en casa? ¿O Sean crio solo a la pequeña Phoebe hasta que empezó el colegio como lo había hecho mi madre conmigo?

¿Cómo de diferente hubiera sido mi vida si mi padre hubiera estado en casa más tiempo cuando era pequeña? ¿Cómo hubiera sido si él hubiera muerto a mis diez años en vez de mi madre?

La idea me pareció repulsiva, como si acabara de desear una realidad alternativa que mataría primero a mi padre. Con culpa, me dije a mí misma que no era en serio y quise retractarme de cualquier cosa mala que acabara de decir sin pensar. Aunque él también hubiese muerto ya.



Sean y Phoebe se divierten jugando al veo veo durante el viaje en coche hasta el parque. Sabrina y Dave nos esperan con la pequeña Viv en un carrito estrafalario que parece de época. Sean, Dave y las niñas van al parque en busca de un buen sitio, mientras que Sabrina espera conmigo.

Observo a los dos hombres alejarse, admirándolos por detrás.

—Son atractivos —comento, y luego me doy la vuelta y descubro que Sabrina me mira con intensidad—. ¿Qué?

—¿Cómo estás? —dice—. Te has puesto muy *sexy*.

Al final me he decantado por una camiseta blanca sin mangas, vaqueros con dobladillo y un collar dorado grueso. Con el pelo largo recogido a propósito y con esmero en un moño desordenado, de pronto me pregunto si parecerá que me he esforzado demasiado; sé que el collar es llamativo. Sabrina lleva unos vaqueros viejos cortados a mano y una camiseta de lactancia.

—¿Me he pasado? Siempre me preocupa haber olvidado cómo vestirme.

—¿Nerviosa?

Sacudo la cabeza.

—Entusiasmada.

—Yo también. Me muero por conocerlo.

—Estoy entusiasmada por tener un día libre, la verdad. Pero ya que lo mencionas, tampoco conoces a Nikki ni a Danny —le recuerdo.

Sabrina se ríe y se acerca más a mí para rodearme los hombros con el brazo.

—Sé que los conoces desde primaria, pero creo que las dos sabemos quién me da más curiosidad.

Miro hacia atrás, Sean y Dave han desaparecido de mi vista.

—Sean parece muy tranquilo respecto a la situación de Elliot.

—¿Y eso no es bueno?

Me encojo de hombros.

—Sí, pero me siento culpable por pensar tanto en Elliot y en el pasado; y luego, cuando hablo con Sean al respecto, él dice «No hay problema, cariño, no pasa nada». Pero quizás es porque no estoy siendo sincera con él sobre lo que siento al ver a Elliot. Aunque —añado, pensando en voz alta— Sean asumió de inmediato que fue algo más que solo ponerme al día con un viejo amigo cuando lo mencioné, pero ni siquiera le molestó. ¿No es raro? —Sabrina responde a mi balbuceo con una mirada indefensa. Al menos no soy la única que está confundida. Gruño—. Es probable que se esté rayando con el tema.

—Ya, sin duda. —Oigo el tono de mentira en su voz, la falta absoluta de convicción, pero no tengo tiempo de cuestionarla porque veo a Nikki y a Danny acercándose por el camino. Troto hacia ellos y me abalanzo sobre Nikki primero y luego sobre Danny.

Aunque volví al Área de la Bahía hace unos seis meses, aún no los he visto, y es surrealista y maravilloso ver cómo han cambiado y, todavía más, ver cómo no lo han hecho. Nikki y yo nos conocimos en

el instituto, cuando éramos compañeras de pupitre, y sus padres hicieron un buen trabajo aconsejándola cuando yo perdí a mi madre al año siguiente, porque, si bien Nikki no siempre sabía qué decir, tampoco dejó de intentarlo, jamás. Danny se mudó a Berkeley desde Los Ángeles cuando estábamos a punto de empezar la universidad, así que él se perdió la peor parte de mi corazón roto y los problemas derivados.

Y para los ojos que no la han visto en casi siete años, Nikki está espectacular. Ambas tenemos sangre sudamericana, pero mientras que yo heredé la estatura baja de mi madre y su piel oscura en vez de la altura de mi padre y su tez clara, Nikki tiene la piel pálida y los ojos verdes, y la genética le ha regalado un cuerpo lleno de curvas. Parece la capitana de un equipo de alto rendimiento.

En contraste con ella, Danny parece cualquier tío de veintiocho años que vive en Berkeley: unos kilos de más, sonriente, con cierta necesidad de una ducha.

Acabamos de empezar a ponernos al día (resulta que Nikki es entrenadora de baloncesto femenino en la escuela Berkeley High y Danny es programador y trabaja desde casa) cuando algo capta mi atención por encima del hombro de Sabrina.

Veo una silueta salir de un Honda Civic azul, coge un jersey del asiento trasero y empieza a dar pasos largos hacia nosotros. Sé que me ha visto, y me pregunto si sus extremidades aún tiemblan como las mías cada vez que lo veo.

—Ahí está Elliot —digo, y noto el temblor nervioso de mis palabras demasiado tarde como para evitarlo.

—Allá vamos —canturrea Sabrina en voz baja y ni siquiera puedo apartar los ojos el tiempo suficiente para fulminarla con la mirada.

—¿Elliot, Elliot? —pregunta Nikki, con los ojos abiertos de par en par—. ¿El Elliot de verdad?

Danny se da la vuelta y lo mira.

—¿Quién?

—Ay, Dios —susurra Nikki—. Estoy entusiasmada.

—¡Yo igual! —Sabrina aplaude y me doy cuenta de que lo que ve Elliot es un muro de mujeres (y Danny) esperando su llegada con sonrisas gigantes.

—¿Elliot es el novio de Macy? —pregunta Danny moviendo la boca, y luego se gira hacia Sabrina y añade—: Oh, un momento, este no es el tío de la casa de fin de semana.

—Elliot fue su novio —confirma Sabrina.

—Estuvimos juntos diez minutos —le recuerdo.

—Estuvisteis juntos cinco años —me corrige—. Y considerando que

apenas tienes veintiocho, es una gran parte de tu vida amorosa.

Gruño, preguntándome por primera vez si todo esto es una idea horrible.

Sabrina ya ha visto a Sean tres veces, y, aunque insiste en que le cae bien, piensa que es «extrañamente poco profundo para ser artista» y que «no le da vibras de persona empática». No ayuda que Sabrina conociese a Dave en nuestro primer año en Tufts y que saliesen durante siete años antes de casarse, porque eso hace que sea inconcebible para ella pensar en comprometerse si llevas solo meses. Activa sus alarmas.

Antes de Sean, tuve un par de relaciones, pero, tal y como Sabrina me recuerda, yo era «la amiga tiquismiquis que encontraba taras en todos». No se equivocaba. En resumen: Julian tenía un apego extraño por su guitarra. Ashton besaba fatal, y sin importar lo adorable o divertido que fuera, me resultó imposible dejar eso a un lado. Jaden tenía un problema con la bebida, Matt era el típico chico de fraternidad y Rob era demasiado sensible.

Después de conocer a Sean, Sabrina me preguntó qué creía que le encontraría de malo. Y, claro, dado que apenas llevábamos saliendo unos meses y estábamos en la etapa de enamoramiento absoluto, mi respuesta en un estado medio ebrio fue «¡Nada!».

Pero en la privacidad de mis propios pensamientos, no puedo culparla por pensar que Sean no es muy empático. Él es maravilloso en público, pero cuando está conmigo a solas, se muestra un poco distante. Responde a las preguntas usando la menor cantidad posible de palabras, no muestra mucho interés por mis amigos, permite que las conversaciones profundas duren unos tres minutos antes de cambiar de tema y no es muy cariñoso con nadie, excepto con Phoebe.

Pero, no sé. Hay cierta comodidad en que sea reservado. Para mí tiene sentido, porque, si bien a Elliot le permití entrar mucho en mi espacio mental y emocional, nunca fui capaz de dejar entrar a nadie después de él. Me resultaba demasiado difícil. Quizás le ocurrió lo mismo a Sean con Ashley; quizás estemos rotos de la misma manera. En el espectro de hombres, Sean y Elliot son tan distintos que se encuentran en extremos opuestos.

Necesito un Sean en mi vida.

Necesito un Elliot tanto como necesito un agujero en la cabeza.

Elliot llega con una sonrisa que refleja la nuestra y nos mira uno por uno.

—¿Supongo que este es el comité de bienvenida?

Sabrina avanza con la mano extendida. Sus palabras salen agudas y sin aliento.

—Soy Sabrina. Fui compañera de cuarto de Macy en la universidad y llevo siiiiiiiiglos deseando conocerte.

Elliot ríe a carcajadas, mirándome con las cejas en alto.

Pongo una mano en el hombro de Sabrina y le susurro:

—Tranquilízate un poco.

Elliot opta por darle un abrazo y un apretón de manos. Sabrina es bastante alta, pero él hace que parezca enana cuando la rodea con unos brazos musculosos, bronceados y tonificados, que asoman debajo de las mangas cortas de su camiseta negra. Acerca su cara a la de ella al abrazarla y, con ese único movimiento, me doy cuenta de que acaba de ganarse el afecto de Sabrina para toda la eternidad. A nadie le gusta más un buen abrazo que a ella.

—Bueno —dice Elliot al retroceder y sonreírle—, es un placer conocerte por fin.

Sabrina parece a punto de desmayarse por la euforia. Elliot se da la vuelta y me mira, expectante.

—Nikki —indico, señalando—. Y él es Danny.

Veo la reacción atravesar la expresión de Elliot, la respuesta a los nombres que ha oído tantas veces; solo había visto sus caras en fotografías.

—Ah, sí —dice Elliot, sonriendo; estrecha la mano de Danny antes de abrazar a Nikki—. Me han hablado mucho de vosotros.

Me río porque lo único que sabe sobre ellos son dramas de instituto. Me pregunto si está pensando en lo mismo que yo: el lado salvaje de Nikki y las bochornosas erecciones de Danny. Elliot me mira a los ojos, y el resplandor en los suyos me da la razón. Él reprime una sonrisa y me muerdo el labio para hacer lo mismo.

—Pues venga —digo—, vamos a buscar algo de comer.

Dave y Sean han dado con un sitio muy bonito a la sombra para que nos sentásemos todos juntos. Phoebe dibuja en silencio sobre la manta, Viv duerme en su carrito y los dos hombres charlan. Veo que Dave le lanza a Sabrina una mirada que grita «rescátame» cuando nos acercamos. Eso despierta el instinto de protección que siento hacia Sean, pero la sensación desaparece con una ola de adrenalina cuando él se pone de pie, se limpia las manos en los vaqueros y avanza hacia nosotros, hacia Elliot.

¿Qué estoy haciendo?

Presento a Sean primero ante Nikki y Danny: los fáciles. Es evidente que Danny está desorientado y que no entiende qué demonios está pasando aquí cuando me oye decir la palabra *prometido*; mira rápido a Elliot, como si se hubiera perdido algo importante.

Sean se gira hacia Elliot y siento que me pitan los oídos. La tensión

es evidente en Elliot también: en sus hombros, en su ceño. Sean está relajado, como siempre.

—Sean, él es Elliot —digo, y añado inexplicablemente—: mi amigo más antiguo.

—¡Oye! —dice Nikki, y Danny hace eco del sentimiento en cuanto asimila lo que acabo de decir.

—Lo siento, no me he expresado bien. Es solo que…

Elliot me salva de mí misma:

—Un placer conocerte, Sean —dice mientras le estrecha la mano. Esto no puede ser más incómodo.

Sean sonríe relajado y me guiña un ojo.

—Creía que yo era tu amigo más antiguo.

Todos se ríen con cordialidad y Sean suelta la mano de Elliot y me da un beso en la boca. Y en serio, ¿qué cojones pasa aquí? ¿Sean está celoso? Su reacción me coge tan desprevenida que ni siquiera cierro los ojos; mi mirada vuela hacia el rostro de Elliot. El pecho de Elliot se mueve por su respiración acelerada. Se recupera y toma asiento junto a Phoebe y Dave, presentándose. Mientras Sean se aleja de mí, oigo la voz grave de tenor de Elliot preguntándole a Phoebe qué está dibujando.

La nostalgia invade mis pensamientos, me lleva atrás en el tiempo, justo a cuando Elliot se sentaba junto a su pequeña hermana Alex y la observaba en silencio. Ahora veo cómo coge una cera y le pregunta a Phoebe si le enseña a dibujar una flor.

—Tu reloj biológico ha puesto tus ovarios a funcionar —balbucea Sabrina en mi oído, fingiendo besar mi mejilla.

—Algo así —susurro, limpiándome el sudor de las manos en los pantalones.

Sacamos la comida y repartimos los bocadillos, las bebidas y la fruta entre todos. La conversación fluye en cuanto Nikki empieza a hablar sobre baloncesto, porque Dave jugó durante muchos años y entre los dos aportan el entusiasmo necesario para cualquier buen pícnic. Cuando Viv despierta, Phoebe la sostiene en brazos, y la alegría en sus ojos nos enternece a todos. A fin de cuentas, el pícnic transcurre como debería: comida, conversaciones interesantes, algunas batallitas ínfimas, insectos picoteándolo todo y cierta incomodidad por estar sentados en mantas sobre el césped.

Pero algo irreparable ha sucedido en mi corazón. Ni siquiera estoy teniendo sexo con Sean y encima tengo que verlos hoy a los dos aquí. Sé que Sabrina nota las miradas que Elliot y yo parecemos incapaces de dejar de compartir. Quizás ella también note que Sean y yo apenas interactuamos.

No me puedo creer que Elliot esté aquí. Elliot está aquí. Lo tengo delante, a menos de un metro. Podría extender la mano y tocarlo. Podría arrastrarme hasta él, hasta su regazo, sentir la calidez de sus brazos a mi alrededor.

Todavía podría ser mío.

¿Por qué no tuve esta reacción cuando debería haberla tenido: hace dos semanas?

Pienso en todas las cosas que me han pasado desde nuestra separación, y, excepto la muerte de mi padre, nada más me parece demasiado relevante. Es como si la vida hubiera estado en pausa mientras yo intentaba seguirle la corriente haciendo cosas, pero sin vivir de verdad. ¿Es horrible o fantástico? No tengo ni idea.

La mano de Sabrina agarra la mía sobre la manta de pícnic y la miro a los ojos, preguntándome cuánto es capaz de leer en mi expresión.

—¿Todo bien? —pregunta, y asiento.

Me obligo a sonreír y deseo creer que es cierto con todas mis fuerzas.



ANTES

DOCE AÑOS ATRÁS

El único motivo por el que sobreviví al instituto fue gracias a Elliot… Y a la buena predisposición de mi padre para ir casi todos los fines de semana a Healdsburg. Los fines de semana allí los pasábamos leyendo, paseando por el bosque y, en ocasiones, visitando Santa Rosa. Una vez, Elliot y yo nos fuimos hasta un concierto que quedaba bastante lejos, en Oakland. Elliot, más que mi amigo, era mi familia, pero, con el tiempo, se convirtió en algo todavía más cercano que la familia.

Pero toda esa cercanía implicaba que cada vez que no íbamos a la cabaña a pasar el fin de semana, los días se volvían interminables. A ambos nos iba bien en el instituto, pero yo odiaba la vida social y las falsas amistades que se diluirían con el tiempo. Nikki y Danny opinaban como yo, y nunca tuvimos problemas: comíamos todos los días juntos como un grupo de marginados por elección, sentados en una colina cubierta de césped, observando el caos.

Cuando acababan las clases, Nikki se iba a casa de su abuela, Danny quedaba con los chicos de su calle para montar en monopatín y yo me entregaba a mi ritual semanal: natación, deberes, cena, ducha, cama. Que no hiciéramos nada juntos fuera del instituto dificultó que creáramos lazos emocionales sólidos entre nosotros, pero, extrañamente, a los tres nos parecía bien.

A finales de la primavera del último curso del instituto, me di cuenta de que Elliot se había convertido en… algo más. No solo a nivel intelectual, sino también a nivel físico. Estar con él solo los fines de semana y durante el verano me hacía sentir como si estuviera viendo un vídeo a cámara rápida del crecimiento de un árbol, del florecimiento de una planta, de un campo cubriéndose de flores a lo largo del año.

—Palabra favorita. —Se recostó sobre la pila de cojines y posó los ojos en mí. Aparentemente, su mirada también estaba poniéndose al día.

Era 14 de mayo y llevaba sin ver a Elliot desde el fin de semana de mi decimosexto cumpleaños en marzo; nunca habíamos pasado tanto tiempo sin vernos en casi dos años. Él estaba… diferente. Más robusto, más sombrío. Tenía gafas nuevas de pasta gruesa negra. El pelo demasiado largo, la camiseta apretándole el pecho. Los vaqueros nuevos rozaban la parte superior de sus deportivas negras.

—*Tremor* —dije—. ¿La tuya?

Tragó y respondió:

—*Sardónico.*

—Uh, buena palabra. ¿Novedades? —Me acomodé y cogí un libro de Dickinson que mi padre había dejado en mi cama.

—Estoy pensando en aprender a patinar.

Levanté la mirada hacia él, con los ojos abiertos de par en par.

—¿Patinar sobre hielo?

Él me fulminó con la mirada.

—No, Macy. Patinar en monopatín.

Me reí ante el énfasis de su respuesta, pero me detuve cuando me fijé en su expresión. En un impulso, me pregunté si quería aprender porque Danny patinaba…

—Lo siento, es que… podrías haber dicho ir en *skate*.

Asintió, tenso.

—Pues eso, tengo algunos ahorros y pronto me compraré un *skate*.

Reprimí una sonrisa. Elliot no tenía remedio.

—Seguro que en alguna página web encuentras la jerga de los *skaters* o algo así. —Él inclinó la cabeza y entrecerró los ojos, molesto —. Lo siento. Continúa.

—Hay otra cosa —dijo, fijando la vista en la tela de su camiseta como si estuviera ensimismado con el dobladillo—: voy a asistir a algunas clases en Santa Rosa.

—¿Qué? —exclamé—. ¿Santa Rosa? ¿Clases de nivel universitario? —Él asintió—. ¿Clases universitarias para alumnos del último año de secundaria?

Sabía que Elliot era inteligente, pero… ¿ya estaba preparado para ir a la universidad?

—Sí, es una locura, lo sé. Daré Biología y… —Parpadeó y apartó la mirada, fascinado por algo en un rincón de la habitación.

—¿Biología y qué, Elliot?

—Un poco de Matemáticas.

—¿Un poco de Matemáticas? —Lo miré boquiabierta. ¿Ya había terminado con el cálculo avanzado? Mentalmente, me insulté a mí misma por no atender en clase de Álgebra.

—Así que he pensado que aprender a ir en *skate* quizás me ayude a socializar con los de mi clase.

La vulnerabilidad en su voz me hizo sentirme como una idiota.

—Pero estás con ellos todos los días en el instituto, ¿no?

Él me observó en silencio.

—Sí, pero me refería a después del instituto. A mediodía.

—Espera, ¿no estás en clase con chicos de tu curso?

—Sí, solo en algunas asignaturas. —Tragó e intentó sonreír—. En

otras trabajo solo… y por eso pronto empezaré a estudiar en la Universidad de Santa Rosa.

Miré el libro que él tenía en la mano. *Franny y Zooey*. Los bordes de las páginas estaban marcados porque los dos lo habíamos leído varias veces.

—¿Por qué no me dijiste que eras tan especial?

Me empieza a entrar la risa floja porque estoy nerviosa y acabo estallando en carcajadas, a las que él se suma.

—Lo siento —dijo, recobrando el aliento despacio—. No creo que sea especial, la verdad. —Lo miré, intentando descifrar por qué le resultaba tan gracioso—. Es una oportunidad, nada más. Y, no sé. —Levantó la vista y, de pronto, parecía años mayor. Sentí temor por nuestras vidas en el futuro, y me pregunté si estaríamos así de cerca para siempre. La posibilidad de que no fuera así me resultaba repugnante—. No me parecía bien decírtelo en un correo electrónico porque sonaría un poco egocéntrico.

—Estoy superorgullosa de ti.

Elliot se mordió el labio mientras sonreía.

—¿Súper?

—Sí, súper. —Acomodé la cabeza en el cojín—. ¿Alguna otra novedad?

—Han construido un nuevo «parque de *skates*». —Hizo las comillas con los dedos en el aire y esbozó una sonrisa burlona—. Está cerca del supermercado, aunque yo he estado aprendiendo en el aparcamiento detrás de la lavandería. Y, ¿qué más…? Brandon y Christian irán a hacer senderismo y acampada a Yellowstone durante un mes este verano.

Sus dos amigos más cercanos juntos en verano.

—¿Y tú no vas?

Él sacudió la cabeza.

—Nah. Christian ya está pensando en cuánto alcohol esconderá en su maleta, y no suena muy tentador.

No insistí. De todas formas, no me imaginaba a Elliot acampando en Yellowstone.

—Sigue con tus novedades.

—Fui al baile de graduación —balbuceó.

El sonido que hacen los neumáticos chirriando al detenerse sonó en mi cabeza. Ir a la universidad parecía una nimiedad comparado con la magnitud de esa omisión.

—¿Al baile de graduación? Pero si todavía no te toca graduarte.

—Lo sé, pero fui.

—¿Y tu pareja de baile era un chico atractivo? —Lo dije de broma,

me costaba tragar saliva.

—Digamos que era bastante bastante atractiva. Se llama Emma. —Hice una mueca. Él la ignoró—. Fue bastante aburrido: baile, ponche, silencios incómodos.

Sonreí.

—Qué pena.

Él se encogió de hombros, pero me devolvió la sonrisa. No una sonrisa a medias; una amplia y entusiasta. Una sonrisa que desapareció cuando mi expresión cambió. Recordaba el nombre de Emma, y a la preadolescente preciosa de mejillas sonrosadas en la foto clavada en el corcho de Elliot.

—¿Es la Emma de tu foto?

Él se encogió de hombros, relajado.

—Sí. Nos conocemos desde siempre.

«Desde siempre».

Mi estómago se retorció.

—¿Y tuviste suerte? —pregunté, manteniendo el tono liviano.

Él entrecerró los ojos y sacudió la cabeza.

—No… No sé si me gusta de ese modo.

—¿Acaso eso os importa a los chicos? —Él continuó mirándome, confundido—. ¿La besaste?

Sus mejillas se tiñeron de rojo y obtuve mi respuesta.

Elliot había besado a alguien.

Quizás había besado a muchas personas.

Es decir, por supuesto que lo había hecho. No todos eran tan exigentes y negados para los juegos románticos como yo. Elliot cumpliría diecisiete años en cuestión de meses. Era casi gracioso que yo supusiese que él sería tan inocente como yo. Sin duda, él había hecho mucho más que dar besos. Me hervía la sangre. Emití un gruñido por lo bajo mientras centraba la vista en mi regazo.

—¿Por qué estás tan enfadada de repente? —preguntó él con calma.

Mantuve la cabeza inclinada.

—No lo sé.

Después de todo, Elliot era solo mi amigo.

Mi gran amigo.

—¿Cuáles son tus novedades? —preguntó.

Levanté la vista de nuevo, con la mirada encendida.

—Tuve mi primer orgasmo.

Él subió las cejas y su boca adoptó cien formas diferentes antes de que hablara.

—¿Qué?

—Or-gas-mo.

—Tienes… dieciséis años. —En cuanto lo dijo, los dos nos dimos cuenta de que no era como para escandalizarse.

—¿Quieres decir que es terrible ser tan mayor? —Soltó una risa nerviosa—. Además —dije, mirándolo—, tú has tenido uno, o tal vez cientos de ellos, mientras pensabas en dragones.

Su cuello se tiñó de rojo y se incorporó antes de dejar caer las manos entre sus rodillas.

—Pero… estaba solo.

Sus palabras hicieron que una ola fría de alivio cubriese todo mi cuerpo, pero mi temperamento ya estaba desbocado.

—Bueno, ¿y quién te dice que yo estaba acompañada?

De pronto, él clavó la mirada en mis manos.

—Oh. Entonces nadie…

—¿Me ha tocado? —Subí el mentón, esforzándome por no apartar la mirada—. No.

—Oh. —Escuché que tragaba saliva. A nuestro alrededor, los muros azules parecían cernirse sobre nosotros.

—¿Es una novedad rara? —pregunté.

Él se movió con incomodidad en su sitio.

—Un poco.

Me sentía avergonzada. El rubor que había estado reprimiendo pareció estallar bajo mi piel, y quería darme la vuelta y enterrar la cara en mi cojín. Me había puesto celosa, había intentado provocarlo y, básicamente, le recriminaba su propia honestidad.

—Lo siento.

—No, es… —Elliot se rascó la ceja y empujó las gafas sobre el puente de la nariz, ya recuperado—. Está bien que me lo hayas contado.

—Dijiste que tú también lo habías hecho.

Él carraspeó y asintió con seriedad.

—Es normal para los chicos de mi edad.

—¿Entonces no es normal para las chicas?

Con una tos, logró responder:

—Claro que lo es. Me refería a que…

—Estoy de broma. —Cerré los ojos un instante, intentando controlar mi propia locura. ¿Qué me estaba pasando?

—¿Y qué pensaste? —La voz de Elliot sonó pegajosa, entrecortada. Lo miré.

—Que fue sencillamente genial.

Él se rio, pero el sonido de su risa fue raro y agudo.

—No me refería a cuando acabó, sino durante.

Me encogí de hombros.

—En que alguien me tocara así. ¿Tú todavía piensas en dragones?

Posó su mirada en cada parte de mi cuerpo al mismo tiempo.

—No —dijo, sin reír ni un poco ante mi broma—. Pienso en… muñecas, y orejas, y piel y piernas. En partes femeninas. En chicas. —Sus palabras salían todas juntas y tardé un instante en separarlas.

¿Chicas? Volvía a sentir celos.

—¿Alguna chica en particular?

Él abrió un libro y metió las narices en él. Permaneció quieto, como siempre que omitía información.

—A veces.

Ese fue el final de la conversación. No me preguntó nada más y no contó nada más.



AHORA

SÁBADO, 14 DE OCTUBRE

Soy consciente de que Elliot y yo somos como una pecera; Sabrina y Nikki observan de modo evidente cuánto tiempo pasamos orbitando uno alrededor del otro. Yo, a pesar de ser constantemente consciente de la presencia de Elliot, no hablo mucho con él durante el pícnic, y eso me pone nerviosa porque me pregunto qué opina él de todo esto. Elliot pasa la mayor parte del tiempo hablando con Danny, mientras que Nikki, Sabrina, Dave y yo nos ponemos al día. Tengo la sensación de que, cuando Sabrina y Dave estén solos en su coche de vuelta a casa, estarán completamente de acuerdo en que Sean es el más aburrido de todos.

Pero en base a mis propias observaciones, no puedo culparlos. Sean se dedica a Phoebe en cuerpo y alma, y, cuando se distrae, se centra en su móvil o participa en las conversaciones solo para asentir antes de abandonarlas de nuevo. Nunca había estado con él en sociedad, sentada con mi grupo de amigos en vez de con un grupo de artistas o de compradores que se mueren por captar la atención de Sean Chen. Y, parece que, a menos que lo estén halagando, Sean se aísla socialmente. Me carcome el miedo de que siempre haya sido igual, pero nunca había surgido el tema, porque nunca hemos pasado el rato con amigos.

Es más, ¿Sean tiene amigos?

Cuando se acercan las cuatro de la tarde, las nubes llegan y parece que puede ponerse a llover en cualquier momento. Dado que California se está convirtiendo en un desierto de gente, recogemos nuestro pícnic como si fuéramos un grupo de parientes entrometidos que se marchan para dejarles privacidad a un par de recién casados que están a punto de llegar.

Sean lleva a Phoebe sobre los hombros hacia el aparcamiento y yo los sigo junto a Sabrina, que empuja el cochecito de Viv.

—Debes admitir que eso es muy tierno —le digo, señalando con el mentón al dúo que va delante. La puñalada de instinto protector que he sentido antes hacia Sean ha mutado en una desesperación extraña. Sean y yo somos una gran pareja; al menos lo éramos antes de Elliot, ¿pero lo somos ahora? Busco evidencias que lo confirmen. Y supongo que la ternura que siento al verlo con Phoebe es prueba de ello.

Ver su culo en esos vaqueros también puede ser otra prueba de ello.

Sabrina ríe.

—Parece un buen padre.

Suspiro.

—Mensaje recibido.

Con la voz aún baja para que otros no nos escuchen, Sabrina dice:

—Necesitamos tener una conversación seria sobre esto. Te hace falta una intervención.

—No empieces.

—¿Cuándo te he persuadido para terminar una relación? —dice con los ojos abiertos de par en par—. Nunca. Pero esta vez es importante.

Abro la boca para responder cuando, con el rabillo del ojo, me doy cuenta de que Elliot está detrás, apenas a unos pasos de distancia, y de que es probable que nos haya oído.

Lo miro con comprensión.

—Oye.

Él hace que ve algo muy importante en su móvil, pero es una farsa. A Elliot le interesa tanto su iPhone como ponerse una cuchara en la oreja. Nos alcanza con dos pasos largos y se queda entre las dos antes de echar los brazos sobre nuestros hombros.

—Señoritas.

—Lo has oído todo, ¿verdad? —pregunto.

Él me mira de reojo, se encoje de hombros.

—Sí.

—Cotilla.

Mi comentario lo hace reír.

—Solo quería darte las gracias por haberme invitado. No me esperaba que estuvieseis hablando sobre Sean. —En voz más baja, con un tono cargado de significado, murmura—: Créeme.

—Tu sinceridad me conmueve —responde Sabrina—. No sé si debería hacer una bomba de humo o quedarme para seguir cotilleando. —Hace una pausa—. Tengo muchas ganas de saberlo todo.

—Las cosas siempre han sido así entre nosotros —le digo.

—Es cierto —concuerda Elliot—. Nunca se nos ha dado bien mentirnos. Cuando yo tenía quince años, Macy me dijo que cambiara de desodorante. Insinuó que el anterior ya no me funcionaba.

—Elliot se encargó de decirme que mis tetas estaban empezando a crecer, por si yo no me había enterado. —Sabrina nos mira—. Y fui yo la que le pedí a Elliot que llevara pastillas para la diarrea cuando fuimos a ver a los Backstreet Boys porque me encontraba mal del estómago.

—Lo único embarazoso de ese día es que yo fui a ver a los Backstreet Boys —comenta Elliot.

—No —lo corrijo—, lo realmente embarazoso fueron tus bailecitos.

Él lo reconoce subiendo y bajando las cejas.

—Sabía moverme.

—Sí. —Río—. Decir que te movías es la única manera de describir lo que hacías.

Sabrina se ríe al escucharnos y, cuando Dave la llama, se aleja trotando. Elliot me detiene poniéndome una mano sobre el brazo y recibimos algunas miradas curiosas mientras el resto del grupo continúa avanzando hacia el aparcamiento. Por suerte, Sean y Phoebe siguen delante de todos y no pueden vernos.

—Entonces… —Elliot guarda las manos en los bolsillos. Sube los hombros hacia el cuello. Todavía es tan anguloso, tan largo.

—Entonces… —repito.

—Gracias por invitarme hoy. —Me dedica esa sonrisa que no sé cómo describir. Es la sonrisa que dice «Sé que nos conocemos desde siempre, pero valoro mucho que me hayas incluido en este plan». Nunca sabré cómo hace eso con una simple curvatura de labios y un poco de contacto visual.

—Bueno —respondo—, quizás deberías saber que he organizado todo esto solo para que pudieras conocer a mis amigos. —Cuando lo digo en voz alta me doy cuenta de que es verdad. Esto es lo que Elliot me hace: logra aislar la sinceridad de las partes revueltas de mi cerebro.

Entrecierra los ojos, sus iris florecen mientras sus pupilas se vuelven más pequeñas bajo la luz tenue que atraviesa las nubes.

—¿En serio?

—¿Por qué me has parado? —le pregunto en vez de responder. Ni siquiera sé qué quiero que me responda. ¿Cómo me sentiré si me dice que ha recobrado la cordura y que se ha dado cuenta de que yo tengo razón y de que solo podemos ser amigos? Una parte traicionera de mi ser espera no descubrirlo.

—Quería preguntarte algo. —Mi pecho es una jungla; mi corazón, un tambor. ¿Estoy entusiasmada o aterrada?—. Solo me preguntaba cuándo podríamos vernos de nuevo —añade.

—Ah. —Parpadeo, mirando por encima de su hombro los árboles de eucalipto gigantes que se balancean en el cielo cada vez más oscuro —. Creo que tengo tiempo libre en Acción de Gracias.

Él asiente y mi corazón se desanima un poco. ¿Por qué he dicho eso? Siento que Acción de Gracias queda muy lejos.

Elliot carraspea y dice:

—Andreas se casará en diciembre.

—¿Diciembre? —Parece un mes raro para una boda. Además, queda todavía más tiempo que para Acción de Gracias, si es que él está pensando en que nos veamos en esa ocasión.

—Se casa antes de Año Nuevo, de hecho —aclara—. Y me preguntaba si querrías venir conmigo.

¿De verdad me lo está pidiendo?

Por su expresión, sé que es consciente del peso de esa fecha.

Pero, en vez de enfrentarme a esa bestia, pregunto:

—¿No quieres que nos veamos hasta diciembre?

Veo el entusiasmo que le causan mis palabras atravesando sus ojos castaños.

—Claro que quiero verte antes. —Ríe—. Estoy libre prácticamente en cualquier momento. Pero dado que la boda es un día festivo, quería preguntarte si vendrías con tiempo para que puedas organizarte.

—No puedo ir como tu acompañante.

Elliot sacude la cabeza.

—Macy, no estoy invitándote para que vengas como mi acompañante mientras tu prometido y tu futura hijastra suben al coche delante de nuestras narices.

—Entonces, solo quieres… —vacilo, buscando las palabras— ¿que te acompañe?

—Sí —dice—, que me acompañes y ya está. A Healdsburg. —Luego, añade—: A pasar el fin de semana.

Deja caer los hombros como si fuera tan sencillo.

Ven conmigo.

Compartiremos coche.

Será divertido.

Pero las palabras flotan entre los dos y, como tardo en responder, las escucho en un tono diferente.

Ven conmigo a pasar un fin de semana.

Cuarenta y ocho horas con Elliot.

¿Cómo serán las cosas entre los dos dentro de unos meses cuando ahora ya son confusas?

Parpadeo mirando por encima de su hombro a Sean, que ajusta el cinturón de seguridad de Phoebe.

—A todos les encantaría verte y soy el padrino, así que sería genial contar con una amiga para darme apoyo moral —añade, haciendo un esfuerzo por revivir una conversación al borde de la muerte—. Mi madre y mi padre han preguntado por ti… Están locos de emoción desde que saben que hemos retomado el contacto.

—Necesito preguntarle a Sean cuáles son sus planes —digo como

una tonta—. Quizás ya tenga agendada una exhibición o algún evento para la fecha.

Elliot asiente.

—Por supuesto.

—¿Puedo confirmártelo luego?

—Claro —dice con una sonrisa tímida; el rugido de un trueno centra su atención en el cielo. Cuando me mira de nuevo, me siento tan inestable como las nubes tormentosas que nos cubren. Durante un instante, imagino que lo abrazo. Rodearía su cuello con mis brazos y hundiría mi cara en su cuello para inhalar su aroma. Él se inclinaría cerca de mí, emitiría ese gruñido ínfimo de alivio que siempre se le escapa. Quiero abrazarlo con tanta intensidad que se me hace la boca agua y debo obligarme a dar un paso atrás.

—Será mejor que… —digo, señalando por encima de mi hombro.

—Lo sé —responde, observándome con expresión tensa.

Otro trueno.

—Que descanses, Elliot.

Y por fin me voy.



ANTES

SÁBADO, 9 DE JULIO
DOCE AÑOS ATRÁS

Estábamos recostados en el techo plano del garaje de Elliot, disfrutando del sol. Llevábamos siguiendo religiosamente esa rutina veraniega las últimas dos semanas: quedábamos a las diez en el techo, comíamos juntos a mediodía, nadábamos en el río y volvíamos a casa con nuestras familias por la noche.

Por mucho que mi padre disfrutara de mi compañía, también le gustaba la calma de la soledad. Y también puede que una hija adolescente fuese algo agotador y extraño para él y le viniese bien descansar un poco. Fuese como fuese, mi padre parecía satisfecho permitiéndome que saliese a hacer lo que quisiera con los Petropoulos hasta que las chicharras cantaran y oscureciera.

Tenía a Andreas a un lado y a Elliot al otro. Uno de los hermanos jugaba a videojuegos mientras el otro leía a Proust.

—Es imposible que vosotros dos seáis familia —susurré mientras pasaba la página de mi libro.

—Él es un *loser*. —Andreas rio—. Y no me refiero a los juegos.

—Él es un imbécil —dijo Elliot, y luego me sonrió—. Solo piensa con la… —Un claxon sonó en la entrada y todos nos incorporamos para ver un Pontiac oxidado deteniéndose sobre el asfalto—. Oh —dijo Elliot; me miró y luego se incorporó de un salto—. Mierda. Mierda. —Se dio media vuelta e intentó peinarse con las manos mientras parecía entrar en pánico. Luego bajó hasta la sala de estar. Un minuto después, apareció en el jardín delantero. Una chica bajó del coche y le dio a Elliot una pila de papeles.

Era de estatura media, tenía el pelo por encima de los hombros, oscuro y abundante, y una cara bastante bonita. Me resultaba vagamente familiar. Era deportista, pero no demasiado robusta. Y sus pechos… eran estupendos.

Gruñí por dentro.

Ella le dijo algo a Elliot, él asintió y luego miró hacia donde Andreas y yo estábamos sentados, observándonos.

—¿Quién es esa? —le pregunté a Andreas.

—Una chica del instituto, Emma.

—¿Emma? ¿Emma la del baile de graduación? —Mi interior se congeló—. ¿A Elliot le gusta?

Andreas vio mi expresión y se rio.

—Oh, esto va a estar genial.

—No, Andreas, no… —siseé, frenética.

—¡Elliot —exclamó Andreas, ignorándome—, sube aquí con tu novia para que conozca a tu otra novia!

Cerré los ojos y gruñí.

Cuando miré de nuevo hacia el suelo, Emma me miraba, inspeccionándome, con los ojos entrecerrados. Elliot me observaba también, con los ojos abiertos de par en par y expresión de terror, y luego la miró a ella.

Saludé con la mano. No iba a participar en ese juego cruel.

Ella me devolvió el saludo y exclamó:

—Soy Emma.

—Hola, soy Macy.

—¿Acabas de mudarte?

—No —respondí—, vivimos al lado los fines de semana y venimos a veces de vacaciones.

—Elliot nunca te ha mencionado.

Elliot la miró atónito, y, a juzgar por la expresión en su rostro, diría que él me había mencionado muchas veces. En fin. Parecía que Emma sí iba a participar en ese juego cruel.

—Es mi mejor amiga, ¿recuerdas? —Oí que decía Elliot, tenso—. Estudia en Berkeley High.

Emma asintió y luego lo miró, puso la mano sobre el brazo de Elliot y se rio mientras le susurraba algo en el oído. Él sonrió, pero noté en su expresión una cortesía forzada.

Me recosté sobre mi manta, ignorando las náuseas. Las palabras que Elliot me había dicho hacía apenas una semana (cuando había estado a punto de quedarse dormido en el techo del garaje y había admitido en voz baja que se sentía más cómodo conmigo que con nadie) dieron vueltas por mi mente.

Le había dicho que a mí me pasaba lo mismo. Durante el curso, mis días eran borrosos, las horas se entremezclaban entre actividades y deberes para luego arrastrarme hasta la cama esperando que lo que fuera que había interiorizado mi cerebro ese día no me saliera por los oídos durante la noche. En cierto modo, mi tiempo lejos de Elliot parecía como ir a trabajar, y los fines de semana y el verano eran como volver a casa: relajarme, estar con Elliot y mi padre, ser yo misma. Pero luego, pasaban cosas como esta y recordaba que la mayor parte del mundo de Elliot existía sin mí.

Pasaron varios minutos antes de oír que el coche arrancaba y se alejaba. Unos minutos después, Elliot subió de nuevo al tejado y yo hundí la nariz en el libro.

—Qué sutil, Ell —dijo Andreas.

—Cállate. —Los pies de Elliot aparecieron frente a mi libro y fingí estar tan concentrada en la lectura que ni siquiera los vi—. Oye —dijo Elliot en voz baja—, ¿quieres comer algo?

Continué leyendo a medias.

—Estoy bien.

Se puso de rodillas e inclinó más la cabeza para mirarme a los ojos. Veía su disculpa escrita en todo su rostro.

—Entra, hace demasiado calor.

En la cocina, cogió una jarra de limonada y dos vasos, y empezó a preparar unos bocatas para los dos. Andreas no nos había seguido y la casa estaba fresca, oscura y silenciosa.

—Emma parece muy maja —dije con ironía, haciendo rodar un limón sobre la encimera. Él se encogió de hombros—. Es a ella a quien besaste en el baile, ¿no?

Él alzó la vista hacia mí y se acomodó las gafas mientras fruncía la nariz.

—Sí.

—¿Sigues besándola?

Centrando de nuevo la atención en los bocatas, untó la mantequilla de cacahuete sobre el pan y añadió un poco de mermelada antes de responder.

—No.

—¿Es una mentira por omisión?

Cuando me miró de nuevo a los ojos, su mirada era tensa.

—La he besado algunas veces, sí. Pero ya no la beso.

Sus palabras golpearon mis oídos como ladrillos que caían de un avión.

—¿La has besado otras veces además de en el baile?

Él carraspeó y siguió mirándome.

Idiota.

—Sí. —Volvió a subirse las gafas—. Dos veces más.

Sentía que me había tragado un cubito de hielo con los bordes afilados; algo frío y duro estaba alojado en mi pecho.

—¿Es tu novia?

Él sacudió la cabeza con calma.

—No.

—¿Tienes novia? —No tenía ningún sentido preguntarlo. ¿Acaso no me lo contaría? ¿O no pasaría tiempo con ella durante el verano en vez de conmigo? Él siempre era sincero, pero ¿era directo?

Elliot dejó el cuchillo y puso los bocatas en dos platos antes de mirarme con una sonrisa.

—No, Macy. He estado contigo todos los días este verano. No haría eso si tuviera novia.

Quería lanzarle el limón a la cabeza.

—Si tuvieras novia, ¿me lo dirías?

Elliot se lo pensó bien antes de responder, con la mirada clavada en la mía.

—Creo que sí. Pero, para ser sincero, este es el único tema sobre el que nunca sé cuánto compartir contigo.

Aunque una gran parte de mí sabía a qué se refería, de todos modos, odiaba la respuesta.

—¿Has tenido novia alguna vez?

Parpadeando y apartando la mirada, centró de nuevo la atención en los bocatas.

—No. Técnicamente, no. —El limón cayó al suelo. Él lo recogió y me lo devolvió—. Escucha, Macy. Creo que lo que intento decir es que no querría saber si has besado a alguien a menos que haya significado algo, y besar a Emma no significó nada para mí. Por esa razón nunca te lo conté.

—¿Significó algo para ella? —Verlo encogerse de hombros dijo todo lo que su silencio omitió—. Quizás no sea asunto mío —añadí—, pero yo sí quiero saber estas cosas. Me siento rara por no haberme enterado de que tienes algo con ella.

—No tenemos algo.

—¡La besaste en tres ocasiones distintas!

Él lo aceptó, asintiendo.

—¿Tú has besado a alguien? —preguntó.

—No.

Elliot se detuvo con el bocadillo a medio camino de sus labios.

—¿A nadie?

Sacudí la cabeza, di un bocado y rompí el contacto visual.

—Te lo hubiera contado.

—¿En serio? —dijo. Asentí, con el rostro ardiendo. Tenía dieciséis años y no me habían besado. Su pregunta resonaba en mi cabeza y me sentí absolutamente patética—. ¿Y qué hay de Donny? O… ¿cómo se llama?

Lo miré con intensidad. Él sabía perfectamente el nombre de Danny.

—¿Danny?

Elliot sonrió, sabía que lo había descubierto.

—Sí, Danny.

—Nop. Ni siquiera a Danny. Como te acabo de decir: te lo hubiera contado. Porque eres mi mejor amigo, idiota.

—Guau.

Él pegó un bocado gigantesco a su bocata y me miró mientras masticaba.

Pensé en todos los fines de semana que habíamos pasado juntos, todas las historias que me había contado sobre las manías de Christian y lo mal que se le daba a Brandon conquistar chicas. Pensé en las novedades que me contó sobre sus hermanos y sus novias, y me pregunté por qué Elliot siempre era tan reservado sobre sus propias experiencias. Me desconcertaba. Me hacía sentir que tal vez no éramos tan amigos como creía.

—¿Has besado a muchas chicas?

—A algunas —murmuró.

Algo en mi interior gritaba.

—¿Has hecho algo más que besarlas? —Él adoptó un tono distinto de rojo y, por fin, asintió mientras daba otro mordisco gigantesco para no tener que entrar en detalles. Casi se me cae la mandíbula al suelo. Esperé para preguntar—: ¿Cómo de lejos llegaste? —Elliot tardaba en responder lo que parecía una eternidad, sentí que me estaba haciendo vieja—. Elliot.

—Nos quitamos las camisetas. —Se rascó una ceja y empujó de nuevo las gafas sobre la nariz con la punta del dedo para ganar tiempo. Evitaba el contacto visual—. Mmm… Y con una chica, hubo manos dentro del pantalón.

—¿En serio? —Sentía que se me saldrían los ojos de las cuencas—. ¿Con quién?

—Con Emma solo nos quitamos la camiseta. El resto fue con otra chica, Jill. —Abandoné mi bocadillo en la encimera, había perdido el apetito. La cocina estaba en el lado más oscuro de la casa a esta hora del día, y, de pronto, me pareció demasiado fría. No sabía qué hacer con las manos, así que empecé a frotarme los brazos porque me sentía muy vulnerable—. Macy, no te enfades.

—¡No estoy enfadada! ¿Por qué debería estarlo? —Bebí con brusquedad un sorbo de limonada, intentando calmarme—. No soy tu novia. Solo soy tu mejor amiga, quien aparentemente no sabe nada sobre ti.

Él dio un paso alrededor de la isla de la cocina y se detuvo.

—Macy.

—¿Estoy exagerando?

—No… —dijo, y dio otro paso más hacia mí—. Supongo que a mí tampoco me haría gracia que un chico metiera la mano en tus pantalones.

—Creo que tampoco te gustaría nada que hubiese sucedido y no te

lo hubiese contado.

Pareció reflexionar bastante al respecto.

—No sé, depende. Me molestaría, sí, así que no querría saberlo, a menos que sintieras algo más que… atracción física.

—¿Eso fue lo tuyo con Emma? —pregunté—. ¿Atracción física?

Él asintió.

—Sin duda.

—¿Cuándo fue la última vez que estuviste con alguien? —pregunté. Él suspiró y se apoyó contra la encimera, donde permaneció quieto—. Si la situación fuera al revés, serías la mismísima Inquisición —señalé —. No suspires.

—Emma y yo salimos en marzo, luego fuimos al baile en mayo y nos besamos de nuevo el fin de semana siguiente, pero no fue nada. Fue como… —Vaciló un poco, mirando al techo—. Si nunca has besado a nadie, es difícil explicar lo que quiero decir… pero estábamos todos en el parque y ella se me acercó y no sé, pasó. —Hice una mueca y él rio con incomodidad, encogiéndose de hombros—. Jill es una amiga de la familia. Vino de visita el diciembre pasado y nos besamos una vez. No he hablado con ella desde entonces.

Le resté importancia a Jill sacudiendo la mano.

—Entonces, ¿Emma no te gusta?

—No del modo que tú supones. —Aparté la mirada para tomarme un minuto para calmarme, aunque tenía ganas de montar un drama y de ponerme hecha una furia—. Salí con Emma porque ella está aquí —dijo en voz baja—. Tú estás en Berkeley, nosotros no estamos juntos y vivo en este pueblo diminuto. ¿A quién más se supone que iba a besar?

Algo cambió en aquel momento exacto, algo que nunca volvería a ser igual.

Me fijé en sus manos grandes y en su nuez. Permití que mis ojos se detuvieran en sus brazos musculosos, que antes eran tan delgados y largos; en sus piernas, que se extendían, tonificadas, bajo sus vaqueros rotos. Observé los botones de esos vaqueros. Aparté la vista parpadeando, miré el armario de la cocina. Miré a todas partes, menos a esos botones. Quería tocar esos botones, presionarlos y, por primera vez, me di cuenta de que no quería que nadie más los tocara.

—No lo sé —balbuceé.

—Entonces acércate —dijo con la misma voz tranquila—. Bésame tú a mí.

Subí la mirada hacia la suya.

—¿Qué?

—Bésame.

No daba crédito a lo que me estaba diciendo; sus palabras me sacaron de inmediato de mis pensamientos. Sentía calor porque ahora sus manos parecían enormes, su mandíbula parecía tan angulosa… y los botones de sus vaqueros…

Le di la vuelta a la isla de la cocina y me detuve frente a él.

—Bueno.

Él me miró con una sonrisa juguetona en los labios, pero el gesto desapareció cuando se dio cuenta de que yo iba en serio.

Presioné las manos contra su pecho y me acerqué más. Estaba tan cerca que podía oír cada respiración veloz y acelerada, podía ver el temblor de su mandíbula.

Fascinado, él acercó una mano a mis labios y presionó dos dedos contra ellos mientras me observaba. Sin pensar, abrí la boca y permití que deslizara su índice dentro, contra mis dientes. Cuando gimió por lo bajo, deslicé mi lengua sobre la punta de su dedo. Sabía a mermelada.

Elliot retrocedió con brusquedad. Parecía a punto de devorarme: ojos alocados, hambrientos, labios abiertos, su pulso era una presencia latente en su cuello. Y, como quería besarlo, lo hice. Me puse de puntillas, hundí las manos en su pelo y presioné mi boca contra la suya.

Fue muy diferente a lo que me había imaginado. Fue más suave y firme a la vez, y, sin duda, más atrevido. Un beso breve, otro más, y luego, él inclinó la cabeza y cubrió mi boca con la suya. Su lengua recorrió mi labio inferior.

No sé si esa fue su perdición, pero sin duda fue la mía. Después de eso, la realidad se disolvió y se convirtió solo en sensaciones; todo lo demás desapareció. Todas las imágenes prohibidas sobre él, carne, fantasía y secretos que ni siquiera me admitiría a mí misma desgarraron mi mente y supe, de algún modo, que él pensaba lo mismo: el placer que daba estar así de cerca… y todo a lo que podría llevar tocarnos así.

Una de sus manos subió por mi espalda hasta mi nuca, y fue el peso de ese tacto, creo, lo que evitó que flotara. Pero cuando deslizó su otra mano sobre mis costillas y un poco más arriba, di un paso atrás.

—Lo siento —dijo él de inmediato, instintivamente—. Mierda, Mace. Estoy yendo demasiado rápido, lo siento.

—No, es solo que… —vacilé, de pronto mi boca estaba llena de palabras que no quería estar pensando y que mucho menos quería expresar en voz alta—. Esto quizás no significó nada para Emma —dije, tocándome los labios que aún cosquilleaban—. Pero lo significa


todo para mí.



AHORA

SÁBADO, 14 DE OCTUBRE

Sean deja sus llaves en el cuenco cerca de la puerta y se quita los zapatos con los talones, gruñendo feliz.

—¿Tienes hambre, pequeñaja? —le pregunta a Phoebe, y los dos desaparecen en la cocina.

Guardo nuestros zapatos y cuelgo nuestras chaquetas. Oigo sus voces, que resuenan en el pasillo; Phoebe intenta persuadir a su padre para tener una mascota, cualquiera: rana, hámster, pájaro, pez.

La verdad, no sé qué sentir. Sean y yo tuvimos un comienzo muy intenso y hemos adoptado una rutina domestica con mucha facilidad, pero esa rutina, en realidad, solo consiste en que yo comparta su cama y en que nuestros horarios giren uno en torno al otro como engranajes bien engrasados.

Me traje todo lo que necesitaba de la casa de Berkeley, pero aún está casi llena y completamente deshabitada, mientras que yo estoy viviendo aquí. Sean dice que le encanta que duerma en su cama. Phoebe siempre parece feliz de verme. Pero al observarlo hoy, me doy cuenta de que, en realidad, no lo conozco tan bien. Él y Phoebe tienen su propio vínculo. Pero no sé si yo conseguiré realmente formar parte de él.

—¿Queréis que prepare la cena? —pregunto al entrar después de ellos; ambos levantan la vista y dejan de sacar cosas de la nevera—. Pasta —digo, fingiendo estar ofendida—. Venga, yo la preparo.

—¿Segura? —Phoebe aún no parece convencida.

—Segurísima, cabeza de chorlito —digo, y le doy un beso en la mejilla.

Ella chilla y huye de la cocina; Sean saca una caja de pasta y un frasco de salsa de tomate del armario.

—¿Necesitas ayuda?

—Puedes hacerme compañía. —Señalo con la cabeza la isla de la cocina, en la que solemos desayunar en unos taburetes altos, pidiéndole en silencio que tome asiento y me dé conversación. Pidiéndole en secreto que me ayude a aliviar este sentimiento que carcome mi pecho e insiste en que él y yo jamás estaremos juntos de verdad. Nunca pasamos tiempo juntos los fines de semana y tengo la sospecha de que por esta razón somos prácticamente desconocidos fuera de la cama.

Él toma asiento y lee el correo desde el móvil mientras yo pongo

agua a hervir.

Quiero casarme con este hombre; quiero que él quiera casarse conmigo.

Me encanta estar con él.

Me encanta el culo que le hacen esos vaqueros.

—¿Te lo has pasado bien en el pícnic? —pregunto tratando de mostrar un tono relajado.

—Sí.

Desliza el dedo por la pantalla una y otra vez.

Abro la tapa del frasco de salsa marinada y la vierto en la sartén que he puesto sobre el fuego. Sean alza la vista ante el sonido, con cierto desagrado.

—¿Te ha gustado conocer a mis amigos? —pregunto—. Les has caído muy bien.

Él aparta la vista del fuego, parpadeando, y me mira a los ojos, sonriendo como si supiera que no estoy siendo sincera.

—Sí, cariño, son geniales.

Su tono es tan casual, tan desinteresado, que quiero partir el frasco vacío contra su frente. Quiero suplicarle que muestre más interés. En cambio, limpio el frasco y lo dejo en el cubo de reciclaje. La irritación que me genera escuece en mi piel como un sarpullido.

—Intenta contener tanto entusiasmo.

—¿Qué quieres decir? —pregunta, con tono defensivo—. Ha estado bien, Mace, pero son tus amigos, no los míos.

—Bueno, con el tiempo podrían también ser los tuyos —le digo—. ¿No es acaso lo que hacen las parejas? ¿Compartir cosas? ¿Entrelazar sus vidas?

En este momento, me doy cuenta de que nunca hemos discutido. Ni siquiera sé cómo es no estar de acuerdo con él. En realidad, casi no he compartido nada con él.

Mi teléfono vibra sobre la encimera, lo cojo y leo un mensaje de Sabrina.

Hola, amiga, perdona si he sido demasiado brusca respecto a ya sabes qué.

Sé que no debería responderle ahora mismo, pero si no me tomo este descanso, es probable que le diga a Sean algo de lo que me arrepentiré. Inhalo profundamente y escribo una respuesta.

No pasa nada.

¿Quieres que comamos la semana que viene?

¿Para que puedas hacerme una intervención?

Ella responde con una sucesión de *emojis* con ojos de corazones y me doy cuenta de que su disculpa inicial solo ha sido un plan para ablandarme y profundizar más en el mismo tema de conversación. Como siempre, su capacidad de aparecer en el momento oportuno es asombrosa. Dejo el móvil boca abajo en la encimera y miro de nuevo a Sean, decidida a salvar esto, a hacer planes, a hacer algo.

—¿Cómo tienes la semana? —pregunto.

—Bastante tranquila. Quería ir con Phoebs al museo. Pensaba también en ir de *camping* un par de noches. —Se encoje de hombros y señala el fuego con el mentón—. El agua ya está hirviendo.

—No quiero que me toque ir de copiloto, señor —digo, intentando bromear—. Yo me encargo.

—¿Quieres que haga una ensalada o algo? —Él centra la atención en la nevera, lo que indica que hay ingredientes disponibles dentro.

—¿Te tranquilizaría preparar algo?

—Ni idea —dice, mirando de nuevo su teléfono—. Pero no quiero cenar solo espaguetis con salsa de tomate, eso es todo.

Lo miro unos instantes en silencio. No entiendo su tono defensivo de repente, no sé qué le pasa.

—Por supuesto.

Y sin decir nada más saco una lechuga y un par de tomates de la nevera.



Más tarde, en la cama, Sean se acurruca más cerca de mí y murmura sobre mi cuello:

—Mmm, cariño, hueles bien.

Miro al techo, intentando descifrar qué quiero decir. He organizado un pícnic en mi día libre, le he dado la oportunidad de conocer a mis amigos y él apenas ha hablado con ellos sobre sus vidas, sus trabajos, sus intereses. Hemos vuelto a casa y me he ofrecido a hacer la cena, y él solo se ha mostrado arisco y ha comido sin decir nada junto a Phoebe mientras la ayudaba a dibujar un unicornio.

Phoebe me lo ha enseñado con orgullo después de cenar, pero, más allá de eso, ha sido como si yo ni siquiera hubiera estado presente.

¿Siempre había sido así y yo no me había dado cuenta porque estaba feliz de que me incluyeran en su dúo y estaba tan ocupada centrándome en eso que nada más perturbaba mi mente? ¿Era un alivio tan inmenso tener algo resuelto, no sentir nada (ni culpa ni

amor ni miedo ni incertidumbre) que permití que esta rutina se convirtiera en mi futuro?

¿O algo ha cambiado desde que Elliot reapareció y eso ha creado una grieta en nuestra vida fácil e insulsa?

Sean me besa en la clavícula y luego sube por mi cuello. Tiene una erección y se quita los calzoncillos, listo para actuar, y me doy cuenta de que no hemos intercambiado más de tres palabras durante las últimas dos horas.

—¿Puedo preguntarte algo? —digo.

Él asiente, pero no detiene su avance por mi mentón, por mi boca.

—Lo que quieras —responde, hablando mientras me besa.

—¿Tienes ganas de casarte de nuevo?

Él extiende una mano entre los dos, separa mis piernas, como si planeara responder la pregunta después de haber empezado a tener sexo conmigo. Pero yo me alejo y él suspira, inclinado sobre mi cuello.

—Sí, cariño.

Me niego.

—¿«Sí, cariño»?

Con un gruñido, Sean rueda a mi lado.

—¿No es lo que quieres? Es decir, yo ya he estado casado —responde—. Sé lo que tiene de maravilloso y lo que no. Pero si tú quieres casarte…

Lo detengo, levantando una mano.

—¿Recuerdas cómo pasó?

Él piensa un instante.

—¿Te refieres a la noche en que hablamos de casarnos?

Asiento, aunque eso de «la noche que hablamos de casarnos» me parece un poco vago. Después de una noche divertida en el cine con Phoebe, la habíamos acostado en su cama y luego Sean me había llevado a su cuarto, había hecho que me corriese un par de veces y luego había murmurado «Phoebe cree que deberíamos casarnos» antes de quedarse dormido en mi pecho.

Él lo recordó la mañana siguiente y me preguntó si lo había escuchado.

Confundida al principio, le dije que sí. Y él solo tuvo que añadir: «Por Phoebe, si hacemos esto, quiero que sea en serio».

No tuvimos tiempo de hablar al respecto en ese momento, porque tenía que irme a trabajar, pero las palabras dieron vueltas por mi cerebro como una canción durante todo el día.

Al pensar en ello, solo recuerdo el alivio abrumador que sentí ante la idea de tener esa parte de mi vida resuelta de un modo tan práctico. No había nada complicado o turbulento al respecto. No había

momentos alocados de alegría con Sean, pero tampoco había momentos malos llenos de ansiedad. Sean era un hombre tranquilo, y él y Phoebe eran una familia a la que yo podía simplemente… unirme. Pero, viéndolo en retrospectiva, en el contraste evidente con la intensidad de emociones que sentía cerca de Elliot, casi parecía una locura que aquel día hubiera llegado a casa y le hubiera dado un sí lleno de entusiasmo a Sean.

Y no habíamos hecho muchos más planes al respecto desde entonces. Aún no habíamos escogido el anillo, quizás porque ambos nos dimos cuenta de que a Phoebe no le importaba demasiado la presencia de esa mujer nueva en su casa o si esa mujer sería su nueva madre.

La única persona que pregunta siempre cómo van los planes de boda es Sabrina, y ella es la única que me ha dicho sin rodeos que cree que es una gran farsa.

Sean me agarra la cadera con ambas manos.

—Cariño, creo que necesitas averiguar qué quieres.

Lo miro a los ojos.

—¿Qué quiero yo?

—Sí —dice, asintiendo—. A mí, a Elliot, a ninguno de los dos.

¿Quién puede comportarse con tanta frialdad? ¿A quién le afecta tan poco la posible pérdida de su prometida como para sugerirle que se lo piense mejor mientras le acaricia la cadera insinuando que la relación quizás termine, pero que el sexo puede continuar?

—¿Acaso te importa que las cosas se hayan vuelto tan extrañas entre nosotros?

Sean aparta las manos, cerrando los ojos con otro suspiro largo.

—Por supuesto que me importa. Pero he vivido estos momentos buenos y malos, y no puedo permitir que me dominen. No puedo controlar lo que sientes.

Y entiendo que lo que dice es la reacción ideal para la situación en la que estamos, es la versión medida y básica de esta conversación difícil, pero ¿de verdad funciona así el corazón humano? ¿Le ordenas que se calme y lo hace?

Ahora lo miro, con un brazo sobre los ojos, e intento encontrar esa chispa de algo más grande, una emoción que me consuma. Hago lo que solía hacer a veces con Elliot: imagino a Sean levantándose y yéndose por la puerta para no volver nunca. Si lo pensaba con Elliot, mi estómago reaccionaba como si hubiera recibido un puñetazo.

Con Sean, siento cierto alivio.

Pienso en la cara de Elliot cuando le dije que estaba comprometida. Pienso en su cara ahora: el anhelo, la punzada de dolor que veo en sus

ojos cuando nos marchamos cada uno en una dirección distinta. Once años más tarde, él aún desea lo que tuvimos.

Me aterra lo que siento; parece que acabo de despertar de un sueño en el que llevo sumida muchos años. Creía que no quería intensidad, pero, de hecho, estoy desesperada por tenerla.

Miro a Sean y siento que estoy en la cama con un polvo de una noche, con un completo extraño.

Me incorporo y salgo de la cama.

—¿Adónde vas? —pregunta.

—Al sofá.

Me sigue.

—¿Estás loca?

Esta es la situación más rara en la historia de las situaciones raras, y Sean está tan… tranquilo. ¿Cómo he acabado aquí?

—Creo que tienes razón —digo—. Quizás necesite averiguar lo que quiero.



ANTES

SÁBADO, 10 DE SEPTIEMBRE
DOCE AÑOS ATRÁS

Elliot estaba recostado en el suelo, mirando el techo. Su copia gastada de *Los viajes de Gulliver* descansaba abandonada sobre el cojín. Parecía tan concentrado en lo que estaba pensando que ni siquiera notó el modo en que mis ojos recorrían su cuerpo cada vez que pasaba una página.

Empezaba a preguntarme si alguna vez dejaría de crecer. Con casi diecisiete años, llevaba pantalones cortos y sus piernas parecían infinitas. Eran más peludas de lo que recordaba, aunque solo tuvieran una capa delgada de vello. Cada día que pasaba era más masculino. Y eso me gustaba.

Una de las cosas más extrañas sobre pasar períodos de tiempo largos sin ver a alguien son aquellos cambios que pasarías por alto si lo vieras todos los días. Como el vello en las piernas. O los bíceps. O las manos grandes.

En su recuento de novedades, Elliot había dicho que su madre le había preguntado si quería hacerse una cirugía láser para no tener que llevar gafas. Intenté imaginármelo sin sus gafas, ver sus ojos verdes casi dorados sin los marcos negros a su alrededor. Me encantaban las gafas de Elliot, pero la idea de estar tan cerca de él sin ellas de por medio generó calidez y extrañeza en mi estómago. De algún modo, lo hacía parecer desnudo en mi mente.

—¿Qué quieres por Navidad? —preguntó.

Me sobresalté un poco, sorprendida. Estaba bastante segura de que parecía alguien a quien acababan de pillar mirando a su mejor amigo con un pensamiento nada inocente en la cabeza.

No nos habíamos vuelto a besar. Pero tenía muchas ganas de hacerlo.

Su pregunta resonó en mi cabeza.

—¿Navidad?

Elliot elevó las cejas, serio.

—Sí. Navidad.

Intenté disimular.

—¿En eso has estado pensando todo este tiempo?

—No.

Esperé a que siguiese hablando, pero no lo hizo.

—No sé —respondí—. ¿Hay alguna razón por la que me preguntas

esto en septiembre?

Elliot se quedó mirándome mientras apoyaba la cabeza en una mano.

—Me gustaría regalarte algo especial. Algo que quieras.

Dejé mi libro y también me puse de lado para mirarlo.

—No tienes que regalarme nada, Ell. —Él emitió un sonido de frustración y se incorporó. Sobre la alfombra, se sentó para ponerse de pie. Extendí la mano y sujeté su muñeca. Aparentemente, la lujuria entre los dos solo había sido cosa mía—. ¿Estás enfadado por algo?

Elliot y yo no discutíamos, y la idea de que algo entre los dos fuese mal afectaba mi equilibrio interno, me causaba ansiedad inmediata. Sentía su pulso como un tambor constante bajo su piel.

—¿Piensas en mí cuando no estás aquí? —Sus palabras sonaban firmes, exhaladas con brusquedad.

Tardé un segundo en procesar lo que quería preguntarme en realidad. Se refería a cuando estaba en casa. Lejos de él.

—Por supuesto que sí.

—¿Cuándo?

—Todo el tiempo. Eres mi mejor amigo.

—Tu mejor amigo —repitió.

Mi corazón se hundió todavía más en mi pecho, casi con dolor.

—Bueno, también eres más que eso. Eres mi mejor todo.

—Me besaste este verano y luego actuaste como si no hubiera pasado nada.

Eso fue como una puñalada en los pulmones. Cerré los ojos y me tapé la cara con las manos. Era justo lo que había pasado. Después de besarlo en su cocina, me encargué de que todo fuera como siempre: leíamos en el tejado por la mañana, comíamos a la sombra, nadábamos en el río. Había sentido su mirada sobre mí, la contención temblorosa de sus manos. Recordé la calidez de sus labios y el modo en que me encendí cuando gruñó dentro de mi boca.

—Lo siento —dije.

—¿Por qué lo sientes? —preguntó con cautela, agazapándose a mi lado—. ¿Lo sientes porque no te gustó besarme?

Sentí las manos frías mientras lo miraba atónita.

—¿Acaso te pareció que no me gustó?

—No lo sé —respondió, encogiéndose de hombros con impotencia —. Me pareció que te gustó. Mucho. Y a mí también. No puedo dejar de pensar en ello.

—¿En serio?

—Sí, Mace, y luego… —Me miró con el ceño fruncido y expresión seria—. Empezaste a actuar raro.

Mis pensamientos se enredaron; el recuerdo de Emma a su lado en la entrada del garaje y el pánico que sentía cuando lo imaginaba saliendo de mi vida para siempre.

—Es que Emma…

—A la mierda con Emma —dijo, con voz brusca, y me sorprendió tanto que me aparté de él. De inmediato, Elliot pareció arrepentido y extendió la mano para apartarme un mechón de pelo de la cara—. En serio, Mace. No hay nada entre Emma y yo. ¿Por ese motivo no quieres hablar sobre lo que pasó en la cocina?

—Creo que también es porque me aterra pensar en estropearlo todo. —Bajé la vista y añadí—: Nunca he tenido novio ni nada. Eres la única persona más allá de mi padre que realmente me importa, y la verdad es que no estoy segura de poder soportar no tenerte en mi vida.

Cuando cerraba los ojos por la noche, lo único que veía era a Elliot. La mayoría de las noches estaba desesperada por llamarlo antes de quedarme dormida, para poder oír su voz. Odiaba pensar más allá del siguiente fin de semana, porque no sabía con certeza cómo se alinearían nuestros futuros. Imaginaba a Elliot yendo a Harvard y a mí en alguna parte de California, convirtiéndonos despacio en meros conocidos. Era una idea repulsiva.

Cuando lo miré a los ojos, noté que había suavizado la tensión de su boca. Tomó asiento delante de mí, sus rodillas tocaban las mías.

—No iré a ninguna parte, Mace. —Me agarró la mano—. Te necesito del mismo modo que tú me necesitas a mí, ¿vale?

—Está bien. —Elliot miró mi mano en la suya y movió nuestras palmas para presionarlas juntas y entrelazar nuestros dedos—. ¿Tú piensas en mí? —pregunté. Ahora que él me lo había preguntado, me carcomía la duda.

—A veces siento que pienso en ti a cada minuto —susurró. Una burbuja de emoción apareció bajo mis costillas al dar en un punto débil. Observé nuestras manos unidas antes de que él hablara de nuevo. Hice un esfuerzo por mantener los ojos apartados de su cuerpo —. ¿Palabra favorita?

—*Cremallera* —respondí sin pensar, y percibí su sonrisa a modo de respuesta sin verla—. ¿La tuya?

—*Chisporroteo.*

—¿Tienes novia? —pregunté, y las palabras sonaron como una explosión de viento en la habitación.

Él separó la vista de nuestras manos con el ceño fruncido.

—¿Me lo preguntas en serio?

—Solo para estar segura. —Él me soltó la mano y volvió a

centrarse en su libro. No estaba leyendo; parecía tener deseos de lanzármelo. Me aproximé un poco más a su cuerpo—. No puede sorprenderte que te lo haya preguntado.

Él me miró boquiabierto y soltó el libro.

—Macy, acabo de preguntarte si piensas en mí. Te he preguntado por qué actuaste raro después de nuestro beso. ¿De verdad crees que mencionaría el tema si tuviera novia?

Me mordí el labio, avergonzada.

—No.

—¿Acaso tú tienes novio?

Esbocé una sonrisa burlona.

—Un par.

Él soltó una risa irónica y sacudió la cabeza mientras cogía su libro.

Por supuesto que cada vez que me imaginaba besando a alguien siempre era a Elliot. Y ya lo habíamos hecho: la fantasía perfecta, la realidad sublime, las consecuencias potencialmente problemáticas. Incluso la idea de besarlo me llevaba a pensar en una separación incómoda y desagradable que causaba espasmos de dolor en mi estómago.

Sin embargo, nunca podía dejar de mirarlo. ¿Cuándo había perdido toda su torpeza y se había convertido en alguien tan perfecto? ¿Qué haría con él si alguna vez tenía la oportunidad? Elliot, de casi diecisiete años, era una obra de líneas largas y definidas. No sabría cómo tocar su cuerpo. Conociéndolo, él me lo diría. Quizás me daría una guía sobre anatomía masculina y dibujaría algunos diagramas para mí. Mientras observaba mis tetas.

Yo también me reí. Él levantó la vista.

—¿Por qué me miras así? —preguntó.

—No… te estoy mirando.

Él emitió un sonido seco y breve de incredulidad.

—Como quieras. —Estiró el cuello y bajó de nuevo la mirada—. Todavía me miras.

—Solo me pregunto cómo funciona —comenté.

—¿Cómo funciona qué?

—Cuando… —Hago un gesto evidente con la mano—. Como los chicos se… Ya sabes.

Él siguió mirándome, esperando. Vi el instante en que comprendió a qué me refería. Sus pupilas se dilataron tan rápido que sus ojos parecían negros de repente.

—¿Me preguntas cómo funcionan los penes?

—¡Ell! No tengo hermanas. Necesito que alguien me cuente estas

cosas.

—Ni siquiera puedes hablar sobre besarme y ¿quieres que te diga qué pasa cuando me masturbo?

Tragué el entusiasmo que obstruía mi garganta.

—Está bien, no importa.

—Macy —dijo, ahora con más dulzura—, ¿por qué nunca sales con ningún chico?

Boquiabierta, le dije lo que pensaba que era obvio:

—No me interesan otros chicos.

—¿Otros chicos?

—Es decir —añado al notar mi error—, nadie.

—*Otros* implica que hay un chico en especial y luego otros. —Extendió la palma de una mano y luego levantó la otra—. Y acabas de decir que no te interesan otros. Así que, ¿hay un chico en particular que te interese?

—Deja de actuar como si estuvieras en el equipo de debate.

Él esbozó una sonrisa torcida.

—¿Quién es él?

Lo observé un instante largo y decidí que esto no era tan grave.

—Sabes que comparo a todos los chicos contigo. No es ninguna revelación.

Elliot amplió la sonrisa.

—¿Sí?

—Por supuesto. ¿Cómo no hacerlo? ¿Recuerdas? Eres mi mejor todo.

—Tu mejor todo al que le preguntas sobre masturbación.

—Exacto.

—Tu mejor todo que no puede compararse con cualquier otro chico y cuya lengua permitiste que tocara la tuya.

—Sí. —No me entusiasmaba el lugar al que se dirigía la conversación. Iba hacia las confesiones, y las confesiones cambiaban las cosas. Las confesiones intensifican los sentimientos porque les dan espacio para respirar. Las confesiones llevan al amor, y admitir estar enamorado es como atarte a ti mismo a las vías de un tren.

—Entonces quizás tu mejor todo debería ser tu novio.

Lo miré fijamente y él hizo lo mismo.

Hablé sin pensar.

—Quizás.

—Quizás —concordó en un susurro.



AHORA

JUEVES, 26 DE OCTUBRE

Fiel a su promesa, Sabrina aparece con Viv para que comamos juntas. Llevamos casi dos semanas intentando cuadrar nuestros horarios, no nos vemos desde el pícnic. Durante este tiempo, básicamente me he sumergido en el trabajo. Es extraño decirlo, pero he visto a Sean despierto solo tres veces.

Quizás se debe a que estoy durmiendo en el sofá.

No sé por qué no puedo dar el último paso y hacer las maletas y mudarme de nuevo a Berkeley. Quizás es el tedio del viaje, o los fantasmas de mi pasado que sé que aún viven allí: mi madre y mi padre están en cada partícula del aire de esa casa.

He vuelto un total de siete días desde que me fui a la universidad. Sería como entrar en una cápsula del tiempo.

La expresión de Sabrina cuando entro al Wooly Pig me dice todo lo que necesito saber sobre mi intento de tapar mis ojeras.

—Dios mío —murmura cuando me siento—. Parece que acabas de resucitar, concretamente estás recién salida de un cementerio de animales.

Me río y bebo un poco de agua que encuentro sobre la mesa.

—Gracias.

—Si hubiera sabido que aparecerías así, te habría esperado con un café bien cargado.

—Nada de café —digo, levantando la mano—. Ha sido mi única fuente de calorías esta semana y necesito algo… jugoso. Un batido o algo así.

Siento que me inspecciona mientras yo reviso la carta.

—Vale, dime qué pasa —dice, acercándose a mí—. Te vi hace dos semanas, pero hoy eres una persona diferente.

—He estado trabajando mucho. Es una época muy estresante; empieza la temporada de gripes. —Sin pensar, miro a Viv, dormida en su carrito—. Y las cosas con Sean no van muy bien que digamos.

—¿No? —pregunta Sabrina, y no la miro a la cara porque no sé cómo me sentiré si su expresión concuerda con el timbre entusiasta de sus palabras—. ¿Qué pasa?

La miro a los ojos, con mi mejor expresión de «por favor, no».

—Sabrina.

—¿Qué?

—¿Es necesario que hablemos de esto? —Siento que romperé a

llorar—. Sabes de sobra lo que pasa. —Con una mano, empiezo a enumerar con los dedos—: Apenas conozco a Sean. Nos comprometimos cuando llevábamos solo dos meses. Me encuentro con Elliot en Saul y verlo es como…, no sé, una patada en el alma. Y luego, vaya novedad, Elliot vuelve a mi vida y, ¡sorpresa!, me doy cuenta de que tal vez las cosas con Sean no eran tan geniales como pensaba. —Sabrina asiente, pero no dice nada—. ¿Ahora te callas? Creía que te alegraría oír esto.

—Lo cierto es que quiero que seas feliz. Quiero ver la chispa que vi el otro día. Quiero ver que te sonrojas cuando alguien te mira.

—Sabrina, he sido feliz con Sean. Solo porque me sienta más completa cuando Elliot está cerca no significa que esos sentimientos sean más válidos o felices.

—¿En serio? ¿Crees que sabes cómo es la felicidad? De hecho, me lo preguntaba el otro día. ¿Te había visto feliz alguna vez antes del pícnic?

Esto es una bofetada viniendo de alguien que me conoce desde hace diez años.

—Estás de broma.

Sabrina sacude la cabeza.

—Cuando Elliot se nos acercó… Te juro que fue la primera vez que te vi sonreír así, con todo el cuerpo, y eso hizo que me cuestionara todo respecto a tu personalidad hasta ese momento.

—Guau —digo despacio. Sus palabras dicen algo… inmenso.

—Crees que eres feliz, pero apenas vives.

—Sabrina, trabajar más de ochenta horas por semana hace que no estés radiante.

—No —responde, sacudiendo la cabeza con seguridad. Reclina el cuerpo en el respaldo de la silla, sosteniendo su taza de café—. ¿Recuerdas nuestro primer año?

Siento la sombra de esa época cerniéndose sobre mí.

—Poco.

—Desde que te conocí, Elliot ha sido la tercera persona presente entre nosotras a cada segundo. A veces me parece que las cosas que me contaste me las dijiste solo porque él no estaba allí. —Levanta una mano para pararme cuando empiezo a responderle—. Por cierto, no es una queja. Yo os tenía a Dave y a ti. Tú me tenías a mí… pero también lo tenías a él: en tus pensamientos, en cada cosa que hacías. Cuando salías con chicos, era como si… te escabulleras sin avisarlos, como si hubiera alguien que fuese a enfadarse porque habías tenido una cita. —Mientras exhalo, la observo, odiándola por hacer esto, por exponer estas verdades que, por mucho tiempo, vivieron solo en las sombras

polvorientas de mi memoria, en el espacio público—. ¿Recuerdas la primera vez que te acostaste con Julian?

Emito una mezcla de risa y gruñido. Lo recuerdo. Estaba en primero de carrera. Julian, un guitarrista de pelo largo, era un semidios en el campus y ya estaba en su penúltimo año de universidad. Atractivo, un poco engreído, no tan profundo como él creía ser… O quizás esa es mi opinión en retrospectiva. Por el motivo que sea, empezó a interesarse por mí, lo que causó celos violentos entre las fans de su banda. Por fin accedí a salir con él; en ese momento, pensé que tener algo con otra persona haría que todo lo ocurrido en California desapareciera.

Nos acostamos después de la primera cita. No recuerdo mucho más que pensar, mientras pasaba, que había al menos quince mujeres más que querrían estar en esa cama, y que él lo estaba haciendo bastante bien. Pero lo único que quería era que terminara de una vez para poder irme a casa y hacerme un ovillo en mi cama.

Regresé al dormitorio que compartía con Sabrina y, antes de que le pudiera decir una sola palabra, vomité sobre su par favorito de zapatos, y luego tuve un brote de histeria y le conté todo sobre Elliot.

—Pobre Julian.

—Era guapísimo —responde ella—. Y funcionó muy poco tiempo porque no estabas involucrada emocionalmente. Nunca te involucras, Macy. Solo tienes un par de personas a las que consideras amigos de verdad, y luego mantienes a todos alejados de ti, siempre pones distancia. —Intento objetar, pero ella vuelve a levantar una mano para detenerme—. Déjame hablar, llevo pensando mi discurso desde el pícnic.

Sonrío a pesar de mi enfado.

—De acuerdo.

—Estoy segura de que Sean es un gran hombre, pero es otra versión de lo tuyo con Julian; es todo superficial. Nunca sentirás con Sean lo que sentías por Elliot, pero te viene bien estar con él porque es formal, tranquilo y seguro. Pero tú lo sabes: no quieres sentirte así. —Asiento, tensa. No puedo culpar a Sabrina por decir en voz alta cosas que yo también he empezado a cuestionarme—. Mierda, Mace —dice con dulzura—, siento decirte que eres un poco egoísta. Das solo lo que estás dispuesta a dar. Por suerte, esta vez Sean no parece tener queja con las sobras.

Apoyo la espalda en la silla.

—Caray —digo—. No te muerdas tanto la lengua.

Ella se muerde el labio inferior, observándome.

—¿Acaso me equivoco?

Me froto la cara con las manos, me siento más cansada de lo que lo he estado en toda la semana.

—No es tan simple, y lo sabes.

Sabrina cierra los ojos, inhala y exhala despacio. Me mira de nuevo y dice con amabilidad:

—Lo sé, cariño. La cuestión es que finges que puedes alejarte de Elliot. Pero ¿puedes? Y si no es así, ¿qué haces aún comprometida con otro hombre?

—Ya lo sé, ya lo sé —repito con el estómago revuelto.

Sabrina suaviza la expresión.

—¿No quieres ver qué pasaría si apuestas por Elliot? Lo peor que puede pasar es que no funcione y que él vuelva a irse de tu vida. —Se inclina y añade en voz más baja—: Y, al menos, sabes que puedes sobrevivir sin él. —Giro el tenedor sobre la mesa—. ¿Por qué sigues con Sean?

Sé que quiere una respuesta seria, pero estoy harta de la intensidad que está tomando esta conversación.

—La ubicación de su casa es ideal.

Sabrina suelta una carcajada que sorprende a Viv y la despierta.

—Están haciéndote la cama en el infierno, Macy Lea Sorensen.

—No creo que haya camas en el infierno —digo, devolviéndole la sonrisa—. Y estoy de broma. Es solo que me resulta difícil confiar en mí misma, estoy llena de dudas… Hace unas semanas estaba feliz con Sean. ¿Y si es solo una crisis? —Sabrina deja escapar un *ajá* escéptico. La miro, parpadeando—. Oye.

—Oye tú. Sabes que tengo razón. Estar con Sean es fácil, lo entiendo. Es un cactus y Elliot es una orquídea. También lo entiendo, pero…

—Pero ¿qué?

—Pero no lloriquees como si no tuvieras opción. —Hace una pausa y me mira dispuesta a atacar todavía con más fuerza—. Cuando piensas en besar a Elliot, ¿cómo te sientes? —Todo mi cuerpo estalla de calor, y sé que es evidente de inmediato en la expresión de mi cara. Sé cómo es besar a Elliot. Sé cómo gime cuando se corre. Sé que sus manos no son nada tímidas cuando está excitado. Sé cómo aprendió a tocar, a besar y a dar placer, porque aprendió conmigo. Sé lo fantástico que era, a pesar de que lo tuve durante muy poco tiempo—. Ni siquiera necesito que me respondas. —Se reclina en su asiento justo cuando llega la camarera para tomar nota.

Cuando se marcha, me vibra el móvil dentro del bolso y lo cojo, riendo. Es un mensaje de Elliot, con quien no he hablado desde el pícnic.

¿Ya le comentaste a Sean lo de la boda?

Me encantaría que vinieras conmigo.

Piénsalo como una oportunidad de hacer estudio de
mercado para la boda que no tienes ganas de planear.

Giro el móvil y le muestro la pantalla a Sabrina. Ella ríe, sacudiendo la cabeza de lado a lado.

—Intervención completada.



ANTES

SÁBADO, 14 DE ENERO
ONCE AÑOS ATRÁS

Elliot estaba tumbado en el suelo; cogió otro cojín esponjoso y se lo puso debajo de la cabeza. Eran casi las dos de la tarde, y mi padre y yo habíamos logrado llegar a la cabaña a pesar del traqueteo seco que surgía del motor del Volvo. Mientras mi padre y Nick intentaban solucionar el dichoso ruido del motor, Elliot y yo nos dedicamos a devorar sobras de pollo frío sentados en los escalones de la entrada. Cuando regresamos a la calidez de la casa, yo tenía más ganas de dormir una siesta que de leer un capítulo entero.

La voz de Elliot parecía más grave que el fin de semana anterior.

—¿Palabra favorita?

Cerré los ojos para pensar.

—*Insoportable.*

—Guau. —Elliot hizo una pausa y, cuando lo miré, vi que me observaba con curiosidad—. Vaya elección. ¿Ha pasado algo de lo que deba enterarme?

Me quité los zapatos con los talones, los lancé a una esquina del armario y casi le doy con uno a Elliot en la cabeza. Habíamos pasado la última hora juntos, pero estar de nuevo allí dentro, con las paredes azules, las estrellas y la calidez del cuerpo de Elliot cerca, hacía que mi interior se ablandase. Las cosas eran difíciles en el instituto casi desde el principio, pero este año se había vuelto horrible para ambos.

—Odio a las chicas. Las chicas son cotillas, malas y crueles —dije.

Elliot marcó la página del libro que estaba leyendo, lo cerró y lo dejó a su lado.

—Desarrolla.

—¿Te acuerdas de mi amiga Nikki? —dije—. Le gusta un tal Ravesh. Pues ese tal Ravesh me pidió que lo acompañara al baile de primavera y le dije que no, pero Nikki se enfadó conmigo, como si fuese mi culpa que Ravesh me invitara a mí en vez de a ella. Así que Nikki le dijo a nuestra amiga…

—Respira.

Inhalé profundo.

—Le dijo a nuestra amiga Elyse que yo le había dicho a la amiga de Ravesh, Astrid, que quería ir con Ravesh solo para que él me invitara y luego poder rechazarlo. Elyse se lo creyó y ahora ni Nikki o Elyse me hablan.

—Ni Nikki ni Elyse te hablan —corrigió, y luego, ante mi mirada fulminante, pidió disculpas en voz baja antes de añadir—: Elyse o Nikki son unas perras. —Me reí con todas mis fuerzas. Todo parecía tan fácil en el armario. ¿Por qué no podía ser siempre así? Él se rascó la mandíbula, observándome—. Deberías llevarme a mí al baile de primavera.

—¿Irías? Odias esas cosas.

Elliot asintió y se relamió los labios, lo que me distrajo.

—Claro que iría.

—Todo el mundo se muere por conocerte. —Era incapaz de apartar la vista de su boca, de imaginarme saboreándola.

—Bueno, es unilateral. Yo no quiero conocer a todo el mundo. —Me sonrió—. Pero sí quiero verte vestida con algo que no sea un pijama, unos vaqueros o unos pantalones cortos.

—¿En serio me acompañarías al baile de primavera?

Él inclinó la cabeza, con el ceño fruncido.

—¿Es tan difícil aceptar que quiero ser la única persona a la que te plantees llevar a ese estúpido baile?

—¿Por qué?

—Porque eres mi mejor amiga, Macy, y a pesar de tu reticencia ridícula…

—Buena aliteración.

—…. eres la chica a la que quiero. Quiero que estemos juntos.

Mi estómago dio vueltas con entusiasmo y ansiedad.

—Besas a otras chicas.

—Rara vez.

—Mmm, mentira.

—Obviamente no lo haría si pudiera besarte a ti.

Suspiré, me mordí el labio, moví los dedos de las manos, nerviosa.

—¿Por qué no todos pueden ser como tú?

—Te olvidarías del resto si estuvieras conmigo.

Le sonreí con suavidad, reprimiendo mis ganas de acercarme a su cuerpo. Era cada vez más y más difícil ignorar que quería a Elliot profundamente, de verdad.

—¿Cuál es tu palabra favorita? —le pregunté.

Él se mordió el labio inferior un instante, mientras pensaba.

—*Provocar* —dijo en voz baja.



AHORA

MIÉRCOLES, 8 DE NOVIEMBRE

Después de ese mensaje durante la comida con Sabrina, las cosas con Elliot van rápido y empezamos a hacer algo nuevo: hablar a diario. A veces, es solo un mensaje, pero siento su presencia casi constantemente, y, sin importar cuánto quiera o no involucrarme más, sé que el alivio que siento es gracias a él.

Quizás por ese motivo, las cosas con Sean se han puesto un poco… raras, por decirlo sutilmente. No hemos tenido ni una discusión. No hemos tenido ni una charla sobre lo que estamos haciendo. Cuando me los encuentro despiertos de casualidad, Phoebe parece contenta de verme, Sean parece contento de verme. Estoy segura de que, si nuestra gran boda fuese mañana, Sean asistiría sin pensárselo. Estoy segura de que, si la pospongo hasta dentro de un año, Sean tampoco pensaría mucho en por qué ni me haría preguntas.

También estoy segura de que podría desaparecer y él ni se inmutaría.

Es la relación más extraña de mi vida, y, sin embargo, es todo tan fácil. Mierda, qué dilema. Sean no me exige nada, no exige ni siquiera que mi corazón participe en esto, y sé, sin duda, que él no me necesita. Podríamos tener una relación que nos aporte buen sexo a los dos, estabilidad financiera, un techo sobre nuestras cabezas y conversación entretenida durante la cena, y, a su vez, tener vidas completamente separadas.

Pero las verdades importantes (que no estamos enamorados, que nunca lo hemos estado y que la ausencia de amor me perturba) no parecen llegar en revelaciones dosificadas. Aparecen de pronto, en blanco y negro y gritando «la relación se ha acabado hace ya rato» cada vez que sonreímos con cortesía en el baño al compartir el lavabo.

Me tiene harta. Estoy desesperada por encontrar la mejor escapatoria. Por desgracia, me preocupa que la reacción principal de Sean sea la decepción. Soy tan conveniente como amante para él como él lo es para mí; pero, en su caso, él tal vez no necesite nada más: ya tiene al amor de su vida, su hija de seis años.

Para empezar, quizás debería asegurarme de que puedo costearme mi vida en la ciudad yo sola. Así que me cojo un día de vacaciones y conduzco hasta El Cerrito para hacer algo que llevo meses posponiendo: reunirme con mi asesora financiera. Daisy Milligan es la antigua as de las finanzas de mi padre, y yo sigo confiándole mi

capital más por nostalgia y pereza que por cualquier conocimiento particular sobre su talento.

Dicho esto, aunque ella está cerca de los setenta años, apenas necesita revisar mi archivo mientras me explica mis circunstancias financieras: tengo lo suficiente para cubrir los gastos de reparación de la casa y los impuestos, pero no mucho más. Me aconseja que venda una de mis casas porque necesito más un plan de ahorros para mi jubilación que dos propiedades. No me atrevo a mencionar que estoy viviendo en San Francisco y que ni siquiera gano dinero alquilando la casa de Berkeley.

Odio hablar sobre dinero. Odio aún más ver el desastre financiero que tengo montado. Y, cuando Elliot me escribe preguntándome qué tal me ha ido el día, me siento nerviosa e intranquila, y le digo que estoy en su lado de la bahía… porque vernos y calmar mi ansiedad me parece la única opción lógica.

Él me dice que vayamos a Fatapple, en Berkeley, sin saber lo cerca que queda de mi casa. Así que, para evitar tentaciones, le digo que quedemos en la cima de las colinas de Berkeley, en el parque Tilden, en la entrada del sendero Wildcat Creek.

Llego antes que él y, cuando me bajo del coche, me levanto el cuello del abrigo para combatir el viento. La niebla rueda por las colinas, parece que el horizonte gris se hunde en el valle.

Me encanta este lugar, tengo tantos recuerdos aquí con mi madre… Cabalgábamos en ponis, alimentábamos a las vacas. Mi padre y yo también veníamos casi cada fin de semana después de la muerte de mi madre para alimentar a los patos del estanque. Nos sentábamos en silencio y lanzábamos trozos de pan al agua mientras los patos graznaban y competían por devorarlos.

La nostalgia de Tilden parece mezclarse con la nostalgia de Elliot y forman una combinación potente en mi sangre, una que me desgarra. Aunque él y yo nunca hemos estado aquí juntos, siento que lo estuvimos. Siento que él es parte de mi núcleo, que está entrelazado con mi ADN.

Así que, al verlo aparecer bajo la niebla del aparcamiento y avanzar hacia mí con sus pasos largos y sus vaqueros negros ajustados, mi ansiedad… se evapora.

En una epifanía repentina, me doy cuenta de que Sabrina tenía razón: sé que puedo sobrevivir sin él, pero no vivir.

Quiero compartir esta vida con él de alguna manera. Solo que… no tengo ni idea de cómo.

Él parece leer mi estado de ánimo al tomar asiento en el banco junto a mí y deslizar su brazo sobre el respaldo.

—Oye, ¿estás bien?

El impulso de abrazarlo es casi devastador.

—Sí, he tenido un día largo.

Él sonríe mientras extiende la mano y la entrelaza con el pelo de mi coleta.

—Y no es ni mediodía.

—Me he reunido con la asesora financiera de mi padre.

Con la otra mano, se rasca la ceja.

—¿Sí? ¿Y cómo ha ido?

—Quiere que venda una de las casas.

Elliot se queda en silencio, digiriendo la información.

—¿Y cómo te sientes al respecto?

—No muy bien. —Lo miro—. Pero sé que tiene razón. No vivo en ninguna de las dos casas, pero tampoco quiero deshacerme de ellas.

—Ambas contienen muchos recuerdos. Buenos y malos.

Como siempre, él da en la diana sin tener que esforzarse siquiera. Incluso la primera vez que me preguntó sobre mi madre fue firme y empático.

Lo miro al fin. Estamos tan cerca y, aunque estemos en un parque público, no hay nadie a nuestro alrededor y todo parece muy íntimo. Hoy sus ojos son más verdes que castaños y tiene un poco de barba incipiente, como si no se hubiera afeitado por la mañana. Me pongo las manos entre las rodillas para evitar tocar su mandíbula marcada.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Elliot posa un instante la mirada sobre mi boca y luego sube a mis ojos.

—Siempre.

—¿Crees que reprimo las emociones?

Elliot endereza la espalda y mira a su alrededor como si necesitara un testigo.

—¿Me lo preguntas en serio?

Lo empujo de broma y él finge que le he hecho daño.

—Sabrina me dijo que tengo la mala costumbre de mantener distancia con la gente.

—Bueno —dice, seleccionando sus palabras con cautela—, siempre te abriste conmigo, pero tengo la sensación de que no lo haces con nadie más. Así que quizás sea verdad. —Un coche pasa cerca de nosotros y su motor diésel resuena fuerte en todo el parque, lo que llama nuestra atención un instante y hace que nos centremos en el terreno verdoso. Los ruidos sutiles de la vida silvestre llegan desde el final del sendero de gravilla. Como no respondo, él continúa—: Quizás yo no soy imparcial debido a nuestras circunstancias actuales, pero

siento que quizás no sueles… hablar sobre cómo te sientes. Y, tal vez estoy metiéndome donde no me llaman, pero tengo la sensación de que Sean también es así.

Decido ignorar esa parte, quiero evitar hablar con Elliot sobre Sean. Creo que ya sé qué debo hacer, pero necesito hablar con Sean primero.

—Solía abrirme más con mi padre —digo, evadiendo el asunto como una profesional—. Quizás no como contigo, pero charlábamos sobre la escuela. Con mi madre también hablaba mucho.

—Sí, pero nos estamos refiriendo al presente —dice—. Siempre fuiste bastante reservada, pero ¿tienes a alguien con quien hablar? ¿Alguien que no sea Sabrina?

—Te tengo a ti. —Después de un segundo incómodo, añado—: Es decir… ahora te tengo. —Otra pausa—. De nuevo.

Elliot adopta una expresión seria y recoge una ramita del suelo antes de apoyar los codos sobre las rodillas y hacerla girar en la mano. Está nervioso.

Ya sé lo que vendrá a continuación.

—¿Macy? —Elliot me mira por encima del hombro—. ¿Quieres a Sean? —Sabía lo que vendría, sí, pero el peso de su pregunta hace que se me caiga el alma a los pies—. Te he visto enamorada —dice con calma, sin ponerse de pie—. Y no parece que estés enamorada de él. —No respondo, pero, de todos modos, él ya sabe la respuesta—. No lo entiendo —gruñe—. ¿Por qué estás con él?

Me fijo en su expresión, con el ceño fruncido y la boca tensa por la emoción. Respiro un par de veces antes de ordenar las palabras de un modo que no sea demasiado melodramático.

—Porque tenemos un acuerdo cómodo para las personas que son un desastre emocionalmente —digo—. Algo que supongo que era tácito hasta hace poco: cada uno comparte solo una fracción de sí mismo. Perderlo a él nunca me destruiría. —Sacudo la cabeza y me miro el zapato mientras lo hundo en la tierra. Siento que la epifanía sobre una vida plena y compartida empieza a desaparecer cuando Elliot despierta mi instinto de autopreservación. Odio que Sabrina tenga razón. Odio que esconderme en mi caparazón sea mi primer reflejo—. Me doy cuenta de que suena muy cobarde, pero creo que no podría soportar perder de nuevo a alguien a quien quiero.

—Dolió mucho —dice con calma, afirmándolo—. Lo que hice. ¿Cuándo vamos a hablar?

—No te perdí solo a ti —le recuerdo.

Me detengo, necesito un segundo para respirar. Los recuerdos de la última vez que vi a Elliot solían causarme malestar físico. Ahora, solo

me causan náuseas.

Veo que él también intenta asimilarlo. Me mira a los ojos, les da vueltas a las palabras en su mente y las inspecciona desde ángulos diferentes, como si supiera que está pasando algo por alto.

O quizás solo estoy paranoica.

—¿Cuál es su historia? —pregunta.

—¿La de Sean?

Elliot asiente y coge otra ramita.

—¿Estuvo casado?

—Sí. Ella trabajaba en la banca y se volvió adicta a la cocaína en un viaje de trabajo.

Elliot levanta la cabeza, con expresión atónita.

—¿En serio?

—Sí. Un horror, ¿verdad? —Miro detrás de él, hacia el aparcamiento—. Por eso es él quien tiene a su hija. Y también es él quien nunca superó a Ashley, su exmujer. Ha sido… muy fácil para los dos caer en algo permanente sin necesitarnos mutuamente.

Elliot inclina el torso hacia delante.

—Macy.

—Elliot.

—¿No cortas con él por Phoebe?

Lo miro fijamente, confundida.

—¿Qué?

—Phoebe.

—Ya te he oído. Es solo que no entiendo por qué… Oh… —Al fin entiendo lo que quiere decir—. No.

—No sé, es una niña sin su madre… —Lo dice como si el motivo por el que sigo con él fuera obvio y desde fuera comprendo por qué puede pensar eso. Pero él no los conoce.

—Ella no me necesita —le garantizo—. Tiene un padre maravilloso que siempre está presente. Yo soy como… —Sacudo la mano, insegura—. Un accesorio. Y, si te soy sincera, no tengo ni idea de cómo ser una madre, así que menos mal que ella no parece necesitar nada de mí.

Elliot gruñe un poco, mira la ramita y empieza a destrozarla despacio, metódicamente.

—Está bien.

Lo fulmino con la mirada.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Quiere decir que está bien.

—No puedes pensar tanto tiempo para decirme solo «está bien». Es un «está bien» condescendiente.

Él se ríe y lanza la ramita al suelo antes de mirarme.

—Está bien.

Elliot me reta. Quiere que me involucre, lo noto.

—Mierda. —Me doy la vuelta y miro el colegio y las nubes grises que lo cubren.

—Tal vez necesitará una madre cuando le venga la regla —dice con calma—. O cuando sus amigas se comporten como idiotas.

—Quizás tenga un amigo en un armario que la escuche en vez de una madre —replico, y vuelvo a mirarlo con desconfianza—. ¿Por qué siento que intentas persuadirme para que me quede con Sean? ¿Estás usando la psicología inversa conmigo?

Mientras sonríe, cede.

—Venga, hablemos de otra cosa. ¿Palabra favorita?

El calor me cubre la piel. Estoy tan poco preparada para esto que mi mente se queda en blanco y, de pronto, no hay palabras, en ninguna parte.

—Necesitaría pensarla… ¿La tuya?

Su risa brota como un rugido grave.

—*Melifluo.*

Frunzo la nariz.

—Vaya palabra más complicada.

—Sin duda lo es, señorita —gruñe con un tono irónico. Le lanzo una piedrecita—. Tu voz es meliflua —susurra mientras se pone de pie —. Es tu turno. No puedes pensártelo tanto, tramposa. Ya conoces las reglas.

Noto que sus labios se abren mientras mira mi boca. Veo su lengua asomarse.

—*Limerencia.*

No hay otra palabra igual: *estado mental involuntario resultado de una atracción romántica por parte de una persona hacia otra.*

Elliot fija su mirada en la mía, sus pupilas dilatadas parecen tinta en un estanque.

—Eres horrible.

—Intento no serlo.

Él señala el sendero con el mentón, instándome a seguirlo. Recorremos el camino y no puedo evitar recordar mis paseos junto a mis padres. Esos recuerdos son ya tan lejanos que parecen parte de otra vida, y, además, hacen que se me erice el vello como si hubiesen ocurrido hace solo dos semanas. Despacio, nuestros pasos van despertando el crujido de la gravilla moviéndose bajo nuestros pies. Él ha acortado sus pasos para igualarlos con los míos.

—¿Eres feliz? —le pregunto.

Mi intervención abrupta hace que se detenga un poco, pero al

momento sigue caminando.

—He tenido momentos felices, sí. —No me gusta la respuesta. Quiero que esté contento, que sea querido, adorado, que esté lleno de todo, todo el tiempo—. Tengo que admitir que me siento más feliz cuando estoy contigo —añade. Es embriagador saber que tengo el poder de causar eso—. ¿Tú eres feliz? —pregunta.

—No lo he sido —le digo, y siento su mirada sobre mí—. Y estar de nuevo cerca de ti ha hecho que me diera cuenta. —Nos detenemos en un puente diminuto y resbaladizo en medio del bosque, mirándonos—. Me haces sentir tantas cosas —admito en un susurro.

Él extiende la mano y vuelve a tocar mi coleta.

—Tú a mí también. Siempre ha sido así. —Mueve la mano para acariciarme el pelo y murmura—: Por cierto, no estaba tratando de convencerte de que no dejes a Sean. Solo creo que estás siendo demasiado dura contigo misma.

Entrecierro los ojos con escepticismo.

—¿Yo?

—Creo que estás castigándote por estar con Sean —dice, asintiendo —. Por esa razón te he preguntado por Phoebe y…

—¿Ashley?

—Sí. Ashley. —Empuja las gafas con la punta del dedo índice y observa los árboles frondosos—. Actúas como si estuvieras con él porque es fácil. Pero, en cierto modo, en este escenario es como si él fuera tu padre y tú la mujer que llegó después de tu madre. Sean ya no tiene tanto para dar, pero tú entiendes el motivo. Después de todo, no querrías intentar reemplazar a nadie.

Lo miro, atónita. En pocas oraciones, Elliot acaba de explicar por qué tiene sentido para mí estar con Sean, demostrando al mismo tiempo que él, Elliot, es la única persona que realmente entiende algo esencial sobre mí. Ni siquiera yo había visto esta realidad hasta ahora.

—¿Por qué eres tan bueno conmigo después de todo lo que pasó?

Elliot inclina la cabeza a un lado mientras me observa. Por supuesto que él no lo considera extraño desde su perspectiva. Él solo conoce su traición, no la mía.

—¿Porque te quiero?

La emoción me aprieta la garganta y debo tragar un par de veces para pronunciar las palabras.

—Creo que no había notado lo anestesiada que he estado. O quizás tampoco me he molestado en hacerlo.

Veo el modo en que esto le afecta físicamente.

—Mace…

Río con pesadumbre ante lo terrible que suena.

—Es un horror, ¿no?

Él avanza de modo abrupto y me aplasta contra su pecho. Coloca una mano en mi nuca, la otra envuelve mis hombros, y siento que llevo diez años sin llorar de verdad.



ANTES

SÁBADO, 3 DE JUNIO
ONCE AÑOS ATRÁS

Mi padre y yo metemos nuestras vidas en cajas para pasar un verano en Healdsburg. Los nervios que me carcomían se alojaron en mi estómago. Todo parecía diferente este verano: habíamos terminado nuestro penúltimo año de instituto y estábamos a punto de empezar el último. Todo se había vuelto más interesante, los dramas con los amigos parecían haberse atenuado. Y aunque Elliot y yo no habíamos ido juntos a mi baile de primavera (de hecho, yo ni siquiera fui), el verano siempre parecía el momento en el que las cosas entre los dos cambiaban de manera colosal.

Yo tenía diecisiete años. Elliot tenía casi dieciocho. El verano pasado, nos habíamos besado. Habíamos admitido nuestros sentimientos. Y desde entonces, él me había mirado de forma diferente, más como algo que devorar que algo que proteger. Por mucho que intentara pensar que podíamos seguir siendo la clase de amigos que siempre habíamos sido, sabía que yo también quería más. Él ya era una de las dos personas más importantes de mi vida. En vez de preocuparme por perderlo, debía concentrarme en cómo conservarlo.

Estaba sumergida entre los cojines de la esquina cuando él entró a la habitación el sábado, después de nuestra llegada.

—Hola —dijo.

Al oír su voz, me incorporé de un salto, corrí hacia él y le rodeé el cuello con los brazos. Era un abrazo diferente: en vez de crear el abrazo triangular que siempre nos habíamos dado, presioné toda la parte frontal de mi cuerpo contra él: mi pecho, mi estómago, mi cadera. Por supuesto que sabía que él era el mismo Elliot de hacía unas semanas, de la última vez que habíamos ido a la cabaña, pero después de mi obsesión nerviosa sobre cómo sería el verano, de pronto, no me sentía la Macy de siempre.

Se paralizó un instante y luego reaccionó con un gruñido de alivio ínfimo y perfecto. Inclinado, me rodeó los sus brazos y exhaló un «hola» en voz baja sobre mi coronilla.

Durante un par de respiraciones, todo se detuvo, y mi mundo entero era la sensación del corazón de Elliot latiendo sobre el mío, y el modo en que su mano se deslizaba sobre mi cintura.

—Estoy tan entusiasmada por este verano —dije sobre su cuello.

Él retrocedió, aún sonriendo.

—Yo también. —Ahí estaba otra vez: el silencio lleno de expectativa entre los dos. Y luego, él lo rompió al mostrarme dos libros—.Te he traído algo para leer.

—¿Algo para nuestra biblioteca?

Él soltó una risa breve.

—En realidad, no. Aunque tal vez no querrás dejarlos fuera.

Sus palabras me confundieron hasta que vi las cubiertas: *Delta de Venus*, de Anaïs Nin, y *Trópico de Cáncer*, de Henry Miller.

Era lo bastante friki como para saber que esos no eran libros que podría encontrar en la biblioteca de mi instituto.

—¿Qué son? —pregunté, buscando confirmación.

Él se encogió de hombros.

—Literatura erótica.

—¿Cuándo los compraste?

—Hace un par de años. Pero me los leí en enero. —Tragué con dificultad. Después de mi revelación de que las cosas sin duda estaban cambiando entre Elliot y yo, esos libros parecían rocas ardientes en mis manos. Elliot se desplomó sobre el sillón—. Tenías curiosidad sobre los chicos y el sexo, así que pensé que quizás querrías leerlos.

Sentí calor en la cara y le devolví los libros, evitando su mirada.

—Ay, no hacía falta.

Estaba lista para dar un paso más. Pero pensar en sexo y en Elliot me causó mareos.

—¿No hacía falta? —preguntó con incredulidad.

—No sé si me gustarán. —Mi voz sonaba rara; la mentira no quería salir de mi boca.

Él sonrió con picardía.

—Está bien. De todos modos, yo ya me los he leído. Así que, si no te molesta, los dejaré aquí.



Había pasado una semana desde el inicio de las vacaciones cuando cedí. Los lomos sosos de los libros me habían estado mirando, desafiantes. Los había guardado en un estante, entre *La guía del autoestopista galáctico* y *Zen y el arte del mantenimiento de la motocicleta*: en otras palabras, en el territorio de Elliot, como una indicación de que podía llevárselos a casa si quería.

Tenía curiosidad. Quería echarles un vistazo. Pero con Elliot allí cada día, rascándose el estómago sin pensar o cruzando las piernas sobre los tobillos, lo que definía y enfatizaba lo que había debajo de los botones de sus vaqueros… no estaba segura de que lo que

necesitara fuera más erótica.

Pero *Delta de Venus* fue el primero. Lo empecé una mañana, horas antes de que Elliot apareciera.

Pero, como siempre, él parecía saber justo lo que estaba haciendo.

—Uh. ¿Qué estás leyendo? —preguntó desde la puerta. La tenue luz diurna iluminaba mi habitación.

Ignoré el calor creciente en mis mejillas y miré la cubierta como si necesitara recordarlo.

—Oh. Uno de los libros que me trajiste.

—Ah —dijo, y oí la sonrisa de satisfacción en su voz—. Veo que has madrugado. ¿Cuál de los dos? —Sin estar dispuesta a decir el nombre, simplemente levanté el libro y lo sacudí ante él, haciendo un esfuerzo por parecer relajada, aunque sabía que mi cara estaba teñida de rojo ardiente y vivaz—. ¿Puedo meterme contigo en el armario?

—Como quieras. —Rodé sobre mi estómago y continué leyendo.

Guau.

Las palabras podían delatarme, no quería que él pudiese acceder a la privacidad de mis pensamientos. Siempre había pensado en cosas sexuales de maneras muy abstractas, no con palabras, sino con imágenes. Y me di cuenta mientras leía el libro… que siempre me imaginaba a Elliot. Lo imaginaba acercándose y tocándome, lo que podría decir o cómo sería. Pero nunca lo había pensado en palabras como *temblando, atormentado por el deseo* y *lo absorbió hasta que él acabó*.

Lo sentía observándome, pero hice un esfuerzo por mantener una expresión neutral.

—Mmm… —dije, pensativa—. Interesante.

Elliot exhaló una risa.

—¿Qué acabas de leer? —preguntó un rato después, con voz burlona—. Parece que se te van a salir los ojos.

—Es literatura erótica —dije, encogiéndome de hombros—. Estoy leyendo, sin duda, algo erótico.

—Comparte.

—No.

—Sí.

—Olvídalo.

—Si te da vergüenza, no lo hagas —dijo él, mirando su libro—. No te presionaré.

Me avergonzaba demasiado. Pero, al mismo tiempo, me entusiasmaba y me enfadaba. Era sexual, pero muy impersonal. Quería añadirle más sentimiento. Sus manos se convirtieron en las de Elliot. Las de ella se convirtieron en las mías. Imaginé una emoción

que no estaba en la página. Me pregunté si para Elliot feu igual cuando lo leyó, si notó lo… lejano que parecía todo.

Inhalé de forma temblorosa y leí:

—Así nació Venus del mar, con aquella pizca de miel salada en ella, que solo las caricias pueden hacer manar de los escondidos recovecos de su cuerpo.

Elliot miraba su libro, con las cejas fruncidas mientras asentía con sabiduría. Su voz sonaba un poco ronca:

—Es una buena frase.

—¿Una buena frase? —repetí, incrédula—. Es…

De hecho, no sabía cómo concluir la oración. Era un nivel de pensamiento que no tenía la capacidad de expresar o de experimentar para articularlo, pero algo parecía familiar, un sentido ancestral.

—Lo sé —murmuró—. ¿Te gusta el resto del libro?

—Está bien. —Hojeé algunas páginas—. Es un poco impersonal y… algunas de las historias son tristes. —Elliot rio y lo miré boquiabierta —. ¿Qué? —pregunté.

—¿Has leído el prólogo, Macy?

Fruncí el ceño.

—¿Quién lee el prólogo de un libro erótico?

Él rio otra vez y sacudió la cabeza.

—No, deberías leerlo. Un hombre rico encargó la escritura de las historias. Él quería solo sexo. Nada de sentimiento, nada de emoción.

—Oh —dije, mirando el libro, que de pronto tenía mucho más sentido—. Sí, no. No me gusta. Así no. —Elliot asintió, hundiéndose más en el puf—. Tú lo has leído, ¿no? —Él tarareó un ruido afirmativo —. ¿Te gustó?

—Creo que tuve la misma reacción que tú. —Con un gruñido diminuto, extendió las piernas y colocó las manos detrás de la cabeza. No me fijé en los botones de su pantalón. No miré dos veces—. Es *sexy*, pero también es distante.

—¿Por qué lo leíste?

—¿Por qué? —repitió con incredulidad mientras levantaba la cabeza para mirarme—. No lo sé. ¿Porque me encanta leer? Me encanta que podamos usar palabras para persuadir, enfurecer o entretener a alguien. Pero también se usan para… —se encogió de hombros, un poco ruborizado—… excitar. —Miré el libro, sin saber qué más decir—. Llevo sin verte desde abril. ¿Qué tal fue el baile de primavera?

—Nikki fue con Ravesh —respondí, riendo.

—Por supuesto. El drama siempre termina de la manera más tonta posible. Pero me refería a qué pasó contigo.

—Oh. —Solté el libro y empecé a morderme una uña—. Nada, me quedé en casa.

Sentía que él me observaba; se incorporó sobre un codo.

—Hubiera ido contigo, ya lo sabes.

Mirándolo, intenté mostrarle con los ojos que no había querido ir.

—Lo sé.

—¿No quieres que conozca a tus amigos? —preguntó, y su tono era simpático, pero había un tinte distante de preocupación sincera.

Rápido, sacudí la cabeza.

—No es eso. —Miré a Elliot, miré su cara, que ahora tenía proporciones casi perfectas: ojos expresivos, boca carnosa, mandíbula marcada—. Bueno, creo que, en parte, es eso. Quiero que los conozcas, pero no quiero que ellos te conozcan.

Él frunció la nariz.

—¿Perdón?

—Es decir —respondí, queriendo disipar la ofensa—, en ese momento no confiaba mucho en Nikki y Elyse, y me dio la sensación de que, si ellas te conocían, quizás coquetearían contigo, sobre todo en el baile, y me hubiera puesto hecha una furia.

Él levantó las cejas al entenderlo.

—Oh.

—Además… —Bajé la vista; era más fácil decir esas cosas sin establecer contacto visual—. Esto es como nuestra burbuja. —Señalé la habitación en general—. Y cuando conocí a Emma, eso cambió para mí. Antes, ella era solo un nombre, y podía fingir que no pasabas más tiempo con ella que conmigo cada semana.

—Pero no es así, Mace…

—Solo es un ejemplo —expliqué, alzando la vista—. No estaba segura de que quisieras ponerle cara a los nombres con los que paso tiempo.

Cierta claridad apareció en su expresión.

—Vale. Creo que lo entiendo. —Creo que lo entendió—. Hay un chico al que le gustas.

Asentí.

—Sí.

—Hay chicos a los que les gustas. Y estaban en el baile. Y tú y yo somos una no pareja rara y no sabías cómo… —Dejó flotar las palabras antes de decir—: No querías que me sintiera como alguien ajeno a tu vida.

Me siento sobre las piernas en el sillón.

—Sí. Creo que hubiera sido raro. No eres alguien ajeno para mí, eres mi todo. Pero en ese momento, quizás no lo hubieras visto así o

no me hubieras creído. —Levanté la vista hacia él y añadí rápido—: Solo… hablo por mi experiencia con lo de Emma.

—Está bien —susurró.

—Quiero que estés en toda mi vida —dije con cautela, pisando con un dedo del pie el paisaje vasto de poder tener algo más—. Pienso todo el tiempo en que mi verdadero miedo no son las demás chicas. Es perderte. Me atemoriza que no estés en mi vida.

Su mirada se vuelve tensa; su voz, respetuosa.

—Eso no pasará.

—Y si empezamos a… y sale mal… —Tuve que tragar un par de veces después de decirlo para controlar la tormenta que se desencadenaba en mi interior ante esa idea—. No sé. Creo que el baile no era el mejor lugar para hacerlo. Para llevar esta vida a esa. Hubiera sido demasiado repentino.

—Lo entiendo. —Se puso de pie, caminó hasta el sofá y tomó asiento a mi lado—. Ya te lo he dicho más veces, Mace. Quiero ser tu novio.

Extendió la mano y me persuadió para que fuese hacia él, hasta que apoyé mi cuerpo en el suyo, y al final recosté mi cabeza en su regazo. Él cogió su libro y yo el mío, y escuché el ritmo constante de su respiración.

—¿Sabes qué? —pregunté, mirando el techo mientras él acariciaba despacio mi pelo con una mano una y otra vez—. Estos libros fueron el regalo perfecto.

—¿En qué sentido?

—El número cuarenta y siete en la lista de mi madre pone que no debo tener sexo hasta que pueda hablar sobre sexo.

Debajo de mí, Elliot permaneció muy quieto.

—¿Sí?

—Creo que es un buen consejo. O sea, si no puedes hablar de ello, no deberías hacerlo.

Una risa diminuta y nerviosa brotó de él.

—¿Quieres que hablemos sobre sexo hoy?

Riendo, le pegué despacio en el muslo y él fingió dolor.

Yo también quería que él fuese mi novio. Pero sabía, incluso en ese momento, que necesitaba dar pasos pequeños. Necesitaba una transición lenta. No quería acelerar y perderlo.



AHORA

MIÉRCOLES, 8 DE NOVIEMBRE

Sean está en el sofá, esperándome, cuando vuelvo. Excepto por mi paseo con Elliot, he tenido un día horrible. Pero aun sabiendo lo que debía hacer para evitarlo, fui a trabajar sobre de las tres de la tarde: una decisión terrible. Tuve que dar dos diagnósticos terminales y detener la quimio de un tercer caso porque la niña no podía tolerar otra dosis (aunque su cáncer sí). Estoy en un lugar mental en el que sé que lo estoy haciendo bien, pero no me siento así, y ver a Sean en el sofá intensifica mi autoflagelación.

—Hola, cariño. —Le da una palmadita al sofá para que me siente a su lado. Me acerco y me desplomo. No sobre él, tampoco en una posición romántica. Primero, tengo el uniforme puesto y quiero una ducha. Segundo, es raro tirarme encima de él. Hay un campo de fuerza invisible que me repele. Como si me leyera la mente, Sean dice —: Creo que tenemos que hablar.

—Sí, es probable.

Me agarra la mano izquierda con ambas manos y me masajea la palma con los pulgares. El tacto me distrae porque es muy suave y me recuerda todas las demás distracciones maravillosas que Sean puede proporcionarme con el resto de su cuerpo.

—Estoy bastante seguro de que no eres feliz —dice.

Me giro y lo miro. Tardo unos segundos en focalizarme en su rostro porque está muy cerca, y yo estoy muy cansada, pero, cuando logro enfocarme, veo cuánto le está afectando todo esto. Que él no haya hablado al respecto no significa que no haya pensado en ello.

Sean y yo somos exactamente iguales.

—¿Tú lo eres? —pregunto.

Sube un hombro y admite:

—La verdad, no.

—¿Puedo preguntarte algo?

Su sonrisa es genuina.

—Claro, cariño.

Su respuesta no cambiará lo que siento, pero necesito saberlo.

—¿Me quieres?

Su sonrisa desaparece y observa mi expresión durante unos segundos.

—¿Qué?

—¿Me quieres? —repito—. En serio. —Noto que se lo toma en

serio. Y noto también que no está tan sorprendido de que se lo haya preguntado en comparación con la sorpresa que le genera su propia respuesta instintiva—. Está bien —digo con calma—. Simplemente responde.

—Creo que necesito una palabra entre *querer* y *amar*, una que signifique…

—Le tengo mucho cariño —digo con una sonrisa.

Terminar una relación nunca había sido más sencillo. Ni siquiera ha llegado la tormenta, no hay mala mar. Supongo que no hemos estado juntos lo suficiente como para romper de verdad.

—¿Tú me quieres? —pregunta con el ceño fruncido.

—No lo sé.

—Lo que significa que no —dice, sonriendo.

—Te quiero… como un amigo —digo—. Quiero a Phoebs. Quiero lo fácil que es esto y lo poco que requiere de mí en este momento. —Él asiente. Lo entiende—. Pero ¿me imagino así —nos señalo a los dos— durante el resto de mi vida? —pregunto, besándole la frente—. Es un poco deprimente. Siento que ambos nos hemos metido por el camino menos escarpado.

—¿Acaso el camino menos escarpado para ti no es el tuyo con Elliot? —pregunta.

Me paralizo y pienso en la mejor respuesta posible. En cierto modo, sí, claro, dejarme caer en la cama de Elliot sería la ruta más fácil, y Sean lo sabe. No hay motivos para no ser sincera.

Pero parte de mí cree que Elliot y yo siempre estuvimos destinados a ser mejores amigos. Me daba mucho miedo dar el siguiente paso con él cuando éramos adolescentes y, en cuanto lo hicimos, todo se desmoronó.

—Elliot y yo tuvimos una historia juntos —digo con cautela—. No es una historia mala. Pero él la cagó. Y yo la cagué. Y nunca hemos hablado de ello.

—¿Por qué no?

Dios. La pregunta más simple y obvia, y la más difícil de responder.

—Porque… —empiezo—. Porque, no sé… Esa época de mi vida fue muy difícil y tomé algunas malas decisiones que no sé bien cómo justificar. Además, parece que estoy casi muerta por dentro y no se me da bien expresar mis sentimientos.

Él endereza la espalda y me mira con sinceridad.

—¿Sabes qué? Si Ashley volviera a casa y estuviera limpia y me dijera: «Sean, tomé malas decisiones y no sé cómo justificarlas», creo que sería suficiente.

—¿En serio? —pregunto.

Él asiente.

—La echo de menos.

Lo abrazo fuerte contra mi pecho. Creo que Sean nunca ha llorado que Ashley los abandonase a él y a su hija, o por la posibilidad bastante realista de que ella no vuelva nunca. O la posibilidad aún más horrible de que un día suene el timbre y sea ella pidiendo dinero.

O aún peor, que quien llame a la puerta sea un policía que le notifique a Sean que ella ha muerto.

—¿Seguirás siendo mi amigo? —pregunto.

—Sí —susurra, presionando la cara en mi cuello—. Sí, yo también te necesito como amiga.



Me mudo pocos días después. Solo debo hacer dos maletas y mudarme a unas seis manzanas. Por menos de setecientos dólares al mes, alquilo el cuarto extra de la casa de Nancy Easton, una médica de la unidad (su hija se acaba de ir a la universidad y su habitación está libre). Es algo temporal; no porque Nancy no me haya ofrecido que me quede por tiempo indefinido, sino porque siento que es así. Tengo una casa en Berkeley y podría venderla fácilmente y comprar otra en la ciudad, pero incluso pensar en ello me parece una traición. Podría alquilarle a alguien la casa y así pagarme el alquiler de un sitio para mí sola en la ciudad, pero eso implicaría que debo revolver entre todas las cosas de mis padres, y no estoy lista para eso.

—Estás hecha un lío —dice Elliot, al otro lado del teléfono, después de que le haya contado que no sé qué hacer con la casa de Berkeley.

Ni siquiera le he dicho que corté con Sean. Si Elliot supiera que Sean y yo hemos roto, vendría ahora mismo a la ciudad y me miraría a los ojos hasta que yo cediera y me acercara para besarlo. Sean era la única barrera. Era el amortiguador que me daba tiempo para pensar. Y ahora no quiero que Elliot me embelese y haga que me enamore otra vez de él, o que me presione para que tome una decisión. Necesito tiempo.

Oigo que algo se rompe de fondo y él murmura con frustración:

—Mierda.

—¿Qué ha pasado? —pregunto.

—Acabo de romper un cuenco que estaba en el fregadero. Debería fregar los platos.

—Deberías.

—¿Cómo está Sean? —pregunta.

El cambio de tema es tan abrupto que me coge por sorpresa.

—Bien —digo, y añado sin pensar—: Creo.



Siento que Elliot se paraliza al otro lado de la línea.

—¿Crees?

—Sí —afirmo, intentando zanjar el tema—. He estado ocupada.

—¿No será que me estás dando evasivas?

—No —digo, haciendo una mueca mientras busco la mejor verdad a medias. Miro mi nueva habitación, como si la respuesta correcta fuera a materializarse en la pared o algo así—. Es solo que no lo he visto demasiado estos últimos días.

—¿Qué vais a hacer el Día de Acción de Gracias? —pregunta—. Será el primero que paséis juntos, ¿no?

Mierda.

—Creo que trabajo.

—¿Crees? —pregunta de nuevo, y me da la sensación de que está comiendo—. ¿En el hospital no organizáis vuestros horarios con bastante antelación?

—Sí —digo, apretándome la frente con la mano; odio mentirle—. Iba a intercambiarlo con alguien para no trabajar en Navidad, pero no me he organizado todavía. No sé si estaré libre.

Elliot hace una pausa; quizás porque sabe que estoy mintiendo y está intentando descifrar por qué.

—Bueno, entonces, ¿tienes planes o no?

—Sean y Phoebe irán a casa de los padres de él. —Vacilo, conteniendo la respiración—. Yo no creo que vaya.

Espero que insista, pero no lo hace.

Solo carraspea y dice:

—Bueno, entonces lo pasarás conmigo. Será mejor que lave los platos.



ANTES

MIÉRCOLES, 12 DE JULIO
ONCE AÑOS ATRÁS

El verano en Healdsburg había pasado del zumbido húmedo y cálido de las abejas, los trinos de los pájaros y el brillo del sol, al crujido frágil de los arroyos secos y el calor insoportable. Mientras atravesábamos los días, parecía que también empezábamos a movernos más despacio. Ningún sitio era lo bastante fresco, excepto el río o el armario. Pero incluso nuestro santuario azul estrellado había empezado a parecer claustrofóbico. Elliot era tan alto que casi ocupaba el largo total del espacio. Y a sus casi dieciocho años, vibraba con intensidad sexual: me sentía llena de energía demasiado nerviosa intentando no tocarlo. Pasábamos las mañanas vagando por el bosque, y las tardes caminando por la calle o yendo en bicicleta a buscar helado al pueblo… Pero siempre acabábamos en el armario, recostados en el suelo, mirando las estrellas pintadas.

—El instituto empezará pronto —dije, mirándolo—. ¿Te apetece?

Elliot se encogió de hombros.

—Supongo.

—¿Te gustan tus clases en Santa Rosa?

Me miró con el ceño fruncido.

—¿Por qué me preguntas eso ahora?

Había estado pensando en ello. Pensaba en qué pasaría cuando empezasen las clases y nos fuésemos acercando más y más a la universidad. Pensaba en lo que haríamos cuando nos graduáramos, y si acabaríamos viviendo cerca el uno del otro.

O viviendo juntos.

—He estado pensando en ello, es todo —dije.

—Sí, supongo que me apetece que quede menos para acabar el instituto —respondió—. Y las clases en Santa Rosa están bien. Pero creo que preferiría haber decidido ir a la Universidad de California un par de días a la semana.

—¿Tenías esa opción? —pregunté, sorprendida. Él se encogió de hombros. La respuesta afirmativa era evidente—. ¿Irás al baile de fin de curso con Emma? —pregunté mientras dibujaba en mi cuaderno.

—Macy. ¿Qué? —Parecía desconcertado. Luego empezó a reírse con un respingo—. No.

—¿Qué?

—¿Quieres venir conmigo? —preguntó.

—¿Quieres que vaya al baile contigo?

—¿No? ¿Sí? Después de toda nuestra conversación sobre el modo correcto de fusionar nuestra vida de fin de semana con nuestra vida semanal, no sé cuál es la respuesta correcta —dijo con una mueca—. Pero si no vienes conmigo, es probable que no vaya.

—¿En serio? —pregunté con el corazón acelerado—. Porque no quiero ir y recibir miradas asesinas de todas esas chicas a las que les gustas, pero tampoco quiero que vayas y te observen sin que yo esté allí para fulminarlas con la mirada.

Él sacudió la cabeza, riendo.

—No son así.

—Entonces, ¿Emma ya no te manda correos todo el tiempo?

—La verdad es que no.

—Mientes.

—Te estoy diciendo la verdad. —Elliot me sostuvo la mirada con firmeza—. Ya le ha quedado claro que no me gusta.

Parpadeo, luciendo mis pestañas con coquetería.

—No estoy celosa. —En ese instante, su móvil vibró; él lo miró, leyó un mensaje y luego se lo guardó en el bolsillo. Parecía que se sentía muy culpable—. Era Emma —supuse.

—Sí. —Toqueteó un hilo inexistente en sus pantalones—. Es como si el universo quisiera que quedase como un mentiroso.

—¿Qué te decía?

—Nada interesante. —Se rio ante mi expresión escéptica—. Te juro que nunca me escribe.

—Si no es nada importante, ¿por qué no me lo lees?

Él me miró.

—Solo quería quedar conmigo un rato.

—¿Eso es todo?

—Sip.

—Bueno, entonces dame tu móvil. Le diré que estás ocupado.

Él sonrió con picardía.

—¿Incluirás la parte en la que actúas como una celosa empedernida?

Me recosté sobre mi espalda y cerré los ojos.

—Lo que tú digas.

—O podríamos sacar una foto de tus tetas y enviársela por mensaje «accidentalmente».

—Dios santo. Dame el móvil. —Intenté cogerlo, pero su larguísimo brazo lo mantenía con facilidad lejos de mí y acabé cayendo sobre él, con mis tetas sobre su cara. Él emitió un sonido amortiguado y se rio diciendo una serie ininteligible de palabras, hundiendo su cara contra

mi pecho. Grité, me incorporé con torpeza y lo empujé para alejarlo—. ¡Pervertido!

Elliot me agarró por la cintura mientras me incorporaba para tirarme de nuevo sobre su regazo. Luego me hizo cosquillas con sus dedos larguísimos, hundiéndolos en mis costillas.

Jadeé y reí a carcajadas, me retorcí mientras me hacía cosquillas, y él me acompañó con su risa sin soltar el brazo de alrededor de mi cintura hasta que rodó sobre mí.

Me sostuvo en esa posición con dulzura; su cadera encajaba perfectamente entre mis piernas.

Ambos nos paramos, sin aliento, mirándonos.

Yo tenía diecisiete años, pero nunca había sentido algo igual antes. Notaba su erección contra mí.

De pronto, la atmósfera cambió por completo.

Elliot me miró la boca y luego subió la vista hacia mis ojos. Yo quería decir algo, bromear sobre su erección, lo que fuera. Pero mi garganta estaba tensa, me ardían las mejillas.

Con un codo apoyado junto a mi cabeza, susurró un «lo siento» y comenzó a alejarse de mí.

Rodeé su muslo con mi pierna, impidiendo que se separase, y él clavó otra vez sus ojos en los míos.

—Quédate —susurré.

Mi subconsciente había hablado por mí, la verdad es que no quería que se levantara. Estaba obsesionada con lo que había debajo de los botones de sus vaqueros, y, más que eso, quería saber si… Bueno, quería saber qué podía pasar.

Lo oí tragar saliva.

—Vale.

Moví la cadera hacia arriba y vi cómo abría la boca y cerraba los ojos.

Elliot se movió hacía delante y hacia atrás, presionando la longitud solida de su cuerpo contra el mío, y repitió el movimiento una vez. Y otra más. Su respiración se aceleró, haciéndome cosquillas en el cuello, y luego su mano sujetó mi pierna y él contuvo el aliento. Después empezamos a movernos con ansias… juntos. Mi cuerpo era puro instinto, perseguía algo familiar que estaba muy cerca.

Madre mía, ¿qué estábamos haciendo?

Deslicé las manos por su espalda. Si pensaba demasiado, lo estropearía.

Era Elliot.

Era mi Elliot.

Lo agarré por la camisa, experimenté sensaciones de lo más

extrañas, como la de su peso sobre mí, y que quería besarlo, pero no quería apartar la atención ni siquiera un segundo de lo que crecía en mi interior… Y luego cortocircuité, preguntándome si estaba imaginándomelo todo o si estaba pasando de verdad.

Estábamos haciéndolo con la ropa puesta.

Él estaba tan callado… aunque supongo que yo también. Quería leerle el pensamiento.

Necesitaba más. Lo necesitaba a él. Nunca había sentido ese tipo de calor pesado, ni siquiera cuando pensaba en él a solas. Sentía una necesidad intensa en la parte baja del estómago. La calidez de su boca aterrizando en mi cuello provocó que emitiera un sonido indefenso e ínfimo. Él no succionaba o lamía, solo presionaba su boca contra mí, acercando su respiración a mi oído, de modo que podía oír su reacción en cada exhalación intensa.

Elliot emitió un gruñido grave y me apreté un poco más contra él, moviéndome cada vez más cerca. Oí la súplica tensa pidiendo que todo fuese más rápido brotando de mí.

Con fuerza, Elliot me detuvo con una mano en mi cadera.

—Mierda —dijo—. Espera. Mierda.

De pronto, se alejó y se puso de pie. Me incorporé, con los labios llenos de palabras vacilantes, pero Elliot ya estaba saliendo por la puerta.

¿Qué acababa de pasar?

¿Acaso él…? ¿O acababa de entender lo que había empezado y se había asustado?

Me zambullí en el pánico.

Así es como la amistad pasa de ser algo perfecto a ser nada; nada más que miradas raras y desagradables en la distancia.

Me quedé sola en el armario durante una hora, mirando las páginas de un libro cualquiera, sin leer ni una palabra.

Pensé en contar hasta mil para luego ir a su casa a pedirle disculpas.

Uno… Dos… Tres…

Veintiocho… Veintinueve…

Doscientos trece…

—¿Qué estás leyendo? —Su voz se coló por la puerta, pero, en vez de entrar y desplomarse a mi lado, Elliot permaneció allí de pie, apoyado contra el marco.

—¡Hola! —dije con demasiada alegría, mirando cualquier cosa menos a él. Vi que se había cambiado de ropa. Me ardían las mejillas y no podía sostenerle la mirada, y bajé la vista, mirando el libro en mis manos. Lentamente, las letras del título formaron una sola palabra

y la señalé sin convicción—. He empezado *Ivanhoe*. Sin *d*.

Cuando levanté la vista, la confusión apareció en su cara con un parpadeo y, por fin, entró en el cuarto.

—¿En serio?

—Sí —dije despacio. Él elevó el labio en una sonrisa semiburlona —. ¿Por qué lo dices así? Tú te lo has leído como cincuenta veces.

—Es solo que da la sensación de que ya vas por la mitad. —Rascándose la sien, añadió con calma—: Qué rápida.

Parpadeé mirando la página que había abierto al azar.

—Oh.

Había algo tenso y espeso entre los dos que hacía que me doliese el pecho. Quería preguntarle si lo había avergonzado o… Mierda, si le había hecho daño.

—Macy… —comenzó a decir, y conocía ese tono. Era la voz de dar malas noticias en tono amable.

Intenté reírme, pero me salió un grito ahogado; quise parecer relajada, pero fracasé estrepitosamente.

—Estoy tan avergonzada, Elliot, en serio. Lo siento tanto. No hablemos del tema.

Elliot asintió, con los ojos en el suelo.

—Vale.

—Lamento haberlo hecho, ¿vale? —susurré mirando mi regazo.

—¿Qué? Macy, no…

—No volverá a pasar, te lo juro. Solo estaba jugando. Sé que he dicho todo el tiempo que no debemos estar juntos porque podría estropear las cosas entre los dos y luego voy y actúo así. Lo siento mucho.

Él cogió un libro de la estantería y yo volví a concentrarme en *Ivanhoe*, esta vez empezando por el principio, y leí durante dos horas, pero apenas entendí ni una palabra. Le eché la culpa a mi estado mental. La idea de que quizás le había hecho daño, o de que lo había avergonzado o enfurecido me carcomía las entrañas como una gota de ácido. Tenía ganas de vomitar.

—¿Ell?

Él levantó la vista, suavizando de inmediato la mirada.

—¿Sí?

—¿Te he hecho daño?

Levantó la comisura de los labios en una sonrisa mientras luchaba por no reírse.

—No.

Exhalé por primera vez en lo que parecieron horas.

—Bueno, menos mal. —Abrí la boca y la cerré de nuevo, sin saber

qué más decir.

Él dejó su libro en el suelo y se acercó más a mí.

—No me has hecho daño. —Me miró a los ojos, esperando—. ¿Entiendes lo que quiero decirte?

Observé su sonrisa astuta y sensual…

—Quieres decir que… —Hice un gesto circular con la mano y él se rio.

—Sí. Yo… —Imitó el gesto, con ojos provocadores.

Mi corazón se convirtió en un monstruo desbocado dentro de mi pecho, desesperado por salir.

Había hecho que se corriese.

—Estaba intentando que tú acabaras primero —admitió en voz baja—, pero ese gemido… Y cuando me has pedido que fuera más rápido… —Tragó saliva y se encogió de hombros.

—Oh. —Lo miré y noté que estaba intentando no ruborizarse—. Lo siento.

—Macy, no te disculpes. Ha estado genial. —Lo dijo mirándome la boca, y luego adoptó de nuevo una expresión seria—. Para mí, a veces es difícil que no estemos juntos. Nunca sé cuáles son los límites. Quiero cruzarlos todo el tiempo. Nos hemos besado y tocado, pero luego volvemos a ser solo amigos y es confuso. Y ni siquiera siento que lo de hoy ha sido suficiente. —Lo dijo con los ojos abiertos de par en par—. O sea, no quiero decir que debas hacer más. Es solo que lo quiero todo contigo. Pienso en eso todo el tiempo.

Tras sus palabras, me di cuenta de cuánto deseaba lo mismo. Y como, hacía un rato, había querido mucho más que su cuerpo sobre el mío; lo quería todo sin ropa de por medio. Hoy me habría entregado a él. Y, sin embargo, las palabras que salieron de mi boca fueron:

—Me moriría si nuestra amistad se terminase.

Él sonrió y se acercó para besarme en la mejilla.

—Yo también.



AHORA

JUEVES, 23 DE NOVIEMBRE

El edificio de Elliot es angosto, tiene estuco turquesa gastado y seguro que fue una casa victoriana antes de que lo dividieran con torpeza en cuatro apartamentos diminutos.

La puerta principal lleva a un pasillo a la derecha y a unas escaleras empinadas que dan a los apartamentos de arriba. Elliot vive en el número cuatro. Dijo que era arriba a la derecha. Cada escalón cruje debajo de mis botas.

Su puerta principal es plana y color café, y delante hay una alfombra delgada con la cita de Dickinson «El alma siempre debe estar entreabierta».

Llamo con el puño.

¿Es posible que reconozca el peso de sus pasos y el ritmo de su andar? ¿O es que sé que él es el único que puede estar dentro? Sea como sea, mi pulso se acelera tanto que, cuando él gira el picaporte y abre la puerta, me mareo.

En algún momento de la última década, Elliot descifró cómo peinarse y vestirse. Lleva puestos unos vaqueros negros y una camisa oscura remangada hasta los codos. Está descalzo.

Estoy en el apartamento de Elliot. Dentro, en alguna parte, está la cama de Elliot.

Si no tengo cuidado, no volveré a casa esta noche.

Mierda, soy un desastre.

—Macy —dice antes de abrazarme y hacerme pasar con un brazo sobre mis hombros. Cuando lo aparta y cierra la puerta, la sonrisa que veo en su rostro podría darle luz a una ciudad pequeña—. Estás aquí. ¡En mi apartamento! —Inclina el torso y me besa la mejilla con respeto—. ¡Tienes la cara muy fría!

—He venido a pie desde la estación. Hace frío. —El calor brota desde el punto en el que sus labios han presionado mi piel. Dejo la tarta que he comprado para poder quitarme la chaqueta.

Él retrocede un poco, sorprendido.

—¿No has venido en coche?

—No me gustan los coches —digo, sonriendo.

Él coge mi abrigo en silencio.

—Podría haber pasado a por ti.

Me pongo una mano sobre el pecho y susurro:

—Vives a seis manzanas de la estación. No es para tanto.

—Lo siento, estoy nervioso. —Sacude un poco los hombros para relajarse—. Intentaré mantener la calma esta noche. Aunque es probable que fracase.

Me río y le entrego la tarta de nueces que he comprado por la mañana.

—Por desgracia, no es la receta de tu madre. ¿Vendrán tus padres?

Él sacude la cabeza y luego la inclina a un lado, como invitación para que me adentre más en la casa. Lo sigo a través de una sala de estar diminuta hasta una cocina aún más pequeña.

—Irán a la casa de los futuros suegros de Andreas, en Mendocino. No queríamos que todo el clan Petropoulos los invadiera; su prometida, Else, es hija única, y creo que ellos no sabrían qué hacer con todos nosotros. Irán solo mi madre, mi padre, Andreas y Alex.

—¿Y quién vendrá hoy? —pregunto mientras veo que deja la tarta sobre la encimera. Ha logrado ordenar todo lo que necesita en el espacio reducido, y no parece demasiado lleno de trastos porque Elliot es un as del orden.

Elliot se da media vuelta y se apoya en la encimera. La camisa se tensa sobre su pecho, lo que amplía la abertura cerca del cuello y exhibe el borde de su clavícula y un poco de vello. Mi corazón me golpea desde dentro.

—Mi amigo Desmond —dice, y se rasca el mentón con una mano —. Y Rachel.

Me quedo quieta, mirándolo con los ojos abiertos de par en par. Por instinto, bajo la vista hacia mi ropa y luego lo miro de nuevo.

—¿Vendrá Rachel?

Él asiente, observándome con atención.

—¿Te incomoda?

Intento no reaccionar demasiado, pero siento que bajo las cejas y frunzo la frente.

—No creo.

—Voy a pensar que estás siendo sincera —dice con calma. Se aparta de la encimera y da dos pasos hacia mí—. Debería haberlo mencionado. Ella no tiene familia aquí. Ni… muchos amigos.

Miro la habitación en la que estamos de pie.

—¿Ella vivía aquí contigo?

—No —responde—. Pero pasaba bastante tiempo aquí.

Miro la cocina y veo imágenes de la desconocida Rachel de pie, preparando huevos revueltos en ropa interior mientras Elliot se da una ducha. Luego, lo veo a él sirviendo café, besando su hombro desnudo y pálido. Me pregunto si él sintió estos celos atroces al verme con Sean, sabiendo que yo dormía en la misma cama que él y le permitía

tocarme de modos en los que Elliot apenas había empezado a explorar.

Levanto la mirada hacia él y le digo:

—Estoy tratando de no volverme loca ahora que sé que vendrá tu exnovia.

Elliot se encoje de hombros.

—Lo entiendo. Ahora veo que este plan hace aguas.

—¿No nos invitaste a las dos a propósito para que yo sienta… celos? ¿Seguro?

—Te juro que no.

Me basta con mirar una vez para creerle. A veces Elliot no se da cuenta de cómo me afectaban las demás chicas de su vida, pero no es cruel. Asintiendo, miro el suelo.

—¿Ella sabe quién soy?

—Sí.

Se me ocurre algo más.

—¿Ella sabe que estaré aquí?

Él vacila y la culpa sube como un sarpullido por su cuello.

—Sí.

—Entonces, ¿ella lo sabía, pero yo no? ¿En serio, Elliot?

Se rasca la cabeza con una mano.

—Quería que vinieras. —Sus ojos son cálidos y suaves, tienen la expresión propia de cuando siente que algo es irremediable—. De verdad, quería que vinieras. Y no quería que ella estuviera sola hoy. Pero me preocupaba que, si te lo decía, cambiaras de opinión.

Es probable que lo hubiera hecho. Nada suena más incómodo que compartir mesa con la exnovia de Elliot.

—¿Ella cree que… estamos juntos?

—No sé lo que piensa —dice—. Pero es irrelevante, ¿no? —Me observa con cautela—. Estás comprometida.

La culpa me atraviesa como un cuchillo afilado y siento una punzada de dolor en las costillas. No tengo agallas para decirle a Elliot que estoy soltera, pero tampoco me parece bien que piense que soy una infiel crónica.

—Las cosas se han vuelto… complicadas.

Él parece asimilar esas palabras un instante antes de agarrarme la mano y apretarla.

—Venga, te voy a enseñar la casa. —La sala de estar es más larga que ancha, y en el extremo final hay una ventana alta con vistas a un patio trasero de belleza sorprendente. Hay higueras, ciruelos y un jardín frondoso y diminuto, algo difícil de encontrar en el Área de la Bahía—. El jardín es falso —explica—. El dueño insiste en que

conservemos el espacio exterior.

Miro la sala de estar, las estanterías que van del suelo al techo, con una escalera móvil conectada a la parte superior. Un sillón de color azul eléctrico muy limpio y con cojines multicolores. En el extremo opuesto de la habitación, más cerca de la puerta principal, ha puesto una mesa plegable con un mantel de lino y un centro de mesa diminuto lleno de calabacines y arándanos. Debo haber pasado junto a la mesa al entrar, pero estaba tan entusiasmada y nerviosa que ni siquiera he notado su presencia.

—Tu casa es muy bonita —susurro, metiéndome el pelo detrás de las orejas. Elliot me observa y traga. Es probable que sepa que llevo el pelo suelto por él—. Cuéntame de qué va tu novela.

—Es una novela de fantasía —dice, mirando las estanterías. Luego, me mira otra vez y sus ojos brillan con picardía contenida—. Hay dragones.

—¿Estás escribiendo una novela erótica? —bromeo, y él se ríe sin parar.

—No precisamente.

—¿No me vas a contar nada más?

Sonriendo, me coge la mano.

—Terminemos de ver la casa.

A través de una puerta al otro lado de la sala de estar hay un pasillo diminuto. A la izquierda está su dormitorio; a la derecha, el baño, que tiene una bañera pequeña con un cabezal de ducha antiguo.

—No tienes ducha —digo, recorriendo el baño y sintiendo la intimidad repentina de estar en su espacio. Todo es típico de él: pocos muebles y estanterías del suelo al techo llenas de libros. Elliot me observa mientras me apoyo contra la pared del pasillo. El espacio es reducido, y él parece llenarlo con su altura y con la amplitud sólida de su pecho—. No sé si podría soportar tener bañera —balbuceo.

—Yo lo llamo baño de vapor —dice.

—Suena sensual.

Miro su pecho, pero oigo la sonrisa en su voz:

—Creo que por eso lo llamo así. —Se acerca un paso más—. Aún me parece surrealista que tenga mi propia casa. Como si fuera un milagro vivir solo aquí. Es muy distinto a como me crie.

—¿Te gusta vivir solo?

Elliot vacila durante tres latidos.

—¿Cómo de sincero quieres que sea?

Lo miro. Creo que lo que está a punto de decir me destruirá, pero, de todos modos, se lo pido:

—Siempre quiero que seas sincero.

—Está bien —dice—. En ese caso, me gusta vivir solo, pero preferiría vivir contigo. Me gusta dormir solo, pero preferiría tenerte en mi cama—. Levanta la mano, se pasa un dedo por el labio, pensando en sus próximas palabras, y su voz suena más grave y baja —: Me gusta que vengan amigos a comer en Acción de Gracias, pero preferiría que estuviéramos los dos solos, en nuestro primer Acción de Gracias como pareja, comiendo pavo con la mano, acurrucados en el suelo, juntos.

—En ropa interior —digo sin pensar.

Su primera reacción a mis palabras es la sorpresa silenciosa, pero lentamente se derrite en una sonrisa que calienta mi sangre, que hace hervir algo bajo mi piel.

—Has dicho que las cosas con Sean se han complicado, ¿no?

Salvada por la campana: alguien llama a la puerta y no tengo que hablar de Sean. Él me mira, con brillo urgente en los ojos, como si supiera que estoy a punto de decirle algo importante.

Señalo la puerta con el mentón y nos quedamos mirándonos en silencio.

—Creo que deberías abrir.

Con un gruñido breve de derrota, Elliot se da la vuelta y abre la puerta para dejar pasar a los demás invitados.

Desmond es el primero en entrar. Es más bajo que Elliot, pero es musculoso y robusto, tiene la piel oscura y suave, y una sonrisa que parece permanentemente fija en sus ojos. Le entrega a Elliot un cuenco con una ensalada colorida y le da una palmada en la espalda, agradeciéndole la invitación.

Rachel entra a continuación, pero no la veo porque Desmond se acerca a mí y se presenta con un marcado acento australiano.

—Soy Des. Encantado de conocerte.

—Macy —digo, dándole la mano, y añado con incomodidad—: Sí, me alegra mucho que nos conozcamos por fin.

La verdad, no tengo ni idea de cuánto tiempo hace que conoce a Elliot. Siento la boca seca, las manos sudadas.

Levanto la vista y veo a Rachel mirándome. Ella parpadea y le sonríe con tensión a Elliot mientras espera que la presente.

—Rachel —dice Elliot, guiándola hacia delante—. Ella es Macy.

Tiene el pelo corto y oscuro, ojos azules brillantes y pecas que cubren su tabique y sus mejillas. Cuando me sonríe, con sus dientes blancos y rectos, parece sincera.

—Hola, Rachel. —Extiendo la mano y ella la estrecha sin entusiasmo.

—Encantada de conocerte —dice, y sonríe de nuevo.

Las palabras salen de mi boca antes de que me dé cuenta de lo que estoy haciendo:

—Gracias por venir.

Como si hubiera estado aquí un millón de veces.

Ella mira a Elliot, otra vez con ojos tensos. Él se encoge de hombros y le regala una sonrisa tranquilizadora.

Mi pecho se retuerce de celos, posesivo. No me entusiasma ese intercambio silencioso. No me entusiasma sentir que tienen un pasado, un ritmo, un idioma común.

—¿Dónde dejo esto? —pregunta, y levanta una bolsa con un par de botellas de vino.

—En la nevera —responde Elliot, apretando el hombro de Rachel y regalándole otra mirada larga y alentadora antes de soltarla y volver a mi lado.

Rachel desaparece y Elliot mira a Des, que sacude la cabeza un poco cuando ella se va.

—Ella está bien, amigo —dice Des en voz baja—. Pasemos página. —Y luego me mira y libera su sonrisa—. Y tú. Aquí estás. En carne y hueso.

Evito la conversación inminente con una pregunta:

—¿Cómo os conocisteis?

—Rugby —dice Des. Mi risa suena más fuerte de lo que esperaba, y Des abre los ojos de par en par, entusiasmado—. No te conozco, Macy, pero creo que vamos a ser mejores amigos.

—¡Oye! —protesta Elliot, riendo.

Des centra de nuevo su atención en mí y añade:

—La verdad es que juega muy bien.

—No te creo —digo, reprimiendo una sonrisa mientras miro a Elliot con sus pintas de intelectual—. ¿Él? ¿Rugby?

—Eh —dice Elliot, lanzándome una mirada herida y juguetona.

—Recuerdo que vi cómo aprendiste a patinar —digo.

Desmond entrecierra los ojos.

—¿Sobre hielo?

Una carcajada brota de mí, y Elliot me hace una llave suave, atrapándome, y gruñe sobre mi pelo:

—En patinete, diablilla.

Luchamos un segundo y luego nos detenemos a la vez y levantamos la vista ante el silencio. Rachel está de pie en la puerta de la cocina, sosteniendo una botella de vino abierta. Des mueve los ojos entre ella y Elliot.

—¿Alguien quiere vino? —pregunta Rachel—. ¿O… solo yo?

Des ríe con placer, pensando que ella está intentando ser graciosa,

pero Rachel continúa seria, inclina la botella hacia sus labios y bebe un par de tragos largos. Luego levanta la botella y se limpia la boca con el dorso de la mano.

Despacio, Elliot me libera de la llave y se recoloca la camisa mientras yo me peino un poco. Siento que acaban de pillarnos con las manos en la masa. Aquí estamos, de pie en la sala de estar de Elliot, con esta verdad evidente ante nosotros: nunca hemos lidiado con los daños colaterales. Llevamos una década guardando la parte más desastrosa. No tengo ni idea de cómo reaccionará Elliot.

—Rach —dice con calma—. Déjalo ya.

Es una reprimenda amable, pero no puedo imaginar que me la diera a mí. Veo también cierta tensión sexual entre ambos, y no me gusta nada.

—¿Qué? —dice Rachel.

—Creía que querías venir —responde él.

—Resulta que no es tan fácil como esperaba.

¿Por qué pensó que sería fácil?

—Puedo irme —ofrezco, pero Des y Elliot interceden rápido.

—No, no, no —dice Elliot, mirándome.

—No seas tonta —responde Des—. Está todo bien.

Miro a Rachel, quien me observa con tanta furia contenida que sé con exactitud lo que está pensando: «No estoy nada bien».

—Le hiciste mucho daño —afirma ella en voz baja.

—Rachel —advierte Elliot, también en voz baja—. No.

—¿No qué? —Clava los ojos en Elliot—. ¿Ya habéis hablado de ella? ¿Ella lo sabe?

Des parece encontrar un motivo para correr hacia el baño en ese preciso momento, y, de inmediato, siento celos de que él pueda huir porque yo debo quedarme aquí mientras la metralla cae sobre nosotros.

Pero, al mismo tiempo, quiero saber lo que ella cree que necesito escuchar.

—¿Si sé qué? —le pregunto a Elliot.

Elliot sacude la cabeza.

—No vamos a hablar de esto ahora.

Rachel responde, apoyada contra el marco de la puerta de la cocina:

—Cuánto daño le hiciste. Metiste la pata como nadie…

—Rachel. —La voz de Elliot es un cuchillo que atraviesa la sala. Nunca, jamás, lo he oído usar ese tono, y me da escalofríos.

Continúo mirándolo, y hago un esfuerzo monumental por no desmoronarme al pensar en lo que no sé. Sé cómo fue mi vida después

de que nos separásemos, pero estaba tan triste que no podía soportar pensar también en su estado.

—Estoy segura de que ambos nos jodimos mutuamente —digo—. Creo que eso es lo que intentamos reparar, ¿no? —Miro de nuevo a Rachel—. Aunque nada de eso es asunto tuyo.

—Fue asunto mío durante cinco años —replica. Cinco años—. Y fue realmente asunto mío al menos un año.

¿Qué mierda significa eso?

Elliot se frota la cara.

—¿Es necesario que hagamos esto?

—No. —Rachel lo mira, luego me mira, atraviesa la habitación para recoger su bolso y sale por la puerta.



ANTES

VIERNES, 25 DE AGOSTO
ONCE AÑOS ATRÁS

Las vacaciones de verano terminaron un día caluroso de agosto. Mi padre, Elliot y yo cargamos el coche y luego Elliot se apartó de manera evidente, esperando nuestra despedida habitual.

Era la cuarta vez que nos separábamos después de un verano de largas tardes compartidas, pero, sin duda, esta era la despedida más difícil de todas. Todo había cambiado.

Dos pasos adelante, dos atrás; no nos habíamos besado de nuevo ni habíamos pasado más tiempo restregándonos en el suelo. Pero había un nuevo tipo de ternura. Su mano buscaba la mía mientras leíamos. Me dormía sobre su hombro y despertaba con sus dedos entrelazados en mi pelo y su cuerpo relajado y dormido a mi lado, mi pierna sobre su cadera. Por fin parecía que estábamos juntos.

Mi padre también parecía percibirlo y, después de cerrar el maletero de su nuevo Audi con un golpe seco, nos sonrió de modo breve y entró en casa.

—Deberíamos hablar de todo lo que ha pasado —susurró Elliot. No era necesario que explicara a qué se refería.

—Está bien.

Me agarró la mano y me llevó hasta la sombra. Nos sentamos allí, con la espalda posada en el lateral de la casa y las manos entrelazadas, en el césped que estaba debajo de las ventanas de mi comedor, fuera de la vista de cualquiera que estuviera dentro de ambos hogares.

—Tonteamos —susurró—. Y… nos tocamos… como si fuéramos más que amigos.

—Lo sé.

—También hablamos y nos miramos como si fuéramos más que amigos… —Se quedó en silencio y yo levanté la vista y vi la ternura de su expresión—. No quiero que vayas a casa y pienses que voy a hacer lo mismo con otra persona.

Torcí la boca y arranqué una brizna larga de césped.

—No quiero ni pensarlo.

—¿Qué vamos a hacer?

Sabía que él preguntaba sobre algo más que los besos y los tocamientos, algo más parecido a qué éramos. Él se refería a algo mayor, a cuando nuestras vidas empezaran a desarrollarse más fuera del armario y del tejado de su garaje y cuando empezáramos a tener

que conformarnos con solo uno o dos fines de semana al mes.

Toqué las líneas de sus tendones en el dorso de su mano izquierda. Con su mano derecha, Elliot deslizaba un dedo de arriba abajo de mi pierna, desde la rodilla hasta la mitad del muslo.

—¿Cuál es tu palabra favorita? —pregunté sin alzar la vista.

—*Saborear* —respondió, sin vacilar, con voz grave y ronca. El rubor invadió mi piel, un sendero ardiente y rojo subió hasta mis mejillas mucho después de que él renunciara a que lo mirara a los ojos—. ¿La tuya?

Lo miré, sus ojos castaños estaban abiertos de par en par, curiosos y salvajes; el anillo negro alrededor de sus iris brillaba. Bajo la superficie, bajo las capas de la pregunta había algo más voraz: dientes sobre piel, uñas, el sonido de su voz gruñendo mi nombre. Elliot era muy *sexy*. ¿Qué chico de nuestra edad elegiría la palabra *saborear*?

No había nadie como él en el mundo.

—*Epifanía* —respondí en voz baja.

Él se relamió, sonriendo. Algo bajo la superficie de su cuerpo se volvió más oscuro, más insistente.

—También es una buena palabra.

Le acaricié una mano con el pulgar, y dije:

—Creo que debemos dejar de fingir que no estamos juntos.

Cuando levanté la vista, él amplió su sonrisa.

—Estoy de acuerdo.

—Bien.

—Te daré un beso de despedida —afirmó.

—Bien —repetí, inclinando mi rostro hacia él, mientras sentía su aliento en mi boca, su mano sobre mi mandíbula. Mis labios se abrieron sobre los de él y, como antes, pareció natural succionar su boca, permitir que su lengua tocara la mía, disfrutar de sus sonidos. Enredó los dedos en mi pelo. Me sujetaba la cabeza con las dos manos; su boca era voraz.

¿Y por qué hicimos todo aquello fuera, donde no podíamos acostarnos y besarnos hasta tener la boca entumecida y el cuerpo en llamas? Incluso con ese roce diminuto, sufría. Quería tenerlo encima, quería ese último recordatorio de su peso y la presencia rígida de su deseo apretada entre mis piernas.

Emití un gemido breve y él retrocedió con los ojos clavados en mí.

—Iremos despacio —dijo.

—No quiero ir despacio.

—Es la única manera de asegurarnos de que lo hacemos bien. —Asentí entre sus manos, y él me besó una vez más—. Te veré en dos semanas.



AHORA

JUEVES, 23 DE NOVIEMBRE

Des sale del baño, secándose las manos como si hubiera entrado allí para hacer sus necesidades y no para esconderse de la batalla entre exparejas. Levanta la vista con una sonrisa luminosa que poco a poco se derrite al notar que Rachel ya no está presente.

—¿En serio? —le pregunta a Elliot, quien se encoge de hombros sin remedio.

—No sé qué decirle —responde Elliot—. Ella me dijo que le apetecía venir, pero claramente no es el caso.

Elliot se da la vuelta y se dirige a la cocina. Noto que le molesta que Rachel se haya marchado, y quiero pensar que es porque es una persona de buen corazón y no porque le preocupa haber estropeado las cosas con ella a largo plazo.

¿Quién no lo hubiera visto venir a kilómetros?

Elliot se detiene ante los fogones, se inclina para revisar el pavo y luego posa ambas manos a los costados de la cocina y respira hondo un par de veces.

Miro a Des a los ojos y él levanta el mentón para indicarme que vaya a la cocina.

—Se te da fatal esta mierda.

Me desconcierta su hostilidad. Sin duda, Des tiene toda la razón, pero necesito comprender qué está pasando aquí porque Elliot siempre fue el mejor de los dos lidiando con emociones complicadas.

Gracias a la ventana inmensa que está al final de la cocina, la estancia es luminosa, pero parece diminuta. Deslizo las manos sobre la espalda de Elliot, siento que sus músculos se tensan y le masajeo los hombros.

El contacto es tan íntimo que sé que no puedo mentirle durante mucho más tiempo acerca de Sean sin que parezca que estoy jugando con ambos. Él me mira por encima del hombro, curioso.

—Lo siento —digo—. Siento que quizás no debería haber venido.

Él se da media vuelta y se apoya en la encimera.

—Sí que deberías. Quería invitarte. Ella tuvo opción de elegir.

—Lo sé, pero tenéis una historia juntos.

Él mira por la ventana, con la mandíbula tensa. Parece que esté seleccionando las palabras antes de decirlas. Su perfil es tan… adulto. Mi cerebro aún contiene una cantidad abrumadora de imágenes de Elliot de adolescente. Verlo ahora es como mirar por un telescopio

hacia el futuro. Es muy raro estar tan cerca de él e imaginar todos los momentos que ha vivido sin mí.

—Tenemos que hablar —susurra.

—¿Sobre Rachel?

Él frunce el ceño.

—Sobre todo, Mace.

Sé que necesito escuchar lo quiere decirme y que yo también le debo mi historia, pero hoy no es el día ideal para que otra mujer tenga un ataque de nervios en su apartamento.

—Vale —digo, igual de bajo, consciente de la presencia de Des en la sala contigua—. Lo hablaremos pronto. Quizás… ¿después de la boda de Andreas?

—¿Qué? —Lo veo indignado—. Falta un mes.

—Un mes no es tanto. —El pitido agudo del temporizador de algún electrodoméstico suena sobre la encimera, pero ambos lo ignoramos.

Elliot sacude la cabeza un poco.

—Ya hemos perdido once años.

—¡Acaba de pitar algo! —exclama Des desde la sala de estar.

—Hoy me he cogido el día libre, así que tendré que trabajar en Navidad. —Miro la campana extractora—. Y me cogeré cuatro días en Año Nuevo para la boda, así que tendré que trabajar casi todos los días hasta esa fecha, y necesito… —Necesito tiempo lejos del trabajo para pensar en cómo decirle todo lo que debo decirle. Todo sobre la ruptura con Sean y sobre la última noche que vi a Elliot hace once años, y, también, todo lo que vino después.

Des se asoma a la cocina y nos gruñe antes de desaparecer de nuevo:

—¡Acaba de pitar algo!

Elliot silencia el ruido con una palmada.

Vuelve a ponerse frente a mí e inclina la cabeza para mirarme a los ojos.

—Macy, sabes que te haría un hueco cualquier día. Cualquier momento que tenga es tuyo.

Le resulta tan fácil decir esa verdad que siento que no quiero ir despacio, mi instinto me dice que la opción es Elliot. La primera confesión se escapa:

—He cortado con Sean.

Observo que el pulso se acelera en su garganta.

—¿Qué?

Acabo de lanzar una bomba atómica.

—No era… Nunca fue… lo que quería…

—¿Has cortado con Sean?

Me trago mi necesidad de llorar al ver la esperanza en sus ojos.

—Sí. Y me he mudado.

La mano de Elliot agarra la cinturilla de mis vaqueros, engancha su dedo en una hebilla y me roza el ombligo. Tira y me acerca a él.

—¿Adónde?

—He alquilado una habitación en la ciudad. —Noto que se me calienta la sangre y, famélica, me imagino lo que vendrá: su boca acercándose a la mía, el alivio de probar sus labios, la sensación de su lengua deslizándose, la vibración de su cuerpo. Cierro los ojos y, por un segundo, me entrego a la fantasía: pasa sus manos sobre mi camisa, a lo largo de mi cintura, me eleva en el aire, me sienta sobre la encimera, avanza entre mis piernas y aprieta su cuerpo contra el mío. Así que retrocedo, temblando—. ¿Recuerdas lo que te dije en Tilden? ¿Que me haces sentir muchas cosas? —pregunto. Él asiente, con la mirada fija en mi boca y la respiración entrecortada—. No quiero apresurarme a nada a ciegas —digo con un gesto de dolor—. En especial contigo. Ya lo estropeamos una vez.

Mientras parpadea y me mira a los ojos, su expresión se tranquiliza un poco.

—Es cierto.

Esta intensidad que siempre ha existido entre los dos. Sé que él es mi alma gemela y yo la suya. Y ahora, él ha dejado a su novia y yo he dejado a mi prometido, pero ¿podremos solucionarlo todo después de once años de distancia? Su mejor amigo es un desconocido para mí, y la mujer que acaba de irse sabe más sobre el corazón roto de Elliot que yo. Hay una laguna enorme entre los dos.

—Cenemos algo —digo, tocándole con suavidad el dedo que todavía sigue enganchado en mis vaqueros—. No sé si es el momento de hablar.

Elliot me pone la mano en la cadera, y murmura:

—Vale. Claro. Lo que sea que necesites.

Me permito un roce íntimo y presiono la mano sobre su corazón, que late desbocado.



ANTES

ONCE AÑOS ATRÁS

De: Macy Lea Sorensen <minlilleblomst@hotmail.com>
Fecha: 1 de septiembre, 06:23
Para: Elliot P. <elliverstravels@yahoo.com>
Asunto: Te echo de menos

Muchísimo.



De: Elliot P. <elliverstravels@yahoo.com>
Fecha: 1 de septiembre, 06:52
Para: Macy Lea Sorensen <minlilleblomst@hotmail.com>
Asunto: re: Te echo de menos

Solo han pasado unos días, pero solo puedo pensar en que vuelvas.



De: Macy Lea Sorensen <minlilleblomst@hotmail.com>
Fecha: 1 de septiembre, 20:07
Para: Elliot P. <elliverstravels@yahoo.com>
Asunto: re: Te echo de menos

Creo que volveré este fin de semana. He ido a casa de Nikki esta tarde, estaba Danny. Estaban jugando a videojuegos y divirtiéndose mucho, y yo solo podía pensar que quería que estuvieras allí.



De: Macy Lea Sorensen <minlilleblomst@hotmail.com>
Fecha: 1 de septiembre, 20:12

Para: Elliot P. <elliverstravels@yahoo.com>

Asunto: re: Te echo de menos

Mierda. Mi padre dice que no podemos ir este fin de semana, pero quizás vayamos el siguiente. El instituto empieza el martes y tenemos que ultimar detalles por aquí.



De: Elliot P. <elliverstravels@yahoo.com>

Fecha: 1 de septiembre, 21:18

Para: Macy Lea Sorensen <minlilleblomst@hotmail.com>

Asunto: re: Te echo de menos

Creo que tal vez sea buena idea que intentemos hablar menos durante la semana. Creo que si no se me hará todavía más difícil. Me estoy volviendo loco.



De: Macy Lea Sorensen <minlilleblomst@hotmail.com>

Fecha: 1 de septiembre, 21:22

Para: Elliot P. <elliverstravels@yahoo.com>

Asunto: re: Te echo de menos

¿Crees que es mala idea que estemos juntos?

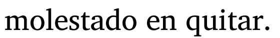
Mi teléfono empezó a sonar y la fotografía de Elliot apreció en la pantalla. La había sacado hacía una semana, cuando él estaba de pie en una roca cubierta de musgo en el bosque que queda detrás de nuestras casas, mirando los árboles, intentando identificar un pájaro que había visto. En la foto, el sol le daba de perfil y acentuaba su mandíbula y su pecho bajo la camiseta.

Mi corazón latía tan rápido que, cuando respondí, mi voz sonó estrangulada.

—¿Hola?

—Macy, no —dijo de inmediato—. No quería decir eso.

Asentí, mirando la pared con un póster brillante de un unicornio que llevaba allí desde que tenía ocho años y que nunca me había


molestado en quitar.

—Vale, te creo.

—Solo quería decir que nos volveremos locos si nos mandamos correos cada diez minutos todos los días de la semana —explicó con calma.

Me senté en la cama y me quité las zapatillas con los talones.

—Tienes razón, claro. Es solo que cada vez me da más miedo estar lejos.

—Lo sé. —Él parecía agitado, como si hubiese subido las escaleras corriendo—. Pero yo creo que siempre nos hemos sentido un poco así. Estoy aquí. Tú estás ahí. Estamos lejos, pero, como antes, aún estamos juntos.

—Tienes razón.

—Y cuando vengas —dijo, y escuché que una puerta se cerraba de fondo—, pasaremos todo el tiempo posible juntos.

Me acurruqué sobre la almohada, sujetando el teléfono cerca de mí.

—Quiero besarte esta noche —susurré—. Quiero que estés aquí, a mi lado, besándome.

Él gruño y luego se quedó en silencio, y mi corazón se retorció en mi pecho, haciéndome sufrir.

—Mace —dijo—. Yo quiero lo mismo. —Nos quedamos en silencio y me pregunté si él me permitiría quedarme dormida con él al teléfono. Me metí la mano debajo de la camiseta, sintiendo la calidez de mi estómago, imaginando su palma allí—. Nos queda solo un año más así —dijo, por fin—. Piénsalo. Nos graduaremos en primavera. Nuestras vidas ya no estarán separadas. Pasará muy rápido y, luego, podremos estar juntos de verdad.



AHORA

DOMINGO, 31 DE DICIEMBRE

He llegado.

Voy.

Salgo de la habitación del modesto Motel L&M bajo la mirada fulminante del sol del invierno. Protegiéndome los ojos con una mano, logro ver a Elliot a pocos metros de distancia, posado sobre la puerta del conductor con un ramillete de flores silvestres alborotadas. De inmediato, al verlo enderezar la espalda y mirarme, me recuerda a cada héroe romántico adolescente.

Después de treinta y siete días, mis ojos también están sedientos, y tragan cada centímetro de su aspecto vestido de esmoquin, con el cabello bien peinado y el rostro afeitado al ras.

Hemos intercambiado algunos mensajes desde Acción de Gracias, y hablamos un poco por teléfono cuando tuve una duda sobre el atuendo para la boda, o cuando él quiso saber dónde me recogería, pero no lo he visto desde que me dio un beso en la mejilla en la puerta de su apartamento, con el estómago lleno de pavo y vino, y me miró de modo significativo durante tres respiraciones silenciosas.

—Dame una oportunidad —me había dicho.

Le había prometido que lo haría. La cuestión era si él aún querría una después de oír lo que yo tenía para decir.

Celebré la Navidad con Sabrina, Dave y Viv. Solo con observarlos desde mi silla, bebiendo vino, pude ver cómo sus rituales cobraban forma ante mí: el disco de vinilo con canciones de música clásica de Navidad sonaba sin parar, Dave horneó una cantidad de galletas de Navidad suficiente como para abrir una tienda; Sabrina puso luces blancas y diminutas alrededor de su árbol gigantesco en la sala de estar. Ese ambiente fue otra puñalada, como las que había sentido todo el mes mientras escuchaba a mis compañeros hablar sobre lo que harían durante las vacaciones: fiestas, reuniones, salir de la ciudad.

Después de perder a Elliot y, claro, después de perder a mi padre, también había perdido el resto de tradiciones. Estoy desesperada por recuperarlas. Quiero hacer tortitas de arándanos para desayunar la mañana de Navidad y encender el *kalenderlys* por la noche. Quiero comer turrón y regalar libros, y dar paseos por la playa con un perrito caliente en la mano en Año Nuevo. Pero también quiero que el Día de Acción de Gracias sea cuando Elliot y yo nos sentamos en el suelo,

solo los dos, en ropa interior, mientras comemos pavo con la mano. Quiero celebrar nuestro aniversario pasando el día entero en la cama, teniendo conversaciones con nuestras bocas apenas separadas por centímetros.

Estoy lista.

Así que salgo al aparcamiento mientras doy pasos inestables con mis tacones, e intento caminar con elegancia hacia él. Lo que en realidad quiero hacer es lanzarme a sus brazos, pero logro mantener la compostura y me detengo a treinta centímetros. Huele tan bien. Cuando se quita las gafas de sol, sus ojos parecen de color ámbar. Las palabras de saludo que había ensayado una y otra vez durante el último mes («Cuando me fui de la casa de Christian, me metí en la cabaña. Me dormí en el suelo, y allí fue donde mi padre me encontró») desaparecen antes de que pueda pronunciarlas.

Elliot me da las flores y se inclina para besarme justo debajo de la mandíbula, donde mi pulso late más acelerado que nunca.

Huelo las flores; no tienen aroma, pero sus colores son tan brillantes que parecen fluorescentes.

—Flores. ¿Acaso no eres la cita perfecta para una boda?

—Las he cogido allí —admite, señalando con la cabeza una pequeña parcela de malas hierbas al límite de la propiedad. Cuando me mira y sonríe, parece que tiene dieciocho años—. Mi madre no ha dejado que me llevara una rosa de la *suite*.

Me mira y su mirada hace que me arda el pecho. Llevo un vestido nuevo, y admito que me siento guapísima. Es de seda, ajustado; una llamarada anaranjada y roja con pequeños tirantes con cuentas. Hace que mi piel morena parezca dorada.

Nuestros ojos se encuentran, y siento que una sonrisa estalla en mi rostro. Más tarde, lo desenterraremos todo. La expectativa de quitarme un peso de encima me hace sentir etérea.

—¿Lista? —pregunta.

—Lista.



Elliot aparca el coche en el parque frente a la inmensa mansión victoriana. Se gira hacia mí y me pregunta:

—¿Estás bien?

El viaje solo ha durado diez minutos, pero es imposible que no haya notado que llevo todo el trayecto sujetando con todas mis fuerzas la manilla de la puerta del copiloto.

—Estoy bien.

—Vale —dice, ahora con una exhalación, y evita que baje del

coche poniéndome una mano sobre la pierna expuesta, justo encima de la rodilla. El roce es casi eléctrico, y Elliot parece notarlo al mismo tiempo que yo cuando aparta sus dedos, arrastrándolos—. Si me permites.

Él baja, rodea su viejo Honda Civic y abre mi puerta con un gesto caballeresco.

Detrás de él, Madrona Manor se alza como algo salido de un cuento de hadas, con jardines amplios que enmarcan la propiedad gigantesca. Es muy diferente al Motel L&M. Por supuesto que podría haberme hospedado en la casa de Healdsburg de la que soy dueña (en este momento, no está alquilada por vacaciones), pero la idea de dormir sola allí, sin mi padre, me parece bastante deprimente.

Elliot permanece de pie, esperando a que salga, hasta que extiende una mano hacia mí.

—¿Estás atascada?

«No, solo me derrito en silencio al verte».

Me levanto y permito que me agarre de la mano cuando me pongo de pie.

—Estoy bien. Es… Este sitio es precioso.

Hace un poco de frío, así que llevo puesto un chal sobre los hombros; Elliot se adelanta y me lo colca bien porque la tela se había resbalado.

—Listo. —Desliza un pulgar sobre la curvatura de mi hombro, debajo del chal. Su piel es más clara que la mía, y el contraste de colores es perfecto—. ¿No tendrás frío?

Sacudo la cabeza y entrelazo mi brazo con el suyo mientras avanzamos hacia el edificio principal. Es mediodía, el sol brilla sobre las copas de los árboles y tiñe los bordes de miel y oro. Acurrucada en las colinas sobre el condado de Sonoma, Madrona Manor está rodeada de hectáreas de bosque y flanqueada por viñedos colosales. Los jardines parecen expandirse en todas direcciones. La verdad, debería tener más curiosidad sobre este sitio sagrado, pero me distraigo al estar cerca de Elliot después de este mes de reflexión y al notar su cuerpo en contacto con el mío, sabiendo que en cualquier instante podría detenerlo, mirarlo y besarlo… Me siento como si metiera la cabeza en la boca de un cañón, pero, aunque sea peligroso, solo quiero jugar.

Dentro de la mansión, nos encontramos con un largo pasillo con habitaciones a los lados, conectadas con la entrada principal. Elliot sube la escalera para ir a ver cómo está Andreas en la habitación del novio. Le he dicho a Elliot que anoche conduje desde Berkeley, pero, en realidad, me tomé un Xanax y dormí durante todo el camino

mientras me llevaban en un coche alquilado. Llegué al motel, me arrastré a mi cuarto y dormí hasta que mi reloj biológico me despertó exactamente a las seis esta mañana.

Todo esto significa que aún no he visto a nadie de su familia, y debo admitir que me pone un poco nerviosa hacerlo. Pero, aunque me encantaría explorar los jardines por mi cuenta y dejar al clan Petropoulos a solas antes de la ceremonia, Elliot no lo permitiría.

—Acompáñame —dice, avanzando hacia la escalera. Aún no han desterrado la decoración navideña a sus cajas de cartón, que permanecerán cerradas hasta el próximo diciembre, así que todavía quedan guirnaldas que envuelven el pasamanos con tono festivo. Un pequeño árbol de Navidad dorado ilumina el descansillo al final de la escalera—. Están arriba.

—No quiero interrumpirlos mientras se preparan —digo, y retrocedo, insegura.

—Basta ya. —Elliot se ríe—. Estás de broma, ¿no? Si subo sin ti, me obligarán a bajar a buscarte.

Una bandada de pájaros cobra vida con un estallido en mi pecho cuando oigo al señor Nick gritándole a George para que le traiga una maleta del maletero del coche mientras Nick Jr. y Alex no paran de bromear. Oigo la risa musical de Dina, y su voz (aún es la misma) diciéndole a Andreas que debería pedir ayuda para anudarse la pajarita.

Abrimos la puerta, que cruje, y la habitación entera se queda en silencio de pronto. Andreas se da la vuelta frente al espejo, donde está toqueteando su pajarita. Nick Jr. y Alex intentan recomponerse después de haber estado peleándose en el sofá.

Dina deja la mano parada en el aire justo cuando estaba a punto de ponerse una horquilla en el pelo.

—¡Macy! —exclama. De inmediato, se le llenan los ojos de lágrimas. Deja caer la horquilla y se tapa la boca con ambas manos.

Saludo levantando una mano con un gesto tembloroso. Volver a ver sus caras me hace viajar en el tiempo, una década atrás, como si estuviera de vuelta en casa por primera vez tras mucho tiempo.

—Hola a todos.

Elliot me acerca a él.

—¿No está guapísima?

Lo miro, atónita, pero su sonrisa de medio lado me indica que no se siente nada avergonzado por el escrutinio familiar.

—Deslumbrante —concuerda Nick.

Alex corre hacia mí y me abraza.

—¿Te acuerdas de mí?

No la he vuelvo a ver desde que ella tenía tres años, pero he pensado en ella cada día desde entonces. Mientras me emociono un poco, abrazo su cuerpo esbelto y delgado y le pregunto:

—¿Tú te acuerdas de mí?

—Ay, por favor —dice Dina, sacudiendo la cabeza—. Voy a llorar.

Nick Jr. la mira y gruñe.

—Ma, ya estás llorando.

Elliot me suelta, pero no se aleja cuando todos se aceran para abrazarme. Cuando llega Andreas, me susurra «Gracias por venir» y respondo en otro murmullo «Enhorabuena, imbécil».

El ruido estalla de nuevo cuando Alex empieza a discutir con su padre porque quiere llevar el pelo recogido y George debate con Dina sobre dónde puede está la dichosa maleta. Elliot ayuda a Andreas con el nudo de la pajarita, y Liz entra con una bandeja llena de bocadillos para la familia del novio. Tiene puesto un vestido azul brillante; es una de las damas de honor.

—¡Hola, Macy! —dice, y se acerca. Ante la mirada confusa del resto de la familia de Elliot, Liz les recuerda que nos vemos a diario en el trabajo y la sala vuelve a llenarse de voces cuando todos recuerdan lo que eso significa (¡Macy es doctora!) y me abrazan de nuevo.

Sirven vino, peinan a Alex, y luego vuelve la consternación de su padre y sus hermanos mayores, y, todo el tiempo, Elliot está ahí, con su brazo presionado contra el mío, nuestros corazones latiendo a la vez, una presencia reconfortante.

—Papá —dice Elliot por fin, con una risa grave y suave—. Ya tiene catorce años. Llevará un vestido largo hasta el suelo y con mangas. No pasará nada porque alguien le vea la nuca.

Nick fulmina con la mirada a Elliot unos segundos, y luego mira a su hija y a su esposa negando con la cabeza.

—Recógeselo. No me importa. Aunque enseña demasiada piel.

—¡Es mi cuello! —grita Alex, frustrada—. Diles a los chicos que no me miren si les molesta tanto.

—Amén —digo, sonriéndole a Alex. Su sonrisa es como el sol de la mañana entrando por la ventana.

Cuando la discusión surge de nuevo, Elliot se me acerca y me pregunta por lo bajo, cerca de mi oreja:

—¿Quieres dar un paseo por los jardines?

Asiento, temblando ante su cercanía, y él me guía hacia la puerta con una mano sobre mi cintura antes de buscar mis dedos. Siento la atención del cuarto entero sobre nuestras manos unidas mientras nos vamos, y oigo que Alex, confundida, pregunta «¿No tenía novio?», seguido del siseo firme de Dina «¡Shh!», y el «Cortaron, ¿no te

acuerdas?» de Andreas.
Elliot me mira, sonriendo.
—¿Es como lo recordabas?
Poso la cabeza sobre su hombro.
—Mejor.



ANTES

SÁBADO, 9 DE SEPTIEMBRE
ONCE AÑOS ATRÁS

El primer viaje después del verano (después de declarar que estábamos juntos, después de ese beso dulce y tan deseado) fue a mediados de septiembre. El aire estaba cargado del calor abrasador del verano, y lo usé como excusa para pasar el fin de semana entero en bikini.

Elliot… lo notó.

Por desgracia, mi padre también, y nos exigió de inmediato que pasáramos el rato leyendo abajo o fuera, y no en el armario.

Ese sábado, extendimos una manta sobre el césped frondoso del jardín delantero de la casa de Elliot, bajo el inmenso roble, y nos pusimos al día sobre nuestros amigos, el instituto y nuestras palabras favoritas, pero todo tenía un peso diferente. Ahora hablábamos entre susurros, recostados de lado, con las caras muy pegadas, mientras los dedos de Elliot jugaban con las puntas de mi pelo o me rozaban el cuello y su mirada bailaba sobre mis pechos, que cada vez eran más voluptuosos.

Siguiendo la regla número veintinueve (*Cuando Macy cumpla más de dieciséis años y tenga su primer novio serio, asegúrate de que use protección*), mi padre me pidió que me tomara la píldora. Aún me faltaban varios meses para cumplir dieciocho años, pero mi padre me dijo que planeaba llamar a mi ginecóloga después de haberme dado un sermón incómodo y tenso sobre que no me daba permiso para tener sexo con Elliot, pero que, igualmente, intentaría proteger nuestros futuros.

Aunque, en realidad, no tenía de qué preocuparse. A pesar de vernos todos los fines de semana durante octubre, Elliot y yo nunca estuvimos cerca de tener sexo. Al menos no desde aquel día en el suelo del armario, con su cuerpo sobre el mío, actuando por instinto. Y Elliot era quien iba despacio, no yo. No dejaba de decirme que era porque cada paso ínfimo que diésemos sería nuevo para los dos, cada cosa que hacíamos juntos la haríamos solo una vez por primera vez, con la misma persona, durante toda nuestra vida.

Parecía evidente que estaríamos juntos para siempre. Pero aún no nos habíamos dicho que nos queríamos. Aún no nos habíamos prometido nada. Pero imaginarme desenamorada de Elliot era tan imposible como contener la respiración durante una hora.

Así que avanzábamos despacio, explorando. Nos besábamos durante horas. Nadábamos juntos en el río: mis piernas mojadas y resbaladizas alrededor de su cintura, mi estómago con la piel erizada, sensible al sentir su torso desnudo contra mi cuerpo.

Los días entre semana estaban llenos de expectativa. Acordamos hablar por Skype una vez a la semana, los miércoles, lo cual hacía que fuera difícil soportar las clases ese día. Esas noches en las que charlábamos, él me miraba fijamente a través de la cámara, con los ojos abiertos de par en par. Yo pensaba en besarlo. Incluso le decía lo que pensaba, y él gruñía y cambiaba de tema. Después, me iba a la cama e imaginaba que mis dedos eran los suyos, sabiendo que él hacía lo mismo.

Y los fines de semana, cuando disponíamos de cualquier rato por breve que fuera, nos convertíamos en un frenesí de besos, nuestras bocas se movían juntas hasta sentir los labios en carne viva, nuestra respiración se aceleraba por el esfuerzo de contener el deseo.

Pero eso era todo. Nos besábamos. La ropa seguía puesta, las manos eran respetuosas.

Hasta que dejaron de serlo.



A finales de octubre ya llovía a cántaros. Mi padre fue al pueblo en busca de víveres y nos dejó a Elliot y a mí solos en casa. No fue premeditado. Mi padre ni siquiera nos miró con desconfianza cuando nos dejó leyendo en la sala de estar junto al fuego encendido. Simplemente dijo que se había acabado la leche y que iría a comprar algo para la cena.

La puerta de la casa se cerró.

Los neumáticos crujieron sobre la gravilla hasta que el sonido desapareció.

Miré a Elliot y sentí que me ardía la piel.

Él ya estaba arrastrándose por el suelo, y, de pronto, estaba sobre mí entre las sombras proyectadas por el fuego.

Aún recuerdo el modo en que me levantó la camiseta y dibujó un camino de besos desde mi ombligo hasta mi clavícula. Recuerdo que, por primera vez, descifró cómo desabrocharme el sujetador, riendo sobre mi boca mientras sus dedos luchaban por abrirlo. Recuerdo la dulzura de su mano mientras se deslizaba desde el broche, alrededor de mis costillas, debajo del aro. Me tocó las tetas desnudas y me acarició los pezones con el pulgar y el índice. Sentía que la luz brotaba de mí a través de cada poro; el placer y la necesidad eran cegadores. Él continuó con su lengua, húmeda, con sus labios sobre mí,

succionando, y yo metí su muslo entre mis piernas, desesperada por sentir alivio, meciéndome contra él hasta que me derretí y me corrí frente a él por primera vez.

Él me observó, con las pupilas inmensas y negras, y la boca abierta.

—¿Te has c…? —Asentí, sonriendo, drogada. Los neumáticos crujieron de nuevo en la gravilla de la entrada, y Elliot se alejó rápido de mi cuerpo con la cara descompuesta—. Debería volver a mi casa. —Miró al suelo un poco avergonzado. Yo también bajé la vista y vi que apretaba con fuerza la cremallera de sus vaqueros, buscando alivio. Empezó a ponerse de pie, pero se detuvo, aún de rodillas entre mis piernas, mirando mi pecho desnudo. La intensidad de su mirada fue como una cerilla sobre un charco de gasolina. Cogí su mano libre. La puerta del coche se cerró con un golpe seco—. Macy —advirtió Elliot, pero sus ojos permanecieron abiertos y su brazo se movió sin oponer resistencia cuando coloqué su mano sobre mi piel.

—Todavía tiene que sacar las bolsas de la compra del maletero. —Puse sus dedos sobre mi estómago, los deslicé sobre mi cuerpo. Mi padre cerró el maletero con otro golpe. Elliot apartó el brazo. Despacio, me incorporé, me abroché el sujetador y me bajé la camiseta. Mi padre metió la llave en la cerradura, entró y nos miró a los dos en la sala de estar. Yo estaba exactamente donde él me había dejado. Elliot estaba en el extremo opuesto del sofá, con las manos hundidas en los bolsillos—. Hola, pa —dije.

Él se detuvo con los brazos cargados de bolsas.

—¿Todo bien?

Elliot asintió.

—Estaba esperando a que llegaras para volver a mi casa.

Levanté la vista hacia él, sonriendo.

—Qué majo.

—Gracias, Elliot —respondió mi padre, sonriéndole—. Puedes cenar con nosotros, si quieres.

Mi padre entró en la cocina y yo me fijé en el botón de los pantalones de Elliot y sentí una necesidad casi obsesiva de tocarlo.

Él inclinó el torso para obligarme a mirarlo a los ojos.

—Veo lo que estás mirando —susurró—. Me traerás problemas.

Me estiré y besé a Elliot.

—Pronto —respondí en un murmullo.



AHORA

DOMINGO, 31 DE DICIEMBRE

Hay más de ocho hectáreas de terreno en Madrona Manor y parece que recorremos cada una de ellas. Paseamos dos horas mientras nos ponemos al día, charlando relajados sobre nimiedades: nuestros restaurantes favoritos, nuestra obsesión por las aceitunas, libros que nos han encantado o que hemos odiado, miedos y esperanzas, política, lugares soñados para ir de vacaciones…

El último Año Nuevo que pasamos juntos parece arder en la palma de mi mano. Lo siento a cada segundo. Hago todo lo posible para evitarlo.

El sol de la tarde se hunde detrás de los árboles, sopla un viento fresco. Los neumáticos de los coches crujen en la entrada de gravilla a lo lejos. Nos acercamos al jardín principal, que está decorado con guirnaldas de flores y lleno de antorchas, mesas de cóctel y personal que circula sirviendo canapés antes de la ceremonia.

—Tengo que subir para prepararme. ¿Te quedas aquí?

Asiento y Elliot se inclina mientras me agarra la cara entre las manos y me besa la frente y luego la mejilla, aparentemente por instinto. Él no nota el caos que ha desencadenado en mí cuando se aleja y me sonríe. En su camino hasta la casa para reunirse con los padrinos de boda, no se da la vuelta ni una sola vez, y yo no puedo parar de pensar en ese beso que me acaba de dar.

Cuando desaparece de mi vista, miro a mi alrededor y me doy cuenta de que no conozco a nadie. Toda la familia Petropoulos está dentro, y, aunque he visto a los primos y a los tíos en alguna ocasión, no conozco a ninguno lo suficiente como para acercarme y darle conversación.

«Quizás por esto tu círculo es tan pequeño», dice la voz de Sabrina en mi oído.

«Un círculo pequeño es un círculo de calidad», replico, y cojo un camarón envuelto en beicon de una bandeja que pasa a mi lado.

Estoy a punto de comérmelo cuando una mano me sujeta del codo. Me doy la vuelta sorprendida y exclamo «¡Oh, lo siento!», hasta que me doy cuenta de que es Alex y de que, sin querer, acabo de ponerle el camarón en la mano.

Ella mira el camarón y luego a mí, antes de encogerse de hombros y comérselo.

—Ven conmigo —dice mientras mastica—. Estamos sentados en

primera fila.

—¿Qué? —respondo, resistiéndome cuando ella tira de mí—: No, yo no…

—No hay nada que discutir —dice mientras avanza—. Tengo órdenes estrictas de mi madre: eres de la familia. —Tengo un nudo en la garganta, una bola de emociones atascada. Me pongo bien el chal sobre los hombros y la sigo hasta su asiento al lado del novio. Alex se sienta en la tercera silla y me dice que me siente en la cuarta, a su lado—. Está a punto de empezar —anuncia—. Mi madre me ha pedido que me sentara para que la gente empiece a entrar. ¿Están viniendo? —Miro detrás de ella y veo que sí, una multitud comienza a avanzar hacia los acomodadores que esperan en la entrada. Los asientos se llenan, el atardecer llega y la escena me quita el aliento—. Llevo años deseando conocerte —dice Alex, mirando el altar, un arco de madera pequeño decorado con flores tan abundantes que quiero extender la mano y pellizcarlas para comprobar si son de verdad—. Bueno, conocerte de nuevo.

—¿A mí? —Ella solo tenía tres años cuando Elliot y yo nos separamos.

¿Nos separamos?, qué raro suena. Otras personas se separan y siguen con sus vidas. Lo que nosotros vivimos fue un luto real. Fue una fisura en las placas tectónicas. El mazo del destino golpeando nuestro punto más vulnerable, justo en el corazón.

Alex asiente y me mira. A sus catorce años, es tan parecida a Elliot que, por un segundo, no respiro, como si me hubieran dado un puñetazo en el plexo solar. Tiene los ojos castaños, grandes detrás de sus gafas. Su pelo es grueso y oscuro, enmarcado por las flores alrededor de su rostro ovalado. Tiene un cuello largo de cisne, manos delicadas y huesudas, muy elegantes. Queda claro que ha aprendido a usar su complexión delgada a su favor. El cuerpo de Elliot siempre pareció más bien una caja de herramientas llena: ángulos marcados, huesos largos y puntiagudos. En ella es, sin embargo, pura geometría.

—Él te quiere tanto —dice Alex—. Te juro que tardó siglos en traer a otra chica a casa. —Mi corazón late más lento—. En serio. Mis padres creían que era gay. Decían «Elliot, sabes que te querremos seas como seas. Solo queremos que seas feliz…», y él respondía «Os lo agradezco mucho», y luego todos lo mirábamos como diciendo «Vale, ¿pues entonces por qué no traes de una vez a tu novio a casa?».

Me río un poco, sin saber qué decir. Con tono vacilante, murmuro:

—Pero en algún momento llevó a alguien. Ella os caería bien, ¿no?

Alex se encoge de hombros.

—Rachel era agradable. —Mi corazón late más lento todavía.

¿Rachel fue la primera novia que llevó a casa? Eso fue ¿cuándo? ¿Hace un año? Alex mira por encima del hombro para ver si ha entrado más gente, y, cuando lo corrobora, se acerca más a mí mientras el guitarrista y el cantante empiezan a prepararse para tocar —. Mi madre la llamó Macy tres veces la primera vez que vino a cenar.

—Uf —digo—, qué incómodo. —Ahora, siento todavía más pena por Rachel. Entiendo muchas más cosas de ese primer encuentro tan triste que tuvimos.

—Un poco, la verdad —dice Alex, sonriéndome—. Con el tiempo, él admitió que había estado enamorado de ti desde que te conoció. Así que me alegra que hayas vuelto a su vida. —Y añade—: Aunque seáis solo amigos. Bueno, ya, me callo. —Se muerde el labio y luego añade hablando muy rápido—: Y siento mucho lo de tu padre, Macy. No me acuerdo de él, pero mi madre me dijo que era un hombre muy bueno.

—Gracias. —La abrazo—. Os echaba muchísimo de menos a todos.

El silencio se apodera de la multitud cuando el guitarrista empieza a tocar un preludio sencillo y solemne antes de que el cantante entone la versión de Jeff Buckley de *Hallelujah*. Veo que en primera fila hay una pareja mayor, supongo que son los abuelos de Else. Están sentados en la sección opuesta a la nuestra mientras Dina y Nick caminan hacia el altar con Andreas en medio. La sonrisa de Dina es tan luminosa que siento un nudo en la garganta y el ardor de las lágrimas en la superficie de los ojos. No es solo por la boda, aunque siempre lloro en las bodas. Es por la canción, por el lugar, por estar de nuevo junto a las personas que más quiero en el mundo. Es por no sentirme sola por primera vez en mucho tiempo.

Andreas se detiene al frente del altar, donde espera con entusiasmo a su novia. Dina toma asiento junto a Alex, pero extiende la mano sobre el regazo de su hija y sujeta la mía con tanta fuerza que siento su amor, su expectación y, sobre todo, su alivio.

Luego llega Nick Jr. con una de las damas de honor. Es robusto, su pecho es colosal, como el de su padre, y es alto. Con una barba espesa, parece más un leñador que un abogado. No puedo imaginármelo trabajando de traje, la verdad.

Después llegan George y Liz, con los brazos entrelazados y sonrisas relajadas. Forman una combinación tan perfecta de caras felices y pasos confiados que me doy cuenta de que estoy sonriendo y de que tengo los ojos llenos de lágrimas.

Alex me ofrece un pañuelo.

—Dos lloronas, una a cada lado.

—Shh —susurra Dina—. Ya verás, eres la siguiente.

Había olvidado que Elliot también caminaría hasta el altar, y verlo con la dama de honor rubia diminuta cogida del brazo y la sonrisa calmada mientras mantiene contacto visual con los invitados es un golpe a mis emociones. No estoy preparada para esto.

Está guapísimo.

Sonriente, ahora con más de un metro ochenta de altura, cómodo en su papel. Me mira después de dejar a la dama de honor cerca del altar, y nuestros ojos se encuentran y se detienen ahí.

Ver a Elliot en el altar con su esmoquin hace que me dé cuenta de lo colosalmente incorrecto que era todo con Sean. De lo incorrecto que sería con cualquiera que no fuera él.

Elliot retrocede, se coloca el primero en la fila de padrinos y consigue apartar los ojos de mí cuando la música cambia y la guitarra empieza a tocar los primeros acordes de *She* de Elvis Costello.

Los invitados se ponen de pie. Sé que debería estar mirando a la novia, pero mi cabeza es la única que mira al frente, incapaz de apartar los ojos de Elliot.

Él percibe mi atención, estoy segura, porque parpadea y gira un poco la cabeza para mirarme de reojo. En sus ojos veo una pregunta irónica: «¿Qué voy a hacer contigo?».

No sé cómo responderle, así que simplemente muevo los labios y, sin emitir sonido alguno, le respondo «Sí».

Sí, soy tuya.

Sí, estoy lista.

Sí, te quiero.



ANTES

VIERNES, 8 DE DICIEMBRE
ONCE AÑOS ATRÁS

—Este libro es increíble —susurró Elliot, pasando la página.

Me retorcí de gusto por dentro. Por fin el señor Esnob Sololeoclásicos se atrevía con Wally Lamb.

Rodé sobre mi estómago y lo miré desde el sillón.

—Te dije que te encantaría.

—Es cierto —responde—. Me encanta.

Por fin teníamos permitido estar juntos en el armario (con la puerta abierta) porque hacía demasiado frío fuera y mi padre no quería escucharnos susurrando todo el día en el piso de abajo.

Nuestro último año de instituto era una locura, y la mayoría de los fines de semana de noviembre los había pasado en Berkeley, preparándome para mi futuro en la universidad. Los dos intentábamos enviar solicitudes a universidades en las mismas ciudades, y nuestro deseo de coordinarnos hacía que hablásemos constantemente. Este era el primer fin de semana que había estado con Elliot de verdad en cinco semanas, y una fuerza poderosa nos acercaba más y más y más, incluso con la puerta del armario abierta.

—Deberías adorarme —le dije.

Él me miró por encima de las gafas con las cejas en alto.

—Ya lo hago.

Sonreí con picardía.

—O convertirte en mi esclavo.

—Lo haría. —Cerró el libro y apoyó los codos en sus muslos largos —. Lo soy. —Ahora, tenía toda su atención.

—Deberías abanicarme con hojas de palmera y alimentarme con uvas diminutas y jugosas.

El aire parecía haberse detenido entre los dos.

—Repite esa palabra —pidió Elliot con voz ronca.

—Abanicarme.

—No.

—Diminutas.

Suspiró, desesperado.

—Macy.

—Uvas.

Cogió su libro de nuevo y emitió un gruñido de cansancio.

—Eres una pesada.

Sonreí, me lamí los labios y le di lo que quería:

—Jugosas. —Él levantó la vista, sus ojos parecían más oscuros que de costumbre. La puerta del armario seguía abierta—. Jugosas —susurré de nuevo y él se arrastró por el suelo para acercarse y besarme en el cuello, haciéndome cosquillas. Me retorcí mientras miraba la puerta—. Eres un friki de las palabras.

Su lengua siguió el camino por mi garganta y lo vi sonreír cuando dijo:

—Méteme la mano en los pantalones.

Me reí y susurré:

—¿Qué? No. Mi padre está literalmente a dos pasos. —Ambos abrimos los ojos de par en par al unísono cuando, en ese instante, el motor del coche arrancó en la entrada; los neumáticos crujieron una y otra vez y luego desaparecieron—. Bueno. Supongo que está más lejos —balbuceé. Elliot retrocedió y me miró, con los ojos oscuros y carnívoros, y sentí que algo se encendía dentro mí, algo burbujeante. Extendí la mano y… Por fin. Puse la mano sobre los botones de sus vaqueros y toqué lo que me moría de ganas de tocar—. ¿Y ahora qué? —pregunté. Estaba pasando. Estaba tocándolo. A él. Estaba tocando a Elliot.

Levantó las cejas.

—¿No lo sabes?

—¿No estoy segura? —dije, y no hice más preguntas cuando él gruñó sonriendo y cubrió mi boca con la suya.

Caímos al suelo, piernas y brazos enredados, labios pegados, cuerpos desordenados, desesperados, casi perfectos. Después de toda la distancia física y las discusiones sobre todo lo que queríamos hacerle al otro, esta ventana de tiempo diminuta de la que disponíamos era un milagro a nuestro alcance.

Nunca había sentido algo así, un anhelo que florecía en mi estómago y se expandía más abajo, ardiente, nublando mis sentidos y reduciendo todo mi universo a esta única sensación y luego a la siguiente.

Me quitó la camiseta. Me abrió la cremallera de los pantalones y se deshizo de ellos. Yo lo ayudé en todo lo que pude, jadeando. Me acerqué más a él, temiendo que, a pesar de la desnudez, no fuéramos a llegar a satisfacer esta nueva voracidad.

Él se inclinó sobre mí, me lamió el cuello, las tetas, y luego sus labios codiciosos succionaron los míos y bajaron otra vez por mi pecho. Su mano presionada contra mi estómago jugueteaba con el borde de mi ropa interior.

—¿Estoy yendo demasiado rápido? —preguntó, respirando agitado,

y sacudí la cabeza, aunque él no podía verme mientras su boca exploraba mis pezones.

—No —dije en voz alta. Estaba yendo demasiado despacio. El fuego recorría de punta a punta cada terminación nerviosa y yo quería más, aunque no sabía con exactitud qué.

—Mierda, Macy… Estoy… Es una locura. Una locura en el buen sentido. Es una locura tenerte debajo de mí.

Me reí porque el tartamudeo de Elliot era, curiosamente, reconfortante, y luego sus labios cubrieron mi boca, tragaron mi risa y él se adueñó de ella mientras su lengua rozaba la mía y su mano sujetaba una de mis tetas y la apretaba. Nuestros sonidos quedaban amortiguados porque apenas podíamos parar para coger aire.

Los dedos de Elliot descendieron de nuevo, deslizándose sobre mis costillas, sobre mi ombligo, en el lugar exacto donde los necesitaba, y él emitió un sonido ahogado mientras yo solté algo inentendible. Acomodó la cadera sobre mí, buscando el ritmo perfecto, mientras deslizaba sus dedos sobre mi piel.

En un segundo, él estaba bajando, quitándome la ropa interior y besando mi vientre, mi cadera y luego más abajo, descontrolado por su deseo, que igualaba al mío. Tembló debajo de mí, entre mis muslos, sus hombros se convulsionaban bajo mis manos, y extrañaba su peso encima, pero lo que fuera que había decidido hacer con su boca me distrajo de cualquier pensamiento coherente. Era una succión suave y cálida, sus manos estaban sobre mis piernas, evitando mi deseo aparente de cerrarlas sobre su cabeza y resistiendo la sensación increíble de su lengua y labios y de sus respiraciones breves. Él estaba haciendo aquello que apenas me había atrevido a imaginar.

Subió de nuevo cuando empecé a gemir, mordía y besaba mi piel, más salvaje de lo que hubiera imaginado, pero, en ese instante, me di cuenta de que esto nunca podría haber sido de otro modo.

—Lo siento —dijo—, quería seguir, pero… —Cerró los ojos, se mordió el labio inferior y gruñó como si intentara mantener la compostura.

—Está bien, ven aquí. —Quería sentir su peso sobre mí. Quería verlo sobre mi cuerpo y luego grabar a fuego la imagen en mi cerebro.

—Ha sido muy fuerte —añadió con una risa sobre mis labios, su boca aún húmeda, y con una urgencia detrás de su tacto que me enloquecía.

Tiré torpemente de su cinturón; luego mis dedos recordaron cómo funcionaba y atravesaron los obstáculos para desabrocharlo. Después, mis manos tocaron la piel desnuda de su estómago plano, su cadera marcada, el vello suave. Le bajé, sin timidez, los pantalones hasta las

rodillas.

Puso su peso sobre mí, erecto y grueso contra mi cadera, y arqueé la espalda hacia él, deseando frotarme contra su cuerpo.

—Quiero hacerlo —dije, y busqué hasta encontrarlo. Mi mente se hizo papilla al oír el sonido que emitió Elliot, al sentirlo tan caliente y duro en mi mano—. ¿Tú quieres?

—¿Tener sexo contigo? —preguntó, asintiendo de modo frenético, con los ojos extasiados—. Sí. Sí, quiero. Quiero, quiero, quiero, Macy, pero, mierda, no tengo condones.

—Píldora —jadeé mientras él se movía; sentí que se deslizaba sobre mi muslo. Piel suave contra algo nada blando.

Elliot levantó la cabeza, sorprendido.

—¿Tomas la píldora?

—Era una de las reglas de mi madre. Mi padre me hizo empezar a tomarla en octubre.

Él metió la mano entre los dos y, cuando se frotó contra mí, perdí por completo la cabeza.

Apenas lo oí preguntarme:

—¿Estás segura, Mace? Mírame.

Ante el pulso suave de su voz, aparté mi mirada del lugar fascinante por el que él estaba a punto de entrar en mí y lo miré a los ojos, que estaban casi negros, llenos de voracidad, pero a la vez eran pacientes y expectantes.

—Por favor —dije. Sentía tanto placer que, si continuaba frotándose así contra mí…—. Estoy segura.

Me miró y se guio a sí mismo hasta el lugar correcto antes de inclinarse sobre mí y apoyar los codos cerca de mis hombros. Esto parecía lo más natural del mundo: subí las piernas hacia su cadera, sus labios se encontraron con los míos. Él avanzó un centímetro. Aún no estaba dentro, pero casi.

—No creo que esto vaya a ser una maratón —gruñó—. Casi ya no aguanto más.

—Solo quiero sentirte.

Él avanzó un poco más, pero se detuvo cuando grité ante la conmoción, me sentía sobrepasada. Sus ojos se clavaron en mi cara y luego se quedaron en blanco cuando puse mi pierna alrededor de su muslo para empujarlo con brusquedad dentro de mí.

Le mordí el hombro ante la punzada de dolor, su cuerpo amortiguó mi grito. Elliot elevó despacio la cadera y luego entró de nuevo, y sentí el placer y el dolor intenso que me causó, una y otra vez mientras empezaba a moverse más, entrando y saliendo de mí, una y otra vez, más rápido.

—¿Estás bien? —jadeó.

—Sí —logré emitir con dificultad.

—Oh, Dios, voy a… —Lo sostuve sobre mí, con los brazos y las piernas enredados en él, mis ojos apretados ante la tensión firme, mi corazón quería mantenerlo dentro de mí más de lo que mi cuerpo necesitaba expulsarlo—. Voy a correrme —jadeó, y luego tembló bajo mis manos, su respiración entrecortada y sus hombros tensos al caer sobre mí.

Sentí su placer. Sentí cada cambio en mi interior.

En un eco, en alguna parte, oí ruido, pies, una voz. El deseo aún resonaba en mí, latente sobre el dolor intenso entre mis piernas.

De pronto, las manos de Elliot desaparecieron, noté todo mi cuerpo frío sin su peso encima, y me sentí extraña e inmediatamente vacía. Con la mente mareada, me di cuenta de que él estaba incorporándose rápido e insistiendo para que yo hiciera lo mismo.

—¿Macy? —dijo mi padre desde abajo. O desde el fondo del mar, no estaba segura.

La cara de Elliot apareció enfocada ante mí, con el ceño cubierto de sudor, los ojos abiertos de par en par, los labios rojos y aún húmedos por mis besos.

—Levántate, Mace.

Sobresaltada al recuperar la consciencia, encontré de algún modo la voz y respondí, ronca:

—¿Sí, papá?

Elliot se puso los pantalones y la camiseta a toda velocidad mientras mis dedos torpes luchaban por vestirme. Hice una pausa al ver el hilo de sangre brillante en mi muslo, miré a Elliot, confundida, y él clavó sus ojos en los míos mientras se abrochaba los botones del pantalón.

—¿Estás bien? —susurró.

Oímos pasos en el pasillo del piso superior.

—Sí. —Me puse de pie sobre mis piernas débiles y temblorosas para encontrar mi camiseta, me la puse y escondí mi sujetador debajo de un cojín con el pie justo antes de que mi padre entrara.

Mi padre se detuvo en la puerta y asimiló la escena. Elliot, que se había lanzado sobre los cojines en una esquina, leía mi copia gastada de *El club de la buena estrella* sin las gafas puestas. Tenía la cara roja, estaba agitado. Yo estaba de pie cerca de la puerta y me di cuenta de que no tenía ni idea del aspecto de mi pelo, pero me imaginé que estaría hecho un desastre. Elliot había hundido los dedos en él, había deshecho mi trenza y había deslizado las manos por mi melena una y otra vez.

Mi cuerpo vibró ante el recuerdo.

Mi padre me miró y sonrió con picardía.

—Hola —dije.

Y, a su favor, simplemente respondió:

—Hola, chicos.

—¿Todo bien? —pregunté, intentando no respirar rápido.

—Mace, cielo, lo siento, pero ¿crees que podrías estar lista para que nos vayamos en una hora? Me acaban de mandar un fax y tenemos que volver esta noche. —Su arrepentimiento parecía genuino.

Pensé que todavía me quedaban dos noches más con Elliot, pero, a pesar de que la decepción aplastante me invadió, asentí con buen humor.

—No hay problema, papá.

Saludó a Elliot con un gesto de la mano, él respondió igual, y luego se fue.

Despacio, me di media vuelta. Elliot tenía los ojos cerrados y las manos sobre la cara mientras, por fin, respiraba, sin necesidad ya de aparentar tranquilidad.

Me acerqué a él y me acurruqué en su regazo, desesperada por sentirlo de nuevo en contacto conmigo.

—Mierda, casi nos pilla —susurró. Asentí. No quería irme. La adrenalina recorría mis venas y hacía temblar mis extremidades. Quería quedarme con él y hablar sobre lo que acabábamos de hacer. Él me dio un beso en la sien—. Estabas sangrando. Sé que es… normal, pero solo quiero estar seguro: ¿te he hecho daño?

Miré el techo, intentando dar con una respuesta que fuera sincera y reconfortante a la vez.

—No más de lo que me esperaba.

Sus labios encontraron los míos. Besos lentos y cautos cubrieron mi boca, mi mentón, mis mejillas.

—Tienes que hacer las maletas —dijo a regañadientes.

—Sí.

Se puso de pie y me levantó con él antes de soltarme.

—¿Me mandarás un correo esta noche? —Asentí. Aún temblaba. Por lo que acabábamos de hacer… y porque casi nos descubren haciéndolo. Él me agarró la cara con ambas manos y me miró a los ojos—. ¿Ha estado… bien?

—Sí. —Reprimí una risita nerviosa—. Es decir… quiero hacerlo otra vez. —La adrenalina me hacía sentir acelerada y enérgica.

—Está bien. —Asintió con entusiasmo—. Bueno, entonces, ¿hablamos? ¿Estás bien?

—Sí. —Sonreí—. ¿Tú?

Él exhaló, más tranquilo.

—Me iré a casa, me daré una ducha larga y lo recordaré todo, excepto el minuto en que tu padre ha aparecido y yo aún tenía una erección.

Me apoyé en él, con la frente sobre su pecho.

—No quiero irme.

Él posó los labios sobre mi cabeza.

—Lo sé.

—¿Acabamos de hacerlo? —pregunté en voz baja.

Con los pulgares, inclinó mi cara para que lo mirara a los ojos.

—Sí. Lo hemos hecho.

Me besó en los labios una, dos veces, con suavidad, y luego me dio un tercer beso profundo. Después se apartó, me besó la punta de la nariz y salió del armario.

Y pensé, mientras escuchaba sus pasos bajar la escalera, en lo extraño y maravilloso que era que nunca nos hubiéramos dicho «te quiero». No había sido necesario.



AHORA

DOMINGO, 31 DE DICIEMBRE

—A pesar de haber nacido del mismo par de padres y de haber sido criados en la misma casa, Andreas y yo no podríamos ser más diferentes —dice Elliot como apertura de su discurso antes del brindis, mientras se mete una mano dentro del bolsillo de sus pantalones de traje. Está de pie frente al mar de mesas, flores y velas, con una sonrisa burlona en la boca—. Yo era buen estudiante, él era… —Elliot se rasca una ceja—. Bueno, él era todo un atleta. —Los invitados se ríen con complicidad—. Yo era nervioso, él era muy calmado. —Otra risa de aprobación—. Yo aprendí latín, él se comunicaba a base de gruñidos y de fruncir el ceño. —Ante esto, yo también me río con ganas—. Pero cualquiera que nos conozca sabe que tenemos una cosa importante en común. —Elliot me mira de reojo, casi como si no pudiera evitarlo, y, luego, mira de nuevo a Andreas—. Cuando amamos, amamos para siempre.

Un murmullo emotivo recorre la sala, y mi corazón se disuelve en un charco de miel tibia.

—Andreas conoció a Else cuando tenía veintiocho años. Claro que ya había tenido novias antes, pero ninguna como ella. Un sábado, Andreas entró en casa de nuestros padres como si estuviese fuera de sí: los ojos abiertos de par en par, la boca abierta hasta el suelo, incapaz de hablar, ni siquiera con su vocabulario básico habitual. —Brotan las risas de nuevo, todos se divierten y se emocionan—. La trajo a cenar como si fuera la reina de Inglaterra en persona. —Elliot le sonrió a su madre—. Andreas le insistió a mi madre para que cocinase un banquete. Le insistió a mi padre para que no pusiese de fondo un partido de fútbol. Me insistió a mí para que no hiciera nada raro, como citar a Kafka o hacer trucos de magia. En un hombre que nunca había limpiado su habitación por voluntad propia, ese comportamiento meticuloso era llamativo. —Mi sonrisa se expande, siento mucha ternura—. Y, desde entonces, él ha sido cada día atento, leal y entregado. Durante cuatro años los he visto enamorarse cada vez más. Decir que Else es perfecta para Andreas sería quedarme corto. Aparentemente, le gustan los idiotas. —Elliot levanta su copa, sonriendo con calidez y mirando a su hermano y a su nueva cuñada—. Else, bienvenida a nuestra familia. No puedo prometerte que no haya jaleo, pero sí te prometo que nunca te querrán tanto como en nuestra casa.

Todos aplauden y brindan. Elliot los abraza a los dos y luego vuelve a su asiento, a mi lado.

Debajo de la mesa, me agarra la mano. La de él tiembla.

—Has estado estupendo —le digo.

Él se aproxima, sonriendo mientras se mete un bocado de salmón en la boca con la mano libre.

—¿Sí?

Me acerco y le doy un beso en la mejilla. Su piel es cálida y un poco áspera, como la lija más suave de todas. Me esfuerzo para no sacar los dientes y darle un mordisquito.

—Sí.

Cuando aparto los labios, veo que le he dejado una marca del pintalabios en forma de corazón. Extiendo la mano y lo limpio con el pulgar, aunque me gustaba cómo le quedaba. Elliot continúa comiendo, sonriéndome mientras me preocupo por su aspecto, y nunca en toda mi vida me he sentido tan cercana y comprometida con alguien.

Es una sensación burbujeante, como la de emborracharse tras un chupito de tequila. Siento que dibuja un sendero cálido desde mi garganta hasta mi estómago. Todo parece arder. Muevo su mano sobre mi regazo, en lo alto de mi muslo. Él detiene el tenedor camino a su boca y me sonríe con picardía, pero luego se come el bocado, lo mastica y se inclina a su izquierda para escuchar lo que Andreas tiene que decirle cuando le toca el hombro.

La música del primer baile empieza, y Andreas y Else se ponen de pie y avanzan hasta el centro del salón, donde bailan solos unos acordes antes de que el DJ invite a todos a la pista. Y luego, Dina y Nick se unen, también los padres de Else. Elliot me mira con las cejas en alto haciendo una pregunta evidente… Allá vamos.

Me lleva al centro de la pista, me rodea la cintura con un brazo y me aprieta contra él: pecho con pecho, estómago con estómago, cadera con cadera.

Nos balanceamos. Ni siquiera estamos bailando de verdad. Pero la cercanía enciende mi cuerpo en llamas, y siento que el suyo también. Noto que está empezando a tener una erección, su postura expone la voracidad que siente.

Yo también lo quiero más cerca. Pongo una mano en la suya y dejo que la otra se deslice sobre su hombro y por su cuello y, luego, despacio, por su pelo. Elliot pone nuestras manos unidas sobre su pecho y después inclina la cabeza y presiona su mejilla contra la mía.

—Te quiero —dice—. Y siento no poder controlar mis instintos cuando estoy contigo.

—No pasa nada. —Cuento quince latidos antes de ser capaz de añadir—: Yo también te quiero.

Él reacciona con la respiración entrecortada y un temblor leve en los hombros; es la primera vez que me ha oído decírselo.

—¿Sí?

Deslizo la mejilla sobre la de él cuando asiento.

—Siempre lo he hecho. Lo sabes.

Sus labios están tan cerca de mi oreja que la rozan cuando pregunta:

—Entonces, ¿por qué me dejaste?

—Estaba dolida —le digo—. Me quedé destrozada.

Ahora reacciona. Sus pies se detienen en el suelo.

—¿Qué te destrozó?

—No quiero hablar del tema aquí.

Él retrocede, sus ojos se mueven mirando los míos como si estuviera desencriptando distintos mensajes a la vez.

—¿Quieres irte?

No lo sé. Quiero irme… pero no para hablar.

—Ahora no —digo—. Más tarde está bien.

—¿Adónde?

Adonde sea. Solo sé que necesito estar a solas con él. Lo necesito de una manera imperiosa y tensa. Deseo estar a solas con él.

Lo deseo a él.

—No me importa adónde vayamos. —Pongo mi otra mano sobre su pecho, y luego alrededor de su cuello y en su pelo. Elliot deja de respirar cuando entiende lo que estoy haciendo: acercándolo a mí para que me bese.

Sus labios tocan los míos con ganas, sus manos me sujetan la cara para mantenerme cerca, como si mi beso fuera algo delicado y fugaz.

Su beso es una plegaria dolorosa; la devoción brota de él. Succiona mi labio inferior, mi labio superior, inclina la cabeza para besarme más, y entra en mi boca antes de que yo retroceda y le recuerde con una mirada dónde estamos y cuántas personas nos están viendo.

Pero a Elliot no le importa. Me coge de la mano y me lleva hasta el jardín.

Nuestros zapatos crujen sobre el césped húmedo. Me levanto el vestido para no pisarlo y correteo detrás de él.

Nos adentramos más en el sendero, en la oscuridad, donde lo único que escucho es el zumbido de los insectos y el viento que sopla entre las hojas. Las voces desaparecen a nuestras espaldas.



ANTES

DOMINGO, 31 DE DICIEMBRE
ONCE AÑOS ATRÁS

Mi padre se materializó a mi lado, con una copa de champán para él y una copa de algo que olía sospechosamente a bebida sin alcohol para mí.

—¿Ni siquiera puedo beber un poco? —pregunté, fingiendo que fruncía el ceño—. Esta fiesta es un asco.

Mi padre se lo tomó con calma, y centró la atención en la sala, porque esta fiesta, evidentemente, no era un asco. Estábamos en el Garden Court, en el Palace Hotel, y estaba lleno de personas elegantes cubiertas de joyas, y, por suerte, todas se mostraban sorprendentemente alegres. La habitación entera había sido decorada con miles, quizás incluso millones, de luces blancas diminutas. Pasábamos Año Nuevo en el centro de una constelación. Aunque estaba lejos de Elliot, no podía quejarme.

Faltaban pocos minutos para la medianoche, y la multitud era cada vez más voluminosa a nuestro alrededor; se agrupaban cerca de la barra para que todos pudieran tener una bebida en mano antes de la llegada del Año Nuevo.

Debajo de mi brazo, mi bolso empezó a vibrar. Miré a mi padre, quien asintió para darme permiso, y salí al pasillo.

Miré el teléfono. Las doce menos cinco. Elliot me llamaba.

—Hola —dije sin aliento.

—Hola, Mace. —Su voz era lenta y feliz.

Me mordí el labio para evitar reírme.

—¿Acaso ha bebido un par de cócteles, señor Petropoulos?

—Uno o dos. —Rio—. Parece que no tengo mucho aguante.

—Porque no sueles beber. —Avancé por el pasillo silencioso y me apoyé contra la pared. El clamor de la fiesta desapareció en un sonido confuso: voces, copas brindando, música—. ¿Dónde estás?

—Fiesta. —Se quedó en silencio, y oí ruido de fondo, un timbre a lo lejos—. En casa de alguien.

—¿De alguien?

Él vaciló, y con la inhalación de aire que oí en el teléfono y el modo en el que contuvo la respiración, supe lo que vendría.

—De Christian.

Durante un segundo, guardé silencio. Lo poco que sabía sobre Christian bastaba para sentirme algo incómoda al respecto. Las cosas


siempre se volvían salvajes cuando Christian estaba cerca, al menos eso decía Elliot.

—Ah.

—Nada de *ah*, señorita —dijo con voz grave y lenta—. Es una fiesta en una casa. Es una fiesta con mucha gente en una casa grande.

—Lo sé —respondí, inhalando profundo—. Pero tómatelo con calma. ¿Te lo estás pasando bien?

—No.

Sonriendo, pregunté:

—¿Quién más está ahí?

—Gente —balbuceó—. Brandon. Christian. —Una pausa—. Emma. —Mi estómago se cerró—. Otras personas del insti —añadió rápido. Oí que algo caía y se rompía en el fondo, el silencio de Elliot y una chica riendo y diciendo su nombre antes de que él se moviese a un sitio más silencioso—. Y, no sé, Mace. No estás aquí. Así que me importa una mierda quién esté aquí. —Reí, tensa. Esta llamada parecía un empujón hacia el futuro; hacia una vida donde bebíamos cerveza juntos, íbamos a la misma universidad y pasábamos horas y horas a solas. Sentí nuestro futuro acercándose lentamente. Tentándonos—. ¿Dónde estás? —preguntó.

—Estoy en la fiesta de etiqueta.

—Cierto, cierto. Solo para gente elegante.

Miré por encima de mi hombro hacia el salón de baile.

—Todo el mundo está borracho.

—Suena horrible.

—Suena como tu fiesta —repliqué, observando que mi padre charlaba en el extremo opuesto del salón con una mujer rubia muy guapa—. Mi padre se lo está pasando bastante bien.

—¿Te has puesto elegante?

Miré mi vestido verde con brillos.

—Sí, un vestido verde de lentejuelas. Parezco una sirena.

—¿Como una princesa Disney?

Reí.

—No. —Me pasé una mano sobre el estómago y añadí—: Pero creo que te gustaría.

—¿Es corto?

—Mmm, no. ¿Hasta la rodilla?

—¿Ajustado?

Mordiéndome el labio, bajé la voz. Algo innecesario, sin duda, porque la fiesta era un caos de ruido, música y voces.

—No es pegado al cuerpo. Pero es… entallado.

—Eh —gruñó—. ¿No preferirías estar ahora mismo en vaqueros y

sudadera conmigo? ¿Sobre mi regazo?

Reí ante su falta de filtro.

—Sin duda.

—Te quiero —dijo. Me paralicé, cerré los ojos al oír esas palabras. «Dilo otra vez», pensé, y luego, de inmediato, me pregunté si realmente quería escucharlo hacer esa confesión en ese estado: borracho (por primera vez hasta donde sabía) y a muchos kilómetros de mí—. De verdad —gruñó—. Mierda, te quiero tanto. Te quiero, y te deseo. Te quiero y quiero pasar la vida contigo. Para siempre. Eh… ¿Macy? ¿Te casarías conmigo?

El tiempo se detuvo. Los planetas se alinearon y se separaron. Pasaron años. Las voces, la música y el brindis de las copas a mi alrededor desaparecieron y solo oía el eco de su propuesta.

Emití un balbuceo de sonidos diversos antes de ser capaz de hablar.

Por desgracia, lo primero coherente que pude decir fue:

—¿Qué?

—Mierda —gruñó—. Mierda, acabo de estropearlo todo.

—¿Elliot…?

Su voz sonó amortiguada cuando dijo:

—¿Vendrías a verme? Quiero pedirte que te cases conmigo. En persona.

Miré la sala a mi alrededor, mi corazón era un rayo ardiente en mi pecho.

—Es que… Ell… No sé si podré ir esta noche. Es demasiado.

—Es demasiado. Pero es real.

—Está bien, te entiendo —dije, apretando los ojos cerrados con los dedos. Me había dicho que me quería y me había pedido que me casara con él en una misma conversación. Por teléfono—. Es solo que… mi padre nunca me dejaría conducir con tanta gente borracha en la calle. —Elliot se quedó en silencio tanto tiempo que tuve que mirar el teléfono para asegurarme de no haberme quedado sin cobertura—. ¿Elliot?

—¿Me quieres?

Exhalé, parpadeando entre las lágrimas. No quería que esta conversación fuera así, no quería discutir así nuestro futuro, pero el destino tenía otros planes.

—Sabes que sí. Pero no quiero hacer esto por teléfono.

—Sé que no quieres, pero ¿entiendes lo que quiero decir? ¿Quieres casarte conmigo? ¿Quieres que esto dure para siempre? Los dos, nuestra biblioteca, ir de paseo a todas partes, viajar. ¿Quieres tocarme, estar conmigo, despertarte con mi boca sobre la tuya? ¿Quieres que sea el que te haga tener orgasmos o…, mierda, el que te

mire tenerlos o lo que sea? ¿Piensas en una vida conmigo o en casarte conmigo?

—Ell…

—Yo sí —dijo en un susurro veloz—. Todo el tiempo, Macy.

Casi no podía hablar, mi pulso estaba demasiado acelerado.

—Sabes que yo también.

—Ven conmigo esta noche, por favor. Macy, por favor.

Las trompetas empezaron a sonar, el confeti caía de contenedores invisibles en lo alto de mi cabeza, pero solo oía el crujido de la línea telefónica.

—Iré el finde que viene, ¿vale?

Él suspiró; cabía un universo entero en ese suspiro.

—¿Me lo prometes?

—Por supuesto que te lo prometo. —Miré al otro lado de la sala y vi a mi padre caminando hacia mí, con una sonrisa poco común. El ruido invadía el otro lado del teléfono y ya casi no escuchaba a Elliot.

—¿Macy? ¡No te oigo! Hay demasiado ruido.

—Ell, ve a divertirte, pero ve con cuidado, ¿vale? Podrás darme mi beso de Año Nuevo el próximo sábado.

—Bueno. —Hizo una pausa; sabía lo que él esperaba que dijera, pero no lo haría por teléfono. En especial porque, con tanto ruido, tendría que gritarlo y ni siquiera estaba segura de que él fuera a recordarlo.

—Buenas noches —dije. Él se quedó silencio y miré el teléfono un instante antes de ponérmelo de nuevo en la oreja—. ¿Ell?

—Que descanses, Mace.

Cortó la comunicación.



No recuerdo nada de la fiesta después de esa llamada. Tras un abrazo y un baile con mi padre, di vueltas por el pasillo fuera de la pista durante media hora.

Odiaba no estar con Elliot para tener por fin la conversación.

Odiaba que hubiéramos cruzado esa línea inmensa, que hubiéramos reconocido la existencia de un futuro fuera del armario, en el mundo real, con una relación real, y que él estuviera a kilómetros y kilómetros de distancia, y encima borracho.

Odiaba cómo había sonado su «buenas noches».

—Macy, ¿por qué estás aquí fuera? —preguntó mi padre. Sus zapatos resonaron sobre el mármol cuando se acercó a mí y el rugido de la fiesta parecía agua fría sobre mi piel—. ¿Quieres irte?

Lo miré, asentí y rompí a llorar.



—No entiendo el problema —dijo mi padre, haciendo una maniobra brusca. Lo miré para asegurarme de que estuviera sobrio. No lo había visto beber, pero por si las moscas—. ¿Has tenido una conversación buena con Elliot y estás preocupada por eso?

—Es que no me gusta cómo ha acabado la conversación —admití —. Ojalá estuviese allí, con él.

—Siempre habéis pasado más tiempo separados que juntos. ¿No es normal que te sientas así? —preguntó mi padre, siempre lógico. Siendo justa, él no tenía todos los detalles. No le había contado que Elliot me había dicho que me quería. Ni que me había propuesto matrimonio.

—No sé, ha sido raro.

A diferencia de Elliot, mi padre no solía ser insistente.

Después de veinte minutos de silencio, mi padre se detuvo en la entrada de nuestra casa y, despacio, apagó el motor. Se giró hacia mí y dijo en voz baja:

—Ayúdame a entenderte.

—Es mi mejor amigo —empecé, sintiendo la tensión de las lágrimas en la garganta—. Creo que a ambos nos preocupa lo que pueda pasar cuando decidamos a qué universidad ir y lo que sucederá después… cuando no nos veamos cada fin de semana. Esta noche he sentido que la llamada ha acabado mal, y no quiero ni pensar en que algo malo pase entre los dos. —Sentada, miraba el salpicadero del coche intentando no llorar—. A veces me pregunto si deberíamos ser solo amigos, para no tener que preocuparme por perderlo.

Mi padre frunció los labios, pensando.

—Entonces, él es tu Laís. —Mis ojos se llenaron de lágrimas al oír el nombre de mi madre. Me padre llevaba años sin decirlo—. Sois muy jóvenes, pero…, si él es esa persona para ti —continuó mi padre—, no podréis ser solo amigos. Querrás dárselo todo, demostrarle cada segundo que lo quieres. —Las lágrimas rodaban por mis mejillas—. Hubiera aceptado cualquier cantidad de tiempo, por pequeña que fuera, por estar con tu madre —susurró y se dio la vuelta para mirarme—. Hubiera aceptado lo que fuera. No me arrepiento ni un segundo de haberla elegido a ella, incluso después de irse tan pronto.

Asentí con la garganta tensa.

—Siento que estoy perdiendo demasiado tiempo lejos de él.

—No será siempre así.

—¿Puedo ir a la cabaña esta noche? —le pregunté.

Él me miró en silencio un instante largo.

—¿Hablas en serio?

—Sí.

Mientras cerraba los ojos, mi padre respiró hondo un par de veces.

—¿Irás con cuidado?

El alivio me destensó las extremidades.

—Sí, te lo prometo.

Mi padre miró al frente por el parabrisas hacia nuestra entrada, su coche viejo estaba aparcado allí.

—He llenado el depósito del Volvo esta mañana. Puedes usarlo. —Me incliné sobre él y lo abracé—. ¿Me llamarás en cuanto llegues?

Asintiendo sobre su cuello, prometí que lo haría.



AHORA

DOMINGO, 31 DE DICIEMBRE

Elliot se detiene en frente de un olivo y se da la vuelta para mirarme. Tan lejos de la fiesta, el sonido de los grillos es ensordecedor; la boda es un zumbido distante. Parece que hayamos caminado kilómetros y que ahora nos encontremos en otra parte, en un lugar distinto, lejos del ruido.

Vale, ¿y ahora qué?, ¿por dónde empezamos?

Yo quiero empezar tocándolo.

Puede que él prefiera empezar con palabras, explicaciones y disculpas: mías y suyas. Aún hay tanto que necesito decirle.

Su pecho sube y baja con la fuerza de su respiración, y mis pulmones parecen revolotear en mi interior, esforzándose por inhalar.

Espero que él diga algo, en cambio, se deja caer de rodillas, me rodea la cadera con los brazos y hunde el rostro en mi estómago. Paralizada, miro la parte superior de su cabeza, intentando traducir el temblor en sus hombros.

Está llorando.

—No, no —susurro. Mis manos tocan su pelo, inclinan su rostro, y me agazapo, lo empujo despacio contra un árbol, me arrastro hacia él hasta que su cara está tan cerca de la mía que parece borrosa. Tan cerca que él es lo único que veo. Le quito las gafas y las dejo con cuidado sobre el césped.

—¿Qué estamos haciendo? —susurra.

—Te he echado de menos. —Me acerco, le beso el cuello, la mandíbula.

Él me aparta y veo que dos lágrimas gruesas ruedan sobre mi pómulo.

—Creí que nunca podría tocarte de nuevo.

—Yo también.

Se muerde el labio inferior, con los ojos abiertos de par en par.

—Aceptaré cualquier cosa que me des. ¿Suena patético?

Me acerco, mis labios tocan los suyos, inhalo el aroma limpio de *after shave* y el aroma intenso del césped, y necesito oxígeno para mantener la consciencia.

Él abre la boca sobre la mía, y se incorpora con una exhalación intensa; sus manos sostienen mi mandíbula otra vez. Con urgencia, vuelve a por más, inclinando la cabeza, mordiendo y lamiendo, y necesito más profundidad, más. Mis labios, mis dientes, mi aliento

silencian sus gemidos. Pasa las manos por debajo de mi vestido, lo sube hasta mi cintura mientras yo tiro y le quito la pajarita y le desabrocho la camisa.

Elliot desliza sus dedos fríos dentro de mi muslo. Su pecho arde bajo mis manos y actúo: deslizo las palmas sobre su clavícula y bajo por su estómago; quiero sentir cada centímetro de su piel.

Él gruñe palabras ininteligibles cuando me toca por encima de la ropa interior. Y luego, me pasa los dedos sobre el ombligo y los baja con cautela, explorando debajo del encaje. Subo las rodillas para ayudarlo a acceder al lugar que desea su tacto más que cualquier otra cosa en la galaxia.

—¿Estás tan húmeda por mí? —pregunta, y se detiene para mirarme a los ojos. Introduce los dedos, acariciándome con el pulgar —. ¿Esto es por mí?

Asiento, y su incredulidad es contagiosa; es lo que amplifica cada roce, lo que hace que me mueva con él, que lo muerda mientras me toca. Es lo que hace que me salga de mi cuerpo y que sienta más que nunca. Justo ahí, dos caricias, más arriba. Dos más.

—Ell.

—Sí.

—Voy a correrme.

Su sonrisa curva me responde:

—Bien.

Mis manos lo tocan todo, su cinturón, su cremallera.

—Espera —le digo a mi cuerpo—. Oh, Dios, estoy a punto.

Espera.

Resiste. Espera.

Él no se detiene y me mira.

—¿Quieres…?

Mete los dedos más fuerte, más rápido.

Con torpeza, meto la mano dentro de su pantalón y lo encuentro: tieso y ardiente; cierro la mano a su alrededor y me muevo, inclinándolo, llevándolo hacia mi humedad.

Él gruñe al penetrarme y el sonido despierta en mí algo salvaje y primitivo.

El alivio de sentirlo rígido y famélico, por fin deslizándose dentro y fuera de mí; es una estrella que implosiona, que hace que el fuego recorra mis venas. Él gime diciendo que no quiere correrse todavía, que no quiere parar. Yo estoy al límite, y acabo corriéndome tras tres penetraciones intensas. Él arriba, yo abajo.

Los grillos y Elliot se quedan en silencio ante los gemidos agudos.

Siento el latido de su pulso donde mis labios rozan su garganta.

Pero luego, Elliot pone la mano en mi mandíbula, me agarra la cara y la inclina hacia él.

—¿Sí? —susurra. Asiento entre sus manos, sintiendo el peso de Elliot en mi interior—. Uf —dice mientras me besa—, esto es increíble.

Todo se reduce al movimiento ondulante de mi cadera y a nuestros besos suaves. Apenas me muevo. Solo es un balanceo, un apretón. Supongo que hará falta un poco más para que me diga que está a punto de correrse.

Aprieto mis labios sobre los suyos y pregunto:

—¿Quieres que pare?

—Solo si no te gusta. —Su lengua encuentra la mía y gime—. Macy, cariño, estoy a punto.

No sé por qué en este momento asimilo la realidad: estamos haciendo el amor, aún vestidos, en los jardines, en la boda de su hermano. Pero cuando Elliot acabe, quiero que sus manos toquen mi piel sudada, no la seda aplastada de mi vestido. Siempre que nos hemos tocado ha sido prácticamente vestidos.

Extiendo las manos hacia atrás, abro la cremallera, bajo las tiras del vestido y me libro del sujetador.

De la boca de Elliot solo salen palabras de aprobación llenas de calor y dulzura. Siento su lengua en mis pezones. Y, por dentro, siento que él entra más profundo, que trepa, siento que necesita más que el balanceo suave que le estoy entregando; él sigue chupándome, succionando, haciéndome vibrar.

Una vez más, estamos llegando al clímax. Ahora, más rápido, reboto sobre él tres, cuatro, cinco, seis veces…

—Mierda.

Me muerde, salvaje.

—Sí.

Elliot me sorprende cuando sus manos firmes caen sobre mi cadera y me penetra, con la boca abierta sobre mi pecho.

Pero incluso después de haber acabado, su lengua acaricia mi pezón erecto y me calma. Aún siento sus espasmos. Su respiración es una exhalación tensa sobre mis tetas.

Mis dedos enmarañan su pelo, lo aprietan contra mí. Siento escalofríos en la piel mientras él desliza sus manos, sujeta mi espalda y me aprieta contra él.

Se ha corrido dentro de mí.

Aún está dentro de mí.

¿Qué acabamos de hacer?

¿Y cómo he podido pasar tanto tiempo sin él?

De pronto, hacer el amor con él parece vital, como el aire, el agua y el sol.

Me mira, expectante, y acerco mi boca para encontrar la suya y aliviarme.

Es familiar y extraño a la vez. Su piel es más áspera por la barba incipiente, sus labios son más firmes. Dentro de mí, sé que es más grande.

Empiezo a apartarme, preocupada por no mancharle el esmoquin, pero él me mantiene quieta.

—Aún no —dice sobre mi boca—. Quiero quedarme aquí. Aún no me creo que esto esté pasando.

—Yo tampoco. —Estoy perdida en el movimiento perezoso de su lengua, en los besos que se me derriten en la boca.

—Me gustaría repetir.

Sonrío.

—A mí también. —Él mueve la boca hasta mi cuello y su mano izquierda acaricia mi pecho—. ¿Es raro sentir que estás acostándote con alguien que te resulta nuevo y familiar al mismo tiempo? —pregunto.

Eso le hace reír, y se inclina para besarme la clavícula. Retrocede y susurra:

—¿Quieres saber algo aún más raro?

Cierro los ojos.

—Quiero saberlo todo.

Y, por primera vez en más de una década, es verdad.

—Tardé años en acostarme con alguien que no fueras tú. Fuiste la única mujer con la que estuve hasta los… Bueno, durante mucho tiempo. —Sus palabras dan en el blanco y, de pronto, el pavor me invade—. Te quiero desde siempre y para siempre —continúa Elliot, moviendo los labios sobre mi clavícula. Despacio, abro los ojos, y él me mira—. Al menos desde el instante en que pensé por primera vez en el amor, el sexo y las mujeres. —Aún está dentro de mí. Sonríe y la luz de la luna brilla sobre el ángulo marcado de su mandíbula—. Nunca he deseado a nadie como te deseo a ti. Y tardé mucho tiempo en desear a alguien más sexualmente. —Me siento en el centro de un tornado. A mi alrededor, pasan cosas, pero en mi mente, todo está en silencio. Ante mi quietud, primero abre los ojos de par en par y luego los cierra con pesadumbre—. Dios, me estoy pasando de intenso.



ANTES

LUNES, 1 DE ENERO
ONCE AÑOS ATRÁS

Cuando bajé del puente Richmond, llamé a Elliot y escuché el pitido de la línea, hasta que respondió el buzón de voz. Unos diez minutos después de emprender el viaje en coche, me había dado cuenta de que no sabía dónde vivía Christian, ni tampoco cuánto tiempo más estaría Elliot allí. Era ya la una de la madrugada; quizás Elliot hubiese vuelto a casa y se hubiese metido en la cama, y no podría verlo sin despertar al resto de su familia.

La autopista 101 se extendía oscura ante mí; cada poco aparecían los puntos luminosos de las luces traseras de otro coche. No había casi nadie y sentí miedo. Al poco rato de trayecto intenté llamarlo otra vez y, esta vez, me respondió una voz masculina.

—Hola, ¿está Elliot? —Escuchaba ruido de fiesta y borrachera de fondo. Una combinación amarga de alivio y fastidio se retorció en mi interior. Eran casi las dos de la mañana y él (o al menos su móvil) aún estaba en la fiesta—. ¿Está Elliot? —pregunté una vez más.

—¿Quién es?

Hice una pausa.

—¿Quién eres tú?

El chico inhaló y su respuesta fue tensa, como si tuviese algo atragantado.

—Christian.

—Christian, soy Macy.

Él soltó una exhalación larga y controlada.

—¿La Macy de Elliot?

—Sí —confirmé—, su novia, Macy.

—Oh, mierda. —La línea se quedó en silencio, amortiguada, como si alguien hubiera puesto una mano sobre él teléfono. Cuando Christian volvió a hablar, simplemente dijo—: Elliot no está.

—¿Se ha ido a casa sin su móvil? —pregunté.

—Nah.

Confundida, insistí:

—Entonces, ¿cómo puede ser que no esté ahí si sabes que no se ha ido a casa?

—Macy. —Una risa lenta, y luego—: Estoy demasiado drogado para entender lo que acabas de decir.

—Bueno —respondí con calma—, ¿puedes darme tu dirección?

Balbuceó una dirección en la calle Rosewood y añadió:

—Es la segunda casa a la izquierda. Escucharás la música.

—Chris —protestó alguien de fondo—, no.

Christian rio por lo bajo.

—¿Qué quieres que haga?

Y luego, colgó.



La casa de Christian era nueva y, por lo tanto, grande en comparación con las viviendas más modestas de Healdsburg; estaba sobre una colina con vistas a un viñedo. Él tenía razón: escuché la casa en cuanto entré en su calle. Había bastantes coches aparcados en la entrada, desparramados en un abanico desordenado hacia la curva de la calle. Encontré un sitio vacío a varias casas de distancia. Dejé los tacones en el coche, cogí unas sandalias del maletero y comencé a subir por la colina.

Parecía una tontería molestarme en llamar a la puerta. Estaba un poco entreabierta, así que la empujé y, al entrar, pasé sobre un montón de zapatos apilados, un gesto absurdo considerando las condiciones del resto de la casa. Había latas, botellas, cigarros y porros apagados sobre casi cada superficie plana. El sonido de la música y de la televisión competían en el pasillo. En el sofá de la sala de estar había dos chicos desmayados, y un tercero estaba sentado con un mando de la Play en mano, jugando al *Call of Duty*.

—¿Has visto a Elliot? —pregunté, gritando por encima de los disparos.

El chico levantó la vista, miró hacia la cocina y luego se encogió de hombros.

Fui a la cocina.

Era inmensa y un absoluto desastre. Habían intentado preparar cócteles con la licuadora, pero habían abandonado la tarea. Vi una pirámide de latas de cerveza sobre la encimera, rodeada de una corona de patatas fritas, manchas de salsa y pedazos de tarta a medio comer. El fregadero estaba lleno de vasos sucios y también había una pipa de cristal grande.

—Está arriba —dijo alguien a mis espaldas. Me di media vuelta y reconocí a Christian por las fotos que había visto sobre el escritorio de Elliot. Era alto, no tanto como Elliot, pero su espalda era más amplia, tenía una barba perfilada que no le sentaba nada bien y un lamparón enorme de cerveza en la camiseta. Sus ojos estaban rojos y sus pupilas dilatadas, casi negras. A su lado, otro chico me miró con los ojos abiertos de par en par; parecía a punto de vomitar. Era Brandon.

Los dos mejores amigos de Elliot.

—¿Arriba? —repetí. Christian levantó el mentón y asintió, jugando con un palillo entre los dientes.

—Está muy borracho —dijo Brandon cuando salí de la cocina y subí por las escaleras. En su voz había cada vez más desesperación—. Macy, si yo fuera tú, no subiría. Creo que ha estado vomitando.

—Entonces me lo llevaré a casa. —Incluso para mí, mi voz sonaba vacía, diminuta, como si saliera proyectada a través de unos altavoces estropeados desde dentro de un cajón.

—Ya lo haremos nosotros. —Brandon me agarró el codo con una mano amistosa—. Déjalo dormir hasta que se le pase. —El corazón me latía en la garganta, en las sienes. No estaba segura de qué me encontraría, pero… No, no es cierto. Creo que lo sabía. Entendí la sonrisa lacónica de Christian y la ansiedad vibrante de Brandon. En retrospectiva, es difícil saber si fue un momento de clarividencia lo que me hizo subir o si fue solo la obviedad de la situación—. Yo que tú volvería a casa, Macy —suplicó Brandon—. Cuando se despierte, le diré que te llame.

Su voz continuaba zumbando de fondo, siguiéndome todo el camino escaleras arriba hasta la única puerta cerrada, al final del pasillo. La abrí y me detuve.

Una pierna larga colgaba por el lateral de la cama deshecha. Elliot tenía todavía los zapatos puestos, pero tenía también los vaqueros y los calzoncillos a la altura de las rodillas y la camiseta a la altura de las axilas, lo que permitía ver las líneas de su pecho, el sendero oscuro de vello en la zona del ombligo.

Brandon tenía razón: Elliot estaba inconsciente.

Pero Emma también lo estaba, recostada desnuda sobre el torso de Elliot.

Retrocedí un paso y me choqué con el pecho de Brandon.

—Dios mío —susurré.

Ya me habían roto el corazón antes, pero esta era una sensación diferente: sentía que me estaban arrancando un órgano vital con unas garras afiladas. Sentía que me estaban destrozando por dentro.

—Macy, de verdad, no es lo que parece —dijo Brandon, sujetándome por los hombros—. Por favor, créeme.

—Lo que parece es que se la ha follado —dije, entumecida, y me encogí de hombros para quitarme sus manos de encima. Por mucho que me horrorizara la escena, no podía apartar la vista. Emma tenía la boca abierta sobre el pecho de Elliot mientras roncaba. El pene de Elliot colgaba inerte sobre su muslo.

Nunca lo había visto desnudo… con tanta atención.

Brandon se movió en su sitio, incómodo.

—Fue ella, Macy. Elliot nunca…

—Oh, joder —dijo Christian al aparecer a mi lado—. Te has metido en problemas, amigo mío. —Intenté gritar, pero sentí que me ahogaba —. Bah, ya sabes que estos dos tienen su historia. No te pongas dramática —dijo Christian, y luego soltó un eructo atronador y se golpeó el pecho con el puño—. No pasa nada. Solo follan a veces.

Me di la vuelta, pasé entre ellos y salí al pasillo, mis pies retumbaban sobre la escalera, a través de la cocina y de la puerta principal hasta el aire frío, donde creí que no podría respirar. Intenté inhalar, pero era como si me hubieran dado un puñetazo mortal en el diafragma.



Dos y media de la mañana, Año Nuevo: completamente sobria y rota por dentro intenté conducir como pude. Entre las lágrimas, avancé con torpeza por la calle serpenteante, haciendo zigzag por la colina angosta, y bajé la cuesta de gravilla de la entrada. Le grité al parabrisas y estuve a punto de pellizcarme un par de veces porque no podía creerme mi mala suerte. Emma y Elliot, los dos allí, acostados juntos.

No miré la casa de Elliot cuando subí a toda velocidad los escalones de la entrada de mi cabaña; sentía la tentación de llamar a su puerta y exigirle que bajara, aunque sabía que no estaba allí.

En ese instante, no sabía demasiado, pero sabía que no podía volver a Berkeley como me había ido: ahora me faltaba una parte, el corazón.

La casa estaba helada. Había una pila de madera en la parte de atrás, podría hacer un fuego y comer algo para saciar el ruido de mis entrañas, pero apenas podía llegar al sofá. Cogí una manta y me acurruqué en el suelo.

La verdad es que no recuerdo nada más, excepto el frío del suelo. Creo que mi cerebro se bloqueó. Un instinto de supervivencia me había obligado a no ver más la cadera desnuda de Elliot, la presión familiar de la mano de ella sobre el estómago de él. Una parte protectora de mi mente no quería recordar el olor intenso de ese cuarto, la nube de cuerpos, sudor, cerveza y sexo, o el modo casual en que Christian hizo referencia a la historia íntima entre ambos.

¿Tenía razón Christian? ¿Era algo que pasaba frecuentemente entre los dos? ¿Emma y Elliot se acostaban para llenar el tedio de los días con sexo? Se mandaban mensajes para pasar el rato cuando no tenían nada más que hacer. Tenían relaciones en el parque porque… ¿por

qué no? No dudaba de que Elliot me quería, sabía que era cierto, lo sentía en mis huesos, pero yo estaba con él un tercio del tiempo, y los otros dos tercios, la que estaba era Emma. Cada día en el instituto, todo el año: accesible, conveniente, familiar.

No tenía ni idea de quién era Elliot en la vida real. Mi Elliot existía solo ciertos días, solo en los confines de nuestra biblioteca, en el armario.

«No lo conozco en absoluto. No lo conozco de nada». Ese era el pensamiento horrible que interrumpía mis sueños; sueños en los que yo veía a Elliot y no lo reconocía, sueños en los que estaba a su lado y sentía un eco incómodo que decía que había pasado por alto algo importante, sin saber qué era.



AHORA

DOMINGO, 31 DE DICIEMBRE

Subo la cadera, siento la tensión en el pecho cuando el cuerpo de Elliot se aparta del mío. Sus ojos se llenan de un dolor que parece aumentar a medida que se prolonga el silencio.

—Nunca me permitiste explicarte qué pasó —dice.

No puedo mirarlo a los ojos. Es algo mucho más profundo que eso, pero, aunque ahora esos detalles parecen nimiedades, sé que debemos empezar por ahí.

—Esa noche me dijiste que me querías —le recuerdo—, por primera vez.

Él asiente con vigor.

—Lo sé.

—Me pediste que me casara contigo.

Elliot me sujeta la muñeca con los dedos.

—Era en serio. Tenía un anillo.

Lo miro, atónita.

—Si hubiera dicho que sí, ¿te hubieras acostado con Emma?

—Está bien. —Se pone de pie, se sube los pantalones y se abrocha el cinturón—. Está bien. —Su camisa está abierta, su pelo sigue desordenado por mis dedos. Elliot me mira, iluminado de espaldas por la luna y el resplandor distante de la fiesta. Se inclina para recuperar las gafas y se las pone—. ¿Sabes cuántas veces te he contado esta historia en mi cabeza?

—Quizás tantas veces como las que yo he intentado fingir que no vi lo que vi.

Él se agazapa.

—No supe lo que pasó hasta unos días después de la fiesta.

—¿Qué?

—Le dije a Christian que no me habías llamado y él me respondió: «quizás no te haya llamado porque vio a Emma desnuda encima de ti». —Parpadeo y aparto la vista. Aún veo la imagen con mucha claridad—. Y lo peor fue que, hasta que él no lo me lo recordó, no sabía que había estado con Emma. De repente me desperté a la mañana siguiente y ella estaba ahí —añade en voz baja.

Necesito digerirlo durante dos, tres, cuatro respiraciones.

—Te despertaste con los pantalones por las rodillas, Ell. ¿No sospechaste nada?

—Esa es la parte que no puedo descifrar —susurra—. En mi

cabeza, eras tú. En mi cabeza, tú viniste a la fiesta, tú me encontraste inconsciente en la cama de Chris. En mi cabeza, tú me hiciste sexo oral y te pusiste encima de mí. No recuerdo haber tenido sexo con Emma esa noche. Recuerdo haber tenido sexo contigo.

—¿Te estás oyendo? —Lo miro, boquiabierta. Detrás de las costillas, el corazón rebota desbocado ante sus palabras. Yo nunca le hice sexo oral… pero ¿ella sí?—. ¿Eres consciente de las tonterías que estás diciendo? ¿Me estás contando que la noche que Emma te la chupó creías que era yo?

Elliot gruñe y se pasa una mano por el pelo.

—Sé que parece una locura. Incluso en ese entonces, no pude recordar toda la noche, y llevo once años intentando que cobre sentido. Estaba muy borracho, Mace. Recuerdo despertar con la sensación de tener tu boca sobre la mía. Recuerdo tocar tu pelo, hablar contigo, incitarte. Y cuando pienso en retrospectiva, aún veo tu cara cuando ella se puso encima de mí. —Elliot sacude la cabeza, apretando los ojos, y recuerdo que Brandon dijo que Elliot nunca haría algo así—. Desperté —continúa— y sentí una vergüenza insoportable porque la puerta del cuarto de Chris estaba abierta y había algunas personas pululando, limpiando los restos de la fiesta y eso. Y yo tenía la polla fuera. Te escribí preguntando dónde habías ido después de que nos acostásemos. Durante dos días, seguí pensando que me había acostado con mi novia en una fiesta. Y creía que tú estabas avergonzada o enfadada conmigo porque hubiese bebido tanto y que, por esa razón, no me habías llamado. —¿Acaso esta era su verdad? Parte de mí desea esta versión de los hechos, quiere creerla con tanto fervor que me hace apretar los dientes. La otra parte quiere gritar que, por más que lloriquee, su malentendido de borracho fue lo que lo estropeó todo. Prefería que hubiese sido algo intencional, algo inmenso. Algo digno de lo que pasó después—. Si me hubieras permitido explicártelo… —dice en voz baja, mirándome con desconcierto—. Te llamé mil veces…

—Lo sé.

Era consciente de que Elliot me llamó varias veces todos los días durante meses. Y nunca revisé mi correo electrónico, pero sé que, de haberlo hecho, probablemente también hubiera encontrado cientos de mensajes sin leer.

Sabía que su arrepentimiento era profundo.

Pero ese nunca había sido el problema.

—La cagué —dice—, pero, Macy, por muy mal que lo haya hecho, y sé que lo hice mal, ¿en serio lo estropeé todo por una noche de borrachera? —Pone una mueca de dolor—. ¿Fue suficiente para que…

me dejaras? ¿Después de todo? ¿Para que no me hablaras nunca más?

Lo miro, seleccionando las palabras y colocándolas y recolocándolas en oraciones con sentido. La pillada con Emma parece una tontería. Solo fue la primera pieza de dominó en caer.

—Teníamos una confianza profunda e inquebrantable, ¿recuerdas? Y la rompiste en mil pedazos… pero no fue solo eso. Fui… yo. También fui yo.

—¿Crees que no me merecía la oportunidad de darte una explicación? —pregunta; malinterpreta mi incoherencia, la emoción contenida tensa su voz. Está esperando una respuesta. Y la respuesta es sí, por supuesto que se merecía la oportunidad de darme explicaciones. Claro que sí. En una realidad alternativa, me habría llamado y yo hubiera respondido—. Te quería con todo mi corazón. Siempre te he querido. Nunca hubo nadie más y lo sabes.

Uso las palabras con torpeza:

—Fue una muy mala… Fue una noche horrible…

—Lo sé, Mace. —Su voz es cada vez más firme, casi incrédula—. Fuimos nuestro primer amor, nuestra primera vez, nuestro primer todo. Pero… desaparecer durante una década.

—No fue solo por lo de Emma. —Mi corazón y mi boca parecen acordar que ya no quieren latir ni hablar.

Me pitan los oídos. Cierro los ojos y sacudo la cabeza para ahuyentar el ruido.

—No tienes ni idea de lo que sufrí —acusa, ahora más frustrado al ver mi aturdimiento inarticulado—. Cada día, me despertaba y me preguntaba si te vería otra vez. Te echaba de menos a morir. Tengo veintinueve años y nunca he querido a otra mujer. —Me mira sin parpadear—. Y cada mujer con la que he estado lo sabe, por desgracia para ellas. —Abro la boca para hablar, pero no sale nada. Él me mira, desconcertado—. ¿Quieres saber a qué se refería Rachel la noche que la conociste? Te pongo un ejemplo: la primera persona que me hizo sexo oral después de que desaparecieras tuvo que quedarse mirando mientras yo me echaba a llorar como un puto bebé, intentando explicar por qué no podía dejarme hacer.

—Lo siento. —Me tapo los ojos, inhalo, exhalo. El artículo número veintisiete en la lista de mamá era tan simple como respirar. Inhalar y exhalar diez veces cuando estoy estresada.

Una…

Dos…

—Yo también lo siento —susurra—. Quiero estar contigo.

Tres…

«Yo también quiero estar contigo», pienso. «Pero ni siquiera sé

cómo decirte que Emma no significa nada en comparación con todo lo demás. Que otra mujer chupándotela no significa nada en comparación con todo lo demás».

—Háblame, Mace —insiste—. Por favor.

Cuatro…

Cinco…

—Quiero estar contigo —repite, y su voz muestra una distancia extraña—. Pero ahora me doy cuenta de que quizás no debería.

Seis…

Siete…

Cuando llego hasta diez, mis manos ya no tiemblan cuando las bajo. Pero dado que no esperaba que Elliot se marchara, nunca lo oí partir.



En la noche oscura, el porche es un faro de luces diminutas y estrellas proyectadas por la luz de las velas reflejadas en las copas de champán. Las estufas, colocadas en intervalos regulares, dan la calidez suficiente en el fresco de la noche y hacen que el aire húmedo circule alrededor de las parejas que bailan lento.

Encuentro a George a la izquierda de la pista de baile, cerca de la tarta nupcial que ya han cortado y repartido. Tiene las mejillas enrojecidas, una sonrisa amplia y los ojos húmedos por la embriaguez del alcohol y la alegría.

—¡Mace! —grita, y me abraza con sus extremidades gigantes—. ¿Dónde está mi hermano?

—Iba a preguntarte lo mismo.

Me quita una ramita del pelo y me doy cuenta de que no sé cómo estoy tras venir del jardín donde me he acostado con Elliot.

George sonríe con picardía.

—Sospecho que tú lo sabes mejor que yo.

Liz aparece a su lado, sonriéndole a su esposo, que lleva unas copas de más.

—¡Macy! Guau, estás… —La comprensión aparece en sus ojos y suelta una carcajada—. ¿Dónde está Elliot?

—La pregunta del millón —susurra George.

—Aquí estoy.

Nos damos la vuelta y vemos que Elliot está de pie a nuestro lado, con una copa de champán a la mitad en la mano. La calidez que sentí sobre mis labios, desaparece. En su lugar, hay una mirada inerte, el dejo de un ceño fruncido. Le falta la pajarita, tiene el cuello de la camisa sin abrochar y manchado de tierra y pintalabios.

Le sonrío, intentando comunicar con mis ojos que hay más que hablar, pero él ni siquiera me mira. Se lleva la copa a los labios, se la acaba y la deja en la bandeja de un camarero que pasa cerca. Luego dice:

—Macy, ¿necesitas que te lleve a tu motel?

La sorpresa es como una ola de frío. George y Liz se quedan en silencio y luego se apartan bajo la niebla de la vergüenza ajena. Mi corazón se acelera, un tambor furioso que explota al darse cuenta de que me está pidiendo que me marche.

—No hace falta —le digo—, pediré un taxi.

Él asiente.

—Perfecto.

Avanzo un paso y pongo la mano sobre su brazo, pero él la mira con el ceño fruncido, como si estuviera cubierta de barro.

—¿Podemos hablar mañana? —pregunto.

Pone una mueca extraña, coge otra copa de champán y se la bebe en el tiempo que tarda el camarero en ofrecerme una y yo en rechazarla. Elliot coge otra copa más antes de que el camarero se aleje.

—Sí, podemos hablar mañana —dice, sacudiendo la copa—. Podemos hablar sobre el tiempo, sobre nuestro color favorito. O… Ah, no hemos hablado aún sobre las ventajas de una olla de cocción lenta en comparación con una olla a presión. Podríamos hacerlo, ¿no?

—Me refiero a terminar lo que hemos empezado —susurro al darme cuenta de que hemos captado la atención de algunos parientes—. No hemos acabado.

Alex nos observa desde lejos con los ojos abiertos de par en par, preocupada.

—¿No? Pensaba que sí. Has hecho lo que mejor sabes hacer —dice, con una sonrisa lúgubre—: cerrarte.

—Tú te has ido —replico.

Él ríe con brusquedad, sacudiendo la cabeza mientras repite en un murmullo:

—Yo me he ido.

Con más calma, digo:

—Mañana… Iré a verte.

Elliot levanta la copa, traga el líquido en cuatro sorbos y se limpia con el dorso de la mano.

—Claro, Macy.



A la una de la mañana, el cielo parece embrujado por la oscuridad.

Subo al porche de mi vieja cabaña de verano, salto el escalón que esperaba que estuviera roto. Cojo la llave y entro; hace aún más frío que en el bosque porque el aislante mantiene el fresco dentro de las paredes de yeso oscuras. Enciendo las luces al pasar y me pongo de rodillas para prender un fuego pequeño en la chimenea a leña.

Obviamente, si he estado aquí una vez en los últimos diez años, debería recordar las fechas exactas, pero no. Solo sé que fue una semana, quizás dos, hace mucho tiempo. Recuerdo que condujimos hasta aquí por la noche para recoger nuestras pertenencias y nuestras posesiones valiosas para evitar que los curiosos que alquilaran la casa durante las vacaciones robaran algo. El recuerdo de esa noche parece una mancha borrosa en medio de la niebla.

Con el mismo juego de llaves, abro la cerradura del armario de mi padre. Entra a pasos interrumpidos, se traba a la mitad y necesito sacudirla un poco antes de que encaje y gire con un crujido oxidado.

Abro el armario y noto un olor a humedad, mi estómago da un vuelco cuando lo huelo y me doy cuenta: voy a tener que tirarlo casi todo. Él había guardado algunas camisas y pantalones. Botas de montaña y un chaleco de pesca. Hay álbumes de fotos en el estante superior y algunas manualidades que hice en el colegio. Cartas de mamá. Y, en el fondo, la pila de revistas para adultos.

Mi trasero aterriza en el suelo antes de que me dé cuenta de que estaba deslizándome contra el marco de la puerta. Bajo el olor a humedad, está el aroma inconfundible a cigarrillos daneses, su *after shave*, el aroma fresco a lavandería. Cojo una camisa y la percha sale disparada y cae al suelo. Aprieto la franela contra mi nariz, inhalo y me ahogo con el llanto.

No me he sentido así en mucho tiempo. O quizás nunca sentí esta emoción particular: quiero llorar. Sin duda, quiero llorar a mares. Le doy permiso al llanto, permito que me atraviesen los aullidos horribles que resuenan en los techos altos, sacuden mi torso y hacen que me vuelva un ovillo. Mucosidad, saliva: soy un desastre. Lo siento a mi espalda, pero sé que no está ahí. Quiero llamarlo, preguntarle qué hay para desayunar. Quiero oír la cadencia de sus pasos, el ruido intermitente del periódico mientras lee. Todos estos instintos parecen vivir tan cerca de la superficie que se deforman y se entretejen con la tela de las posibilidades. Quizás él esté abajo, leyendo. Quizás esté a punto de salir de la ducha.

Estos recueros traicioneros son de los que duelen, son momentos diminutos en los que piensas: «voy a llamar a mi padre». Y, medio segundo después: «joder, pero si está muerto». Y te preguntas cómo pasó, si le dolió, si puede verme aquí y ahora, empapada en un charco

de lágrimas en el suelo.

Esto es lo único que interrumpe el torrente de lágrimas y lo que hace que brote una risa áspera de mi garganta. Si mi padre me encontrara llorando así dentro de su armario, me miraría, confundido, antes de agazaparse despacio y frotarme los hombros.

—¿Qué te pasa, Mace?

—Te echo de menos —le digo—. No estaba lista. Aún te necesito.

Él lo entendería.

—Yo también te echo de menos. Yo también te necesitaba.

—¿Estás herido? ¿Te sientes solo? —No sé cómo seguir—. ¿Estás con mamá?

—Macy.

Cierro los ojos, siento que las lágrimas no dejan de caer.

—¿Ella se acuerda de mí?

—Macy.

—¿Alguno de los dos os acordáis de mí? —No soy yo misma, sé que no, pero ya no me avergüenza que me vea así, ni él ni mi madre. Al menos, de este modo, él verá cuánto lo quería. Unos brazos fuertes se deslizan bajo mis piernas y por mi espalda y me sacan de la neblina de lágrimas y del recuerdo de mi padre y me llevan por el pasillo—. Lo siento —digo una y otra vez—. Siento no haber llamado. Lo siento, papá. Fue mi culpa.

Aún estoy en su regazo cuando él se sienta en mi cama. Es tan cálido, tan sólido.

Llevaba años sin sentirme tan pequeña.

—Mace, cielo, mírame. —Tengo la vista borrosa, pero es fácil distinguir sus facciones. Ojos verdosos, casi dorados, pelo negro. No es mi padre. Es Elliot. Aún con su esmoquin y con los ojos rojos detrás de las gafas—. Estás aquí —dice—. Vuelve aquí, conmigo. ¿Adónde te has ido?

Pongo los brazos alrededor de su cuello, lo acerco más a mí, aprieto los ojos. Huelo el césped, la corteza del olivo.

—Eres tú.

—Soy yo.

Él también necesita mi disculpa.

—Lo siento, Ell. Lo estropeé todo.

—He visto la luz encendida —susurra—. He venido y te he encontrado así… Macy Lea, dime qué pasa.

—Me necesitabas y yo no estaba ahí.

Él se queda en silencio y me besa la cabeza.

—Mace…

—Yo te necesitaba aún más —digo, y empiezo a sollozar de nuevo

—. Pero no podía perdonarte.

Elliot me aparta el pelo de la cara, observándome.

—Cariño, me estás asustando. Háblame.

—Sabía que no era tu culpa —digo, ahogada—, pero durante mucho tiempo, sentí que lo era.

Veo las lágrimas de confusión que llenan sus ojos.

—No entiendo qué quieres… —Me aprieta contra su pecho, con una mano sobre mi cabeza mientras su voz se rompe—. Por favor, dime qué pasa.

Y lo hago.



ANTES

LUNES, 1 DE ENERO
ONCE AÑOS ATRÁS

Desperté por el golpe de la puerta y los pasos intensos sobre las baldosas de la entrada.

—¿Macy? —Gruñí, sentí el cuello contracturado y me incorporé justo cuando mi padre entró en la sala de estar. La primera suposición paternal lo invadió y corrió hasta arrodillarse a mi lado—. ¿Te ha hecho daño? —Su tono era una bola de furia llena de palabras.

—No. —Hice una mueca, estirándome. Recordando. Mi estómago se disolvió—. Bueno, sí. —Las manos de mi padre dibujaron un sendero cuidadoso desde mis hombros hasta mis manos. Le dio la vuelta a mis palmas, las observó y luego presionó los pulgares en el centro de mis manos. Recuerdo ese tacto como si fuera ayer. Entrelazamos los dedos. La lucidez apareció en medio de la niebla, y entendí que estaba en la cabaña, en la mañana helada, a más de cien kilómetros de casa—. ¿Qué haces aquí?

Me miró con severidad y dulzura.

—No me llamaste para decirme que habías llegado bien. No cogías el teléfono.

Me derrumbé sobre él y balbuceé contra su pecho amplio:

—Lo siento. Lo apagué.

Él suspiró, preocupado.

—¿Qué ha pasado, *min lille blomst*?

—Él ha cometido un error —le dije—. Uno grande.

Mi padre retrocedió para mirarme a los ojos.

—Otra chica. —Asentí, y un sollozo escapó al recordar el cuerpo desnudo de Elliot… acostado… relajado… acompañado. Mi padre exhaló, despacio—. No me lo esperaba.

—Ya somos dos.

Me ayudó a ponerme de pie, con un brazo protector sobre mis hombros.

—Vendremos a buscar el Volvo el fin de semana.

Pero nunca volvimos.

Me pregunto qué pasó con el coche.



Mi padre tenía una mano gigante posada en el volante y la otra

entrelazada a la mía.

Me miraba cada cinco segundos, más o menos. Sin duda, deseaba tener la lista de mamá a mano para leer el consejo: *La primera vez que un chico le rompa el corazón…* Sabía dónde encontrarlo. Era el número treinta y dos.

Mi padre tenía una mirada preocupada, el ceño fruncido… Por mucho que me pesara lo que había pasado con Elliot, me encantaba la calidez de la atención de mi padre, el contacto tranquilizador de su mano, las preguntas silenciosas, ¿qué quería cenar? ¿Quería ir al cine o quedarme en casa?

Pero que tuviera la atención puesta en mí significaba que no la tenía puesta en la ruta.

Ni siquiera sé si vio venir el coche. Era un Corvette azul que invadió nuestro carril a demasiada velocidad. Noventa, quizás incluso cien kilómetros por hora. Se interpuso con un chillido entre nosotros y el camión de delante. Los neumáticos del Corvette resbalaron y sus luces de freno se encendieron, rojas, justo ahí. Justo frente a nosotros.

¿Podría haber hecho algo antes de que fuese demasiado tarde? Siempre me lo he preguntado. ¿Podría haber dicho algo más que un «¡Papá!» ahogado y haber movido algo más de un dedo para señalar?

Los testigos le dijeron a la policía que creían que el accidente había sucedido en menos de cinco segundos, pero, en mi memoria, sería para siempre a cámara lenta: aún siento la mirada preocupada de mi padre sobre mí, no sobre el Corvette. Por esa razón, él ni siquiera pisó el freno. Chocamos muy rápido, con un estruendo metálico ensordecedor, y nuestros cuerpos se sacudieron hacia delante, los *airbags* se inflaron, y pensé, por una fracción de segundo, que todo estaba bien. El impacto había terminado.

Excepto porque todavía no habíamos aterrizado. Cuando lo hicimos, el coche derrapó del lado del conductor contra el asfalto, las chispas brotaron del metal, que chilló durante seis metros. Nos quedamos de lado. Mi frente terminó cerca del volante. Mi asiento había aplastado el de mi padre, con él aún sentado.

Más tarde, había descubierto que el otro conductor era tan solo un estudiante. Su nombre era Curt Andersen, y solo sufrió una lesión leve en el cuello. No fue causada por el cinturón de seguridad (no lo llevaba puesto), sino simplemente por el impacto.

Curt se quedó inconsciente al principio, creo, y la mayor actividad estuvo centrada en la realidad mucho más sangrienta de nuestro vehículo. Yo ya estaba en una camilla con un brazo roto cuando Curt salió del coche, más que fumado, y riéndose por haber sobrevivido, hasta que el impacto de la escena le devolvió la sobriedad, y también

la policía, que lo esperaba con unas esposas.

He oído a la gente decir que no recuerdan lo que sucedió inmediatamente después de que les anunciaran la muerte de un ser querido, pero yo lo recuerdo todo. Recuerdo, con precisión, el modo en que mi brazo roto colgaba a mi lado como si no tuviese huesos en su interior. Recuerdo la sensación de querer arrancarme la piel, de querer correr, porque correr, de algún modo, desharía lo que los paramédicos me habían dicho.

«Ha muerto».

«Debes tranquilizarte».

«Lo siento mucho. Te llevaremos a Sutter. Necesitas que te vea un médico. Intenta respirar».

Recuerdo pedirles una y otra vez que lo revivieran, que hicieran todo lo que estuviese en sus manos, que me permitieran intentarlo.

Tengo una idea: podemos empezar de nuevo.

Volvamos al coche, volvamos a la casa. Solo necesito un segundo para pensar.

Pasaremos la noche aquí.

O, no, volvamos más atrás.

No me olvidaré de llamar para decir que he llegado bien.

Quiero volver a ese otro momento de sufrimiento, no a este.

Hoy no era un buen día para conducir. Si conducimos hoy, os pierdo a todos.

Si conducimos hoy, ya no seré hija de nadie.

Uno de los policías me agarró cuando salté de la camilla y corrí por la autopista, lejos de las luces, del ruido y de mi padre destrozado aún dentro del coche. Todavía siento el abrazo del policía por detrás, cuidadoso con mi brazo roto, con su cuerpo sobre el mío mientras me derribaba. Aún recuerdo que me decía una y otra vez que lo sentía, que lo sentía mucho, que él había perdido a su hermano del mismo modo, que me comprendía.



Después, llegó la insensibilidad. El tío Kennet vino a Berkeley desde Minnesota. Parecía amargado mientras revisábamos el testamento de mi padre. Me daba palmadas en la espalda y carraspeaba mucho. La tía Britt limpió la casa mientras yo la miraba desde el sillón. Ella se puso de rodillas, sumergió una esponja en un cubo lleno de agua con jabón y fregó el suelo de madera durante horas. No parecía un gesto de cariño, sino más bien que llevaba años queriendo limpiar la casa y que por fin tenía la oportunidad.

Mis primos no vinieron, ni siquiera para el funeral. «Tienen que ir

a la escuela», dijo Britt. «Esto sería demasiado perturbador para ellos».

Recuerdo querer encontrar al policía que lloró conmigo para llevarlo a él al funeral, porque él parecía entenderme mejor que el resto de mi familia. Pero incluso eso parecía imposible. El esfuerzo que me suponía comer y vestirme ya era tan intenso como para recordar un nombre y llamar a la estación de policía.

O llamar a Elliot.

Estaba entumecida, pero debajo también había una furia ardiente.

Incluso en ese entonces, sabía que no era correcto, que no podía conectar los eventos, pero la semilla de dolor por lo ocurrido con Elliot y Emma se enredó en la de mi padre. Necesitaba a Elliot, quería que estuviera allí. Vi sus primeros mensajes desesperados, su insistencia en que había sido un error. Pero luego vacilé entre querer que supiera que me habían destrozado y querer que supiera que él había sido quien había blandido el mazo. Y luego me pareció mejor que no supiera nada. Él podría tener todos los fragmentos de mi corazón, excepto este.

Kennet y Britt me llevaron con ellos a Minnesota durante cuatro meses. Toqueteaba mis cutículas hasta hacerlas sangrar. Me corté el pelo con unas tijeras de cocina. Me despertaba a mediodía y contaba los minutos que faltaban para volver a la cama. No me opuse cuando Kennet me mandó a terapia, o cuando él y Britt se sentaron en la mesa del comedor para valorar a qué universidad iría.

Britt lo orquestó todo; su mirada satisfecha:

—Lo tenemos todo resuelto, Macy.

Después de eso, no hay nada. No recuerdo ni un segundo. No recuerdo irme a la universidad.

Supongo que el destino me preparó a Sabrina, aunque ella insiste en que no. Ella había perdido a su hermano en un accidente de coche dos veranos atrás; me gusta pensar que estábamos destinadas. Nos conocimos en la universidad y no nos separamos más.

Supongo que irme de Berkeley me salvó. A los meses ya podía estar sin pensar en mi padre a cada minuto. Y luego a cada hora. Y después, lo suficiente como para aprobar un examen. Mi mecanismo de defensa era anular mis pensamientos cuando aparecían, arrugarlos como si fueran un trozo de papel y tirarlos a la papelera. Sabrina, sin embargo, sí permitía que el dolor la atravesara. Pero no seguía su ejemplo y me acurrucaba y dormía hasta tener la certeza de que podía evitar mis propios pensamientos.

Tiempo. Sabía muy bien que el tiempo sanaba ciertas cosas… incluso la muerte.



AHORA

LUNES, 1 DE ENERO

Elliot endereza la espalda, con los ojos vidriosos, y mira por la ventana de mi cuarto.

Veo todo lo que lo atraviesa: el horror, la culpa, la confusión, la revelación de que mi padre murió el día después de que él me engañase, de que mi padre iba a buscarme porque yo había estado tan triste que no lo había llamado; de que el último día que vi a mi padre fue un día como hoy, once años atrás… y que durante muchos años lo culpé de todo.

Elliot mueve la nariz y parpadea, con la mandíbula tensa.

—Dios mío.

—Lo sé.

—Esto… lo explica todo. —Elliot sacude la cabeza, entierra una mano en su pelo—. Ahora ya sé por qué no quisiste responder a mis llamadas.

—No pensaba con demasiada claridad después… —le digo en voz baja—. No podía separarte a ti… del accidente.

Se me da fatal encontrar las palabras.

—Joder, Macy. —Recobra la compostura y me abraza, pero es diferente.

Más tenso.

He tenido más de una década para lidiar con esto; Elliot ha tenido dos minutos.

—Cuando me hablaste fuera de la cafetería —digo sobre su camisa — y me preguntaste cómo estaba Duncan…

Él asiente sobre mí.

—No tenía ni idea.

—Creí que lo sabías —le digo—. Creí que te habrías enterado…

—No teníamos a nadie más en común —responde en voz baja—. Fue como si hubieras desaparecido. —Asiento y él se pone más tenso. Le ocurre algo—. Has pensado todo este tiempo que me acosté con Emma a propósito, que sabía que tu padre había muerto y que me daba igual, ¿no?

Intento esforzarme por responder de una manera lógica:

—Creo que nunca lo pensé así; nunca pensé que no te importase. Sabía que intentabas llamarme. Sabía que me querías. Pero creía que quizás Emma y tú teníais algo más de lo que me habías contado. Estaba avergonzada y desconsolada…

—No teníamos nada —dice con urgencia.

—Creo que Christian fue quien me dejó caer que follabais de vez en cuando…

—Macy —dice Elliot en voz baja, agarrándome la cara para que lo mire—. Christian es un idiota. Sabías todo lo que había pasado entre Emma y yo. No había más secretos. —Quiero decirle que, la verdad, ahora todo eso es irrelevante, pero veo que, para él, no lo es. Valoro su intención de ser sincero conmigo. Él frunce el ceño, sigue procesando tanta información—. Andreas dijo que te vio el verano siguiente. En la cabaña, con tu padre.

Sacudo la cabeza hasta que entiendo a qué se refiere.

—Era mi tío Kennet. —Me sorbo la nariz y me la limpio de nuevo —. Fuimos a hacer cajas y maletas y a guardar nuestras cosas. —Miro a nuestro alrededor, a la pintura familiar de las paredes (ahora desgastadas), recordando que no quería sacar nada de la casa. Quería dejarlo todo exactamente como estaba, como en un museo—. Esa fue la última vez que estuve aquí.

—Yo estaba en casa ese verano —susurra—. Todo el verano. Te busqué todos los días. Me pregunto cómo es posible que pasara por alto el día que viniste.

—Vinimos tarde. Mantuvimos las luces apagadas. —Incluso ahora, suena completamente ridículo que nos diese por escabullirnos como ladrones. Kennet pensó que yo me había vuelto loca—. Me preocupaba verte. —Elliot retrocede con la boca triste. Odio que esto abra viejas heridas, pero odio aún más que cree heridas nuevas. Quizás decir que me preocupaba no sea la palabra correcta; tuve un ataque de pánico la noche anterior a que Kennet y yo viniésemos aquí y no podía soportar la idea de que Elliot me viera en ese estado—. El primer año después de la muerte de mi padre me disocié totalmente de la realidad y no quería volver a ella. —Titubeo y añado—: Quizás debería haber corrido a tus brazos. Pero me preocupaba estar enfadada o triste. Era mucho más fácil no sentir nada. —Él se inclina, apoya los codos sobre los muslos y la cabeza en las manos. Acaricio su espalda, dibujo círculos pequeños entre sus omóplatos—. ¿Estás bien? —pregunto.

—No. —Me mira por encima del hombro con una sonrisa débil para quitarle seriedad a la respuesta, y luego su cara empalidece mientras me observa. Veo una vez más la comprensión en sus ojos—. Mace. —Su expresión es triste—. ¿Cómo me disculpo? ¿Cómo podría…?

—Elliot, no… —En un segundo, se pone de pie y sale a toda prisa de la habitación. Me incorporo para seguirlo, pero cierra de golpe la

puerta del baño y oigo el sonido de sus rodillas contra el suelo y lo escucho vomitar. Aprieto la frente contra la puerta, oigo que tira de la cadena, que el agua del grifo corre, que él gruñe—. ¿Elliot? —Mi corazón se para.

—Solo necesito un minuto, Mace. Lo siento, ¿me das un minuto?

Me apoyo contra la pared, monto guardia fuera del baño y lo escucho vomitar otra vez.



Despierto bajo la manta, en mi cama, sin recordar cómo he llegado aquí. La única respuesta es que me dormí en el suelo del pasillo y que Elliot me llevó a mi habitación, pero el otro lado de la cama parece intacto, y él no está en ninguna parte.

Una tos amortiguada sale del armario y el alivio recorre mis extremidades. Él aún está aquí. Hace frío, así que arrastro la manta conmigo fuera de la cama y espío dentro del armario. Elliot está recostado en el suelo, con las manos en la nuca y los tobillos cruzados, mirando las estrellas agrietadas y borrosas. Todavía ocupa todo el espacio. Llevo años sin entrar en el armario y, cuando lo hago, me parece un lugar diminuto. Me sorprende que me pudiese parecer el mundo entero, un planeta propio.

—Hola —dice, sonriéndome. Tiene los ojos y la nariz rojos.

—Hola. ¿Te encuentras mejor?

—Supongo. Pero aún estoy sorprendido. —Le da una palmada al suelo, a su lado—. Ven aquí. —Su voz es un gruñido silencioso—. Ven conmigo.

Me recuesto a su lado, me acurruco en su pecho cuando desliza un brazo a mi alrededor y me abraza.

—¿Cuánto tiempo he dormido? —pregunto.

—Un par de horas.

Siento que podría dormir una década más, pero, a su vez, no quiero desperdiciar ni un segundo con él.

—¿Hay algo más que necesitemos discutir? —pregunto, mirándolo.

—Seguro que sí —dice—, pero ahora mismo estoy… reconectándolo todo en mi cabeza.

—Es decir… es comprensible. Yo he tenido once años para procesarlo, tú has tenido unas horas. Quiero que sepas que está bien si te duele. —Acaricio su pecho—. Sé que no podremos hacer como si nada de inmediato.

Tarda unos segundos en responder y, cuando lo hace, su voz es ronca.

—Perderte fue lo peor que me ha pasado, y aún siento lo que

supuso para mí; fueron años muy difíciles, pero ayuda saber lo que pasó. Por terrible que sea, ayuda. —Me mira y se le llenan los ojos de lágrimas—. Siento tanto no haber estado contigo cuando murió tu padre.

—Yo siento mucho no habértelo contado. Perdóname por desaparecer. —Le doy un beso en el hombro.

Él levanta la mano libre y me acaricia la cara.

—Mace, perdiste a tu madre a los diez años y a tu padre a los dieciocho. Es una mierda que desaparecieras, pero lo entiendo. Tu vida… se desmoronó.

Muevo la mano debajo de su camisa, sobre su estómago, y se la pongo en el corazón.

—Fue horrible. —Apoyo mi cabeza en el hueco entre su cuello y su hombro, intento apartar los recuerdos e inhalar su olor—. ¿Cómo fueron esos años para ti?

Él vacila, pensativo.

—Me concentré en los estudios para no pensar mucho en todo lo demás, como tú. Si te refieres a lo sentimental: me sentía tan culpable que no fui capaz de salir con nadie hasta mucho tiempo después.

Me duele el corazón al oír esto.

—Alex me dijo que no llevaste a nadie a casa antes de Rachel.

—¿Podemos dejar algo claro? —dice mientras me besa el cabello —. ¿Podemos?

—¿Qué? —Me encanta la sensación sólida de su cuerpo a mi lado. Creo que nunca tendré suficiente.

—Que te quiero —susurra mirándome a los ojos—. ¿Te queda claro?

—Yo también te quiero. —La emoción invade mi pecho y hace que las palabras suenen ahogadas. Siempre echaré de menos a mis padres, pero sé que, al menos, he recuperado a Elliot. Y que juntos podemos resucitar algo importante.

Aprieta los labios contra mi frente.

—¿Crees que es nuestro momento? —pregunta, con los labios aún sobre mi piel—. ¿Que ahora tenemos nuestra oportunidad de estar juntos de verdad?

—Nos la hemos ganado.

Él retrocede y me mira.

—Mientras estaba aquí acostado pensaba que, en cierto modo, debería haberlo sabido. Debería haberme preguntado por qué Duncan nunca volvió. Pero simplemente asumí que los dos estabais muy enfadados conmigo.

—Con el tiempo, me permití confiar más en mis recuerdos. —

Levanto la mano y le aparto el pelo de los ojos—. Me di cuenta de que, sin importar si tenías o no algo con Emma, me querías de verdad.

—Por supuesto que sí. —Me mira fijamente, con ojos tensos—. Me duele mucho que Duncan muriera pensando lo contrario.

No hay nada que pueda decir al respecto. Solo lo aprieto más fuerte y le beso la mandíbula.

—Aún me encanta esta habitación —susurro.

A mi lado, Elliot se paraliza.

—Es curioso que lo digas… A mí también me encanta. Pero he venido aquí a despedirme.

Mi corazón se asoma por un acantilado y cae.

—¿Qué quieres decir?

Él se incorpora sobre un codo y me mira.

—Creo que ya no pertenecemos a este lugar.

—Bueno, no, no estaremos aquí todo el tiempo. Pero ¿por qué no conservamos la cabaña y…?

—Escúchame, obviamente es tuya y deberías hacer lo que quieras con ella. —Me pasa un dedo por los labios y me besa una vez. Cuando se aparta, persigo su boca; quiero más—. Pero quiero que avancemos fuera de este armario —dice con dulzura—. No nos enamoramos por el armario. Nosotros hicimos que este cuarto fuera especial, y no al revés. —Sé que parezco devastada y no sé cómo cambiar la expresión. Me encanta estar aquí con él. Los mejores años de mi vida fueron aquí dentro y nunca me he sentido tan segura como en el armario. Y en ese instante me doy cuenta de que Elliot ya está dos pasos por delante de mí—. Apuesto a que, desde tu perspectiva, todo se desmoronó cuando intentamos vivir en el exterior —dice, y me besa de nuevo—. Pero solo fue mala suerte. Y no será así esta vez.

—¿No? —pregunto, reprimiendo una sonrisa de alivio y acercándolo más a mí.

—No. —Sonríe con picardía mientras se acomoda entre mis piernas y pone los ojos en blanco.

—¿Cómo será esta vez? —Le quito las gafas y las dejo en uno de los estantes vacíos.

Elliot dibuja un sendero de besos sobre mi cuello.

—Será como queramos que sea.

—¿Todo el día tirados por el suelo en ropa interior?

Él ríe y gruñe a la vez, y acerca sus labios mientras yo abro la cremallera de sus pantalones.

—Y tú en mi cama, cada noche —dice.

—Quizás serás tú quien esté en mi cama.

Cuando retrocede, entrecierra los ojos.

—Para eso tendrás que ir a tu casa de una vez, cariño.

Río y él también lo hace, pero la verdad de sus palabras flota entre los dos y hace que él se quede quieto. Me observa, y noto que esa afirmación se ha convertido en una pregunta durante nuestro silencio; no permitirá que me escape.

—¿Vendrías conmigo? ¿A vaciarla? —Pongo una mueca de dolor y admito—: Hace mucho tiempo que no entro.

Elliot me besa en la boca y luego desciende y besa mi pecho, justo en mi corazón.

—Llevo once años esperando que volvieras a casa. Iré contigo allá donde vayas.



AHORA

MIÉRCOLES, 10 DE ENERO

La nostalgia me golpea en cuanto abrimos la puerta. Dentro, la casa de Berkeley huele igual que siempre, huele a mi hogar, pero creo que antes no me había dado cuenta de que mi hogar huele al baúl de cedro de mi madre que usábamos como mesita auxiliar y a los cigarros daneses de mi padre (ahora que me doy cuenta, él fumaba a escondidas más de lo que yo creía). Un rayo de sol entra por la ventana de la sala de estar y captura algunas estrellas de polvo diminutas que giran. Aunque he intentado mantener limpia la casa contratando a una asistenta, sigue notándose que está abandonada.

Una puñalada de culpa me parte en dos.

Elliot avanza detrás de mí y mira la sala de estar por encima de mi hombro.

—¿Crees que seremos capaces de entrar hoy?

Suaviza la broma dándome un beso en el hombro, y no puedo culparlo porque intente quitarle hierro al asunto utilizando la ironía: ya hemos pasado dos veces frente a la casa con el coche y las dos veces fui incapaz de visitar el lugar de mi infancia. Pero hoy no tengo que trabajar hasta la noche y me he despertado sintiéndome… preparada.

Por ahora, nuestro plan es vender la casa de Healdsburg y vaciar la casa de Berkeley y dejarla lista para profesores de la universidad de California que quieran alquilar un apartamento amueblado. Pero vaciarla significa llevarme todos los recuerdos importantes: álbumes de fotos, obras de arte, cartas, objetos con valor sentimental…

Doy un paso y luego otro. El suelo de madera cruje en el mismo lugar de siempre. Elliot entra detrás de mí, mirando a su alrededor.

—Esta casa huele a Duncan.

—¿Verdad?

Él asiente y pasa a mi lado para acercarse a la chimenea, sobre la cual hay fotos de nosotros tres, de Kennet y de Britt, y de los padres de mi madre, que murieron cuando ella era pequeña.

—Solo he visto una foto de tu madre, ¿lo sabías? La que Duncan tenía junto a su cama. —Mi madre. Laís para todo el mundo. *Mãe* para mí. Elliot desliza los dedos sobre los marcos y luego coge uno y lo observa antes de mirarme. Sé cuál es. Es la foto que mi padre nos sacó a mi madre y a mí en la playa. El viento despeina su pelo negro y yo estoy apoyada sobre ella, sentada entre sus piernas, con los brazos

cruzados. Su sonrisa era tan amplia y luminosa; en ella, es evidente sin que nadie lo diga, hay una fuerza de la naturaleza que es todo poder y belleza. Él mira la fotografía, parpadeando—. Es sorprendente cuánto te pareces a ella.

—Lo sé. —Agradezco tanto el paso del tiempo, poder ver su rostro y alegrarme por haberlo heredado; me aterraba la idea de mirarme en el espejo y que fuera una tortura diaria verme envejecer, pero ahora empiezo a ver con nitidez su cara en la mía.

Me pongo de rodillas junto al baúl del cedro, donde viven todas nuestras fotografías, cartas y recuerdos.

—Deberíamos llevárnoslo a nuestro apartamento.

La tapa del baúl está semiabierta cuando Elliot habla y la cierro sin mirar. La calidez se expande tan rápido por mis extremidades que me marea.

—¿Nuestro apartamento? —repito.

Él aparta la vista de la fotografía.

—Estaba pensando en que deberíamos mudarnos juntos.

Apenas han pasado diez días desde que nos reencontramos, pero el viaje total de nuestras vidas es bestial. Además, será mucho más fácil si lo hacemos juntos.

El único día libre que he tenido en este tiempo (hace dos días) ni siquiera salimos de su apartamento. Hicimos el amor en su cama, en el suelo, en la cocina. Durante un segundo, imagino cómo sería tener acceso a él, a su voz, a sus manos, a su risa, a su peso sobre mí cada vez que vuelvo a casa, y el deseo de lograrlo late como loco en mi pecho.

—¿Te mudarías a la ciudad por mí? —pregunto.

Elliot deja el marco de fotos y toma asiento a mi lado en la alfombra persa gastada.

—¿Lo dudas? —Detrás de sus gafas, sus ojos parecen casi ámbar bajo el sol que entra por la ventana. Sus pestañas son muy largas. Quiero besarlo con tanta desesperación que se me hace la boca agua. Sé que tenemos trabajo que hacer, pero me distrae la barba incipiente en su mandíbula, y lo fácil que sería subir a su regazo y hacerle el amor ahora mismo—. ¿Macy? —dice, sonriendo bajo la intensidad de mi atención.

Parpadeo y lo miro a los ojos.

—A ti no te quedará tan cerca de tu trabajo como a mí del hospital.

—Mis horarios son más flexibles que los tuyos —dice, y luego un brillo travieso invade sus ojos—. Y tenerte en la cama cada noche me inspirará para mi porno de dragones.

Me río.

—Lo sabía.



Nos mudamos juntos en marzo. Está lloviendo a cántaros y nuestro apartamento tiene solo una habitación y es diminuto, pero también tiene un ventanal inmenso y está al lado del autobús que me lleva directa al trabajo. Elliot y sus tres hermanos montaron unas estanterías para libros y Nick y Dina nos regalaron una cama nueva. Hubiera protestado porque que los padres de tu novio te regalen una cama es un poco incómodo, la verdad, pero es una cama con dosel preciosa hecha a mano, así que solo puedo estar agradecida. Alex, Else y Liz nos han abastecido con todo tipo de sábanas que consideran preciosas, aunque la verdad es que ni a Elliot ni a mí nos importa cómo sean nuestras sábanas, y Dina prepara la cena mientras todos nos apretujamos en el espacio reducido.

A las siete, el apartamento entero huele a laurel y a pollo asado, y la lluvia se convierte en una extraña tormenta violenta, los rayos crujen en destellos de luz. Alex baila mientras coloca libros en los estantes y todos la observamos con disimulo, asombrados de que algo tan elegante pueda haber surgido de estos genes. En un momento de calma, Liz y George anuncian que tendrán un bebé y la habitación estalla en jolgorio. Else pone música y la energía se mueve en un frenesí de risas y baile.

Elliot me aparta a un lado y me abraza. Nunca he visto esa expresión en él. Es más que una sonrisa; es un alivio placentero.

—Hola —dice, y posa su sonrisa en la mía.

Me estiro para darle otro beso cuando se aparta.

—Hola. ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien. —Observa la habitación como diciendo: «Mira esta casa maravillosa»—. Acabamos de mudarnos juntos.

—Por fin, ¿no? —Me muerdo el labio y siento la necesidad de gritar de felicidad.

Nunca me había sentido así.

Esta noche dormiremos juntos, en nuestro apartamento, en nuestra cama. Cuando todos se vayan, olvidaremos las cajas que aún tenemos que abrir y ordenar. Él me seguirá bajo las sábanas con esa tensión voraz en la mirada, su piel desnuda se deslizará sobre la mía hasta que nos convirtamos en un enredo jadeante y sudoroso. Nos quedaremos dormidos entrelazados sin enterarnos.

Y me despertaré antes de que apaguemos la luz y lo desearé de nuevo.

Por la mañana, él estará aquí. Su ropa estará aquí, sus libros y su

cepillo de dientes. Haré el desayuno mientras él se ducha. Quizás venga a buscarme a la cocina mientras me tomo mi taza de café y no me daré cuenta hasta sentir sus labios sobre mi nuca. La expectativa que siento por esta vida cotidiana es tan inmensa que me llena de una calidez pesada y resplandeciente.

Ni siquiera estamos bailando; solos nos balanceamos en el sitio, como hicimos en la boda. Pero esta noche no hay secretos que revelar y no hay ninguna conversación pendiente. La última década parece algo borroso, como si hubiéramos hecho un viaje largo por la Tierra trazando círculos amplios, volviendo al mismo punto, destinados a terminar aquí.

Elliot me agarra la cintura e inclina la cabeza. George bromea con que nos vayamos a un hotel. Andreas responde en el mismo tono que George. Y luego Dina empieza a llorar en la cocina por la ilusión de que vengan más bebés y seguramente también más bodas, y veo a Elliot haciendo un esfuerzo por reprimir la emoción. Pone una mueca amable, se sube las gafas y me observa del modo en que siempre lo ha hecho: como si pudiera leerme la mente en una fracción de segundo.

Quizás sea capaz de hacerlo.

—¿Palabra favorita? —susurra.

Ni siquiera vacilo.

—*Tú.*

AGRADECIMIENTOS

Algunos de nuestros libros contienen fragmentos de nuestra historia, algunos contienen fragmentos de personas que conocemos y otros tienen fragmentos de nosotras. Y luego hay libros como *Amor y otras palabras*, que contienen fragmentos grandes de las tres cosas.

Yo (Lauren) crecí en el norte de California y pasé la mayoría de mis fines de semana, desde los siete años en adelante, en el río Ruso con mi familia, en una de las tres cabañas diminutas y sencillas que tuvimos a lo largo de los años. No eran elegantes, no eran recargadas: eran pequeñas, a veces estaban húmedas, y se cobijaban bajo la sombra de los árboles, rodeadas del sonido del río Ruso o de un arroyo cercano. Al igual que Duncan y Macy, mis padres compraron un lugar de descanso para el fin de semana para que escapáramos del estrés de nuestras vidas un par de días a la semana, y todo en una época donde comprar una casa modesta en un pueblo no era prohibitivo y costoso para una familia de clase media.

Esa zona (desde Jenner hasta Guerneville, Healdsburg y Santa Rosa) ha sido una constante en mi vida. Mi hermana y yo nos casamos en Healdsburg. Mis padres pasaron algunos de los momentos más felices de su vida juntos en el valle del río Ruso. Vamos allí de vacaciones, a reunirnos y de viaje con amigas.

A veces pienso en los fines de semana de mi infancia y en lo afortunadas que fuimos de tener a nuestra disposición un lugar como ese. También pienso en cómo es ser madre de niños pequeños que (incluso a los siete y once años) aún parecen demasiado enchufados al mundo digital. Me pregunto cómo será para ellos, y si resultará difícil para mí no darles el mismo tipo de lugar de descanso, donde puedan leer durante horas en un armario o hacer un amigo como Elliot, o, simplemente, desconectar durante dos días enteros.

Pero, sobre todo, estoy un poco destrozada porque gran parte de esta zona ha ardido en los incendios recientes de Santa Rosa. Una casa que alquilé este verano mientras editábamos este libro ahora no es más que cenizas y escombros. Pero, a su vez, hace que esté aún más agradecida de que escribiéramos este libro, de que los recuerdos de esas zonas y esos espacios todavía estén frescos en la historia de Elliot y Macy.

Esta es nuestra primera incursión en la ficción para mujeres y fue realmente un placer escribir este libro. Nos apoyaron dos de las personas que más influencia tuvieron en nuestra obra: nuestro editor, Adam Wilson, y nuestra agente, Holly Root, quienes esperaron que la

idea adecuada apareciera antes de apresurarnos a probar una voz diferente. Gallery Books / Simon & Schuster es un lugar increíble que nos apoyó, y agradecemos a todos por leer y amar este libro tanto como nosotras y por ayudarnos a promocionarlo: Carolyn Reidy, líder de S&S; Jen Bergstrom, directora de Gallery Books; nuestras geniales encargadas de *marketing*, Liz Psaltis, Diana Velasquez, Abby Zidle y Mackenzie Hickey. Gracias, Laura Waters, por mantenernos organizadas y hacer que cumpliésemos los plazos, y por molestar a Adam a diario dado que nosotras no podíamos hacerlo en persona. Gracias al departamento de publicidad, y en particular a Theresa Dooley y a nuestra adorada Kristin Dwyer, quien, la mayoría de los días, es nuestra tercera mosquetera. Nos encanta la cubierta, John Vairo y Lisa Litwack. Y al equipo de ventas de S&S: la próxima vez que estemos en Nueva York, nosotras invitamos a las bebidas; lo prometemos.

Gracias, Erin Service, no solo por leer este libro una y otra vez en busca de cada error diminuto, sino también (como hermana de Lo) por haber compartido tantos de esos recuerdos en la cabaña. Gracias, Marcia y James Billings, por llevarnos allí. Perdimos una casa en una inundación y conservamos la otra durante más de una década, pero atesoraré cada centímetro de ese mundo por siempre.

Gracias, Christina, por escribir este libro conmigo, por aprender sobre este lugar y por quererlo tanto como yo, por viajar en el tiempo para descubrir quiénes eran estos chicos. Inventamos estos personajes hace siete años, y estoy muy feliz de que hayamos encontrado el mejor lugar para ellos.

Tenemos mucha suerte de poder hacer esto y nos maravilla que, cada vez que alguien nos pregunta qué hacemos en nuestro tiempo libre, podamos decir: «Pensamos qué escribir a continuación».

ÍNDICE

CHRISTINA HOBBS Y LAUREN BILLINGS son un dúo de autoras y mejores amigas que escriben desde hace años bajo el nombre de Christina Lauren. Juntas han publicado más de diecisiete novelas superventas y han sido traducidas a más de treinta idiomas.

Título original: *Love and other words*
Traducción del inglés: Daniela Rocío Taboada
Edición revisada y adaptada

Primera edición: noviembre de 2023

Balmes 188, 08006 Barcelona - www.vreuropa.es

Publicado bajo acuerdo con el editor original, Gallery Books, una división de Simon&Schuster, Inc.

ISBN: 978-84-19873-39-2
Depósito legal: B-16.360-2023
Maquetación: María Victoria Costas


WINK POPPY MIDNIGHT
April Genevieve Tucholke
VR YA

Wink, Poppy, Midnight

Tucholke, April Genevieve

9788412214857

224 Páginas

En todas las historias hay un HÉROE.

En todas las historias hay un VILLANO

En todas las historias hay un MISTERIO.

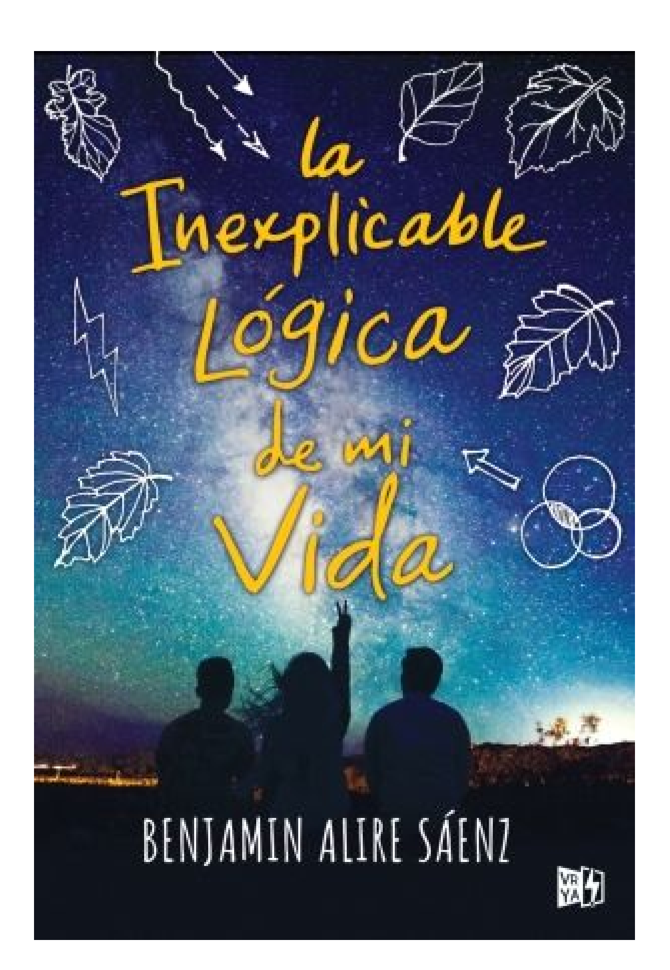
Wink es la chica rara y enigmática del vecindario. La chica que lee demasiado.

Poppy es la rubia arrogante y manipuladora que consigue todo lo que se propone. La chica que se quiere demasiado.

Midnight es el chico dulce y sensible que duda demasiado. Está atrapado entre las dos.

Deja que las voces de los tres protagonistas te

sumerjan en una trama que, como todas las historias, gira en torno al amor, la justicia y la venganza. Deja que la tentadora prosa de April Genevieve Tucholke despierte tus sentidos y te acune ahí donde se cruzan verdad, mentira, magia y realidad.


la Inexplicable Lógica de mi Vida
BENJAMIN ALIRE SÁENZ
VR YA

La inexplicable lógica de mi vida

Sáinz, Benjamin Alire

9788412214840

456 Páginas

Sáenz explora las relaciones de un estudiante de bachillerato a punto de graduarse, en una historia de aprendizaje y crecimiento llena de calidez y compasión.

Ha llegado el otoño y, con él, el último año de instituto. Según su inseparable Sam, para Salvador y ella empieza la vida. La universidad y la madurez son promesas a punto de cumplirse. Salvador sabe que todo va a cambiar, pero no sospecha hasta qué punto. Ya el primer día de clase se descubre pegando a un chico que ha insultado a su padre. Jamás había sentido esa violencia. ¿Habrán aflorado los genes del desconocido padre biológico?
A golpe de desilusiones, conflictos y pérdidas, el mundo de Salvador y sus amigos se transforma vertiginosamente. Él desea reconstruirlo, en busca de una nueva lógica que explique su vida. En el camino

dejará mucho atrás, pero también ganará. Aprenderá a identificar y vencer los miedos, y dará con una reconfortante certeza: el amor incondicional existe.


Reyna Grande
La distancia entre nosotros
Memorias de una niña emigrante
VR YA

quieren? La distancia resulta insoportable, hasta que por fin reaparece el padre y logra llevarlos clandestinamente hasta El Otro Lado. Pero ahí las cosas no son como Reyna esperaba: entre ella y su entorno se abre una terrible distancia emocional. Por suerte, halla consuelo en sus hermanos, la literatura y su imaginación.

Con una autenticidad y una fuerza irresistibles, Reyna Grande nos ofrece una extraordinaria historia de superación y da voz a los cientos de miles de niños que, con sus miedos y sus ilusiones, se ven obligados a abandonarlo todo para llegar a su Otro Lado.

"Una obra esencial de la historia de los inmigrantes a Estados Unidos." ***BookPage***

"Este libro debería ser de lectura obligatoria en las universidades, o mejor aún, para los miembros del Congreso de Estados Unidos." ***The Washington Independent Review of Books***

"Una autobiografía cautivadora e inspiradora [...] Cuenta sin victimismo y con elegancia el dolor de una familia golpeada por continuas separaciones y traumas." ***Publishers Weekly,*** reseña destacada

"Una obra esencial de la historia de los inmigrantes a

Estados Unidos." ***BookPage***

"Una historia profunda que ensalza el poder de la determinación y el amor por los libros." ***Los Angeles Review of Books***

"Un libro de una sinceridad brutal [...] *Las cenizas de Ángela* de la experiencia del inmigrante mexicano." ***Los Angeles Times***


Creo en una cosa llamada Amor
MAURENE GOO
VR YA

Creo en una cosa llamada amor

Goo, Maurene

9788412095098

320 Páginas

Puedes lograr cualquier cosa si sigues un plan. Incluso enamorarte.

Desi es una chica equilibrada, casi perfecta, un ejemplo a seguir, que sobresale en todos los ámbitos de la vida excepto uno. ¿Lo adivinas? Sí, el amor: ella cree firmemente en él, pero a la práctica es torpe, incluso catastrófica, un eficaz imán para las situaciones humillantes.

Cuando conoce a Luca, siente un flechazo de película. ¿Qué hacer? No podría soportar otro fracaso. Entonces llega la gran revelación: la clave está en las series coreanas que su padre devora. ¡Es una cuestión de método, y ese es su mayor talento! Así, analizado minuciosamente lo que ocurre en los doramas, prepara un plan infalible para conquistar el corazón de su amado. Al fin y al cabo, su poder de

organización nunca le ha fallado, y todas las series tienen un final feliz, ¿verdad?

AUTORA *BEST SELLER* DE *THE NEW YORK TIMES*

CHRISTINA LAUREN

LA ECUACIÓN *de las* ALMAS GEMELAS

VeRa

La ecuación de las almas gemelas

Lauren, Christina

9788419873347

456 Páginas

Jess es madre soltera y una brillante analista que no tiene ni tiempo ni ganas para el amor. Pero cuando descubre que hay una empresa que empareja a personas basándose en su ADN, decide arriesgarse. Después de todo, los números no mienten. O eso pensaba, hasta que resulta que su supuesta alma gemela es el Dr. River Peña, un hombre arrogante y testarudo al que Jess no soporta. Ella se niega a creer lo que la ciencia le está diciendo, pero, cuando le proponen hacer de embajadora de la empresa, tiene que aceptar, a pesar de que eso signifique fingir que ella y River están hechos el uno para el otro. De evento a evento, Jess irá descubriendo que el amor es una ciencia que no se puede calcular.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)